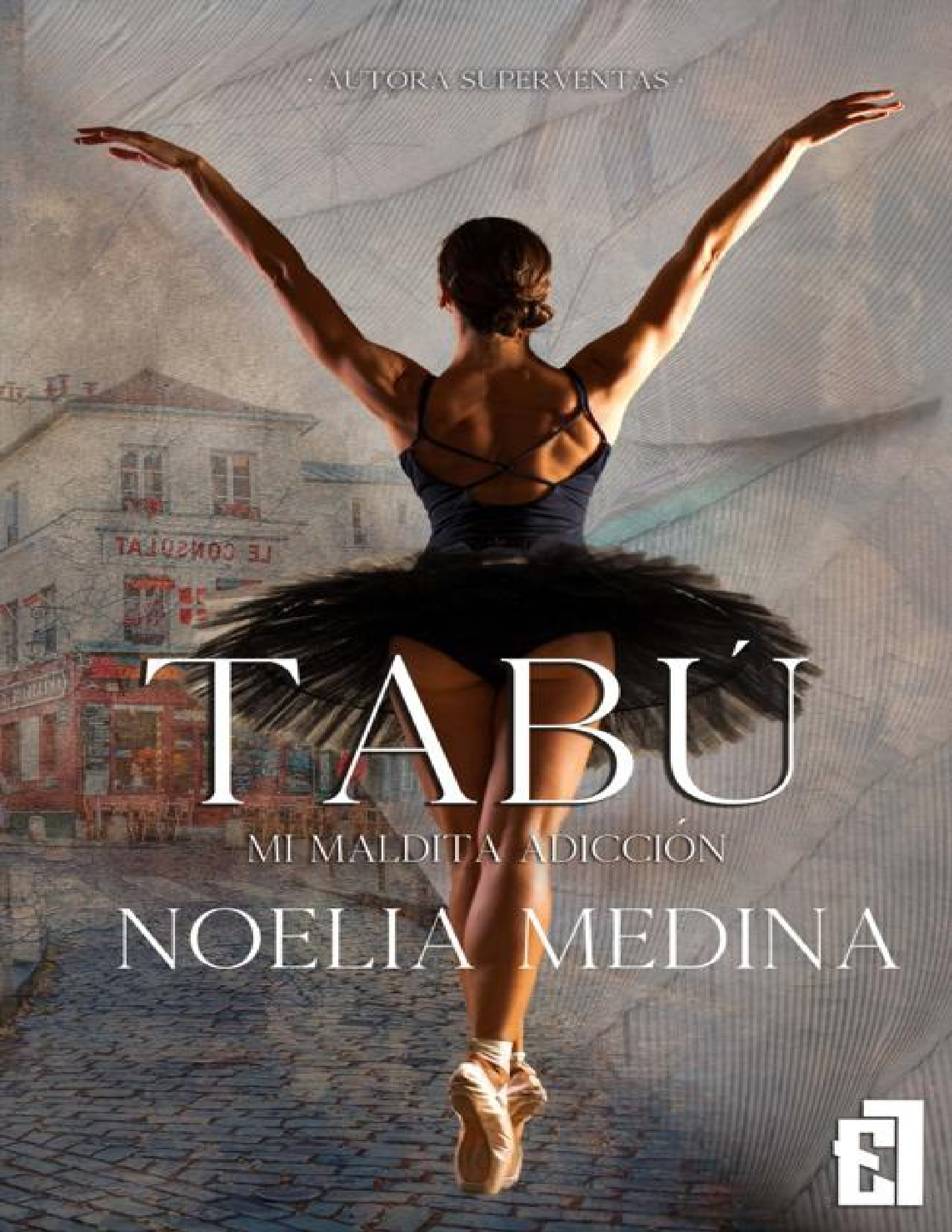
· AUTORA SUPERVENTAS ·



TABÚ

MI MALDITA ADICCIÓN

NOELIA MEDINA

Tabú

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noelia Medina 2019
© Entre Libros Editorial LxL 2024
www.entrelibroseditorial.es
04240, Almería (España)

Primera redición: marzo 2024
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 978-84-19660-73-2

TABÚ

MI MALDITA ADICCIÓN

Parte II

NOELIA MEDINA



A la verdadera Nicolle, que ha estado desde el principio hasta el final de esta historia y me ha acompañado en los momentos más bonitos y en los más frustrantes.

Nadie puede amar sus cadenas, aunque sean de oro puro.
I.Heywood

Índice

Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
FIN
Nota de la autora
Biografía de la autora
Tu opinión nos importa

Agradecimientos

La persona que comenzó escribiendo esta historia no es la misma que la termina. Que un libro ayude en tu crecimiento personal es tan grande que no puede explicarse en un solo apartado.

En especial, gracias a todos los que me habéis abierto los brazos para acogerme en vuestro mundo, mostrarme el respeto y la naturalidad de la libertad sexual. Gracias por no echarme a patadas mientras indagaba, indagaba e indagaba, colmada de curiosidad, con una libretita y un bolígrafo.

A mis papis liberales, Inma Álvarez y Rafael Mora, porque llevan una llave mágica que me abre puertas. El club Sevilla Liberal fue la primera de ellas, ahora se ha convertido en una casa. Y a todos los propietarios de esas puertas que están dejando pasar esta bilogía con mucho cariño.

A Francisco Javier, que se subió las mangas y se enfangó conmigo, como hace siempre. Te amo, compañero de viaje, compañero de vida.

A Entre Libros Editorial, por darle un abrazo cálido que la llenará de vida, estoy segura.

Y a ti, que has vuelto a confiar en mí y en mis letras y estás dispuesto a leerme una vez más. Eres parte de mi felicidad.

Capítulo 1

—¡Nicolle! —gritó Silvana una última vez antes de oír la puerta principal cerrarse con fuerza.

Con rapidez, se había cubierto con una camiseta y ropa interior e ido en su busca, pero no le había dado tiempo de alcanzarla.

Apoyada en la baranda y a oscuras, suspiró. Estaba agitada y temblorosa. Nunca se había sentido tan abochornada como en ese instante en el que su propia hija la había descubierto en la cama, desnuda y con un hombre al que, encima, conocía. Cerró los ojos mientras se mordía el labio inferior y se mantuvo allí unos segundos.

—Se le pasará —escuchó decir detrás de ella.

Al girarse, Marc estaba en mitad del pasillo y se abrochaba la camisa.

—Pero... se ha ido y... debería ir a buscarla.

—Acaba de encontrarse a su madre follando con el padre de su amiga, es normal que esté sobrepasada. Solo es una chica avergonzada por lo que ha visto, nada más. Volverá pronto —dijo, aunque él sabía que era mucho más que eso.

Completamente vestido y sin encender ninguna luz, pasó por su lado y comenzó a bajar las escaleras, dispuesto a marcharse.

—¿Adónde vas? —le preguntó Silvana sin moverse del sitio.

Alzó la cabeza y la miró.

—A mi casa.

«Sin terminar lo que has empezado», pensó ella, no porque no se hubiera corrido, lo había hecho una vez detrás de otra gracias a la maestría de aquel hombre que sabía bien cómo y dónde tocar, sino porque él no lo había hecho una sola vez. Y aunque quizá fuera un tópico del sexo o ella una antigua, le gustaba que ambas partes finalizaran.

—Bien.

—La propuesta sigue en pie. Si aceptas, llámame mañana y te ayudaré con todo eso. —Dirigió los ojos al montón de cajas que se encontraban apiladas en la entrada. Descendió los escalones que faltaban y, antes de salir, dejó algo sobre una de las cajas—. Adiós, señorita Harman.

Cuando el corpulento hombre cerró la puerta, Silvana bajó, todavía con la casa a oscuras, y cogió la tarjeta que había dejado. A través de la poca luz que entraba por la ventana del salón debido a la noche cerrada, pudo leer el nombre de Marc Ferrara y su número de teléfono.

Ni las calles de Carmona, esas estrechas y empedradas, le habían parecido nunca a Nicolle tan agobiantes. París, a oscuras, la engullía. El dolor la consumía. Caminaba y caminaba sin un rumbo fijo, con el único recuerdo de un cuerpo desnudo abrazando a otro, dándole placer, enganchándolo a su esencia.

No se cruzó con la gente nocturna que solía pasear y disfrutar de la ciudad. O si lo hizo, pero no se percató. Quizá era por la lluvia; creyó sentir que comenzaban a mojarla unas inoportunas gotas que querían reírse de ella.

«¡Nicolle! ¡Por Dios, Nicolle!». La voz de Silvana resonaba en su cabeza una y otra vez y la

martilleaba con el recuerdo de cómo había intentado alcanzarla mientras salía de su casa para darle explicaciones. No las quiso, claro que no. Solo deseó desaparecer de allí, huir y dejar de contemplar el cuerpo masculino que había permanecido inmóvil mientras tanto, con esos ojos cafés clavados en ella, esa mirada profunda que no supo descifrar con exactitud.

La había dañado mucho más él que su madre. Silvana era desconocedora de todo lo ocurrido con anterioridad, pero él... ¿Qué era él? «Un hijo de puta —se dijo—. Un cabrón sin escrúpulos».

Caminó más. Y más. Y más. Hasta que, agotada mentalmente, reconoció que no tenía adónde ir. Su único refugio era Gala, pero no podía contarle lo que sucedía, e ir a casa de su abuela era una estupidez que las pondría en evidencia tanto a Silvana como a ella. Sin embargo, necesitaba hacer algo con aquel dolor, con esa bola de fuego que la abrasaba por dentro.

Comenzó a llover con fuerza y no tuvo intención alguna de refugiarse. Raro era el día que no ocurría en el momento menos esperado y la calaba de imprevisto. Otros sí tuvieron intención de cubrirse. Pudo ver a dos chicos que corrían hacia la boca del metro, con los cuellos encogidos y los hombros alzados en un vano intento por no mojarse. Entonces pensó que quizá sí había un lugar al que ir. Se metió las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal, palpó lo que había y lo sacó para comprobarlo. El móvil, un billete de diez euros, una tarjeta de metro que siempre llevaba recargada para posibles emergencias y un papel arrugado en el que se leía una dirección.

Miró la hora. Faltaban apenas cuarenta minutos para las cinco y media de la madrugada, cuando el transporte volvería a funcionar.

Suspiró.

De repente, sí tenía un lugar al que ir, y no se le ocurría una emergencia mayor que aquella.

El metro de París nunca se encontraba vacío, al menos desde que había llegado a la ciudad. A veces tenía la sensación de que los parisinos no descansaban. Siempre había alguien por la calle, daba igual la hora.

El trayecto duró unos veinte minutos. Ni siquiera era consciente de cuál era su punto de partida, pues había caminado sin rumbo. Además, la mayoría de los barrios los conocía de oídas, y más allá de sus itinerarios habituales se perdía. Así que se centró en el nombre de una sola parada y dejó la vista clavada en los carteles informativos. Reconoció el barrio Abbesses, en el que vivía su abuela. Calculó mentalmente la distancia desde allí hasta su destino. Así consiguió disipar sus pensamientos de manera momentánea, al menos hasta que la vibración del móvil en su bolsillo la devolvió a la realidad. No lo miró ni una sola vez, y eso que sonó en muchas ocasiones.

«Puede caerse el mundo, que no sacaré el maldito móvil del bolsillo».

Total, su mundo ya se había caído y roto en mil pedazos.

Amanecía cuando salió del metro, aunque lo hacía gris debido a una lluvia incesante que acaparaba el cielo. Pudo apreciar cómo las calles húmedas de Montmartre despertaban. Era la primera vez que pisaba el gran barrio bohemio al que todo París conocía, del que todos le hablaban. Pintores, músicos y arte. No obstante, en aquel momento no apreció nada, solo a unos comerciantes que abrían sus negocios con caras soñolientas y a algunos vecinos que salían de sus casas. Se dirigió a uno de ellos y le enseñó el papel. No estaba dispuesta a hacer turismo. El hombre, amable, le indicó la dirección. No lo entendió con claridad debido a su francés fluido y muy rápido, pero cogiendo palabras de aquí y allá se orientó hasta llegar al que, se suponía, era el lugar que buscaba.

Observó una fachada antigua, desconchada y de color naranja que seguramente había vivido tiempos mejores. La puerta era de hierro y la componían cuatro grandes láminas de cristal opaco, uno de ellos rajado. Ojeó el hueco de la entrada y parte de la pared en busca de un timbre que no encontró. De todas maneras, eran casi las seis de la mañana, muy temprano para llamar a casa de nadie. Con miedo de poder romper el cristal dañado, golpeó dos veces y de manera suave con la palma de su mano. Esperó un par de minutos, pero nadie abrió. Con la mano en alto y dispuesta a llamar otra vez, se preguntó qué hacía allí, a aquellas horas, molestando a un chico al que apenas conocía, únicamente porque le había facilitado su dirección. Era ridículo. Ella era ridícula. Bajó la mano y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse. Pero entonces la puerta se abrió, sonando detrás de su espalda, y sus pies se frenaron.

—¿Nicolle? —la llamó una voz somnolienta y rasgada.

Cerró los ojos y se mordió el labio, avergonzada. Pero había ido hasta allí a molestarlo y ahora no podía salir corriendo. Se giró para observar al chico, quien, en pantalón de pijama y con el torso descubierto, la observaba con confusión. Tenía los ojos hinchados de dormir y el pelo claro desordenado. Le daba un aire desenfadado. Más.

—Hola —fue lo único que se le ocurrió decir.

Eric la observó. Se encontraba vestida de la misma manera que la había visto por la noche cuando salió del Arrête: con el chándal y el pelo recogido en un moño que al mojarse había dejado escapar mechones oscuros. Su rostro era más pálido que de costumbre y los grandes ojos azules, ahora irritados y visiblemente rojos, estaban enmarcados por lo que hacía unas horas era maquillaje y que en ese momento se deslizaba por sus mejillas hasta el cuello en una clara evidencia de haber llorado.

—¿Qué haces aquí? Estás empapada. —Se acercó a ella, mojándose también, y la sujetó del brazo para hacerla pasar—. Vamos, entra.

En silencio, Nicolle obedeció y caminó hacia el interior de un espacio muy grande y oscuro, alumbrado solo por una lámpara pequeña que habitaba en una esquina. Era la primera vez que veía una casa así, compuesta de una única habitación grande de ladrillo gris, suelo de hormigón y sin más muebles que una cama enorme en el centro, un armario viejo y un escritorio oscuro en un lado. Sobre una silla, un montón de ropa.

En mitad de aquel espacio medio vacío, una estantería grande y repleta de libros de colores separaba lo que parecían ser dos estancias, como un tabique a medio construir. Se encaminó hasta el otro lado, siguiendo a Eric, y pasaron a una zona peculiar, con una pequeña cocina adherida en la derecha, compuesta únicamente de una encimera con vitrocerámica y microondas sobre un mueble oscuro. En el centro, una vieja mesa redonda con cuatro sillas alrededor y varios vasos usados sobre ella. A la izquierda, un televisor gigante colgado al que se le veían los cables cayendo por la pared y un sofá de tres plazas con una mesita baja enfrente. Solo un mueble adornaba la pared. Todo en uno. Se podría decir que era un *loft* antiguo. Antiguo de verdad, no en apariencia, y encantadoramente acogedor.

—Siéntate —le ofreció el chico a la vez que cogía una camiseta arrugada que estaba encima de una silla y se la ponía—. Te traeré algo de ropa.

—No es necesario —fue lo primero que dijo Nicolle desde que había entrado.

—Estás empapada y vas a ponerte enferma.

Caminó de nuevo hasta el *dormitorio* y apareció poco después con un chándal en las manos. Se lo ofreció.

—Gracias.

—Puede que te quede grande, pero te servirá mientras secamos tu ropa. Ven, te acompañaré al baño.

Dejó sus pocas pertenencias sobre la mesa y, en silencio, lo siguió. De nuevo, se preguntó qué la había llevado hasta allí.

Había una sola puerta —entre la parte que hacía de cocina y la zona de la televisión— que Eric abrió para mostrarle el aseo. Era muy espacioso. El mobiliario se veía antiguo pero limpio. Dentro, aparte de lo habitual en un baño, había una lavadora y una secadora.

—Mete tu ropa ahí. Solo hay que girar la ruleta para seleccionar los minutos y darle al *play.* —Le sonrió—. Puedes ducharte si quieres, en el mueble hay toallas. Lo único que no tengo es secador —se rascó la cabeza—, pero prepararé algo caliente que te ayude a entrar en calor.

No le dio tiempo a agradecerle nada cuando ya hubo cerrado.

Asombrosamente, no estaba nerviosa. Sí acongojada y confusa, pero no nerviosa. Se encaminó hacia el espejo y contempló su demacrado aspecto. Nadie diría que horas antes había pasado una de las mejores noches de su vida. Que le había dado una patada a lo que la hacía infeliz y se había convencido de que podría enfrentarse a todo. Y ahora...

—Joder —le murmuró a la chica que le mostraba el espejo, sin poder creerse lo que había ocurrido.

No se duchó. Se lavó la cara, se soltó el pelo para que se le secara antes y se puso la ropa seca

de Eric. Le estaba grande, pero lo arregló dándole varias vueltas a la cinturilla del pantalón y a las mangas. Mientras, metió su chándal en la secadora.

Ahora le tocaba salir y dar las explicaciones oportunas. Era evidente que aquel chico, que no dejaba de ser un desconocido, le preguntaría por qué se presentaba en su casa a las horas que eran. Y no podría negarse a responder, pues se lo debía.

Cuando salió, los vasos usados no estaban sobre la mesa. Había un par de ellos con lo que le pareció colacao y un paquete de galletas al lado.

Se sentó frente a él.

—¿Quieres? —Le pasó el paquete de galletas, pero ella negó. Eric se encogió de hombros, sacó unas cuantas y mojó una en su vaso de leche para, posteriormente, comérsela.

—Lamento haberme presentado así —murmuró Nicolle, y le dio un sorbo a su colacao, descubriendo que no le entraba nada en el estómago.

Su móvil comenzó a vibrar sobre la mesa, interrumpiendo. Lo ojeó, vio quién era y lo silenció. Ninguno dijo nada sobre la llamada.

—No hay nada que lamentar, eres una buena compañía para desayunar. Además, hoy estoy solo. Aunque parezca que no, aquí vivimos tres personas.

Ella miró alrededor. Sí, recordaba que aquel día que había charlado con él en el bar de Séfora le había comentado que vivía con dos chicos más.

—¿Y dónde duermen?

—Jacob ahí —señaló el sofá, que tenía pinta de todo menos cómodo—, y José... ¿Ves aquel mueble de allí? —Nicolle contempló el mueble que había visto anteriormente y asintió—, pues en realidad es una cama que se pliega.

—No tiene pinta de ser cómoda.

—No lo es. —Sonrió—. Por eso le tocó al último que llegó.

—¿Compartís alquiler o algo así?

—No. Bueno, compartimos gastos. Yo les doy alojamiento a cambio de que paguen las facturas. —Sonrió de nuevo—. Este local es de mis abuelos, y como soy el único nieto, me lo han dejado para vivir aquí. Como habrás comprobado, sigue pareciendo todo menos una casa, pero a nosotros nos basta.

La chica se preguntó dónde guardaban tres personas todas sus pertenencias, si el baño estaba prácticamente vacío, y lo que se apreciaba a simple vista, también, pero no lo expuso en voz alta.

—Y supongo que tú, que no pagas alquiler, duermes en la gran cama que he visto antes.

Se encogió de hombros y mojó otra galleta bajo su atenta mirada.

—Tendré que disfrutar de alguna ventaja... También soy el que más partes limpia de los tres.

Miró alrededor. Tenía que limpiar el polvo de dos o tres muebles y un suelo uniforme. Pensó en la casa que ella limpiaba, que era unas seis veces aquella. Fulminó el pensamiento con rapidez al sentir que la bola del estómago, esa que quemaba, volvía al recordar algo relacionado con Ferrara.

Eric, viendo el rostro contraído de la chica y suponiendo que tenía que ver con el motivo que la había llevado hasta allí, continuó para intentar distraerla. Le habló de José, uno de sus compañeros, que también era español. Había ido allí a realizar su sueño de ser músico, y en qué mejor lugar que en el barrio bohemio, donde se encontró con dos magos malabaristas con los que fusionarse y compartir techo.

—Te gustará conocerlo —le aseguró.

—Me gustará hablar español con alguien que no sea... —pensó en Silvana—. Sí, estaría bien no esforzarme continuamente para que se me entienda con el francés.

También le habló de Jacob, el chico malabarista y amigo suyo desde hacía años.

Así, durante muchos minutos y casi sin darse cuenta, cuando Eric se terminó el desayuno y consiguió que Nicolle al menos se tomara el colacao, se trasladaron al pequeño sofá y se acomodaron para hablar sobre los amigos de Eric, sus actuaciones, sus comienzos... Aunque pensar en Silvana con anterioridad le había hecho volver a la tierra y a recordar por qué estaba allí, obviando la voz del chico que de fondo seguía narrando aventuras sin parar.

De repente, se hizo un silencio del que no fue consciente hasta que se centró en Eric. La contemplaba. Si llevaba mucho tiempo callado, no lo sabía. Seguramente se había sumido tanto

en sí misma que había dejado de prestarle atención.

Apoyados en el cojín grueso del respaldo, echados hacia atrás, uno al lado del otro, ella miraba al frente y él a ella.

Se permitió disfrutar del silencio un poco más y, sin mover un solo músculo, al fin habló:

—¿No vas a preguntarme qué ha pasado ni por qué me presento en tu casa como una loca a las seis de la mañana?

Lo miró cuando percibió el movimiento al negar con la cabeza. Con pose relajada y sin quitar aquellos exóticos ojos de encima de ella, le contestó:

—Estás aquí. De entre todos los lugares que podrías haber elegido para calmar lo que sea que te ocurra, estás aquí. Solo espero que hayas conseguido apaciguarlo. Si me lo cuentas, hazlo porque quieras, no porque yo te lo pregunte.

No pudo mantenerle la mirada por más tiempo porque las lágrimas, caprichosas y traicioneras, aparecieron de nuevo y sin darle tregua. Las retuvo, frunciendo los labios y tragándose el gran nudo que se creaba en su garganta. Después, silenciosas, se deslizaron. No quería llorar, no quería parecer débil delante de él. Si transmitía esa sensación, Eric no se pronunció.

—¿Alguna vez has encontrado a alguien que te gusta mucho con una persona que te importa mucho? —le preguntó casi en un susurro.

El chico lo meditó.

—Encontrar, encontrar... ¿De qué tipo de situación estamos hablando? —Ella elevó los párpados mientras se limpiaba las lágrimas y lo miró de una manera que lo hizo entender a la perfección—. Bien. En la peor de las situaciones. Sí, creo que sí, alguna vez me ha pasado.

—¿Y qué hiciste?

—Mandarlos a la mierda y alejarme para siempre.

Nicolle suspiró y volvió a mirar al frente. La televisión, apagada, le devolvía el reflejo de ambos, indicándole que él seguía muy pendiente de su reacción.

—Y si la persona que te importa mucho es tu madre, ¿cómo la mandas a la mierda y te alejas?

El chico se quedó paralizado unos segundos, subió los pies a la mesita baja y miró al frente. Disimuló bastante bien que la información lo había sorprendido.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Se mantuvieron en un silencio interrumpido solo por el gimoteo de Nicolle.

—Es ese tío, ¿verdad? El que vi en el Arrête el otro día, el padre de tu amiga.

Tragó saliva, y de manera muy débil, mostrando el miedo que sentía por desvelar aquello, asintió casi imperceptiblemente. Era la primera persona, aparte de Celine, que lo sabía. Desvelar el secreto, poder compartirlo con alguien, había levantado parte de la losa que tenía encima, pero aún la sentía sobre su pecho, aprisionándolo.

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó.

—No lo sé. —Se encogió de hombros y lo miró—. ¿Tú has estado enamorado alguna vez?

Contra todo pronóstico, el muchacho le sonrió y alzó las cejas varias veces. Se giró, acomodándose en su dirección.

—Si lo que ocurre es que te gusta que te declare mi amor, puedo seguir haciéndolo, pero creo que ya te lo he comentado en varias ocasiones. De todas maneras, sí, estoy enamorado de ti.

Eso ocasionó que la chica sonriera y soltara una pequeña risotada que se mezcló con las lágrimas.

—Aparte de enamorarte de alguien a quien no conoces y a los dos segundos de verla por primera vez, me refiero.

—Ah, sí, también.

—¿Y qué se siente?

—Todo lo contrario a lo que estás sintiendo tú en este momento. —Se puso serio—. No estás experimentando amor; estás sufriendo de corazón roto. El amor es todo lo contrario a eso. Sentirse bien, cómodo, feliz. Saber que estás en el lugar correcto.

Nicolle se quedó mirando a la nada. ¿Cuándo se había sentido de esa manera con Marc? Siempre que lo tenía cerca, en la habitación de los juegos, sobre todo, o cuando lo veía caminar

por la casa rodeado de ese halo sombrío y misterioso y sentía que su corazón se desbordaba de felicidad. Pero era momentáneo, porque después siempre ocurría algo que lo nublaba y volvía a casa diciéndose que aquello no llegaba a ningún lugar, que él no sentía lo mismo, que solo era su juguete. Ahora se percataba de que siempre había tenido razón.

Su móvil vibró de nuevo, lo que provocó que Nicolle se levantara de una y se acercara. Era Silvana, otra vez, y a pesar de lo dolida y enfadada que estaba, sintió la opresión que aparecía cuando sabía que estaba haciendo algo mal. Tenía a su madre preocupada y debía regresar a casa. Demasiadas horas se había rebelado en contra de sus imposiciones.

—Tengo que irme —lo informó.

El chico ya estaba de pie y detrás de ella.

—Voy a ver tu ropa, seguro que ya está seca. Si quieres, te acompaño.

—No es necesario, de verdad. Ya has hecho suficiente por mí y...

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy pesada con eso de la modestia, la prudencia y el dar las gracias?

Pensó en Gala, que se lo repetía con constancia.

—Alguna vez, sí.

No puso más impedimentos, ya que no se sentía con fuerzas. Además, su presencia le haría más ameno el camino de vuelta y se distraería.

En silencio, entró a cambiarse, y cuando terminó, Eric ya estaba vestido y con la mochila negra colgada sobre un solo hombro.

Cuando salieron, había escampado. Lo que no sabía Nicolle es que aquello solo era una pequeña tregua que el agua le había otorgado. Al llegar a casa le esperaba la peor tormenta a la que jamás se hubiera enfrentado.

Capítulo 2

Jadeaba.

Dentro del deportivo negro solo se escuchaba su respiración descompasada y profunda. Fuera, el incesante ruido de las gotas comenzaban a golpear el cristal, cada vez de manera más continua. Marc arrancó, activó el limpiaparabrisas y se quedó bloqueado divisando su hipnótico vaivén. Intentó concentrarse solo en eso.

Miró a su izquierda. Seguía en la puerta de la casa de Silvana Harman. Apretó la mandíbula; también era la de Nicolle. Y había estado allí, con su madre. Follándosela.

Aquel rostro pálido e inundado de dolor, de ojos cristalinos y decepcionados, llegó a su cabeza. Encendió las luces del coche, pisó el embrague, introdujo la primera marcha y mantuvo el pie en tensión. El coche, furioso, rugía pidiendo que lo dejara libre. Lo hizo. Salió del lugar derrapando y sin parar de acelerar.

Jadeaba.

El aire entraba en sus pulmones cada vez con menos intensidad, provocando que tomara grandes bocanadas. Sujetó el volante con fuerza y agachó la cabeza. Los mechones de su pelo, siempre impoluto, cayeron hacia delante, recordándole por qué estaba despeinado. Seremoró embistiendo a Silvana contra el cabecero de la cama, gimiendo su nombre. De fondo, los ojos destrozados de Nicolle.

Alzó la vista y apreció cómo los nudillos de sus manos, esas endurecidas y furiosas, se emblanquecían.

No supo cómo había llegado, su cabeza no le había dado órdenes de conducir hacia ningún lugar en concreto. No obstante, allí estaba, en el aparcamiento. Sin haber visto la carretera. Sin haber pensado en nada que no fuera en lo que acababa de hacer.

Permaneció en el interior durante unos minutos, a la espera de que el compás llegara a su respiración. Como no lo consiguió, se bajó del coche y caminó con paso firme sin importarle su estado. Entró sin saludar a la chica de la recepción, quien no hizo amago alguno de cobrarle la entrada. Lo conocía; era Marc Ferrara, y su jefe la mandaría despedida a casa esa misma noche si se enteraba de que había tenido intención de pedirle el dinero de la entrada. Era uno de sus mejores clientes que, por situación económica, podría acceder a otros tipos de clubes más glamurosos, caros y con caché. Pero frecuentaba aquel lugar, donde había de todo, pero no abundaban las caras reconocidas de París. Y si alguna, como era la de Ferrara, les sonaban, los trabajadores estaban bien pagados para ver, oír y callar.

El Vingt-deux Gémissements[1] abrió sus puertas automáticas y Marc entró. Se dirigió a la barra sin mirar a su alrededor. La noche había empezado hacía mucho, por lo que el ambiente estaba en todo su auge. Eran pocos los que seguían apoyados en la barra tomándose una copa. Podía vislumbrar las sombras moviéndose con sensualidad, el brillo de la ropa resaltando en la oscuridad y escuchaba los gemidos descompasados por encima de la música. Pero estaba tan cegado que no prestó atención.

Sin tomar asiento, se pidió un *whiskey* doble y se lo bebió de una tacada. Disfrutó y sufrió a la

vez del líquido ambarino que correteó por su garganta y casi lo dejó sin respiración.

—Otro. —Soltó el vaso de cristal con fuerza sobre la barra—. Cuenta hasta cinco cuando estés sirviéndolo.

La camarera se abstuvo de hablarle y obedeció, colmándolo con dos dedos más de lo que pertenecía. Observó cómo aquel hombre, al que conocía de sobra —al menos por fuera—, se iba a un lugar lejano. Tenía la mirada perdida y bebía sin control.

—Otro —pidió, golpeando el vidrio de nuevo.

Cumpliendo con su trabajo, la chica le sirvió una tercera copa que Marc se bebió con más calma. A la cuarta ya se había sentado. Sus músculos comenzaron a destensarse y él a dejar de pensar, al menos con la intensidad que lo martirizaba. Se dio la vuelta en el taburete giratorio y observó la gran sala. La visión ya se había adaptado al lugar penumbroso y lo dejaban apreciar las figuras de quienes disfrutaban del sexo.

Sexo, sexo y más sexo.

No solo físico; aquello iba mucho más allá.

Sexo en las sonrisas, en el flirteo y en los ojos. Sexo en las miradas calientes y lobunas de esos que veían cómo su pareja se tocaba el pelo mientras hablaba con otro hombre, sabiendo que sería quien la devoraría después. Sexo entre mujeres y hombres; hombres y hombres; mujeres y mujeres, o, sencillamente, todos juntos.

Sexo, sexo y más sexo.

Visualmente, paseó un poco más por el lugar hasta reparar en dos mujeres que se daban placer en un sillón cualquiera. Una, tumbada con las piernas abiertas, se dejaba comer con intensidad, sujetando con brío la cabeza de su compañera, que lamía desquiciada el mejor de los manjares y se perdía entre los pliegues de su coño. Marc pensó en aquel sabor fuerte que tanto le gustaba y la boca se le hizo agua. Alrededor de ellas había parejas, hombres y mujeres mirando. Algunos se masturbaban, otros observaban en silencio mientras bebían de su copa con tranquilidad, deleitándose de verdad con el momento para poder guardarlo a fuego en sus cabezas sin que nada irrumpiera en el recuerdo de la imagen. Solo una escena erótica y unos ojos que la miran, que la graban.

Habría caminado hasta allí para probar la posibilidad de follarse a las dos chicas, pero no le llenaba la idea. Quería más. Necesitaba más. Más salvaje, más morboso, más duro. Más prohibido. Tan prohibido como ella. Supo que el pensamiento era una recaída en toda regla y no le importó en absoluto. Recaería. Recaería una y mil veces aquella maldita noche, pero necesitaba desfogar, necesitaba follar y correrse hasta perder el sentido.

—Ponme otro. —Sin mirar atrás, golpeó de nuevo la barra con el cristal vacío.

—No debería meterme donde no me llaman...

El comentario hizo que se girara y observara con fijeza a la camarera, a la que reconoció al instante. Conocía a todo el personal en realidad, aunque no mantuviera conversaciones muy extensas con él.

—No, no deberías.

—... pero te veo diferente —continuó ella, atrevida, apreciándolo despeinado, sin chaqueta y con el rostro desencajado. Por fuera aparentaba la calma de la que hacía gala, pero era visible el agobio que lo consumía por dentro.

—Pues para ser tan observadora, mi copa sigue vacía.

La chica de pelo rubio y corto elevó los ojos al techo y se dio la vuelta para alcanzar la botella y llenar el vaso.

Persistente, continuó:

—Siempre llegas, analizas el lugar y después de la primera copa tomas lo que quieres sin necesidad de conversar.

Tenía razón, Marc funcionaba así, al contrario que muchos. No estaba en aquel lugar para congeniar ni hacer amigos. Su manera de proceder era la que la camarera había dicho: unas miradas, una confirmación por parte de la otra persona y a una habitación, al cuarto oscuro, al yacusi o allí mismo.

La observó con detenimiento. Era muy guapa e iba enfundada en un vestido negro de cuero

que le gustó.

—Hoy te quiero a ti —le dijo sin más.

La chica se mantuvo en silencio unos segundos. No se esperaba aquel comentario, y si le había gustado saberse deseada por Marc, no lo demostró, porque no cambió el gesto.

—No puedo, lo tenemos prohibido.

—Sí, lo sé. Por eso te quiero a ti. —Bebió—. Y mientras te follo duro, muy duro —recalcó—, en algún rincón de este lugar desde el que tu jefe no pueda verte, quiero que él esté mirando cómo lo hago. —Con la cabeza, señaló a un chico que servía copas, también detrás de la barra.

Ella tragó saliva al descubrir a quién se refería. Lo miró de reojo. Pocas personas sabían que eran pareja y liberales. No solían demostrar su vínculo emocional y no acostumbraban a participar con otras personas en horas de trabajo, ya que les estaba totalmente prohibido, como ella había dicho. No obstante, a Ferrara pocos detalles se le pasaban por alto, a pesar de las visitas cortas y directas que le hacía al lugar. Era observador, mucho, y tenía la capacidad de analizar a la gente en gestos banales y, en apariencia, sin importancia.

—Eres un niño caprichoso, Marc Ferrara —susurró, echándose hacia delante, cruzando los brazos sobre la barra y mostrando su exuberante escote—. Lamento ser yo quien te diga que no por primera vez. Porque apuesto a que es la primera vez. No me jugaré el trabajo por un antojo. —Le guiñó un ojo, provocativa, y él sonrió de lado.

—Una lástima, lo habríamos pasado muy bien. Especialmente hoy.

Sujetó su copa, se levantó y se dirigió con paso firme hasta la zona de fumadores, donde se encendió un cigarrillo mientras observaba caras totalmente desconocidas y otras menos.

Transcurrirían unos cinco minutos hasta que vio aparecer a la camarera de pelo corto y rubio, embutida en el vestido negro de cuero. Dándole una calada a su cigarrillo, no cambió el rostro cuando ella se contoneó mientras lo miraba, con la bandeja alzada en la mano para recoger copas. Se acercó a la mesa circular en la que él estaba apoyado y, mientras recogía un par de vasos vacíos, habló muy bajito y casi sin mirarlo:

—Habitación diecisiete.

Posó los vasos sobre la bandeja y desapareció.

Marc le dio una última calada al cigarro, lo aplastó en el cenicero y se bebió su copa de un trago. Tras eso, buscó la habitación citada mientras pensaba que la rubia había tardado en buscarlo un par de minutos menos de lo que él había calculado.

El *pub* constaba de veintidós habitaciones. Cada una representaba una manera diferente de gemir. Él se internó en la diecisiete, como había indicado la chica, y comprobó que el tipo de la barra ya estaba allí, sentado en una silla oscura y en completo silencio.

La camarera entraba en ese momento.

Antes de cerrar y dar paso a una completa intimidad, Marc miró la puerta negra. En ella se dibujaba una silueta de color dorada. Dos cuerpos se unían mientras un tercero permanecía en una silla acomodada en un rincón. Sí, describía a la perfección lo que ocurriría dentro y en pocos minutos. Aquella era la habitación que lo haría gemir. Gemirían tres personas, aunque solo dos participaran de manera directa.

No hubo palabras; no eran necesarias. Era la magia de la compenetración y el entendimiento entre las parejas. La rubia miró a su chico y este le dio su aceptación con los ojos brillantes. A Marc le encantaba ese momento en el que las pupilas se dilataban mientras decían que sí, expectantes a lo que vendría después.

No hubo preliminares, ya que no creía en ellos; desde la primera mirada, todo para Marc era sexo. La insinuación en la barra, el buscarse, el caminar por el pasillo hasta la habitación, el morbo que se instalaba en la mente... Todo era parte del sexo. Pero sí iría directo al grano. No estaba allí para disfrutar y hacerlo con calma, como otras tantas veces, ni la pareja tenía todo el tiempo del mundo, teniendo en cuenta que trabajaban. Estaba allí para recordarse quién era. Quién había sido la mayor parte de su vida. Preguntarse una y otra vez por qué el foco de su dolor siempre tenía un coño entre las piernas, o si era él quien permitía que ese detalle lo nublara.

Se sentó en el colchón oscuro, sujetó a la chica del brazo con firmeza y tiró de ella hasta tumbarla bocabajo sobre sus piernas; mitad del cuerpo a un lado y mitad al otro, como una niña

pequeña que va a ser castigada o va a recibir un pinchazo en el culo. No fue eso lo que recibió, y tampoco un azote, como habría esperado. Marc levantó su vestido y se deleitó con aquel trasero ancho y apretado al que le abrió las cachas para vislumbrar un fino hilo de color rojo que se perdía entre ellas. Desde su altura, mientras elevaba los ojos y se encontraba con los del hombre del rincón, escupió hacia abajo con lentitud. Su saliva aterrizó justo donde quería que lo hiciera. Con una mano apartó el apetitoso trozo de tela y con la otra tocó el pequeño agujerito que, cerrado hasta ese momento, palpitó bajo la yema de su dedo. Gruñó al comprobar cómo se dilataba un poco solo con su roce.

—Me encanta el culo de tu ¿novia? —El hombre lo confirmó, asintiendo. Le brillaban mucho los ojos, y aunque quería aparentar calma, los hombros indicaban todo lo que estaba experimentando por dentro—. Y su coñito chorreante también me encanta. Tiene un buen chochito y está muy mojada. Es posible que lleve estándolo desde que le he hablado en la barra, así que me toca a mí aliviarla.

Ahora sí, le dio un azote bien fuerte y la tumbó bocabajo sobre la cama. La levantó de la cintura, poniéndola a cuatro patas y situándose detrás de manera que la pareja pudiera contemplarse mientras él lo oteaba todo.

Su voluptuoso culo era más impresionante en aquella postura, como también los estrechos y chorreantes labios vaginales. No pudo, ni quiso, resistirse a agacharse y perder su cara entre las nalgas, disfrutando del olor y del sabor. Apartó el tanga a un lado, lamió y se restregó, poseído, de un lado a otro, de arriba abajo, de abajo arriba, empapándose la cara de la esencia femenina que lo volvía loco.

—Te gusta, ¿verdad? —escuchó que le preguntaba el hombre a su novia, abriendo la boca por primera vez. Su voz sonó ronca y excitada.

—Me encanta —le respondió ella entre gemidos, moviendo el culo sobre la cara de Marc, buscando su propio placer, el cual apareció con facilidad. Uno sabía dónde tocar para buscarlo y la otra cómo moverse para encontrarlo.

Con rapidez, Marc se incorporó, se enfundó un preservativo y la penetró sin contemplaciones. Y sin contemplaciones ni descanso también, la embistió con rudeza una vez, y otra, y otra, y otra, y otra... La tenía sujeta por las caderas, donde se perdió en su interior y salió para disfrutar visualmente de la escena. Entretanto, se agachaba sobre el cuerpo femenino cubierto de sudor y mordía con fuerza los hombros y la espalda, lo que ocasionaba que ella se arqueara hacia atrás y gimiera y gimiera. Buscaba profundidad, toda su profundidad, y se la dio con gusto, con fuertes empaladas, con ardor.

Sudaban.

Gemían.

Gritaban.

Fue la forma de moverse de la rubia, de mirar hacia atrás, de entornar sus ojos lascivos, aparte de la experiencia con muchas y diferentes mujeres, la que le indicó a Marc hasta dónde podían llegar juntos. Lejos, podían llegar lejos. Así que colocó su gran mano derecha en la cara de ella, tapándole la nariz y la boca de una, y presionó para que le faltara el aire.

Le faltó a ella, a él y al tercero en discordia, que se removió en su silla mientras se sacaba un falo duro y grande para comenzar a masturbarse.

Bajo su mano y su cuerpo, una salvaje mujer se movía debido a los espasmos mientras se corría sobre su polla, empapándosela, creando el sonido melódico de los dos sexos chocando enfurecidos. Quitó la mano y dejó que el aire entrara en los pulmones de la chica de una gran bocanada.

El coño de la camarera, ya rojo e irritado, palpitaba pidiendo más cuando él bajaba el ritmo. Se deleitaba con los gemidos de placer y los gruñidos de su novio, que no podía apartar la mirada de lo que allí sucedía.

—Tengo entendido que os está prohibido entrar en las habitaciones en las horas laborales. ¿Estás jugándote el puesto para ver cómo me follo a tu chica? —le preguntó Marc con intención.

El camarero, con los ojos muy brillantes, lo miró un momento y asintió.

Marc embistió con rudeza.

La rubia chilló más.

—Dilo —le pidió. No era únicamente morbo; necesitaba escucharlo, saber que aquella no era una debilidad exclusiva suya, que otros arriesgaban como lo hacía él. Que el sexo los nublaba a todos por igual—. ¡Dilo!

—Estoy jugándome el puesto de trabajo para ver cómo te follas a mi chica.

La aludida se incorporó sin que Marc parara de penetrarla y pegó su espalda al pecho de él para poder tocar su cuerpo fuerte, aunque vestido, mientras su novio hablaba. Notó la camisa sudada por el esfuerzo. Supo que aquel acto de poder ejercido excitaba con fuerza a Ferrara, que se había puesto mucho más duro dentro de ella, regalándole estocadas más precisas.

No era su placer del que disfrutaba Marc aquella noche, era del sufrimiento gustoso y elegido del otro, el poder que le otorgaba ser él quien la llevara hasta el límite y decidiera ahí si continuar o no.

—¿Volverías a hacerlo? —quiso saber Marc, todavía hablando con el otro tipo. Este asintió, convencido. Él, eufórico por la respuesta, sujetó a la camarera del pelo e hizo que sus rostros se pegasen más, rozándole la oreja mientras susurraba—: Dile que se acerque para que presencie de cerca cómo me corro sobre ti.

Ella jadeó e hizo la petición. El hombre se puso de pie, se acercó con pasos lentos y se sentó en el colchón de cuero negro. A continuación, Marc dio unas rudas y certeras estocadas en el punto exacto que conseguiría el orgasmo de ambos.

—Más cerca —pidió con sequedad. El camarero se acercó un poco y le mostró los ojos expectantes—. ¡Más!

Marc salió de ella y, esta, a punto de correrse, se colocó de rodillas frente a él y se masajeó el clítoris para llegar al máximo nivel de placer. Su novio pegó el rostro al suyo. Ferrara tiró del preservativo con rapidez y culminó sobre ella. Y sobre él, al que ya no lo separaba de la escena ningún centímetro. Había entrado con la ilusión de ver a su novia bañada por otro y había terminado siendo partícipe directo.

Cuando ambos rostros estuvieron cubiertos y el jadeo de los tres expiró, Ferrara bajó del colchón. Sin limpiarse siquiera, se abrochó el pantalón y salió de allí. De la habitación, del local y del lugar oscuro en el que había estado sumido mientras tanto.

Suspiró, aliviado.

Todo el mal que sentía dentro había desaparecido, incluso los efectos del alcohol. Sabía que era momentáneo, que volvería, pero ahora no estaba, no lo sentía. Ni el dolor, ni la ausencia, ni el remordimiento.

Era lo que buscaba, ¿no? Pues ahí lo tenía.

No obstante, cuando se montó en el coche, de nuevo le pareció poco.

Faltaba algo más y no sabía cómo remplazarlo.

Capítulo 3

—¿Volveré a verte? —le preguntó Eric. Ella asintió—. Es curioso imaginar cómo será la próxima vez. ¿En la calle?, ¿en el Arrête?, ¿en mi casa tras una crisis emocional?

Nicolle sonrió con debilidad.

—Prefiero en cualquier lugar sin crisis emocional.

—Si se da el caso, espero que sea en una franja horaria que no contenga la madrugada. —La hizo reír—. No, en serio, ya sabes dónde estoy. Da igual la hora.

—Gracias por todo, Eric.

—No son merecidas.

—Sí, sí lo son. Gracias, de verdad. —Él la reprendió con la mirada y ella alzó las manos—. De acuerdo, de acuerdo, nada de agradecimientos. ¿Te quedarás aquí?

El chico miró a su alrededor. Seguían en el metro, hasta donde la había acompañado.

—Sí. Aquí estará bien.

—¿No es ilegal actuar en la calle?

—Sí y no. Para mí, que no tengo licencia, sí.

—¿Pueden llevarte detenido? —El chico asintió—. ¿Y te da igual?

Se encogió de hombros.

—No me da igual, pero es a lo que me expongo. Y... hablando de exponerse, ¿estás retrasando esta despedida por algo en particular?

—No estoy retrasando nada —titubeó levemente, mostrando su mentira.

—Nicolle, tendrás que verla. Si no ahora, en unas horas, y si no mañana, pero llegará el momento. Las cosas malas es mejor quitárselas cuanto antes de encima.

Ella suspiró y asintió. Llevaba razón, era su madre y tendría que encontrársela más pronto que tarde.

—Adiós —se despidió.

—Hasta pronto —le respondió él, siendo optimista.

Caminó los pocos metros que le faltaban para llegar a casa con el corazón bombeando muy fuerte y la incertidumbre de qué sucedería a continuación. Cuando llegó, no le dio tiempo de abrir la puerta. Su madre lo hizo en cuanto escuchó el tintineo de la llave y casi cayó de bruces.

Entró sin mirarla.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Silvana con preocupación. Nicolle, en silencio, observó de reojo cómo cruzaba los brazos, entrelazando los pliegues de una bata corta de aspecto sedoso. Se dispuso a subir a su habitación; no quería verle la cara. Las cajas apiladas le recordaron lo que le esperaba—. Nicolle, estoy hablándote. ¿Dónde has estado? He estado preocupada. ¡He llamado a Gala y no sabía nada de ti! ¡Incluso a tu abuela! ¡Está muy asustada! Y tú sin contestar al teléfono... ¿Se puede saber dónde te has metido toda la noche?

—Por ahí.

—Esa no es una respuesta.

La ignoró.

—¿A qué hora llevaremos las cajas? Estoy cansada y me gustaría tumbarme un rato.

Era cierto. De repente se encontraba agotada, laxa, como si al cruzar el umbral de la puerta de su casa todos esos sentimientos que le habían oprimido los músculos y el alma no existieran, como si la noche, y quizá Eric, se hubiesen llevado un poco de ese lastre con ellos. Seguía doliéndole el pecho y el nudo continuaba en su garganta, pero la tensión se había evaporado y no parecía haber sucedido nada.

—¿Cansada? —le preguntó su madre con un tono poco amigable.

—Sí, cansada.

Silvana pensó que no lo estaría de haberse quedado en casa durmiendo, aunque se abstuvo de hacer comentario alguno. Por algún extraño motivo, sintió pánico al reproche que pudiera devolverle.

—Tenemos que hablar.

La joven suspiró y se giró para mirarla.

—¿De qué?

—De lo que pasó ayer y de lo que pasará hoy.

—No me debes explicaciones —le dijo. De nuevo, tuvo la intención de subir—. Avísame cuando tengamos que llevar las cajas.

—A la cocina. Ahora.

No hubo más réplicas ni intentos de huida. Silvana esperó sin paciencia a que su hija volviera a dar media vuelta, pasara por delante de ella y se sentara frente a la mesa. De pie, la miró durante unos segundos, pensando en cómo comenzar.

—Nicolle, soy una mujer —fue lo primero que le dijo. Ella miró a su madre como si en vez de eso fuera un bicho con tres cabezas—. Soy tu madre, pero también mujer. Quiero decir con esto... —titubeó—. Quiero decir que tengo mis necesidades. Aún no lo entiendes, pero lo harás.

—Claro que lo entiendo —le soltó sin pensarlo.

—¿Cómo dices?

Ante la alarma de su madre, mostró tranquilidad.

Si ella supiera...

—Que lo entiendo, Silvana. Sé de qué me hablas, aunque nunca me hayas dado información. Voy a cumplir dieciocho años dentro de nada. Has intentado y conseguido tenerme apartada del mundo, pero este sigue girando y veo lo que ocurre a mi alrededor. Sé lo que son los hombres y el sexo.

La mujer cruzó los brazos sobre su pecho y convirtió los labios en una fina línea apenas perceptible. Por un momento le pareció que la que tenía delante no era la Nicolle de siempre. Y no lo era, aunque todavía no lo sabían con certeza ninguna de las dos.

—Bien. Entonces no comprendo el numerito que has montado desapareciendo toda la noche, llegando a estas horas y visiblemente enfadada.

—Que lo entienda no significa que deje de ser hipócrita por tu parte. Me has criado convenciéndome de que los hombres, todos, son malos. Están en el mundo para destruir a las mujeres, para convertirse en la piedra de nuestro camino, o eso dices siempre. ¿Qué pasa, que ya no lo son? ¿Ya no importa todo lo que me has dicho?

—¿Cómo dices?

—Has echado por tierra todo lo que levantaste y...

—¡No consentiré que me hables con ese desdén! —exclamó de repente y sin fundamentos, pues Nicolle estaba calmada, al menos en apariencia. Su madre, en cambio, había perdido la seguridad que la caracterizaba—. Es lo que hay y punto. No me agrada que lo hayas presenciado, pero, como dices, eres mayorcita e intuyo que nada tonta. Solo ha sido algo esporádico, nada que vaya a estropear lo que hasta ahora he conseguido. Así que se acabó. Este tema no volverá a tratarse ni tú a responderme de esa manera.

—Yo no...

Se levantó un poco de la silla e intentó excusarse, porque al ver a Silvana así, su enfado había menguado. Tenía razón: estaba respondiéndole. No mal, pero sí respondiendo, y sabía de sobra que eso con su madre no se hacía.

—El señor Ferrara llegará dentro de poco para recoger las cajas.

Las palabras no llegaron a salir de su boca. Su cuerpo se paralizó, los músculos se le tensaron y un nudo se instaló con más fuerza en su garganta. ¿Por qué había pronunciado su nombre ahora? ¿Por qué él iría a por las cajas, si nunca había estado en sus planes recibir ayuda en la mudanza?

De repente, tenía miedo. No supo a qué, pero lo percibió. Sintió, por el ambiente, por el brillo inusual de los ojos de su madre y por la tensión que se creó de manera repentina, que algo no estaba bien. Que ya nunca lo estaría.

—¿Fe... Ferrara? —balbuceó. Silvana asintió—. ¿Qué pinta él en todo esto?

—Cambio de planes. Nos mudamos a su casa.

Aterrizó de nuevo en la silla.

Noqueada, así se sentía. Si aquello era una lucha, su contrincante la había derrotado. La había dejado tumbada en el suelo, sin ser capaz de reaccionar, contratacar o defenderse. Fuera de combate.

—¿Nicolle? —Dio un paso al frente—. ¿Estás bien? Creía que te haría ilusión vivir con Gala y...

No escuchó más. Con Gala. Ni siquiera se había acordado de su amiga; no era ese su pensamiento, desde luego.

—Tú has dicho que no... ¿Est...? ¿Estáis juntos? ¿Marc y tú estáis...? Has dicho que es algo esporádico, y ahora... —No era capaz de terminar una frase completa, así que repitió la que más le interesaba—: ¿Estáis juntos?

Los segundos siguientes fueron los más largos de su vida.

—No, no... Solo me ha ofrecido trabajo. No podemos desaprovechar la oportunidad, Nicolle. Trabajo, casa, nada de facturas, nada de alquileres... Podremos ahorrar en poco tiempo, podré pagarte los estudios sin miedo a lo que surgirá el mes siguiente...

—Pero la abuela te ha ofrecido su casa. Allí podemos estar un tiempo y buscar algo. Yo también puedo trabajar. Estudiaré por las noches, como hasta ahora, y...

—No. Tú no trabajarás mientras pueda evitarlo. Además, el señor Ferrara me ha ofrecido la oportunidad en caso de que así lo quisieras. Podrías seguir limpiando, encargarte del jardín... Dice que te gusta mucho mantener viva esa parte de la casa.

«¿Por qué le ha hablado de mí? ¿Por qué ha montado todo esto? ¿A qué está jugando?».

Había ido a verla. Después de ignorarla como si no existiera, había estado allí, tal y como le prometió, en su actuación, en su supuesto gran día. Y cuando se encontraba en la cima de la dicha, le propinó una patada en la espalda, tirándola hacia la nada. Si quería lanzarla al vacío, tenerla lejos, no saber nada de ella ni hacerla sufrir, ¿por qué las metía en su casa? ¿No había tenido bastante con el dolor causado? No entendía nada.

—No quiero trabajar allí.

—¿Por qué? Hace un mes me lo suplicabas.

—Hace un mes tenía un viaje que pagarme —se excusó—, y dormía cada noche en mi casa, no en la de un desconocido.

—¿La de un desconocido? —Silvana rio cínicamente—. Pasas más tiempo allí que aquí.

—De verdad, podemos buscar otra cosa. Podemos salir juntas, mirar por Internet...

—Nicolle, déjalo.

—¡Reduciré gastos! No te pediré dinero nunca más para salir al Arrête, no iré a las clases de baile y...

—¡Nicolle! —Dio una palmada con fuerza en la mesa. Ella se asustó y cerró la boca—. No sé qué mosca te ha picado, pero deja de decir sandeces de una jodida vez. ¡Creía que estarías pletórica por la noticia, y mírate!

Tragó saliva con fuerza.

No podía. Sencillamente, no podía hacerse a la idea de vivir veinticuatro horas bajo el mismo techo que él y con su madre allí, juntos.

—Me iré a vivir a casa de mi abuela.

Su madre soltó una carcajada que le heló la sangre.

—Tú vendrás donde yo vaya, cerrarás esa bocaza que estás desarrollando y te comportarás

como lo has hecho siempre. —El timbre sonó y Silvana giró el rostro un segundo hacia la entrada, como si supiera lo que ocurriría. Después, bajó el tono—: No quiero oír una tontería más. Es la oportunidad de nuestras vidas, ¿lo entiendes? No creas que mi sueño es limpiar casas; lo hago por ti, solo por ti. —Su hija quiso responderle que dejara de tomarla como excusa para todas sus decisiones, pero no lo hizo—. Y ahora sé amable. Marc nos ayudará con la mudanza. —Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de entrada.

Nicolle se quedó petrificada. No le había gustado que mencionara su nombre con aquella familiaridad: «Marc». Hacía más real lo que había visto la noche anterior.

Silvana abrió, se hizo a un lado y la dejó apreciar desde su posición cómo el gran cuerpo masculino entraba en la casa y acaparaba todo el lugar hasta hacerlo más pequeño.

Era tarde, todo estaba decidido ya. Su madre nunca habría contado con su opinión, solo estaba informándola sobre lo que ocurriría desde entonces.

—Buenos días, señorita Harman —saludó Ferrara a Silvana.

—Buenos días, Marc. —De nuevo, a Nicolle le pareció que su nombre estaba siendo pronunciado con intención—. Puedes llamarme Silvana. —El tono salió agudo, incluso tonto e infantil.

Pensando en ello estaba cuando el hombre miró hacia la derecha.

Marc la vio allí sentada, con el rostro pálido, las ojeras muy marcadas y su larga melena negra, esa sedosa que tanto le gustaba, esa rebelde que nunca dejaba los mechones en el lugar asignado. No tuvo más remedio que eliminar sus pensamientos y comportarse con frialdad.

—Buenos días, Nicolle.

Ella no le contestó, no pudo. Se levantó y le dio la espalda mientras fingía que colocaba en el mueble superior algunos vasos limpios del fregadero.

—Creo que por aquí te han deseado buen día —le reprochó Silvana. Después se dirigió a Marc en un tono más bajo—: Perdónala, no sé qué le ocurre hoy. Estará cansada. Es lo que tiene pasar toda la noche fuera. —Eso fue otro reproche dirigido a ella—. Vamos, hay que cargar esto.

Dejó lo que fingía que hacía y se dio la vuelta mientras cogía aire. Él estaba en la entrada de la cocina. La miraba. Silvana, en algún lugar de la casa, hablaba de fondo.

Se fijó en sus ojos profundos y oscuros, en la mandíbula marcada, en la seriedad de su rostro. Miró sus anchos hombros y sus fuertes brazos, más que predecibles bajo la camiseta de color gris, lisa y de manga larga. Por un momento sintió debilidad y se imaginó envuelta en ellos. Borró ese pensamiento de su cabeza, persiguió las líneas invisibles que marcaban sus largas piernas y volvió a subir.

«¿Por qué me haces todo esto?», le preguntó con los ojos, mas no obtuvo respuesta.

Seguían allí, analizándose en silencio mientras el alma de Nicolle se resquebrajaba un poco más al imaginarlo con su madre. Era una diapositiva que siempre mostraba la misma imagen en movimiento: él desnudo, detrás del cuerpo femenino, penetrándola con vehemencia. Después, el sonido de la puerta, su rostro girándose, los ojos cafés clavándose en ella y el dolor más profundo experimentado.

—Buenos días, señora. Con permiso —saludó una voz masculina que a ella le resultó conocida. Al ver la barba blanca aparecer por la puerta, sonrió con amplitud. Fue como un salvavidas en mitad del profundo y absorbente océano.

—¡Alfredo! —exclamó con entusiasmo.

—Buenos días, Nicolle. ¿Qué tal? —le preguntó sin esperar respuesta. Después se dirigió a su jefe—: Señor, ambos coches están listos.

No habían necesitado ni una furgoneta para la mudanza. Eran tan pocas las pertenencias que ambas tenían en la casa que con el coche de Marc y el del chófer bastó para transportarlo todo. Cuando las cajas estuvieron cargadas, Nicolle pidió darse una ducha antes de partir. Quizá solo era una pequeña prórroga para aceptar lo que estaba sucediendo. Ocurría todo a una velocidad tan vertiginosa que mareaba.

—Puedes ducharte allí cuando llegues —le dijo Marc en tono neutro—. Recuerda que a partir de ahora es tu casa. Además, Gala espera impaciente tu llamada.

«Ahora es tu casa».

No pudo decir que no. «No sé hacerlo», se recordó. Lo que sí hizo con rapidez fue montarse en el coche de Alfredo. Tenía miedo de dejar a Silvana y a Marc solos —una estupidez, lo sabía—, pero más miedo le daba compartir el mismo espacio reducido con él.

Si el chófer habló algo interesante durante el trayecto, no lo recordó. Había recorrido aquel itinerario decenas de veces, aunque nunca con el corazón tan acelerado, el pulso tan arrítmico y el miedo tan patente. Así que la voz de Alfredo solo era música de fondo. Estaba más asustada que nunca porque sentía que todo lo que le hacía mal se concentraría en un mismo lugar y que, encima, debía llamarlo hogar.

No sabía qué le esperaba cuando cruzara el umbral de la casa de los Ferrara, pero no le quedaba más remedio que descubrirlo.

Capítulo 4

Gala estaba entusiasmada. A Nicolle no le había dado tiempo de cerrar la puerta del coche cuando Marc se colocó frente a ella con el móvil, indicándole con un gesto que lo atendiera. Soltó el neceser que tenía en una mano, a conjunto con la maleta de estampado de flores violetas, y se hizo con él. Al otro lado, un chillido la hizo apartárselo.

—¡No puedo creérmelo! ¡No puedo creérmelo! Vamos a vivir juntas, ¡juntas! ¿Te das cuenta de que se han acabado las fiestas de pijamas? ¡Todas las jodidas noches pueden ser una fiesta! Lamento mucho no estar ahí, porque me agarraría a tu cuello cual mono al de su madre para no caerse.

La hizo sonreír con su efusividad mientras caminaba hacia la puerta para soltar sus pertenencias. Era la primera vez en horas que curvaba sus labios hacia arriba, y aunque no estaba feliz con la idea, sí que le alegraba saber que Gala estaría a su lado. Después de una semana completa, sí, pero eso pasaba volando. Al menos era lo que esperaba.

—Vamos, chica. Hay que colocarlo todo antes del almuerzo —la informó Alfredo, abriéndose paso cargado de cajas.

—¿Habéis aterrizado? —le preguntó Nicolle a Gala a la vez que asentía a las palabras del chófer.

—Sí, claro. Aterrizamos temprano. Ahora estamos en el hotel, desayunando. Hemos soltado las maletas y... —Siguió parloteando a través del teléfono.

Nicolle, mientras, se encontraba estática ante la imponente fachada negra, absorta en otras cosas. Por ejemplo, en que el sol había salido tras la noche de lluvia intensa, en que la grandeza visual de la casa en la que siempre se internaba entusiasmada había desaparecido, en el movimiento acelerado de Silvana, Marc y Alfredo descargando las cajas, y en el abrir de la puerta para dejar paso a la sonrisa de Celine, que esperaba tras ella.

—Bienvenida —la saludó la cocinera con una gran sonrisa.

Nicolle se la devolvió y subió los breves escalones. Después de eso, suspiró y entró. La única que se percató de aquella fuga de aire fue la mulata, quien la alentó con la mano sobre el hombro mientras se hacía con su maleta.

—Gracias.

—Puedes dejarlo todo a los pies de la escalera, que ahora lo subiremos —le indicó la mujer.

—¡Ey! ¿Estás ahí? —le preguntó la voz de Gala.

—Te llamo en unos minutos y hablamos con tranquilidad.

Cuando colgó, le devolvió el móvil a su dueño sin mirarlo. Acto seguido, se dio la vuelta, bajó y se encaminó al coche para descargar cajas. Así, lo metieron todo. Eran tantas manos y tan pocas pertenencias que no tardaron más de veinte minutos en terminar.

Una vez dentro, Marc realizó con Silvana las presentaciones oportunas. Después, miró a madre e hija.

—Podéis tomaros la mañana con tranquilidad para desayunar, colocar vuestras pertenencias y ducharos. Como ha sido todo un poco precipitado, no se ha acondicionado el dormitorio con una tercera cama. De todas maneras, Gala me ha pedido que te instales en su habitación, y creo que

no es mala idea. —Esta vez miró a Nicolle directamente, aunque ella no levantó los ojos del suelo, limitándose a asentir.

—Vamos, habrá que hacerte un poco de sitio. —Celine cogió lo que las manos le abarcaron y Nicolle la siguió por las escaleras, cargando su maleta y el neceser. Silvana se quedó abajo siendo instruida por Alfredo y Marc. A su hija no le importó dejarla sola. De hecho, quería que se sintiera más que nunca.

La cocinera abrió la puerta del dormitorio y miró a la morena de ojos caídos y tristes.

—Ahora tengo que encargarme de prepararlo todo, pero ya sabes dónde puedes encontrarme. Estaré en la cocina. Si necesitas hablar, búscame.

—Gracias. —Le sonrió con sinceridad y entró en el dormitorio amarillo, ese en el que había visto películas, comido palomitas, dormido y saltado sobre la cama de casi tres plazas. Ese que siempre había ansiado y que ahora cambiaría por cualquier cosa.

Cuando estuvo sola, se sentó sobre la cama y llamó a Gala. Le daba la sensación de no estar respetando su privacidad, y no sabía muy bien qué hacer o cómo instalarse. Le contó muy por encima el traslado. Nada sobre su padre y Silvana, pues no se veía en el derecho de desvelar algo tan íntimo de uno y del otro.

—Para gustarte tanto mi casa y repetirme día sí y día también que no valoro lo que tengo, no te veo muy entusiasmada con la mudanza —advirtió Gala.

—No es eso. Solo que estoy un poco turbada aún. No me ha dado tiempo de procesar la noticia. Hace menos de una hora pensaba que dejaba mi casa para irme a la de mi abuela y ahora estoy aquí. Ni siquiera tengo claro que haya procesado tener que cambiarlo todo de nuevo. Pero estoy muy feliz de saber que voy a vivir contigo.

—Yo también —le confesó—. Cuando mi padre me lo ha contado esta mañana..., ¡casi me vuelvo para Francia!

—Venga ya, exagerada.

—De verdad. Estoy muy emocionada. Ah, por cierto, acomódate como te parezca. Siéntete en el derecho de colocar lo que quieras y donde quieras. Puedes pegar pósteres en las paredes y hacer a un lado mis cosas de las estanterías. Menos el de Zac Efron. Si me quitas el póster de Zac, tu vida corre peligro. El armario, todo tuyo. Percha para un lado y hazte el hueco que necesites. La cama, como prefieras, o podemos dormir en la mía o sacar la supletoria.

Debajo se encontraba un somier elevadizo con un colchón algo más pequeño en el que Nicolle solía dormir cuando se quedaba. No aceptaba dormir con ella para no molestarla, pero ahora más que nunca le apetecía la presencia cercana de su amiga..

—No hace falta, prefiero dormir contigo.

—Mientras no me toquetees por las noches... Y no te acostumbres a abarcarla entera, que volveré pronto.

Las dos rieron. Ambas sabían que no había manera humana de ocupar tanta dimensión.

—Gracias, Gala —le dijo con sinceridad, cerrando los ojos y pensando que, si ella estuviese allí, todo sería mucho más fácil—. Disfruta y pórtate bien.

—Qué aburrido, entonces. —Le tiró un beso y colgó.

Se levantó, echó una ojeada alrededor y pensó que no se excedería colocando. Solo lo haría con la ropa. Tampoco es que hubiera traído tanto; sus pertenencias, menos las importantes, se quedaron en Carmona. De repente, una idea se le pasó por la cabeza, pero decidió descartarla con rapidez y ponerse manos a la obra.

El ropero de Gala era una tienda de ropa ordenada por tipos de prenda y colores. Debajo, un enorme zapatero horizontal lleno de zapatos. Hizo las perchas a un lado ligeramente y ordenó su ropa de cualquier manera, sin importarle si eran pantalones, vestidos o camisetas. Intentó rejuntarlo para ocupar el menor espacio posible y colocó algunos pares de zapatos en huecos que vació. Colgados también, sus maillots, medias y zapatillas de balé.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos. Distraída, dio unos pasos hasta su destino y abrió. Por algún motivo, no esperaba encontrárselo a él, no obstante, allí estaba.

Lo miró, estupefacta. Tuvo que tragar saliva ante la imagen de aquel hombre alto que la escudriñaba con detenimiento, pero no quitó sus ojos claros de los oscuros y brillantes de él.

—¿Qué quieres? —le preguntó de repente, sin saber de dónde le había salido la voz que creía paralizada, como su cuerpo.

—Hablar contigo.

—Pues yo no. —Con brío, fue a cerrar la puerta que todavía tenía sujeta, pero él lo impidió al adelantar la mano y frenarla. Ella se esforzó en cerrar con fuerza, apretando los labios y contrayendo la cara. No funcionó.

—Nicolle —miró a ambos lados—, tenemos que hablar.

—He dicho que no —se negó como una niña pequeña, empujando con todas sus ganas.

Marc, quieto en el lugar, solo tenía que mantener la mano allí. Cansado, hizo un poco de fuerza y abrió, arrastrando los pies de ella hacia atrás. Cuando la hubo apartado, cerró y miró alrededor. Se sintió una basura estando en la habitación de su hija con su amiga dentro.

Se recordó cuál era su cometido y se centró.

—Escúchame. Solo será un momento.

—Vete —le exigió. No pensaba hablar con él. No pensaba hacerlo antes y mucho menos ahora, que había entrado a la fuerza.

Marc se dijo que sería solo un instante y la observó.

«Solo un poco más».

Estaba dolida. Sus ojos cristalinos parecían secos, posiblemente de llorar, y debajo de ellos unos grandes surcos rojizos luchaban por apagar la luminosidad que los caracterizaba. En su cara pálida no había restos de maquillaje, lo que dejaba en libertad todo eso que por cuenta propia quería expresar. La había visto de muchas maneras en poco tiempo: feliz, desconcertada, provocativa, segura, excitada, enfadada y, su favorita, distraída. Pero nunca tocada y hundida. Nunca con tanta mezcla de sentimientos negativos y confusos dentro de ella. Y solo había un culpable de aquel dolor.

—Sigues con la ropa de ayer —apreció Marc de repente, como si no llevara observándola unas horas. Solo cambiaba su pelo. Su larga melena negra como el carbón, larga y espesa. Sintió la necesidad de meter los dedos entre los mechones, recogerlos en su puño, tirar hacia atrás y...

Nicolle alzó las cejas de manera inconsciente.

—¿Has forzado la puerta para decirme eso?

—No he forzado la puerta.

—Sí lo has hecho. Te he pedido que te vayas y no te has ido.

—Solo quiero que aclaremos un punto. —Ignoró el comentario anterior porque ella tenía razón —. Vamos a vivir bajo el mismo techo y tiene que existir armonía.

—Armonía —le repitió con sorna.

—Sí, armonía. Nadie puede darse cuenta de que...

—De que antes de follarte a la madre habías intentado hacerlo con la hija.

«No ibas a hablar con él —se recordó—. No ibas a reprocharle nada. Ni siquiera ibas a mirarlo».

A él le impactó la claridad y la rudeza de sus palabras.

—Nicolle...

—Debería delatarte. Debería contarle a Silvana que antes de que te metieras en su cama... —titubeó. Los labios le temblaron de rabia e impotencia al recordarlo en el vestidor, hincándole los dedos en sus muslos mientras la aprisionaba contra la pared, o en su despacho, sobre sus piernas, mientras le sujetaba los tobillos—. Todos tienen derecho a saberlo, y también Gala.

—Hazlo.

Ella apretó más los dientes.

—Estuviste en la actuación. ¿Para qué coño fuiste? ¿Fue para ver a Silvana porque sabrías que estaría allí? Qué patético. Por un momento creí que estabas allí por mí. —Soltó una risotada amarga—. Pero no. De nuevo, la gran Silvana Harman se lleva el aplauso, el reconocimiento y el premio. Pues para ella, no lo quiero.

—Se lo cuentas a todo el mundo o te callas la boca, te comportas y vivimos en armonía.

—Vete —le pidió llena de rabia y herida porque fuera lo único que dijera después de su reproche.

—Elige, Nicolle, tienes dos opciones.

—Y si no, ¿qué? ¿Eh? ¡¿Qué?! —gritó.

Marc se mantuvo en silencio. Ella se acercó, le dio un empujón en su fuerte pecho, sin conseguir moverlo ni un centímetro, y lo golpeó con los puños, cegada por la rabia. Una vez, otra, otra y otra. Se mordió el labio inferior, con la cara contraída mientras le pegaba más y más; no sabía si buscando hacerle daño o su propio alivio. El pelo le cubría el rostro y las lágrimas lo ayudaron.

—Para —le exigió Marc mientras inmovilizaba con sus grandes manos los pequeños e inquietos puños de Nicolle. Ella siguió moviendo su cuerpo en busca de la liberación—. ¡Para, joder! —le gritó tan alto que consiguió asustarla.

Entonces se quedó quieta, completamente inmóvil, con los puños todavía apresados y pegados al pecho de él. No pudo más que rendirse, apoyar la frente en ellos y llorar, soltando un gran sollozo.

—Te odio —murmuró, ahogada en el llanto mientras sentía cómo él aflojaba las muñecas y se apartaba de su cuerpo—. Te odio, Marc Ferrara. Te odio, te odio y te odio. Maldito sea el día que te conocí y maldito seas tú.

«Genial», pensó Marc mientras la apartaba, la dejaba allí, destrozada, y salía de la habitación, sintiendo un punzante e insoportable dolor en el pecho. Y no era debido a los golpes.

El almuerzo estaba preparado para todos, aunque Alfredo se había escaqueado justificando un recado. Marc insistió en que Celine se sentara en la mesa para poder hablar y conocerse un poco entre todos. Nicolle pensó que de manera más íntima que la conocía a ella y a su jefe no era posible. De todas formas, creía que lo hacía para que no se sintieran excluidos y únicamente parte del servicio.

Los cuatro se encontraban alrededor de la mesa. Silvana miraba de reojo a su hija, quien, tras haberse duchado, se suponía que debía estar más relajada y lucir mejor aspecto. Parecía lo contrario. Celine también quitaba la vista de su plato de alcachofas rellenas para centrarla en la muchacha cabizbaja que removía la comida sin probar bocado.

—Están rellenas de carne picada y pimiento rojo —la informó Celine en un intento de animarla. No sabía qué había sucedido, pero por la cara de su jefe y la escasez de palabras, intuía que nada bueno—. Pruébalas, verás qué ricas.

Nicolle se llevó un trozo a la boca, masticó despacio y sonrió.

—Mmm, buenísimas.

Después, siguió dándole vueltas, sin probar nada de lo que había sobre la mesa. Demasiado para cuatro personas.

—Bien. —Marc terminó de masticar, se limpió la boca y colocó los codos sobre la mesa—. No hemos tenido tiempo de matizarlo todo, aunque lo importante está acordado. —Miró a Silvana—. Te encargas de la limpieza, lo que hasta ahora estaba haciendo Nicolle, y de ayudar a Celine en caso de que sea necesario. Como estarás aquí, entre ambas podéis llevar los recados y las compras mensuales. Como te he dicho, puedes repartirte las tareas como quieras, siempre y cuando esté todo correcto. Antes de las siete estará terminada la jornada para que puedas prepararte para la cena. —Aclaró que sería en la cocina, con Celine y Alfredo, y que siempre estaría preparada por esta primera.

»Podéis contar con Alfredo siempre que lo necesitéis para ir de un lado a otro, a no ser que esté ocupado. Si requieres ayuda con la limpieza o cualquier otra función de la casa, ya sabes que habrá un puesto para Nicolle. —Se calló y miró a la nombrada.

Ella alzó los ojos y los paseó por alrededor, para comprobar que esperaban una contestación que no llegaba; sobre todo, su madre.

—Nicolle —insistió Silvana con rotundidad, cansada de su comportamiento.

—No, gracias.

—No, gracias ¿qué? —le preguntó su madre..

—Que lo agradezco, pero no estoy interesada en el puesto.

No quería su caridad. La habría colocado en cualquier puesto de la casa con tal de *ayudarlas*, como él le había dicho poco tiempo atrás, apoyado en la barra del Arrête. Incluso en el de Alfredo, aunque no supiera conducir. Además, su madre le había dicho poco antes que no permitiría que trabajara, ¿no? Pues eso.

Silvana carraspeó y, en un intento de amenizar el almuerzo y hacer fluir la conversación, dijo:

—El señor Ferrara también se ha ofrecido a seguir ayudándote con las clases de francés.

Eso sí consiguió llamar su atención. Elevó la cabeza como impelida por un resorte y clavó la mirada en Marc, que observaba cada movimiento de ella.

Estaba duchado y vestía casual. Una camiseta básica de manga larga y de color blanco se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, mostrando más de lo que ella estaba interesada en ver. En la parte inferior, unos pantalones vaqueros.

No, no lo odiaba.

Ni lo odiaba ni lo maldecía a él ni el día que lo conoció. Le habría encantado hacerlo, pero no podía. Era guapo a rabiar y tenía un halo misterioso a su alrededor que la llamaba como un imán. Era ese cartel de prohibido el paso que te hacía querer pisar un poco más allá e internarte. Y ahora, más todavía.

¿Qué hacía para odiarlo o, al menos, olvidarlo? ¿Qué hacía para que le gustara menos? ¿Era solo atracción lo que sentía? Si lo era, cómo dolía.

Él tenía razón. Solo había dos opciones: o lo desmantelaba todo, hiriéndolo y causándole problemas, o se callaba y continuaba como si nada hubiera ocurrido. Algo en su interior quería hacerlo sufrir, que fuera partícipe del dolor que había sentido ella, pero analizaba las posibles represalias y se amedrantaba al imaginarlo peleado con Gala, sin dirigirse la palabra, o, mucho peor, en la cárcel. Porque podía acabar en la cárcel por eso, ¿no?

Le pareció ridículo, de todos modos. Tenía diecisiete años, sí, pero le faltaba muy poco para los dieciocho. Y, además, aunque ahora no quisiera reconocerlo por su orgullo herido, había disfrutado de lo que él le había ofrecido. Había gozado con sus manos inquietas.

Lo ignoraría.

No entraría en disputas ni en provocaciones. Se comportaría como era en realidad, al menos como la chica que fue antes de que se cruzara en su camino, y evitaría estar cerca de él lo máximo posible. Así, el tiempo y el vago contacto conseguirían que todo volviera a ser como antes.

—Gracias, Marc —se limitó a responderle. Fingió una sonrisa que el resto se creyó y lo miró de frente, sin pena y sin tapujos—. Pero prefiero dejar el tema de las clases para después de Navidad y disfrutar de las vacaciones, que son muy cortas. Si te parece, lo hablaremos cuando acaben.

Silvana le dio una patada por debajo de la mesa sin soltar el bocado de alcachofa que ya casi masticaba. Ella sí que era una profesional actuando. Nicolle sabía que la advertencia era debido a su tuteo, y por algún motivo no racional sonrió de manera exagerada, colocó la mano sobre la de su madre de manera coloquial y dijo:

—No te preocupes por el tuteo. A veces nos pasa que se nos olvidan los tratos de respeto. El señor Ferrara y yo tenemos algo de confianza. Llevo más de un año viniendo aquí con su hija, y en el tiempo que he trabajado para él hemos cogido mucha más, ¿verdad, Celine? —La cocinera, que no se esperaba la mención a su persona, casi escupió la comida. Contuvo las ganas de hacerlo y de reír—. Le pregunto a ella porque estamos muchas horas todos juntos y es testigo de lo que digo —terminó por explicarle a su madre—. Dos días más y tú también lo tutearás siempre. Es un jefe cercano que trata muy bien al servicio.

Marc movió el cuello, destensándolo. Estaba sofocado. Sus mejillas se encendían por momentos y sus ojos parecían echar chispas. Quizá era debido a las miradas que corrían de un lado a otro de la mesa a causa de sus palabras. Palabras que se habían convertido en dardos envenenados que pinchaban a todo el mundo.

Le encantó verlo así, inseguro y asustado. Cuando le había ofrecido aquellas dos opciones, solo había aparentado una seguridad que en realidad no sentía.

—Hablando de la Navidad —volvió a pronunciarse Marc—, podemos pasarla aquí. Celine

suele hacerlo con nosotros, y este año no está Gala. La celebraremos los dos solos.

—Está bien —aceptó Silvana, sonriente.

—¿Y la abuela? —se quejó Nicolle—. Yo quiero pasarla con la abuela.

—Puede venirse, si ella quiere —añadió Marc.

—Bueno, se lo preguntaremos —concluyó Silvana con una tranquilidad que exasperó a Nicolle.

—Si me disculpáis, no tengo hambre. —Soltó la servilleta con fuerza sobre la mesa y se levantó. Todos se quedaron estupefactos ante la reacción.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre.

—A dar una vuelta. ¿Puedo, o vivo recluida en esta minimansión?

—Por supuesto que no —le respondió Marc—. Puedes entrar y salir siempre que tu madre lo permita y bajo sus horarios.

Ella asintió y se marchó del salón. Silvana se disculpó con la mirada ante los demás comensales y fue en su busca. Al llegar al pasillo, la sujetó por la muñeca y le recriminó entre dientes:

—¿Adónde te crees que vas?

—A casa de mi abuela. Decías que estaba preocupada, ¿no? Iré a visitarla y aprovecharé para verla, por si el día de Navidad no puedo hacerlo.

—Comienzas a cansarme con esta actitud déspota de adolescente hormonada que no sabe lo que quiere. ¿Por qué te comportas así? ¿Por qué estás enfadada? Creía que habíamos aclarado el asunto esta mañana, pero veo que no. ¿Vas a soltarlo de una vez, o continuarás comportándote como una idiota? Porque creía que te encantaba esta casa, estar con Gala y con su padre. ¡Te pasas todo el día hablando de lo magnífica que es! Y también pensaba que querías unas Navidades rodeada de personas. Es lo que siempre dices, ¿no? Árbol, adornos, regalos, lucecitas... Todo está aquí. ¿Qué más quieres? Porque te juro que ya no lo sé. No recuerdo, en diecisiete años, una sola ocasión en la que te hayas levantado de la mesa antes de que todo el mundo termine de comer.

Con la mano que le quedaba libre, Nicolle se tocó el puente de la nariz.

—Perdóname —susurró, aplacando lo que fuera que le molestara ahí, en su entrecejo. Después se soltó del débil agarre—. Tienes razón, estoy comportándome como una idiota. No sé qué me ha pasado. Supongo que ha sido el cambio tan repentino e inesperado, y ahora la noticia de la abuela. Me hacía ilusión cenar con ella y que por una vez no estuviésemos solas.

—Te he dicho que le preguntaríamos.

—¿Puedo ir y hacerlo yo?

Silvana suspiró.

—Puedes. No vuelvas tarde. Por favor te pido que siempre llegues antes de que finalice mi jornada para que estemos aquí cuando ellos ya estén preparados y cenando.

Asintió y salió de la casa.

«Ellos».

«Los señores de la casa», le había faltado decir, y no ellas dos, que después de todo, y por mucho que insistiera Marc, solo eran su limpiadora y la hija de esta. Por mucho que hubiera tenido un contacto cercano y carnal con ambas.

Pensar aquello le atravesó un poco más el pecho.

Capítulo 5

Frida prefería quedarse en casa, y todo lo que insistiera Nicolle estaba de más.

—Me hacía ilusión pasar estas Navidades contigo —le confesó la muchacha. Solo recordaba dos a su lado: una en Francia, siendo muy pequeña, y otra en España—. Silvana también estaba ilusionada con eso.

Su abuela alzó las cejas y la contempló con una sonrisa socarrona. Ambas sabían que si Silvana se ilusionaba con algo, nadie se percataría. Se giró de nuevo para coger una caja de pastas que guardaba en el mueble superior de la cocina y la colocó sobre la mesa. Las tazas de té estaban ya servidas.

—No te preocupes, otro año. De todos modos, desde que murió el abuelo, no me han quedado muchas ganas de celebraciones.

—Ya, pero tú estás viva.

Frida le sonrió con cariño, le sujetó la mano y le dio un beso en ella.

—Tú disfruta y olvídate de los viejos. —Nicolle le devolvió la sonrisa mientras cogía una pasta. Ahora que estaba cómoda, el apetito regresaba—. Cuéntame, ¿qué tal la mudanza?

—Bien —mintió de manera escueta para no tener que darle más explicaciones.

—Ya le dije a tu madre que podíais quedaros en casa, que no era molestia alguna, sino todo lo contrario. Pero ha preferido elegir esa opción. De todas maneras, elija lo que elija, yo estoy aquí, ¿vale? —Esperó una respuesta de Nicolle que no llegó—. ¿Vale?

—Vale.

—Así me gusta.

Unos diez minutos la separaban de la casa de Eric andando. Solo diez. Al menos eso calculó la madrugada anterior cuando iba en metro. Podía caminar ese corto trayecto y verlo o darse la vuelta y volver a casa.

A casa.

A casa de los Ferrara.

Puso el GPS del móvil y descubrió que casi había acertado en sus cálculos. Siete minutos de distancia hasta Montmartre.

Cuando se detuvo ante la puerta de cristales rotos, creyó que hubieran pasado muchos días desde que la visitó y no horas. Como la primera vez, llamó con la palma de la mano, y también como la primera vez, no obtuvo respuesta. Repitió en dos ocasiones más y suspiró. Eric no estaba y no sabía cuándo regresaría. Algo dentro de ella rozó la desilusión por no encontrarlo allí, y encima no tenía manera de contactar con él.

Rebuscó dentro de su mochila algún papel donde poder escribir. Solo un folleto publicitario de una pizzería se hallaba en el fondo, doblado de mala manera. Lo había metido allí por no rechazarlo cuando la chica se lo había ofrecido en plena calle. Después le dio pena tirarlo delante de ella y lo guardó. Ahora le era útil, pero no tenía bolígrafo. Chasqueó la lengua y siguió buscando. Lo único que encontró fue un rotulador de color naranja fosforito. Con aquello

serviría.

He venido a visitarte y no estabas.
Como nunca sabré dónde encontrarte,
te doy mi nueva dirección para
que me encuentres tú.
Tenía ganas de verte.
Nicolle

Como firma, la ubicación de su nueva casa.

Introdujo el folleto por debajo de la puerta y comenzó a darse la vuelta, dispuesta a marcharse.

—¿Te vas?

La voz consiguió que se girara por completo, como viviendo un *déja vù*, aunque esta vez Eric no estaba en la puerta y sonaba más lejano. Venía caminando hacia ella desde unos seis o siete metros de distancia.

—Eh... Esto... Sí —balbuceó. De repente, viéndolo llegar con ese aire despreocupado, con el pelo claro despeinado y la sonrisa en el rostro, se preguntó qué hacía allí otra vez.

«Es la única persona con quien puedes hablar», se recordó.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Sin probar el mejor helado de todo París?

Nicolle se tomó unos segundos para responder.

—¿Helado, en invierno?

Eric se encogió de hombros, ya llegando a su altura. Vestía un pantalón de color negro, ajustado a sus piernas largas, una camiseta blanca y, encima, una chaqueta de cuero. Poca ropa para el frío que hacía.

—¿Acaso no tomas bebidas frías en esta época?

—Sí, pero...

—Porque el otro día, en el Arrête, tomabas un refresco,que expresamente pediste con hielo como buena española, y creo que todavía era invierno.

—Eso ha sonado a acosador que espía y controla todos mis movimientos. —Intentó ponerse seria, pero tuvo que sonreír.

—¿Lo dice quien ha aparecido dos veces en mi casa en menos de veinticuatro horas?

—Pasaba por aquí.

—¿Por aquí? —Miró alrededor, alzando la cabeza, y Nicolle reparó en su mentón marcado—. Nadie pasa por Montmartre para ir a ningún lado.

—Mi abuela vive cerca.

—Y pasando, has tropezado justo delante de mi puerta. Porque me ha parecido verte introducir algo.

Negó con la cabeza y notó cómo se sonrojaba. Era evidente que descubriría el papel en cuanto abriese. Con suerte, podría pensar que era un simple folleto de *pizzas* y no prestarle atención. Suplicó que así fuera.

—Vale, acepto ese helado. Vamos.

Él le sonrió con amplitud, conocedor de que intentaba distraerlo para que no entrara.

—Cogeré un abrigo primero. —Y sin dejar que Nicolle le rebatiera la decisión, abrió la puerta y miró hacia abajo. Se agachó, se hizo con el papel, se incorporó y le dio vueltas entre sus manos hasta encontrar el mensaje. Después la miró a ella con una ceja alzada y divertido—. Has venido a visitarme, concienzudamente —recalcó—, te has mudado y tenías ganas de verme. Y toda esta información la sueltas en un folleto publicitario de una pizzería, con rotulador y, encima, naranja fluorescente. Y me mientes. Las relaciones no pueden comenzar con desconfianza, ¿eh?

«¿Relaciones?».

—No tenía papel ni bolígrafo —atinó a decir, sin querer añadir nada sobre aquel comentario. El chico era peculiar, pero su personalidad más. Ya no sabía cuándo hablaba en serio y cuándo

no.

—Ni yo tanto frío. —Cerró la puerta—. Aceptaré tu cita solo por lo original que ha sido la petición.

Comenzó a caminar por la dirección por la que había llegado. Nicolle lo siguió y, apurando los pies para llegar a su altura, le preguntó:

—¿Qué cita?

—Esa en la que me invitarás a una *pizza* en Casa Festa. —Le mostró el papel.

—En casa de Marc Ferrara —dijo Eric. Se metió una cucharada de helado de vainilla praliné en la boca y lo mantuvo ahí mientras observaba el rostro compungido de Nicolle—. No lo entiendo.

—¿El qué?

—La propuesta de iros a vivir a su casa.

—¿Por qué? Se empeña en ser un hermano de la caridad. Por eso me dio el puesto y quiso mantenerlo cuando se enteró de que nos mudábamos.

—No es eso. Cuando me contaste lo de tu madre, pensé que el motivo era evidente: estaba haciéndolo para apartarte de él. ¿Por qué si no con tu madre? ¿No hay más mujeres en el mundo? —Escucharlo de la boca de otra persona le produjo un pinchazo en el estómago y tuvo que apartar su batido helado de fresa a un lado—. Pero justo después os vais a vivir a su casa...

—¿Y cuál crees que puede ser la hipótesis?

—¿Es importante para ti saber mi hipótesis?

—Sí.

—Pues te la contaré si te tomas el batido.

Nicolle puso los ojos en blanco mientras cogía el vaso de nuevo y volvía a introducirse la pajita en la boca. Tras un sorbo, le preguntó:

—¿Y bien?

—Pudo haberlo hecho para convencer a tu madre de iros a vivir con él, pero no tiene mucho sentido si quisiera tenerte cerca... Así que lo que creo en realidad es que ha dado el paso más seguro para alejarte de él.

«El paso más seguro para alejarte de él». Esas palabras resonaron con fuerza en su cabeza.

—Que tampoco tiene mucho sentido. ¿Alejarme y meterme en su casa? —Se tocó la frente y se restregó los ojos—. Mira, no lo sé, ni siquiera quiero pensarlo. Encima, si no tenía suficiente con las restricciones de Silvana, ahora se le añade llegar pronto, más —recalcó, abriendo los ojos —, a casa.

—Y sospecho que hoy no te hace especial ilusión.

—Sospechas bien.

—¿Estás diciéndome que has aceptado este helado para no volver a casa? ¿Qué habrías hecho cualquier cosa con tal de no regresar?

—No. —Negó con la cabeza, divertida—. Me alivia estar contigo.

Ambos dejaron pasar aquellas palabras, pero cada uno pensó en ellas y las transformó a su manera.

—¿Y qué harás ahora? ¿Lo has pensado? —le preguntó Eric, volviendo a introducir en su boca la pequeña cucharilla transparente.

—Por el momento, evitarlo a él —le había contado su encontronazo con Marc en la habitación — e intentar comportarme con Silvana. Ella no tiene culpa de nada y no entiende por qué actúo como una idiota. Y tengo un plan —susurró bajito, casi para ella, convenciéndose de hacer lo que había pensado—, pero necesito tu ayuda.

—¿Un plan? —Nicolle asintió, despacio—. Por tu cara, deduzco que no es nada bueno ni que vaya a gustarme. Si necesitas mi ayuda, prefiero no saberlo, al menos por ahora. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito dinero, y tú me dijiste que si te conseguía una actuación en el Arrête, tú me ofrecerías trabajo.

—Aunque no me lo consiguieras, siempre hay trabajo. Las calles de París están abiertas para

todo el mundo. Aunque un trato es un trato.

—¿Quieres que trabaje en la calle?

—No, yo no. Quieres trabajar tú para llevar a cabo tu plan.

Nicolle miró hacia otro lado, observando el ir y venir de la gente y el ajetreo de los camareros.

—¿Qué podría hacer?

—Bailar. Es lo que te gusta, ¿no? —Ella asintió despacio, no muy convencida—. No lo veas como un trabajo; es lo especial de actuar en la calle. No es tu academia ni te juegas absolutamente nada sobre un escenario. No hay profesores por encima de ti que te griten ni te juzguen. Tú eres el profesor y el alumno. Y, créeme, llegarás a ser más dura y exigente contigo misma que cualquiera que te hayas cruzado hasta ahora.

—Sí, es una opción.

—Hay muchas. También puedes preguntar aquí, o en cualquier otra heladería, panadería... No es difícil encontrar un puesto. Pero siempre es mejor marcarte los horarios y situar la oficina donde te parezca.

Lo sopesó unos segundos. Al menos no tendría que limpiar en casa de los Ferrara y cabía la posibilidad de que él la acompañara. Sonrió, y al hacerlo soltó una especie de risa mezclada con un bufido.

—Si Silvana me viera bailando en la calle..., podría darle un infarto. ¿Qué dirían de la hija de la gran bailarina internacional?

—Que ha sabido ser feliz. —De repente, se levantó y le entregó algo en la mano—. Ven, te presentaré a los chicos. ¿Sabes las cosas tan guais que pueden hacerse con José tocando y tú bailando?

Pero ella no respondió. Ni siquiera lo había escuchado terminar la frase. Estaba ensimismada en la mariposa de color blanco que Eric le había entregado. Era pequeña, de papel, hecha con una servilleta en la que aparecía el nombre de la heladería concretamente. Sin levantarse, alzó la vista y lo miró con la boca abierta, asombrada. En una de las alas tenía escrito con rotulador fluorescente de color naranja la palabra «Vuela».

Se giró para observar que su mochila seguía en el mismo lugar: colocada por ambas asas en el respaldar de la silla. La abrió y buscó, ansiosa.

—¿Buscas esto?

Al girarse de nuevo, Eric sujetaba su rotulador.

—¿Có... cómo es posible? Pero si no... Si no te ha dado tiempo... ¡Has estado comiendo helado en todo momento y enfrente de mí! No has detenido las manos y no te has acercado a mi mochila. ¡No puede ser!

Intentaba encontrarle la lógica, recordar en qué momento se habría acercado a ella para abrir la mochila, o en el que cogía una servilleta y la manipulaba para hacer la forma de una mariposa elaborada. Pero no. Había mantenido una mano en su tarrina y otra sujetando la cucharilla, ¿no? Él, mientras, se acercó a la barra para pagar el helado y el batido. Nicolle se levantó y lo siguió, todavía sin cerrar la boca, divirtiéndolo con sus gestos nerviosos y las extrañas muecas que realizaba mientras intentaba buscar una explicación. Observó cómo los impresionantes ojos de color claro brillaban con intensidad y se abrían mucho, emocionados y haciendo chocar las largas pestañas en las cejas oscuras.

—¿Vamos? —le preguntó, comenzando a caminar hacia la salida.

—¿Cómo lo has hecho?

—Soy mago.

—Venga, porfa, dímelo. ¿Cuál es el truco?

—No hacer preguntas y disfrutarlo sin más. Ese es el truco.

Capítulo 6

Cuando cruzó el umbral de la puerta negra, no pudo más que mirar al frente y enfocar las escaleras. En casa —en la de verdad—, habría entrado directa en la cocina, abierto el pequeño horno para comprobar si había algo dentro y se habría sentado frente a la mesa redonda de madera para cenar, estudiar o ver las noticias. Pero no había nada de eso, solo un gran espacio, pulcro, ordenado y blanco, que sentía vacío. Por una vez, prefirió su pequeño y acogedor zulo de paredes de cartón a la inmensidad y el lujo de la minimansión Ferrara.

—Psss, psss —alguien la llamó, y la sacó de sus pensamientos.

Miró hacia la cocina y vio a Celine, quien la llamaba con cierto misterio, haciéndole un gesto con la mano para que se acercase. Lo hizo.

Por instinto, se encogió un poco y habló bajito:

—¿Qué ocurre?

—¿Me acompañas al jardín a fumar? Me gustaría hablar contigo.

—Claro. —Mientras salían, Nicolle observó la mesa de la cocina dispuesta para tres comensales—. ¿Dónde está Silvana?

—Creo que ha ido a ducharse. Estará a punto de bajar para la cena. Marc ya la ha avisado de los estrictos horarios de las comidas. Él no nos acompañará. Al parecer, tiene mucho trabajo —la informó, porque, aunque la chica no se lo había pedido, sabía de sobra que al ver cubiertos para tres se habría preguntado por la ausencia de su jefe—. Ya sabes, es severo con las normas para los demás, pero él se las pasa por lo más íntimo. —Le sonrió.

En Francia se almorzaba y se cenaba temprano en comparación con España, pero en casa de los Ferrara, más. La primera vez que Gala la invitó a quedarse, Nicolle le dio las gracias a Celine por la exquisita merienda. Cocinera y amiga se rieron de ella durante mucho tiempo, pero es que eran menos de las ocho de la tarde, y en su casa no se ponía un buen plato de carne sobre la mesa, al menos hasta las diez.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntarle Nicolle, ya fuera.

La mulata se sentó en el primer escalón y la invitó a hacer lo mismo.

—He estado hablando con Marc. —Celine, al pronunciar aquellas palabras, observó con intención cómo los hombros y la mandíbula de la chiquilla morena se tensaban—. Creo que ya sé por qué estás aquí, y déjame decirte que incluso para él es demasiado cruel lo que ha hecho.

—No sé de qué me hablas. —Intentó levantarse, pero la cocinera la sujetó de una mano y la retuvo.

—Claro que lo sabes. ¿Por qué vives aquí, Nicolle? ¿Por qué de un día para otro? Vale que nuestra amistad es un poco rara o que ha empezado de una manera... diferente, pero puedes confiar en mí. No quiero imaginarme cómo tienes que estar pasándolo y sin hablar con nadie.

Y era muy joven. Esto no se lo dijo porque, entre confidencias y con anterioridad, ella le había contado lo mucho que odiaba que Marc la tratara como a una niña y la tuviera en constante juicio por su edad, pero lo era. Celine, a pesar de ser muy joven, no tenía diecisiete años. Los había tenido, y había estado enamorada, por eso se hacía una idea de lo que podría estar sintiendo. Pero solo era una idea menuda, al fin y al cabo, porque ni un hombre mayor la había hecho perder el

sentido ni le había tocado experimentar situaciones tan inverosímiles.

—Porque nos hacía falta el dinero.

—Ya... Entonces, no querrás saber qué he hablado con él, ¿no?

De nuevo, se sentó.

—Claro que quiero saberlo.

Celine sonrió, complacida, y se lo narró todo, con pelos y señales.

Esa misma tarde, una hora después de marcharse y cuando ya todos habían ocupado su puesto de trabajo, Marc entró en la cocina buscando algo. Celine cortaba las verduras para preparar la sopa que se serviría como primer plato en la cena. Sin alzar la vista de la tabla, de los alimentos y del cuchillo, le preguntó si necesitaba algo.

—Ron —le respondió hosco—. ¿Dónde están las botellas?

Ahora sí, alzó los ojos y enfocó a su jefe. Había bebido, y no poco. Aun así, mantenía el tipo en un intento por ocultarlo.

—En la alacena. Puedo buscarla, si quiere.

—No. Lo haré yo.

Caminó con seguridad hasta el lugar y salió pocos minutos después, con el ron en una mano.

—¿Se encuentra bien? —se atrevió a preguntarle Celine, que pocas veces hurgaba en temas personales.

—Perfectamente. —Se dispuso a salir, pero se giró, alcanzó un vaso ancho del mueble superior y se sirvió el ron sin hielo. Le dio un trago a su vaso bajo la atenta mirada de la cocinera y la contempló—. ¿Por qué lo dices?

—Lo noto... alterado desde que han llegado Nicolle y su madre. —Marc se mantuvo en silencio y la cocinera, restándole importancia a la conversación, volvió a trocear un puerro—. Me ha sorprendido que se muden así, de un día para otro, y también la actitud tan extraña de Nicolle en el almuerzo. Parece otra. Triste, enfadada y como más rebelde. Por eso he hablado con ella.

—¿Has hablado con ella? —Marc dio otro trago y soltó una falsa risotada—. Déjame dudarlo. No es el tipo de persona que abre la boca a la ligera para soltarle sus problemas a cualquiera.

—No se moleste, señor, pero yo no soy cualquiera; soy su amiga. La chica me cuenta muchas más cosas de las que usted cree. —Lo miró, provocadora, con los ojos brillantes, recordándole qué lugar había ocupado ella en todo lo ocurrido poco tiempo atrás.

Lanzaba el anzuelo y tenía la paciencia de una experta pescadora que sabe que, al final, el pez gordo picará. Claro que alguien con la astucia de Marc no habría picado de no estar medio ebrio y demasiado interesado en lo que pudieran haber hablado.

—¿Sí? ¿Qué cosas?

—Cosas de chicas. Preocupaciones, intimidades... Ya sabe.

Marc soltó el vaso con fuerza sobre la barra y caminó hacia ella, que seguía concentrada en su trabajo. Se colocó detrás y le agarró la mano para que detuviese el movimiento del cuchillo. Acercó la boca a su oreja y habló en tono bajo pero con mucha decisión, tanta que consiguió erguir el cuerpo de Celine y ponerla alerta.

—¿Qué quieres, mulata? ¿Qué buscas con todo esto? ¿Qué cojones fue el numerito de mi despacho? Porque es una niña —la recriminó—. Una jodida niña. No quiero imaginar qué le dijiste para convencerla de que hiciera lo que hizo.

La mujer soltó el cuchillo, se dio la vuelta sin moverse del sitio y lo encaró. Le encantaba fiero y enfadado, a pesar de saber las consecuencias que podría tener aquella pequeña charla, o al menos las que habría tenido en el pasado, uno no muy lejano, antes de que apareciera Nicolle. Consecuencias sexuales sobre la barra de la cocina, azotes duros que después calmaría con su lengua.

—Una niña muy espabilada —aclaró—. Sabía lo que hacía y lo deseaba en todo momento, y nadie la obligó a nada. De todas maneras, resolviendo su duda, solo quería divertirme un rato. Me pareció morbosa la situación y lo tomé como un juego. Quizá no estuvo bien, pero solo porque sé lo que siente Nicolle por usted.

—¿Qué siente por mí? —le preguntó muy cerca de su boca, deseando, ansiando la respuesta.

—Está enamorada. Ese amor adolescente, rápido, loco y verdadero que solo se experimenta una vez en la vida. Vive en la torre de un castillo que crea ella solita, a pesar de saber que usted no es ningún príncipe ni irá a rescatarla.

—Un dragón, más bien —argumentó él con una sonrisa torcida.

—No es malo esperar un dragón si te gusta el fuego que escupe. Lo malo es que ese dragón esté caminando hacia el castillo voluntariamente sin saber que una linda princesita lo espera dentro y con la cabeza llena de pájaros.

No dijeron nada. Se miraron en absoluto silencio mientras Marc analizaba las palabras. Entonces entró Silvana, distraída y dispuesta a decir algo, y ambos se apartaron con rapidez.

A Celine le resultó extraño el comportamiento de la mujer. Cuando los vio, callados, muy cerca y mirándose, no titubeó, no pidió perdón por la *interrupción* ni se marchó, no. Permaneció allí, estática, contemplando a Marc con fijeza, con el reflejo de lo que parecía ser rabia y con ¿reproche? Como en un partido de tenis, la mulata observó a uno y luego a otro. Recopiló y recopiló información mientras recordaba el comportamiento de Nicolle y de su jefe desde que se habían instalado aquella mañana. Un comportamiento distante, demasiado para ser disimulado, sin miradas de por medio y un cruce de breves palabras imprescindibles.

Cuando se giró hacia la puerta, Silvana ya no estaba. Sus fuertes zancadas se escuchaban a través del pasillo. De nuevo, miró a Marc, esta vez con los ojos llenos de sabiduría y preguntas. Había vivido tantas veces situaciones de mujeres despechadas por descubrir que Ferrara no era el amor de su vida que era imposible no reconocerlas al vuelo.

—¿Con ella? ¿En serio? —fue lo único que preguntó. Lo hizo en tono sorprendido y enfadado a la vez, mirándolo con severidad.

Marc cerró los ojos, se mordió el labio inferior y salió de la cocina tan enfadado como el que, después de horas y horas colocando fichas de dominó para crear una figura, le da sin querer a una y lo derrumba todo.

Y eso, exactamente, era lo que había ocurrido.

—Tu madre lleva toda la tarde esquivándome. —Celine había obviado parte de la conversación; por ejemplo, esa en la que le mintió a Marc con tal de sacarle información y le había dicho que había hablado con ella aquel mismo día.

Nicolle se tocó el puente de la nariz con gesto cansado y suspiró. Lo que le faltaba. Ella, dolida por el comportamiento de Marc; su madre, jodida por haber descubierto una mínima parte de quién era Marc, y Celine, interesada en saberlo todo del extraño triángulo que se había formado de la nada.

—No sé lo que imaginas —le dijo, se levantó al fin y abrió la puerta encajada—, pero estás equivocada.

Celine la miró con lástima. Era tan buena, tan prudente, que después de lo que había ocurrido trataba de seguir reservando las intimidades de su madre. A pesar de eso, no la creyó y decidió decir lo que pensaba:

—Creo no equivocarme cuando te digo que Silvana no le importa en absoluto. Ha hecho esa guarrada para alejarte de él.

—Ah, ¿sí? Y si tanto sabes de todo, ¿puedes explicarme por qué estoy aquí, entonces? ¡Porque más cerca no puede tenerme!

La mulata se levantó, tiró el cigarro, se sacudió el uniforme y se colocó enfrente de ella, muy cerca de su rostro.

—Ni contigo porque me matas, ni sin ti porque muero.

Entró y la dejó allí plantada.

Era Nochebuena. Nicolle estaba pletórica, al contrario de lo que había imaginado para ese día, porque Silvana le había dicho que lo pasarían con la abuela. No supo si aquel cambio de planes

se debía a la incomodidad que se reflejaba en el rostro de su madre cuando se sentaban todos a la misma mesa, porque Celine había decidido que al final pasaría las vacaciones con su familia o simplemente porque quería complacerla. La cosa era que, por una vez, se había salido con la suya sin necesidad de pelear. No se arregló demasiado, ya que, después de todo, irían en coche hasta la casa de su abuela y tras eso volverían allí.

Se puso unos vaqueros de color claro, un jersey de lana rosa bebé, un gorro y una bufanda blancos, poco maquillaje, rímel en las pestañas y brillo rosado en los labios. No necesitó usar color en las mejillas, puesto que resaltaban de por sí sobre su pálida piel.

Salió al pasillo a esperar a Silvana. Justo en ese momento, una sonriente Celine cerraba la puerta de su habitación y se dirigía a ella.

—¿Le falta mucho a Silvana?

La mulata, con su esbelto cuerpo oculto tras un gran abrigo largo y oscuro, negó.

—Estaba terminando. Y yo me voy, que llego tarde. Felices Fiestas. —Le dio un beso en la mejilla—. Pásalo bien. Y tu madre también, aunque no se haya dignado a felicitarme. Y eso que dormimos juntas... —dijo con tono bromista, pero a ella no le asombró aquella información.

—Igualmente —le deseó Nicolle mientras la veía desaparecer por el pasillo.

Celine pasaría la noche en compañía de su hermana, su cuñado y su sobrino; Alfredo, con su mujer e hijos, como cada año. Y si Gala estaba fuera y ellas se iban a casa de Frida..., Marc se quedaba solo.

—¿Nos vamos? —Silvana salió apresurada de la habitación.

Iba guapa, elegante. La media melena lisa le caía sobre los hombros, y un toque de sombra oscura sobre los ojos le otorgaba un punto diferente y sofisticado. De atuendo, un vestido de color vino, sencillo y de corte recto. A conjunto, unas botas altas.

—Vamos. —Nicolle asintió y comenzó a caminar por el pasillo—. La abuela nos matará.

—Me ha llamado dos veces para recordarme que la cena está sobre la mesa desde hace más de quince minutos. Le he dicho que íbamos en el coche, de camino.

Nicolle negó con las cejas alzadas.

Se disponían a bajar las escaleras cuando apreció la figura de Marc delante, casi llegando a la segunda planta. Llevaba el móvil en la mano y parecía sumido en él. Alzó la cabeza al escucharlas hablar y se detuvo en aquellos ojos azules y enormes que lo miraban pero que, con rapidez, se desviaron hacia el lado izquierdo, evitándolo. Aún no se acostumbraba a que le apartara la mirada con ese rencor y dolor dibujados en el rostro. Sí con vergüenza, pero no con tanta mezcla de sentimientos negativos.

—Buenas noches —dijo, aunque para ellas aún era temprano—. ¿Ya os vais?

—Sí —le respondió Silvana de manera escueta.

Marc sabía que estaba enfadada con él, o algo por el estilo. Le daba igual. Se encontraba concentrado en observar —sin que se notara su descaro— a la chica de piel pálida, mejillas sonrosadas y labios gruesos. Iba preciosa, a pesar de no haberse esmerado en conseguirlo. Pero es que, aunque se propusiera lo contrario, era imposible no estarlo. Apreció su cara pequeña casi cubierta por la gruesa bufanda y el gorro coronado por un gracioso pompón.

—Es Gala —le informó a Nicolle, mostrándole el móvil con la pantalla del WhatsApp abierta —. Dice que no puede hacer una videollamada y estamos hablando por aquí.

Nicolle se mantuvo un segundo en silencio, pensando si debía responderle o no.

«Desenmascararlo o seguir con tu vida como si nada», se recordó.

—A mí me ha dicho lo mismo y no he podido hablar con ella más de un par de minutos — terminó por responder.

Cuando se habían llamado, su amiga le había dicho algo como «Buah, esto es flipante, el barco hoy es puro lujo. Bueno, tengo que colgar. Felices Fiestas, españolita. Desfásate un poco esta noche. Bebe, fuma, acuéstate después de las doce... No sé, algo fuera de lo habitual», y tras mandarle unos besos, había colgado.

—Debe estar pasándoselo bien. Casi no llama —objetó Marc. Parecía hablar con aire desinteresado, pero en el fondo Nicolle supo que no tener allí a su hija lo entristecía.

Lo observó con detenimiento. No llevaba su habitual traje serio, solo unos vaqueros y una

camisa blanca, lo que le indicaba que no tenía pensamiento de ir a ninguna parte. Y no supo por qué, pero cuando quiso frenar la pregunta, ya había salido de sus labios:

—¿Pasarás la noche aquí, solo?

—No —mintió—. He quedado con unos amigos. —Miró el reloj—. Y tengo que irme ya, que llego tarde. Felices Fiestas. —Sin más, pasó por su lado y subió los pocos escalones que le faltaban.

—Felices Fiestas —le desearon ambas. Desaparecieron por la escalera, cogieron la copia de las llaves que Marc les había entregado a cada una el primer día y salieron.

El timbre sonó poco después. Marc se encontraba en el despacho cuando lo hizo. Arrugó el entrecejo, extrañado. No esperaba a nadie, y Nicolle y Silvana no tenían por qué llamar. Por el interfono del pasillo de la segunda planta preguntó quién era, pero no obtuvo respuesta, así que no tuvo más remedio que bajar.

No necesitó abrir la puerta, porque alguien había metido por la ranura un sobre blanco y liso. Lo cogió y lo examinó por ambos lados; sin remitente. Antes de descubrir su contenido, abrió, pero fuera no había nadie. Ojeó a un lado y a otro. Nada. La noche estaba en calma, solo se escuchaban algunas voces entremezcladas de vecinos que en sus casas celebraban las fiestas en familia, pero nadie merodeando por el lugar.

Miró el buzón; dentro también había algo. Cogió la llave que siempre se encontraba sobre la mesa del recibidor y sacó el pequeño paquetito. Cerró la puerta y abrió el sobre. Una nota. Al leerla, tuvo que sujetarse a la pared.

Se olvidó con rapidez del otro paquete que tenía en la mano. Y de respirar.

—¡Nos has engañado! —exclamó Nicolle cuando entró en el salón y descubrió que no había ni un plato sobre la mesa. Sí los cubiertos, el pan y las bebidas preparadas en una cubitera, pero ni rastro de la comida que al parecer llevaba un buen rato servida.

Su abuela salió de la cocina con una gran bandeja en las manos y con una sonrisa en el rostro.

—Por supuesto que os he engañado. Conozco a mi hija, sé lo que tarda y cuándo miente. Y cuando me dijo que venía en camino, estaba mintiendo.

Silvana elevó la mirada al techo, negó con la cabeza y se internó en la cocina para coger platos. Nicolle la siguió y entre las tres dispusieron una cena completa: ostras, pavo al horno con salsa de arándanos, *foie gras* de pato, una tabla de quesos variados y, como colofón, un bizcocho envuelto en forma de tronco. Según le explicaron, no podía faltar en ninguna mesa francesa en aquellas fechas.

—Silvana, ¿puedes servir el vino? —le preguntó su madre mientras se sentaba y distribuía platos vacíos para que cada una se apartara lo que deseara. Tosió varias veces y su hija la observó.

—Claro. —Abrió la botella y sirvió en su copa y en la de Frida un espumoso vino blanco—. ¿Estás bien?

—Sí.

Nicolle se quedó con la copa alzada en el aire, esperando.

—¿Qué? —Silvana enarcó una ceja.

—¿Me sirves un poco?

—Por supuesto que no.

La abuela intervino, le quitó la botella de la mano y le sirvió a la más joven.

—¿Qué haces? —le preguntó indignada Silvana.

—Disfrutar de las fiestas. Relájate, hija, y disfruta un poco tú también. Solo es una copa, y ya no es una niña, aunque a ti te lo parezca.

—No me lo parece; lo es.

—Tú también sigues pareciéndomelo a mí, y mírate.

Silvana suspiró y se sirvió comida mientras abuela y nieta se guiñaban un ojo.

La tensión inicial se disipó, dejando paso a una cena distendida que, lejos de ser divertida, sí fue cómoda.

Nicolle, entre comida, sorbos de vino y adornos, se sintió bien después de muchos días. Completamente bien. Se esforzaba por mirar a su madre sin rencor, recordándose que ella no tenía culpa de nada. Después, contemplaba a su abuela y apreciaba en su rostro marcas de felicidad que solo desaparecían cuando miraba al extremo derecho de la mesa donde se encontraba la silla en la que, supuso, antaño se había sentado su abuelo. Ahora estaba vacía. Por suerte, volvían cuando ellas hablaban o reían, lo que arrancaba forzadamente los pensamientos negativos.

No se tomó una copa de vino, sino tres. Su abuela fue la cómplice de aquello. Y a pesar de no contener mucho alcohol, Nicolle se sentía achispada. No tanto como el día de la feria, la noria y Colins, pero sí tranquila, con los músculos relajados y, creía, con una leve sonrisa que no desaparecía.

—¿Qué tal en casa de Ferrara? —les preguntó justo después de haber insistido en que allí habría siempre un hueco para ellas, costara lo que costase adaptarse.

—Bien —dijo Silvana escueta. Al apreciar la mirada de su madre, intentó rectificar—: Genial.

—¿Ves? —Frida se dirigió a Nicolle—. Siempre sé cuándo me miente.

Tras el postre y despedirse de la abuela, ambas se marcharon a casa de los Ferrara.

En silencio, como casi siempre cuando se trasladaba con Silvana, Nicolle miró por la ventanilla y se deleitó con las luces navideñas, la gente caminando de un lado a otro, grupos bastante animados cantando y una luna que alumbraba todo París.

Fue extraño, de nuevo, llegar allí. Era como si pisar el primer escalón y enfrentar la puerta negra le devolviera de golpe a la realidad. Al dolor. Por suerte, todo estaba apagado y no había indicios de que nadie anduviera por el lugar. Así era, o eso creía cuando subió las escaleras, se despidió de su madre, se cambió la ropa por el pijama y se metió debajo de las sábanas de Gala.

Como solía ocurrir casi siempre, Marc llegó a su mente de manera imprevista. Pero, por algún extraño motivo —que ella achacó al vino—, aquella noche no le dolió su recuerdo. De hecho, se enfadó con ella misma porque el hombre que acudió a su cabeza no fue el que le había hecho tanto daño, sino el que un día le tocó los muslos y los apretó con fuerza mientras controlaba el impulso de follársela en su vestidor; el de ojos asustados y asombrados cuando la vio sobre el escritorio de su despacho, sin ropa interior, o el que la colocó encima y le dijo que cambiaría cualquier cosa con tal de verla correrse sobre él.

Recordaba al Marc primitivo, al salvaje. A ese que tanto le gustaba. A ese que anhelaba.

No pudo remediarlo. Quiso, pero no pudo. Sus dedos descendieron sin dilación y se colaron por entre su pijama y las braguitas, llegando a una fresa húmeda que la esperaba impaciente. Se sujetó con la otra mano a las sábanas y se mordió el labio para contener los gemidos.

Cada vez que sus dedos se movían allí, era el rostro de Marc el que estaba grabado en su cabeza. Eran los momentos con él los que conseguían que, al rememorarlos, el placer creciera y el éxtasis se aproximara. No lo demoró, le permitió que llegara, la inundara y desapareciera, dejándola jadeante y exhausta. Tras aquello, una gran culpabilidad que la ahogaba se le instaló en el pecho.

¿Qué estaba haciendo? Había aparecido en su vida, la había cautivado, se había portado muy mal con ella y le había roto el corazón en pedazos, ¿y seguía pensando en él de aquella manera? Se repugnaba solo con planteárselo.

Entonces se preguntó si esa culpabilidad era la que Marc sentía cada vez que era incapaz de controlar su instinto y sus impulsos cuando la tenía cerca.

Capítulo 7

Marc estaba en el cuarto de juegos, pero no jugaba precisamente. Se había metido allí con la clara intención de alejarse del despacho y del piano. Ahora tenía que salir sin más remedio, al menos si quería reponer. Aturdido y mareado, bajó las escaleras con cuidado de no hacer ruido. Había escuchado entrar a Silvana y Nicolle hacía un rato y no quería despertarlas. Sin encender ninguna luz más que la de la cocina, buscó otra botella, se sirvió un hielo y se sentó en el taburete. Durante un instante, observó los dos objetos que tenía entre sus manos mientras les daba vueltas. Uno, el que se había encontrado en el buzón; el otro, suyo. Lo había visto de camino a la discográfica y tuvo que detenerse a contemplarlo. Al final, lo compró. No sabía cuál de los dos lo aturdía más.

Había estado bebiendo ron toda la noche, pero ahora lo que tenía más a mano era *whiskey*, así que se conformó y se sirvió aquel líquido ambarino que esperaba que lo derrumbara un poco más.

Odiaba la Navidad y todo lo que conllevaba, pero nunca la había sentido tan lacerante como esa. Era la ausencia de Gala la que provocaba el vacío. No estaba allí para insistirle una y otra vez en la entrega adelantada de su regalo de Papá Noel —a sabiendas de que él nunca lo introducía en el calcetín antes de medianoche—, para protestar cuando Paulette cambiaba por su cuenta el orden de los adornos o para suplicar y suplicar que la dejara recogerse un poco más tarde. En aquello siempre cedía un poco.

También recordó a sus padres, parte de aquel vacío repentino, aunque los apartó con rapidez de su mente.

Pero lo que más le jodía, lo que le reventaba, era que después de muchos años había dejado un espacio para ella. El recuerdo había llamado a su puerta y él le había abierto sin oponer resistencia. Supo por qué había ocurrido: porque no se sentía bien. No tenía el control de todo, y lo peor era que no tenía control sobre sí mismo ni sobre sus emociones. Quería actuar y que las cosas surgieran como pensaba, pero esa vez no había sido así. Las cosas siempre salen como crees cuando realmente te da igual como salgan. Y no era el caso. Así que Francesca llamó a la puerta del pasado y apareció en el presente. En forma de nota, de recuerdo, sí, pero muy real.

Le dio un gran trago al *whiskey* y apoyó los codos sobre la barra. Miró hacia un punto fijo y en su mente la vio a ella, a la Francesca que conoció: joven, risueña, tímida e incluso un poco introvertida. A la que lo enamoró. Después, como un huracán, lo arrasó el recuerdo de quién era en realidad.

Vestía completamente de negro: un diminuto tanga, un sujetador sencillo y, encima, un vestido semitransparente que dejaba ver lo poco que llevaba. Lo lucía con seguridad, caminando sobre sus tacones, como si fuera otra persona. Él, sorprendido y un poco asustado, la seguía entre la gente de aquel *pub* del que ella le había hablado en tantas ocasiones.

«Quiero ir allí. Quiero vivirlo contigo», le había pedido muchas veces.

Nunca olvidaría el momento en el que se internaron en aquel pasillo dados de la mano. Le dio la sensación de que el aire acondicionado enfriaba demasiado para una zona tan pequeña, oscura y muy transitada. Aunque, a pesar de ser un pasillo, la gente no caminaba de un lado a otro, solo estaba allí, parada en el sitio, moviéndose al compás. Un compás desenfrenado que lo hizo

cambiar de pensamiento: ya no hacía tanto frío en el lugar.

Follaban, gritaban y gemían.

Su cuerpo comenzó a arder.

«Fóllatela», oyó a la perfección. Se acordaba de la voz ruda del mandatario como si no fuera un recuerdo y todavía estuviera allí, junto a los cuerpos entremezclados.

Pudo distinguir a una mujer sobre un potro que le recordó a esos odiosos que te obligaban a saltar en el colegio. Aquel no lo era tanto. Un hombre, por detrás, la penetraba salvajemente, lo que provocaba que el cuerpo femenino se balanceara sin cesar. Gozaba. Sus quejidos parecían resonar por encima de los demás, y Marc fue consciente de cómo su balanceo disminuía y se convertía en un movimiento arrítmico que luchaba por seguir, aunque el placer no se lo permitía. Gritó fuerte, desesperada por no poder aguantar tanto gusto, y se contorsionó hacia atrás, buscando la profundidad del hombre y el contacto de su pecho. Después cayó hacia delante, sobre la plataforma, y permaneció unos eternos segundos con la cabeza escondida entre sus propios brazos, recuperándose. Se había corrido allí, entre otras personas a las que parecía no importarles el acontecimiento porque ellos buscaban ensimismados el orgasmo de su acompañante o el suyo propio. Y, lo más impactante, se había corrido delante de él, aunque era probable que no supiera de su existencia. A nadie le asombró.

Marc, a pesar de los nervios, se había puesto muy duro presenciándolo. Se habría llevado horas, toda la noche si fuera necesario, en el pasillo oscuro cargado de personas, lujuria y gemidos. Pero Francesca tiró de su mano, instándolo a seguir.

Desembocaron en una terraza como lo sería la de cualquier local. Si no fuera por lo que acababa de presenciar, por la excitación y los nervios, ni siquiera recordaría que estaba en un club liberal. Había poca luz, eso sí, pero la suficiente para diferenciar los rostros.

Su novia lo miraba sonriente. Era probable que estuviera analizando su comportamiento.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Solo bien?

¿Qué clase de respuesta había sido aquella? Ella le había hablado de sus fantasías, de sus inquietudes. Le había abierto la puerta de la confianza y contado lo que una vez probó, justo antes de conocerlo, y ahora él le decía que estaba bien. Solo eso. Francesca no había experimentado en aquel lugar, ni siquiera tenía edad para entrar en ese tipo de locales, pero una noche en la casa de campo de su amiga surgió y se acostó con ella y su novio, siendo apenas unos críos. No es que le hubiera gustado la experiencia; es que desde entonces siempre quiso más. Según ella, le dio a conocer el significado de la auténtica libertad y quería convertirlo en su modo de vida.

Obviando su escueta respuesta, la joven castaña se giró, se apoyó sobre una barra y pidió dos copas, sin preguntarle qué quería tomar él. A Marc no le importó, porque solo le apetecía que alguien le dijera quién era esa mujer que tenía delante con un vestido translúcido y a la que no le sorprendía lo que ocurría alrededor. A la que no le había temblado la mano un ápice observando a otras personas, en un mismo espacio, compartiendo sus cuerpos. Su novia no parecía, desde luego.

Su mente dio un salto en el tiempo y recordó la primera vez que besó a otro hombre delante de él. Fue en aquel mismo lugar, meses después. El tipo tenía casi veinte años más que ella y era mucho mejor que él. En físico, en labia y en experiencia. Le dijo tantas cosas a Francesca, le prometió tanto, que ella terminó enrollando sus brazos alrededor del cuello del hombre y, tras mucho insistir, lo besó.

Creyó morir de celos. Pero solo lo creyó, porque eso no ocurrió. Al contrario, su polla se pronunció en el pantalón, abultándolo. Francesca se apartó y se tomó un par de segundos para abrir los ojos y volver a la realidad. Después lo miró a él, todavía con los brazos alrededor de aquel desconocido. «¿Te ha gustado lo que has visto?», le preguntó. Como respuesta, se limitó a asentir. Pero le había gustado. Le había gustado mucho.

Observó a Francesca. Sus ojos marrones brillaban con una intensidad que no había visto anteriormente, ni siquiera cuando se corría entre sus manos, debajo de su cuerpo o encima de él.

Aquello era nuevo. Después, su novia le sonrió con malicia, con intención, con un mensaje implícito dibujado en sus labios. Y sin dedicarle más atención a aquel hombre, se acercó a Marc, lo besó con morbo, con furia y con mucha saliva de por medio. Se separó, lo miró con fijeza y le dijo unas palabras al oído que nunca olvidaría: «Eres como yo. Lo veo en tus ojos, en la manera de brillar».

No le faltaba razón: era como ella.

Las imágenes pasaron como diapositivas por su mente: primeras experiencias, primeros hombres o mujeres extra, las fantasías que fueron cumpliéndose, los disfraces, las visitas a lugares de toda Francia donde se compartía el mismo gusto por la libertad, el sexo en grupo, en piscinas, en habitaciones separadas... Francesca no tenía límites. Y a él le encantaba, porque tampoco los conocía. Daba igual la proposición; ella estaba dispuesta a probarlo. «Esto es como la comida: no hay que negarse a probar nada —decía—. Y si no te gusta, no repites, pero ¿y si lo hace? Podrías morir sin degustar tu plato favorito. Y lo peor es que solo tú lo habrás impedido».

Marc lo hizo con toda la gastronomía sexual habida y por haber, pero lo mejor, lo que más le gustaba, lo que más disfrutaba, era cuando llegaban a casa y se deleitaban a solas el uno con el otro. Cada vez más salvajes.

A la mañana siguiente volvía Francesca, la de siempre, su amor. La de las sonrisas, la dulzura y el romanticismo. La de las excursiones por el campo o los paseos por la playa. La que lo regañaba por dormir tanto y no prestarle atención. La que le pedía quedarse un ratito más acurrucada en su pecho antes de que la llevara a casa. Y el sexo, volvía el sexo. Aquel que se tornó perverso. Una inclinación *antinatural* del comportamiento estipulado. Arañazos, bocados, azotes, cuerdas alrededor de sus delgadas muñecas, mordazas en la boca, saliva, sangre, semen, gemidos...

Un sonido seco lo sacó de su pasado a la velocidad de la luz y se giró sobresaltado a la vez que escondía en el bolsillo de su pantalón los objetos que había estado toqueteando.

Delante de él, en el umbral de la cocina, Nicolle lo observaba.

No pudo, ni quiso, apartar los ojos de ella. Todavía estaba recomponiéndose de lo ocurrido.

La inspeccionó de arriba abajo con descaro. Llevaba un pijama verde con un estampado de lo que le parecieron osos. No estaba seguro, pues su vista no se encontraba en su momento más agudo. Lo que sí reconoció con claridad era que los ojos grandes de ella estaban espabilados, abiertos, sin indicios de haber dormido, y ya llevaba un buen rato en casa.

—¿Adónde vas? —le preguntó al comprobar que no se movía.

Ella carraspeó.

—A por agua.

Marc asintió, apartó los ojos de la melena larga, espesa y extremadamente negra y se perdió en el fondo de su vaso, vaciando este por completo. Escuchó cómo pasaba por delante de él para acercarse al mueble y, justo a continuación, las piernas ocultas por el grueso pijama aparecieron en su campo de visión. El dispensador de agua estaba delante de él y había tenido que pararse allí. Caminó hacia el fregadero, soltó el vaso y salió sin decir nada.

Marc suspiró cuando la creyó lejos. Pero, contra todo pronóstico, escuchó su voz suave:

—¿Estás bien? —Al levantar la cabeza y verla girada en la puerta con los ojos llenos de preocupación, se sintió más miserable que nunca—. No tienes buen aspecto.

Se miró a sí mismo, con la camisa blanca desabotonada, los pantalones vaqueros y, seguramente, un rostro que indicaba todo lo que se había excedido con la bebida, que no era poco.

Todavía no había acabado de lamentarse de su aspecto cuando Nicolle habló de nuevo:

—Has estado aquí todo el tiempo, ¿verdad? Solo —recalcó.

Marc soltó una cínica carcajada mientras alzaba de nuevo el rostro y la enfocaba con la mirada.

—¿Me he follado a tu madre y tú te preocupas por mí?

No era un ataque. No para ella, al menos. Lo era para él, para recordarse que era una mierda, una basura. Todo menos un hombre.

Observó cómo la muchacha tragaba saliva, cogía aire y se daba la vuelta.

Un impulso lo llevó a levantarse, caminar a paso rápido y alcanzarla por la muñeca justo cuando comenzaba a subir los escalones. Miró hacia arriba, con miedo de que Silvana los escuchara o los viera, y tiró de ella con poco tacto de nuevo hacia la cocina.

—Lo siento, Nicolle. Soy un capullo.

—Lo eres.

—No quería decir eso. No de esa manera.

—Pues lo has dejado bien claro —le reprochó.

Con la mano que tenía libre, se masajeó la frente y cerró los ojos, pensativo.

—Esto no está saliendo bien —dijo, aunque parecía que se hablaba a él mismo en vez de a ella, porque Nicolle no entendía nada—. Se supone que tú deberías estar enfadada. Muy enfadada. ¡Joder! —exclamó, aunque no fue un grito. Después la pegó más a él, acercando mucho su rostro y apretando los dientes—. Se supone que deberías odiarme, repugnarme y no preocuparte por mí. ¿Por qué lo haces? —No obtuvo respuesta, así que endureció más el tono—: ¿Por qué lo haces, Nicolle?

—No puedo evitarlo —admitió ella, y lo miró directamente a los ojos. Unos ojos enfurecidos.

Nicolle no podía evitarlo porque estaba enamorada. Un amor idílico, desconocido y peligroso. No podía hacerlo porque lo quería, lo quería mucho, y aún no conocía los riesgos de aquel tipo de relaciones. Aún no sabía que el amor no es solo dar, aunque intenten convencernos de que sí. Quería odiarlo, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero, al parecer, no mandaba en ello.

—No puedes evitarlo —repitió él.

—No.

—Eres buena, *bonbon sucré*. Eres demasiado buena.

Nicolle adoraba cuando la llamaba así. Un pinchazo indescriptible le cruzaba el pecho y se lo encogía sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Sus palabras eran una montaña rusa que la subían y la bajaban constantemente.

Marc acercó a sus labios la pequeña mano que tenía sujeta y la besó con delicadeza, yema a yema, cerrando los ojos y deleitándose con su contacto. Al hacerlo, un olor fuerte y característico inundó su nariz. Un olor que reconocía sin titubear. Sexo. Esa manita había estado en contacto con su coño, y era un hecho reciente. Con lentitud, la llevó hasta su nariz, aspiró su aroma y abrió los ojos para enfocarla. Ella ya lo miraba, confusa. Seguramente se preguntaba si se habría dado cuenta de lo que había sucedido hacía poco rato, debajo de sus sábanas. Debajo de sus bragas.

Sí, claro que sí. Lo supo cuando Marc, sin apartar los ojos de ella, se metió el dedo corazón en la boca y lo lamió despacio y con deleite, paseando su lengua alrededor de él. Lo sacó, sin perder el contacto visual, y lo dirigió a la de ella. Abrió los labios con nerviosismo y duda, pero al final lo chupó. Sabía a ella.

—¿Dónde lo has metido? —le preguntó con malicia, recuperando su dedo húmedo. Ella no respondió, pero no hacía falta, pues el delicioso sabor que Marc poseía en su paladar era inconfundible. Era gloria—. ¿En quién pensabas mientras te tocabas? —Nicolle continuó sin pronunciar palabra, aunque no fue necesario. Sus ojos, sus preciosos ojos, brillaron y se cristalizaron. Sus pupilas se dilataron. Le dijeron en quién había pensado y le mostraron el arrepentimiento más puro por ello. Marc lo tuvo claro: había visto aquel tipo de mirada en muy pocas personas. Con ese pensamiento, con los recuerdos vibrando dentro de él, las palabras que un día fueron dirigidas hacia su persona salieron sin meditarlas—: Eres como yo. Lo veo en tus ojos, en la manera de brillar.

Quería que le respondiera, que le dijera que pensaba en él y en nadie más, que, efectivamente, eran iguales. Pero Nicolle pareció salir del embrujo del hombre y se apartó con brusquedad. Escondió la mano detrás de su cuerpo, como si así se protegiera, y lo miró con mucha rabia.

—No soy como tú. Yo no uso a las personas a mi antojo y beneficio. No las aparto de la peor manera posible —le reprochó, rememorando las palabras de Celine en la puerta de la casa— para después manejar los hilos y seguir teniéndolas cerca. —Se calló un segundo y tomó aire. Lo que iba a decir requería toda su fuerza de voluntad, porque de no haber pronunciado Marc aquella frase, de no haber roto el contacto con sus palabras, se habría tirado a sus brazos y refugiado en

ellos, a pesar de todo el daño que le había causado, y no podía permitírselo—. Si tu intención era alejarme de ti, felicidades, lo has conseguido.

Lo retó con la mirada una última vez y se dio la vuelta, dejándolo en mitad de la cocina con el mismo aspecto hundido y desaliñado con el que se lo había encontrado.

—Nicolle —la llamó. No se giró, pero tampoco avanzó, a la espera de una disculpa, la petición de que se quedara. En lugar de eso, le dijo—: Alguien ha dejado algo para ti en el buzón.

Observó por encima de su hombro cómo le extendía lo que se había sacado del bolsillo del pantalón. Lo mantuvo unos segundos sobre la mano abierta, llamando su atención. Volvió sobre sus pasos, en silencio, y lo sostuvo.

Sorprendida, analizó la pequeña bola de cristal que contenía una mariposa. Era bonita y muy brillante, con unas alas muy abiertas y la cabeza alta, mirando hacia arriba. Parecía dispuesta a volar. En la base de la bola, un papel con algo escrito. Solo una palabra y un destinatario:

Vuela.
Eric

Marc la observó sonreír mientras ojeaba el regalo y sus entrañas se removieron como si alguien las hiciese un nudo. Quería preguntarle quién era Eric, por qué le enviaba regalos y la hacía sonreír. Y aunque no tenía derecho, el control que lo caracterizaba desaparecía cuando ella estaba a su lado y la parte racional parecía morir.

—¿Quién es Eric?

Nicolle alzó la mirada y se encontró con sus ojos oscuros y fieros, con aquel cuerpo tenso que imponía, con las manos cerradas a cada lado de su cuerpo.

—Un creador de magia —susurró sin pensar.

Marc, furioso y desatado por dentro, se sacó algo más del bolsillo del pantalón y lo soltó con fuerza sobre la mesa en la que Nicolle siempre estudiaba con Gala. El golpe la sobresaltó, y asombrada vio cómo salía de la cocina con pasos firmes y la dejaba sola con el regalo que tenía en su mano y con la figurita que acababa de estampar contra la mesa. No pudo evitar acercarse y apreciar los detalles del piano en miniatura en el que, encima, una bailarina con un tutú blanco y el pelo negro recogido bailaba sobre sus punteras, mirando hacia arriba con una mano elevada.

Cogió el piano, apretó sus dedos alrededor de él y cerró los ojos, sintiendo algo muy potente en su interior.

Ni siquiera tenía palabras para describir todo lo que se había despertado en ella.

Capítulo 8

Nunca sabemos el momento exacto en el que cambiará todo, ni siquiera cuando lo hayamos vivido. «Fue tal día, cuando caí de bruces al tropezar con una piedra y me choqué con...». Puede que sí, que fuera ese día, o que todo comenzara cuando la piedra, por algún motivo, fue a parar al sitio exacto en el que más tarde te encontrarías. Es posible que llevara allí meses esperándote, incluso años.

Nicolle no supo qué fue lo que le torció la existencia o, si lo miraba por el lado bueno, lo que le dio movimiento a su vida, pero Marc estaba implicado en el cambio, eso era seguro. Y se suponía que tras la discusión de la noche anterior había dado carpetazo, marcado un antes y un después. Porque estaba dolida, hundida de tanta desazón. Porque él había hecho lo más ruin que conocía para apartarla de su lado, y debería haberlo conseguido.

Se suponía que ahí terminaba todo.

Pero no hacía más que empezar.

¿Quién sabe? Quizá la llamada de aquel miércoles fue el detonante de lo que estaba por llegar.

El lunes amaneció nublado, pero nada detenía el ímpetu de Nicolle.

Salió de casa a galope y saltó los escalones de la entrada. Una vez fuera, se golpeó la frente con la mano, recordando la mochila. Se habría librado de dar explicaciones si no fuera por aquel pequeño despiste que la hizo encontrarse de bruces con su madre al entrar en la cocina.

—¿Adónde vas con tanta prisa y tan temprano? —le preguntó Silvana, con una ceja alzada y poniendo las manos por delante para frenar a su hija.

—A casa de la abuela —mintió. Como la mentira le sonó débil, añadió—: La ayudaré a preparar la comida de esta noche.

—Te llevo —se ofreció Alfredo, que salía en ese momento del salón y cruzaba hasta donde estaban ellas.

—No es necesario. Pensaba coger el metro y...

—Estoy libre. Venga, te llevo.

No pudo protestar. Cogió la mochila que había preparado de madrugada con lo que le había indicado Eric el día que lo planificaron todo y se marchó con Alfredo, quien la dejó en casa de su abuela.

No tuvo más remedio que entrar, hacer una visita rápida e irse, excusándose de nuevo.

Menos de veinte minutos después, ya estaba con los chicos.

—¿No ensayamos nada? —les preguntó Nicolle.

José y Eric elevaron la vista, enfocándola. Jacob, a su lado, se rio.

—Claro que no. ¿Qué gracia tendría? —le respondió Jacob, el pelirrojo. Era un poco más seco que José, el músico español. Al menos, más directo y cortante.

Iban en metro. Eric y José, sentados; ella y Jacob, de pie. Los nervios no le habían permitido aceptar el asiento cuando se lo ofrecieron. Casi no podía sujetar el peso de su cuerpo y controlar el temblor de sus piernas, pero, cuando estaba muy nerviosa, sentarse empeoraba aquel estado.

Bailaría en la calle. Ella, en la calle.

Nada de espejos que rodeaban la sala, nada de profesores que decidían si hacías el ejercicio bien o mal. Nada de lo que estaba acostumbrada, y odiaba salir de la zona de confort. Se sentía cómoda siendo esa sombra blanca que camina entre otros miles del mismo color, sin destacar en nada, sin diferenciarse. Pero ahora se expondría, sería una flecha en mitad del mapa que la señalaría y le diría a todo el mundo que allí estaba, que la mirasen.

José le habló de su primera vez y consiguió desviar la conversación. Le hacía gracia cómo entre todos intercalaban los idiomas; unas veces conversaban en español y otras en francés. Según ellos, así los de un lado se manejaban mejor con el idioma de los otros.

—Tranquila, yo también estaba nervioso. Todavía no me explico cómo aguanté el violín durante tanto rato sin que se me cayera de las manos. Y sonando bien, que es lo más flipante.

—Bueno, eso es lo que dices tú... Habría que escucharte —comentó Jacob, y su amigo lo miró con reproche.

—O habría que verte a ti, *rousse*[2]. Y a este. —Señaló a Eric con la cabeza, que levantó las manos en señal de inocencia, manteniéndose al margen.

—Pues no fue muy mal. Llené el sombrero de billetes, y como extra me echaron un papel con un número de teléfono apuntado. Llamé a la chica y la invité a cenar con el dinero que había ganado. Como acababa de dejar mi casa y no tenía adónde ir después, nos vimos obligados a dormir en un hostal. Así que imagina cómo lo pasé de mal —vaciló.

—Dime que no te destiñó el pelo sobre la almohada.

Jacob intentó darle una colleja, pero José la esquivó perfectamente. Nicolle se rio, negando por las ocurrencias de aquellos dos, que no habían parado de discutir durante todo el trayecto.

Ella no lo notó, pero entre el caos de los dos amigos, del entrar y salir de la gente en el vagón, de los ruidos y de las historias que cada pasajero llevaba consigo, un chico con chaqueta de cuero, sentado justo enfrente, guardaba en su retina cada matiz de la risa sincera y limpia: la forma de los labios extendiéndose, el brillo de los ojos, la leve inclinación hacia atrás de la cabeza al carcajearse...

De repente, moviendo su larga melena oscura, Nicolle se giró como si hubiera intuido que la observaban y se dio de bruces con los ojos de Eric. Le sonrió, solo a él. Y el chico tampoco lo notó, pero comenzaba a formar su propia historia.

No había sido fácil cambiarse en el baño de un bar cercano, caminar por la calle vestida de bailarina bajo la mirada de todos ni esperar en el centro de París a que José comenzara a tocar el violín para ella. No, no lo había sido, pero tampoco había sentido jamás lo que experimentó cuando miró hacia atrás y Eric, apoyado sobre una pared cruzado de brazos y pies, asintió para darle ánimos. Fue un aliento silencioso que la incitó a empezar. Le horrorizaba hacer el ridículo, pero la mirada del chico le indicó que confiaba en ella.

Miró al frente y se convenció de que todo el que pasaba de un lado a otro era un parisino que de sobra estaba acostumbrado a ver actuar a la gente en la calle. Solo era una más. Cerró los ojos, suspiró y esperó paciente hasta que las primeras notas del violín llegaron.

Fue el hilo de música más exótico que había escuchado nunca. Quizá porque un manto gris cubría el cielo de París, e igual de gris sonaba la melodía triste y suave.

No abrió los ojos. Llenó sus pulmones de aire, alzó las puntas, levantó los brazos y se dijo a sí misma que tenía mucho que contarle a esa gente que paseaba con prisas de un lado a otro de la calle. Necesitaba que alguien se detuviera a escuchar su historia narrada con movimientos. Así que se concentró en el sonido agudo y bajó sus manos con lentitud; primero una y después la otra, sintiendo cómo se relajaban sus extremidades, sus dedos, sus pies, y cómo la deslizaban de aquí para allá.

No quería llenar el sombrero, como había dicho Jacob. Quería que la gente supiera, sin que ella hablara, por qué necesitaba ver aquel sombrero rebosando.

Eric observó maravillado la soltura de su cuerpo. Nadie que no fueran ellos sabría al verla que era su primera vez allí. Se movía como un globo al que empuja el aire a su antojo. Iba de un lado

a otro, bajaba y subía, y lo mismo estaba sobre las puntas que apoyaba el pie completo a la vez que movía los brazos y las manos sin cesar. Parecía no tener peso y hacía lo complicado fácil; como si no importara que todo su volumen se concentrase en los dedos alzados de sus pies, como si realizar cuatro o cinco giros estática en el mismo lugar, con una sola pierna como apoyo y la otra extendida hacia atrás, fuera sencillo. No obstante, a pesar de aquella soltura innata, se mantenía rígida y elegante, con la cabeza alta y una sonrisa en el rostro.

Eric se entretuvo en la estrecha cintura que marcaba el maillot blanco y en las firmes piernas cubiertas por unas mallas del mismo color. Con aquel atuendo destacaba mucho más su pelo azabache, recogido sobre la cabeza.

Era preciosa. Dolorosamente bonita. Se lo pareció la primera vez que la vio y ahora solo podía reafirmarse.

Odió que la compararan. No había visto a su madre bailar, pero le daba igual cómo lo hiciera; no podría asemejarse a la imagen de la dulzura dejándose llevar por las notas de un violín.

Nicolle no supo cuánto duró, pero la música dejó de sonar en algún momento. Abrió los ojos con mucha lentitud, a la espera de que la gente de la calle continuara yendo y viniendo. No fue así. Había un corro a su alrededor que, al verla finalizar, rompió en aplausos. Gente que, a diferencia de quienes compraban la entrada en el teatro, no estaba allí para escuchar música ni ver a nadie bailar, lo que le resultó más valioso aún. Habían detenido su camino y aparcado la prisa diaria para contemplarla.

Tragó saliva. Poco tiempo atrás, ella había sido parte del corrillo que aplaudía. En medio, había estado él, el malabarista, demostrándole lo espectacular que podía ser entregarle tu arte a los demás. Respiró, insuflándose calma, y miró hacia atrás. Apoyado en la pared, Eric continuaba cruzado de brazos y pies. Todo el mundo aplaudía menos él. Sin embargo, la miraba con tanto orgullo que a Nicolle le dio la sensación de ser un profesor que contempla con satisfacción la recompensa del esfuerzo realizado.

En mitad de aquel cruce de miradas, él desvió los ojos y ella dirigió los suyos al mismo lugar. Sonrió con amplitud, dejando ir una risa nerviosa. El sombrero no rebosaba, pero no se le veía el fondo de color negro. Para ser la primera vez, no estaba nada mal.

Bailó durante dos horas más, alternando su número con la magia y los malabares de Jacob y Eric, quienes casualmente iban caracterizados de mimos, como el día que los vio actuar frente al Arrête.

Cuando se acabó, José cogió todo lo recolectado, lo dividió en cuatro partes y a cada uno le dio lo que le correspondía. Para sorpresa de Nicolle, llevaba casi sesenta euros.

—Con el pico que ha sobrado, nos tomamos algo la próxima vez —dijo José.

—Con la próxima se refiere a ahora mismo —lo corrigió Jacob, echándole el brazo por encima de los hombros.

Nicolle no se apuntó a esa pequeña quedada. Tenía que regresar a casa pronto para no verse en la obligación de explicarle nada a Silvana.

Alrededor del mediodía, se detuvo en la parada de metro más cercana. Se negó a que Eric la acompañara, ya que iban en direcciones completamente opuestas.

En ese momento, los chicos se encontraban hablando un poco más atrás que ellos dos y él aprovechó para preguntarle:

—¿Qué tal la experiencia?

Nicolle lo miró con los ojos muy abiertos y una amplia sonrisa.

—Maravillosa. Al principio creí que me desmayaría, pero no. —Rio—. Aunque no me he atrevido a abrir los ojos hasta el final.

—Lo sé.

Se mantuvo en silencio un segundo, cohibida por la mirada directa que el chico de los ojos exóticos estaba dedicándole. La contemplaba sin vergüenza, dejando que ella descubriera lo que escondía tras aquellos iris. Y lo hizo. Aunque estuviera acostumbrada a que todo el que hablaba con ella no apartara los ojos de los suyos —ya fuera hombre o mujer—, sí que había un pequeño matiz que diferenciaba si la mirada poseía deseo o no.

La de Colin, Marc y Eric tenían esa chispa en común.

Avergonzada, se miró los zapatos y en un gesto involuntario se mordió el labio inferior, gesto que no pasó desapercibido para él.

Se lo pensó un par de veces antes de decirlo, pero era el único momento de la mañana en el que se encontraban *a solas* y necesitaba desviar la tensión que estaba creándose.

—Por cierto, recibí tu regalo. —Lo miró—. Muchas gracias, me ha encantado. Pero... me siento mal. Yo no te he regalado nada.

—Sí, sí que lo has hecho. —La besó en la mejilla y se dio la vuelta.

La noche de Navidad la pasó con Silvana y Frida de la misma manera que la anterior. Esta vez no hubo vino, puesto que su madre había dejado bien claro que no sería algo asiduo, pero hubo anécdotas, comida y postre. Y durante el día completo se sintió bien. Por supuesto no comentó nada de que parte de aquel bienestar era debido a lo que había hecho esa mañana. Si quería seguir con la cabeza sobre los hombros, más le valía no pronunciar palabra de su nuevo oficio.

Cuando horas después llegó a casa, bien entrada la madrugada, las luces estaban apagadas, indicando que no había nadie. No obstante, al cabo de unos veinte minutos desde que se metió en la cama, y sin haber conciliado aún el sueño por completo, una música lejana comenzó a sonar. Abrió los ojos y miró el techo, taciturna. A ella llegaron los recuerdos del día que lo oyó por primera vez. Le había sorprendido que de madrugada alguien tocara un instrumento y ningún miembro de la casa se escandalizara por aquel hecho tan insólito. Ahora, ella tampoco lo hacía. Lo había escuchado en varias ocasiones, e incluso le gustaba.

No pudo evitar levantarse, caminar por el pasillo, alumbrada únicamente por la luz del móvil, y subir las escaleras con sigilo. Muy despacio, para no ser oída por nadie. ¿Qué la impulsaba? No lo sabía.

Con el mismo cuidado se sentó en el suelo, al otro lado de la pared donde él estaba, y cerró los ojos. Sus músculos se encontraban en tensión porque sabía de sobra que Marc era rápido levantándose y abriendo la puerta. El recuerdo de la regañina en el pasillo también acudió a su mente y se inquietó un poco más. Por suerte, la música no había parado y eso la tranquilizó. Él seguía frente a su piano y por ahora no había peligro.

Nicolle no lo sabía, pero sonaba *Claro de luna*, de Beethoven. Era pausada y profunda, y ella imaginó cómo se movían en ese momento las manos grandes y fuertes de Marc sobre las teclas, presionando más cuando la nota era alta y cortante.

Se preguntó qué estaría contando con aquella pieza. Cómo se sentiría. Ella se encontraba incómoda. No era relajante ni envolvente, sino atormentada y fría.

Era él.

Sonó durante lo que, calculó, fueron más de quince minutos. Una y otra vez, una y otra vez. En bucle.

Cuando cerró un par de veces los ojos, dejándose vencer por la música y el sueño, supo que ya no estaba alerta. Al menos no lo suficiente. Así que se levantó y, con el mismo silencio que había llegado, se fue.

El martes sucedió muy parecido al día anterior: le mintió a su madre, Alfredo la llevó hasta la casa de su abuela —donde esta vez no se detuvo—, llegó hasta la de Eric y los cuatro juntos se dirigieron al metro, el lugar elegido para actuar. El sombrero dio frutos y volvió a casa entusiasmada.

Si Marc tocó aquella noche, estaba demasiado cansada para oírlo. Después de una ducha, cayó rendida en la cama sin tiempo de pensamientos profundos.

Y llegó el miércoles.

Estaba en la habitación, tumbada en la cama y mirando hacia arriba. Hablaba por teléfono con Gala, con la que aún no había tenido oportunidad de verse por videollamada. Su amiga le contaba las batallitas del viaje sin querer entrar en muchos detalles para, según decía, no ponerle los dientes largos.

No estaba haciéndolo.

Nicolle creyó que le sentaría peor no ir al viaje tan deseado, pero habían ocurrido tantas cosas

en las últimas semanas que lo que menos le preocupaba era eso. Pensaba más en su vestido rojo, largo y elegante con el que tantas veces se había imaginado que en el viaje en sí. Bueno, aunque no fuera en el crucero, se lo pondría a la semana siguiente, la última noche del año. Frida les había propuesto hacer algo especial: cena elegante fuera de casa y unas copas. Y, sorprendentemente, Silvana había aceptado.

Así que solo echaba de menos haber ido cuando Gala le contaba impresionada algunas costumbres españolas, de esas que ella conocía de sobra pero que añoraba. En realidad lo que extrañaba era estar siempre, vivir y sentir España, no solo durante una semana.

Silvana irrumpió en la habitación, sobresaltándola. A pesar de tener los auriculares puestos, pudo ver la velocidad a la que la puerta se abría. Se incorporó de un movimiento, sentándose en la cama, y miró a su madre con recelo. Estuvo a punto de reprocharle que, como siempre, no había llamado antes de entrar, pero el semblante desencajado que se encontró de frente la detuvo.

Vestía el uniforme de trabajo y tenía la media melena recogida en una coleta, lo que dejaba a la vista el rostro pálido y destacando los grandes ojos sobre él.

—¿Qué pasa? —le preguntó, obviando que Gala parloteaba al otro lado.

—Es la abuela.

Capítulo 9

Alfredo las había llevado hasta el hospital; Silvana estaba tan nerviosa que ninguno la creyó capacitada para conducir hasta allí.

Celine se había ofrecido amablemente a avisar a Marc de lo sucedido, que al parecer estaba fuera por trabajo, y encargarse de todo lo que hiciera falta en la casa, lo que consiguió que se marcharan más tranquilas.

Nicolle acompañó en silencio a su madre, y del mismo modo se sentaron en unas incómodas sillas dentro del hospital en el que habían ido a parar. No sabía dónde se situaba ni cuánto habían tardado en llegar, solo que al entrar le dio la vaga sensación de estar yendo de excursión y no a un centro médico. El motivo fue el histórico y enorme edificio construido de piedra, totalmente diferente a los cuadrados, blancos y simétricos hospitales que había visitado en España.

No tenían más detalles de los que le habían dado a Silvana por teléfono desde el hospital: su madre estaba haciendo la compra en el mercado cuando comenzó a sentirse mal y se cayó de bruces al suelo. Alguien llamó a la ambulancia, y al comprobar que tardaban y ella no respondía, un hombre la subió en el coche y la llevó hasta el centro más cercano.

Más de cuarenta minutos después de haber tomado asiento en las incómodas sillas, una doctora rubia y muy alta caminó hasta ellas con paso decidido para darles información.

—Neumonía —dijo con rotundidad tras presentarse y preguntar si eran los familiares. En ningún momento tuvo la necesidad de ojear los papeles que llevaba en las manos.

—¿Neumonía? —preguntó Silvana—. ¿Una neumonía puede causar desmayos?

—Una neumonía puede causar la muerte, señora Harman. Es una infección, y la de su madre es grave.

Silvana palideció.

—Pero... no hemos apreciado nada extraño. Tú has estado estos días todo el tiempo con ella. —Miró a su hija—. ¿Has notado algo?

Nicolle se sintió peor que nunca por sus mentiras y las palabras tardaron en salir:

—N... no. Tosía, eso sí —recordó haberla escuchado el día de Nochebuena—. Pero no le he dado importancia. No tenía mal aspecto, no peor que el que se tiene con un resfriado.

—La neumonía no es siempre la consecuencia de un mal resfriado. De hecho, en este caso no lo es. Estamos casi seguros de que es debido a una reciente cirugía.

—¿Una reciente cirugía? —Silvana se mostró confusa, mirando a Nicolle y luego a Alfredo, que se mantenía al margen, varios pasos por detrás—. Debe haber un error.

La doctora frunció el ceño y miró los papeles con seriedad.

—No, no lo hay. Su madre se sometió a una cirugía en marzo de dos mil diecisiete para extirpar un tumor cancerígeno en la mama izquierda y posteriormente se realizó un tratamiento para erradicar el problema —las informó, sin apartar los ojos de los folios. Al levantar la cabeza, continuó—: A veces, la neumonía puede ser causada por este tipo de...

Silvana mantuvo la compostura, pero no continuó escuchándola hablar. No podía. Sentía que se mareaba y que en cualquier momento vomitaría el único alimento que se había llevado a la boca aquella mañana: un revuelto de huevos y panceta que había preparado la cocinera. Se

arrepintió de habérselo comido. Por suerte, pudo aguantarlo dentro del estómago un poco más.

—Se quedará hospitalizada para que podamos suministrarle el tratamiento intravenoso y controlar que no se infecte el líquido que presenta alrededor de los pulmones. También controlaremos el oxígeno para intentar que sea lo más llevadero posible. Y, sobre todo, hay que tener calma; es un proceso largo.

—¿Cómo de largo? —quiso saber, tratando de serenarse.

La mujer se encogió de hombros.

—Podrían ser días o semanas. Si quieren, dentro de cinco minutos pueden pasar a verla. Han terminado de explorarla y de realizarle algunas pruebas. Ahora podéis entrar las dos —miró a madre e hija—, pero el acompañamiento es de una persona, sobre todo el nocturno.

Ambas asintieron y se despidieron de la doctora.

Nicolle observó a Silvana durante los pocos minutos de espera. Miraba al frente, conmocionada por la noticia, en silencio y sin gesticular. No argumentó nada, aunque sus ojos hundidos dejaban adivinar su desolación. Sin pensárselo, puso una mano sobre la de su madre y la apretó con fuerza para decirle en silencio que se encontraba allí, a su lado.

Al entrar en la habitación, ninguna pronunció palabra sobre lo averiguado mediante la doctora. Nicolle se limitó a abrazar a su abuela sin poder evitar que unas lágrimas cayeran por sus mejillas al ver a aquella mujer fuerte que la mimaba sobre su pecho.

La admiraba. Su hija se marchó siendo apenas una niña, destruyendo su futuro por haber conocido al hombre equivocado; su marido murió, dejándola sola, y ahora, más sola había estado en un momento tan complicado de su vida, combatiendo una enfermedad sin ayuda de nadie. Para rematar, se encontraba postrada en una cama de hospital.

Lo primero que hizo Frida fue sonreírles para restarle importancia a todo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Silvana de manera escueta, y observó a Nicolle abrazada ella.

—Como un titán, ¿no me ves?

—¿Estabas mal? ¿Notaste algo raro? Ya le he preguntado a Nicolle si lo ha apreciado estos días que ha estado contigo, pero dice que no. ¿No te dolía el pecho? ¿Nada? ¿Solo tos?

Frida le dirigió una mirada directa a su nieta, quien había bajado los ojos al suelo. Esperó hasta que los alzó de nuevo para encontrarse con los suyos y apreció la mentira y el arrepentimiento a la vez en los ojos nobles que pocas veces habían sido sometidos a juicio. De nuevo, miró a su hija.

—Nada. Algunos mareos leves, pero no les di importancia. —Tosió y se llevó una mano al pecho, señal de lo que le dolía. Después, intentando disimular la voz débil que asomaba, dijo—: Bueno, y esta voz de tabacalero. Tampoco hay que alarmarse, los médicos son unos exagerados. Unos días de antibióticos y para casa.

—Ya, exagerados —susurró Silvana, y Nicolle supo que estaba mordiéndose la lengua con tal de no explotar.

Por suerte para ella, su abuela también se la había mordido. Se preguntó durante cuánto tiempo. Entonces, un joven vestido de verde entró en la habitación, se tocó el reloj de pulsera e hizo un inconfundible gesto que les dejó claro que la visita había terminado.

—Tenemos que irnos. —Silvana se agachó a besar su frente. Nicolle apreció cómo se detenía ahí un par de segundos, con los labios sobre ella y los ojos cerrados—. Volveré en cuanto me dejen pasar.

—No es necesario que...

Sin dejarla hablar, su hija desapareció de la habitación. Nicolle miró a Frida, se encogió de hombros y le dio otro beso antes de seguir a Silvana.

—Hasta luego.

—Hasta luego, cielo. —Le devolvió el beso—. Ya hablaremos tú y yo.

Ella asintió, se dio la vuelta y salió mientras pensaba en esas últimas palabras. No tuvo tiempo de darles muchas vueltas porque, al cerrar la puerta a su espalda, vio a Marc Ferrara hablando con su madre, a la que en ese momento solo veía por detrás.

Como si la hubiese sentido, el hombre desvió la mirada de su interlocutora y la dirigió a ella. La apartó con rapidez y continuó hablando con Silvana.

Conforme Nicolle se acercaba, podía escucharlo. Su voz era amable —todo lo amable que Ferrara se permitía ser— y había dejado el trato de cortesía a un lado.

—No te preocupes por eso ahora, lo más importante es ella. Quédate todo el tiempo que necesites. Alfredo se encargará de llevarte a comer, o de traerte la comida, como prefieras. Lo mismo con las duchas y los descansos: puedes llamarlo cuando quieras.

—Pero el trabajo...

—He dicho que no te preocupes por eso ahora.

—Yo lo haré —interrumpió Nicolle. Silvana se giró hacia atrás, con rostro interrogativo—. Yo haré tu parte y así no tendrás que pedir favores ni recuperar trabajo atrasado. —Se lo dijo a ella, pero lo miró a él, dejándole clara su postura: no quería deberle nada. Y antes de que pudiera interrumpirla, decirle que no era necesario y todas esas bobadas, continuó—: Sé de sobra el funcionamiento de limpieza y aún tengo algunos días de vacaciones. Espero que no ocurra, pero cuando se terminen, si la abuela sigue aquí, entonces hablaremos de otras soluciones.

—Está bien —respondió Marc, contra todo pronóstico—. Venga, os llevo a casa.

La lámpara lateral de diseño era la única fuente de luz que alumbraba el gran salón aquel sábado. Marc, justo en el centro de este, se apoyaba con la mano derecha en el ventanal de cristal y en la izquierda sujetaba un vaso de *whiskey* que había vaciado ya varias veces. En el interior de esa misma mano, húmedo por el contacto del cristal frío del hielo y con la tinta borrosa de tanto arrugarlo y estirarlo, estaba el papel que lo había sumido en ese estado. Era el mismo que había releído una y otra vez en la cocina el día de Nochebuena desde que lo había encontrado en la puerta de su casa.

Pensó en Gala.

Le pareció estar viéndola reflejada en el cristal, ya unos años atrás, dando sus primeros pasos. Tenía el pelo claro y corto que él le recogía en un moño rígido y despuntado que a todo el mundo le hacía gracia porque parecía una antena. Cuando se lo tocabas, achicaba sus ojos rasgados y te enseñaba los dos dientes inferiores con gracia. Era imposible no enamorarse de ella.

La veía con claridad, como si el tiempo no hubiera pasado. Su niña pequeña. Caminaba a tumbos, sujetándose a los escasos muebles y cubierta únicamente por un pañal.

Recordó la desilusión de aquella tarde que dijo su primera palabra: «Tod». Llevaba tanto tiempo esperando que hablara, que lo llamara papá, que le entraron ganas de tirar a la basura a aquel conejo que siempre la acompañaba y al que le regaló el privilegio.

Y el miedo. Sobre todo recordó el miedo.

Le dio un trago al fuerte líquido y se deleitó con el resquemor de su garganta.

Era tan pequeña y había tantos cables a su alrededor...

Aún no tenía pelos, ni dientes, ni caminaba. De hecho, las posibilidades de que su niña ejecutara esas funciones tan comunes en un futuro eran muy escasas. No sabía si habría futuro, sencillamente. Habían pasado días desde que había nacido y ya la habían metido en una urna de cristal y le habían indicado lo que tendría que hacer para sobrevivir. Marc recordó lo acertada que le pareció la metáfora en aquel momento. Si lo conseguía, si vivía, estaría en las mismas condiciones para los restos.

Allí, sentado frente a la incubadora, se dijo que tenía que ser valiente. Por su pequeña.

Llevaría a cabo todos los planes que se habían acumulado en su mente desde hacía mucho. Una escuela de idiomas. Él hablaba varios, así que podía comenzar dando las clases. Podría alquilar un local, aunque no fuera muy céntrico, y dar publicidad. Tenía unos ahorros. Ahora era el momento de dejar el miedo que lo había acompañado. Si salía bien, Gala no estaría durante el resto de su vida obedeciendo directrices sistemáticas, como había hecho él hasta entonces, y si salía mal... Observó el respirar tranquilo de la pequeña criatura que con los bracitos en alto y los ojos cerrados luchaba sin descanso. Era suya, solo suya. Su madre había huido en dirección contraria. ¿Qué podía salir peor? ¿Un simple negocio?, ¿una inversión de dinero? ¿Qué era el

dinero cuando la vida de la persona a la que más amaba estaba en el canto de una moneda que ya se había lanzado al aire?

Se bebió el contenido del vaso y buscó con la mirada la botella. La había dejado en algún lugar del salón. La encontró sobre el sofá, volcada. Por suerte para él, también cerrada. Rellenó el vaso y bebió. Cerró los ojos y se tambaleó levemente.

Francesca acudió a su mente.

Dos días después de la cesárea, aún no había visto a Gala. Marc no había querido sacarle una fotografía. Tantos cables, el gorrito, la máscara que la ayudaba a respirar... Estaba impaciente por que la conociera, pero no quería ponerla triste. Así que obviaba todo lo superficial que le habían colocado y le contaba con pelos y señales cada parte de su cuerpo: los rasgos, parecidos a los de ella, las pequeñas manitas, la nariz chata...

—Es como tú —le dijo, y Francesca sonrió levemente, todavía dolorida por la rápida y urgente intervención—. Clavada. Tu nariz, la forma de los ojos, los labios... Hasta el ímpetu al llorar me recuerda a ti cuando te dan berrinches.

Ella soltó una carcajada que la obligó a tocarse el abdomen mientras encogía el rostro de dolor.

—En algo se parecerá a ti, digo yo.

Lo meditó.

—No sé, ahora mismo no lo encuentro.

Entonces la sonrisa desapareció del rostro de la mujer y lo miró firme mientras le sujetaba una mano.

—Será igual de fuerte y valiente que su padre.

Debió haber imaginado con aquella frase qué era lo que les esperaba a los dos: mucha fuerza y valentía para afrontar que, a los pocos días, ella los abandonaría. Era una despedida, aunque en ese momento le pareció el cumplido más bonito del mundo.

Marc soltó el vaso sobre la mesita baja, arrugó el papel, lo tiró con furia al suelo y salió apresurado de allí.

Tenía que evadirse.

El Vingt-deux Gémissements estaba lleno, oscuro, y en él se respiraba el mismo ambiente erótico de siempre a aquellas horas: luces bajas, música media y sexualidad alta. Se sentó en la barra colocada en la zona de fumadores, se encendió un cigarro y pidió el mismo *whiskey* que había estado bebiendo en su casa, pero mezclado con un refresco. Si seguía con el ritmo anterior, caería inconsciente.

Con el cigarro en la boca, no había terminado de ligar ambas bebidas cuando una voz conocida habló detrás de él:

—Marc Ferrara. ¿Por qué será que no me sorprende verte aquí?

Se giró con lentitud mientras soltaba el recipiente de refresco ya vacío y se quitaba el cigarro de la boca. Sonrió al descubrir a la despampanante pelirroja, amiga y psicóloga. Si no la había visto estando tan cerca de él, era debido a la atención que estaba dedicándole a una chica situada al fondo del local, semidesnuda y sentada en un sillón. No podía verle la cara, pero sí el collar oscuro que resaltaba en su pálido cuello. Se obligó a apartar la mirada de ella y centrarla en quien reclamaba su atención.

—Vaya. No puedo decir lo mismo: yo no te esperaba por aquí.

Enara descubrió al momento que estaba bebido.

Él la escudriñó con interés. Un vestido blanco y liso cubría sus exuberantes curvas y unos tacones altos del mismo color estilizaban aún más sus piernas largas. Al llegar a su rostro, descubrió más maquillaje del habitual. Una profunda sombra negra envolvía los ojos fieros y le daban un aspecto salvaje con la ayuda del pelo largo y rojo como la sangre.

—Te falta meterte una raya de coca aquí delante para cubrir el cupo.

Él torció la comisura izquierda de sus labios en una sonrisa burlona mientras miraba con atención el vaso y el cigarro.

—Qué va. Sabes que no me van las drogas blandas. —Enara bufó y puso los ojos en blanco—. Pero si tienes mucho interés, puedo soltar todo esto y centrarme en ti.

La mujer se acercó con una sonrisa socarrona en los labios y se contoneó, sabiendo que los ojos de Ferrara estaban sobre ella. Ya muy cerca, pudiendo distinguir el olor del caro perfume del alcohol, dejó un beso en su cuello y subió hasta su oreja. Le gustaba provocarlo. Se divertía haciéndolo. De hecho, sabía que unir a dos personas como ellos en un colchón podía ser algo ardoroso. O en un sofá, en el suelo o en cualquier rincón que les permitiera despojarse de la ropa sobrante y unirse como salvajes. Pero ¿qué vendría después? Era lo que se preguntaba cada vez que se planteaba la opción de dejarse caer en sus redes de una vez por todas.

No sería aquella noche, pero se divertiría un poco.

—Algún día aprenderás que no se puede tener todo en la vida, Marc.

—Pero tú no te llamas *todo*, y yo puedo ser muy persistente.

—Y un verdadero capullo, si te lo propones.

La asió por la cintura, la acercó a él y la situó entre sus piernas. La miró con los labios entreabiertos y buscó los suyos con los ojos, notando cómo la ponía nerviosa, seguramente preguntándose si en algún momento él los atacaría como a una presa. No lo haría, pero le gustaba sembrar la duda y verla negarse a sus proposiciones una y otra vez con una firmeza alucinante.

Se mojó los carnosos labios y enterró la cara en el largo cuello femenino para posar un beso caliente y húmedo ahí. Ella lo dejó hacer.

—Sí, normalmente suelo conseguir lo que me propongo. Y tú estás en este lugar por algo, ¿no? —murmuró con la voz ronca. Y aunque parecía que toda la atención estaba puesta en ella, los ojos de Marc miraban a su vez más allá, a la chica del collar oscuro.

—Que esté aquí no significa que vaya a follar contigo. Además, ¿qué voy a contarte? Eso tú lo sabes mejor que nadie. Incluso es probable que crearas las normas de este lugar, que tengas un pase vip y bebidas gratis por número de asistencias —le recriminó en un tono autoritario que rápidamente cambió—: Y ya que consigues todo lo que te propones, a lo mejor deberías proponerte dejar de una vez todo esto. —Se apartó de él, extendiendo sus brazos para señalar el local—. ¿Qué parte de «mantenerte alejado de la tentación» no has entendido? ¿Qué coño haces aquí?

Había roto el contacto físico, pero Marc seguía mirándola de la misma manera provocativa.

—Le preguntó, dando ejemplo, la educada terapeuta a su atormentado paciente.

Ella soltó una risa sarcástica y volvió a acercarse un poco, aunque no tanto como hacía un instante.

—Mira, Marc. ¿Recuerdas, hace años, a esos médicos que fumaban pipa en la consulta y se sentaban al otro lado del escritorio para informar al paciente de que no podría fumar porque agravaba el cáncer de pulmón que acababan de diagnosticarle? —Él no respondió, atento a sus palabras—. Es curioso, porque después de las dos horribles noticias, expulsaba el humo de su tabaco en la cara del afectado. Pues que te quede claro: yo soy la doctora fumadora y tú el paciente con cáncer que no debe fumar.

La miró, desafiante, pero sin perder la calma característica en él.

—Cuidado, doctora, porque el cáncer puede reproducirse de un momento a otro. Incluso sin fumar.

En el cruce de miradas entre dos titanes, un hombre moreno y alto los interrumpió. Llegó a su altura con dos copas en la mano, y cuando las soltó sobre la barra, miró a Enara y después a Marc, preguntándole en silencio quién era. Cuando la mujer fue a realizar las debidas presentaciones, Ferrara se levantó y le estrechó la mano con fuerza.

—Alex, ¿verdad? —averiguó, recordando el nombre del amigo del que la pelirroja le había hablado en una de sus sesiones de terapia.

Sin soltarse las manos, el hombre lo miró confuso.

—N... No. Olivier.

—Vaya —fingió sorpresa, mirando a su amiga—. ¿Es que Alex no preparaba bien el desayuno?, ¿o es que no le hiciste llegar mis consejos de cómo hacer disfrutar a una pelirroja despampanante en la cama?

—Que te den por el culo, Marc.

Enara cogió su copa, sujetó al tipo por un brazo y lo hizo girarse con ella para irse.

Marc frenó al tal Olivier con su mano.

—Cuídala. Tiene carácter, pero es una mujer fiel a sus principios y ética. No se acuesta con sus pacientes, aunque esté deseándolo.

Ella se giró para mirarlo y rio al ver la sonrisa pícara en el rostro de su paciente. Lo conocía desde hacía mucho y sabía a lo que jugaba. «Qué cabrón», pensó mientras cabeceaba. Lo quería, aunque una de las virtudes de Marc no fuera dejarse querer.

—No estoy deseándolo.

—Las pulsaciones de tu cuello no decían lo mismo mientras te tenía aquí cerquita. —Se señaló el rostro—. Además, no he probado esa boca, pero los ojos besan antes que los labios, ¿lo sabías?

—Pásalo bien —le deseó, y después lo ignoró mientras se marchaba hacia otra parte del local con su acompañante.

—Créeme, sirena, no es mi objetivo esta noche.

Al escuchar aquel apelativo que tanto había usado con ella, no pudo evitar que una sonrisa se marcara en su rostro.

Después, desapareció. Ella sí iba dispuesta a pasarlo bien.

Él, a su manera, una que nada tenía que ver con la que pensaba Enara, también.

Capítulo 10

Se había terminado la copa en soledad. Durante un rato, el encuentro con Enara lo había hecho olvidarse de lo que llevaba dentro, pero pronto volvió. En cuanto se hizo el silencio y se quedó a solas con él mismo, el dolor hizo acto de presencia.

Las imágenes se entremezclaron.

Por un lado, la nota de Francesca: «Estoy en París. Me gustaría verte». Y un número de teléfono apuntado. Como si nada. Como ese amigo que viene de visita después de un tiempo y quiere pasar un rato contigo. ¿Qué pretendía? ¿Verlo?, ¿conocer a Gala?, ¿algún derecho sobre ella? No. No lo tenía. Se había ido, los había dejado. No tenía ningún derecho sobre su hija. Solo suya.

Y después, Nicolle.

Lo atormentaba.

Le era imposible verla por los pasillos de su casa, con el uniforme y los auriculares puestos. Le era imposible no mirarla y pensar pecaminosamente. Le era imposible no observarla desde el quicio de su puerta, de brazos cruzados, mientras canturreaba.

Como dos tardes atrás. Él salía del gimnasio y ella arrastraba con un pie el cubo de la limpieza hacia su despacho, al fondo del todo. Lo hizo con ritmo. Como nadie la veía, o eso creía, se había dejado llevar. Alzó los brazos con la fregona en una mano y gritó efusivamente moviendo las caderas y la cabeza con alegría. Le resultaba impresionante la capacidad de aquella joven por seguir bailando, en todos los sentidos, a pesar de que la vida se le derrumbara alrededor. Después, cantó algo que Marc no consiguió descifrar, usando la fregona como micrófono y moviendo el desordenado moño de un lado a otro.

Para su pesar, el espectáculo terminó pronto, porque se internó en la habitación.

Permaneció en el mismo lugar, cruzado de brazos y sonriendo como un idiota.

Nicolle era ese rayo de luz que, a pesar de ser fino y prácticamente inexistente, de repente se abre paso entre el cielo gris y lo resplandece todo. Así lo sentía cuando, acomodado en la nube oscura de su interior, ella se cruzaba en su camino y le otorgaba la luz que le faltaba.

Después, acudió a su mente la tarde anterior.

Nicolle golpeando la puerta. Se la veía impaciente, tambaleándose hacia atrás y hacia adelante mientras escondía los labios y elevaba los ojos al cielo de manera desinteresada.

Aquel chico abriendo.

La sonrisa de ella.

La cara de preocupación de él mientras le contaba algo.

La forma de mirarla, comiéndosela con los ojos y con el pensamiento.

El abrazo de ambos.

El beso que dejó sobre su mejilla sonrojada.

La cara de ella cuando se despidieron y se dio la vuelta.

Apretó tanto el vaso que creyó que se rompería en su mano. No debería haberla seguido ni hurgar en su vida, pero lo hizo. Esa misma mañana, Nicolle le había pedido a su madre ir a comprobar a casa de su abuela que todo estaba en orden, que no se había quedado nada

encendido que pudiera producir peligro o recoger lo que estuviera por medio. Y a él, no supo por qué, le sonó a excusa. Puede que por el temblor de su voz y la mirada hacia abajo. Nicolle le pidió a Alfredo que la llevara, pero Marc negó con la cabeza casi de manera imperceptible para que no lo hiciera. El chófer mintió con rapidez, diciendo que tenía algo que hacer, y él se ofreció a llevarla. Sin cruzar ni una sola palabra, la llevó a casa de su abuela y, cuando se bajó del coche, esperó en un lugar discreto. No aguardó mucho, Nicolle salió pocos minutos después, miró a ambos lados y comenzó a caminar. Él también lo hizo hasta llegar a Montmartre. Y allí los vio.

Algo lo devolvió a la realidad de manera súbita al local en el que se encontraba. La chica del collar a la que había estado observando se desplazó hacia un pasillo izquierdo, dispuesta a entrar en alguna habitación. Él contempló su mano, que todavía rodeaba el vaso con mucha fuerza, y consideró que era el momento oportuno de dejar los pensamientos a un lado y actuar como había planeado.

Relajó la mano, consiguiendo soltar la copa sobre la mesa, y también los hombros. Se levantó con lentitud y con la misma calma anduvo hasta ella. No obstante, no era aquella chica morena, menuda y obediente —a la que había examinado con atención— quien le interesaba. Aunque sí sería la baza para alcanzar su objetivo; un objetivo muy claro que caminaba a su lado.

Se detuvo frente a la mujer que la acompañaba. Había estado durante toda la noche —al menos desde que él había llegado— con la chica del collar de cuero negro, pero siempre un paso por delante de ella. Le había dado las indicaciones de cómo y cuándo moverse y la figura menuda había obedecido sin protestar y sin mantenerle la mirada en ningún momento. Eso era lo poco que Marc había captado a tanta distancia, pero le bastaba.

La mujer lo miró de frente, con las cejas alzadas. Quizá esperaba que aquel hombre que había interrumpido su camino le explicara qué quería. Era alta, posiblemente debido a los tacones, tenía el pelo rubio recogido en una coleta muy peinada y lisa y vestía de cuero. Era un traje de pantalón largo y escote abierto, pegado al cuerpo de manera completa, el cual dejaba intuir, sin ver, todo lo que había debajo. Marc dedujo que le gustaría lo que ocultaba, aunque sabía que no lo descubriría. Tampoco era su intención. Pero su indumentaria parecía una segunda piel brillante que lo llamaba y le decía que era ella la persona que buscaba para aquella noche tan específica.

Viendo que Marc no hablaba, le preguntó:

—¿Necesitas algo?

—Me gusta —respondió él sin titubear, y desvió la mirada hacia la chica del collar.

—¿Qué?

—Que me gusta ella. —Señaló a la sumisa con la cabeza sin apartar los ojos de la rubia, quien lo observaba con curiosidad.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me gustaría jugar con ella.

La mujer soltó una carcajada y, acto seguido, se puso seria.

—Ya... A muchos les gustaría jugar con ella. Pero no presto así como así lo que es mío. —Apoyó su dedo índice sobre el pecho descubierto de Marc, que se había desabrochado un par de botones incluso antes de entrar en el club.

Él miró hacia abajo y observó la uña larga, puntiaguda y roja que toqueteó el vello de su pecho con intención, acariciándolo de arriba abajo.

—¿Qué tengo que hacer?

La mujer le sonrió.

—Sabes que en estos lugares no se estila mucho la dominación, ¿verdad?

—Lo sé. Y aun así, habiendo clubes destinados a ello, estás aquí.

—Exacto. Y aun estando aquí porque quiero, me gusta comprobar que quien quiere jugar con nosotras sabe lo que hace.

—Sé lo que hago —afirmó él—. He dominado muchas veces.

—Ah, ¿sí? —repitió socarrona.

—Sí.

—Y a ti, ¿te han dominado alguna vez?

Él sonrió de lado. Ya tenía lo que quería.

—No creo que haya persona en este local capaz de hacerlo.

—Vaya, cuánta determinación. Me gusta. —Clavó sus ojos en él—. ¿Querrías poner tu teoría a prueba? —La mujer hincó la uña allí donde la tenía posada y lo miró con firmeza mientras se acercaba mucho. Él no reaccionó al dolor punzante que estaba ocasionándole al incrustarse en su piel.

—No me importaría.

—Bien —susurró cerca de su boca. Después sacó la lengua y le lamió de abajo arriba los labios sellados, sin desviar ni un milímetro los ojos de los de él. Marc le aguantó el pulso visual, provocándola—. Primero jugaré contigo, y en caso de ser satisfactorio, puede que lo hagas con ella. —La dominatriz se dio media vuelta e hizo un gesto con la mano para que la siguieran.

Tanto la chica del collar como él lo hicieron en silencio, sorteando a la gente que follaba, jugaba, hablaba o se besaba en los pasillos. Se internaron en aquella habitación oscura, de luz tenue color rojo, compuesta de una banqueta donde sentarse y una Cruz de San Andrés postrada a una pared. De ella colgaban unas correas para sujetar el cuerpo de la persona dispuesta a someterse. En este caso, Marc era esa persona.

La mujer de cuero se puso frente a él. A su lado, de nuevo un poco por detrás, quieta y expectante, su sumisa.

Se sentía mareado a causa del alcohol y de la poca luminosidad. «Mejor», se dijo, y dio un intencionado paso hacia atrás cuando la mujer lo dio hacia él, haciendo resonar sus tacones en la solitaria estancia. Después, otro, otro y otro. Hasta que su espalda entró en contacto con la madera. Apreció los ojos que, prácticamente sin perder el contacto con los suyos, se alzaron y bajaron con rapidez. No le hizo falta ninguna otra indicación para saber que tenía que subir los brazos y las piernas y ser atado de pies y manos. No obstante, una vez que se colocó en la postura deseada, la dominatriz le desabrochó los botones restantes de la camisa, sin llegar a quitársela, y sin ningún tipo de delicadeza se agachó para hacerlo con los pantalones. Desabotonó, descendió su cremallera y de un solo movimiento los bajó junto con la ropa interior, dejando a la vista y muy cerca un miembro grande y flácido al que le auguraba un buen grosor y tamaño una vez que estuviera erecto.

Sin que Marc lo esperara, lo golpeó con la palma de su mano, con firmeza pero sin rudeza. Se sobresaltó, pero intentó no demostrarlo.

—La veo asustada —comentó sobre su polla mientras se acercaba, ahora sí, para atarlo correctamente.

—Más bien, le cuesta sorprenderse.

Una vez atado por las extremidades, la mujer se apartó para contemplar el fornido y gran cuerpo del hombre que se encontraba expuesto para ella. Era varonil, alto, con un físico espléndido y un halo de misterio y chulería que la encandiló.

Sus ojos lobunos debieron desvelar lo que pensaba, porque él le preguntó con la voz tomada:

—¿Te gusta lo que ves?

La rubia salió de su ensimismamiento.

—A partir de ahora, no te dirigirás a mí directamente y no me mirarás a los ojos —lo advirtió.

Él no sonrió, pero le habría gustado.

No le excitaba estar atado ni ser sometido. No le llamaban la atención las cruces, las cuerdas, los sumisos ni los dominantes. Le atraía otro tipo de sexo más espontáneo. Y, cuanto menos, le gustaba el dolor. Por eso estaba allí. Por ese motivo había jugado sus dos mejores cartas: la de la observación y la de la actuación, hasta encontrarse con alguien que pudiera causarle de manera correcta aquel dolor. Miró alrededor con lentitud; notaba su cabeza tan embotada que no pudo hacerlo más rápido. Sonrió para sí al decirse que estaba en la mazmorra que solo había visitado alguna vez por curiosidad, o porque Francesca se lo había pedido.

Pensar en ella hizo que lo deseara con más fuerza. Quería que el sufrimiento externo superara al interno. Y como se suponía que aquella mujer que tenía delante ahora quería dominarlo y que él no se dejaría hacer, alzó la vista y la enfocó en ella, quien le había pedido que no lo hiciera. Un bofetón repentino le cruzó la cara, girándosela hacia la izquierda y haciéndolo cerrar los ojos.

—A partir de ahora no me mirarás directamente a los ojos —repitió, e hizo un movimiento con

la mano derecha para llamar la atención de la chica menuda del collar de perro.

Casi no se acordaba de ella.

Se encontraba en el suelo, a su izquierda. No sabía cuándo se había desnudado ni recordaba que su ama lo hubiera ordenado, pero por algún motivo sabía que debía hacerlo y estaba allí, sin ropa, acomodada sobre los talones y con ambas manos sobre sus muslos. La cabeza gacha. La mirada en el suelo. Los pezones, pequeños y rosados, muy duros y erectos. Se preguntó qué era lo que le excitaba de todo aquello. ¿Su maestra? ¿La propia sumisión? ¿Él, desnudo y atado? También se cuestionó qué rol tomaría ahora.

Ninguno.

Eso lo descubrió poco después, cuando algo caliente cayendo sobre sus muslos lo hizo desviar la atención. Era cera corporal y se escurría líquida sobre sus piernas, haciéndolas arder hasta solidificarse. Poco, para lo que escocía lo de dentro.

—Querías jugar con ella, pero has decidido hacerlo conmigo. Y aunque no estabas dentro de mis planes esta noche, debo decir que comienza a gustarme la idea de haberte traído aquí. —Se acercó, pausada, y sujetó los pezones del hombre entre sus dedos, primero despacio, después aumentando el pellizco hasta convertirlos en una especie de pinzas que parecían querer atravesarlos—. Tengo curiosidad por saber si en algún momento se te pondrá la polla dura —dijo, retorciendo con más ganas.

Marc frunció los labios, soportando el dolor. Y cuando creía que no podría presionar más, disminuyó la presión, acercó la boca y los lamió con una lentitud que para nada concordaban con la imagen dura de antes. Aquel alivio le gustó, y un pinchazo bajó hasta su glande, haciéndolo palpitar. Pero poco duró el placer suave: la dominatriz había alzado la vela y ahora la cera caía sobre su pezón izquierdo.

Un quejido contenido salió de su garganta y ella sonrió con satisfacción mientras le leía los ojos.

—Me encantaría oírte gritar.

—Hay más posibilidades de que te haga gritar yo a ti —le respondió altivo.

La mujer aprisionó sus testículos con una mano y apretó lo suficiente para que Marc irguiera el rostro.

—¿Tú crees? —Con la otra mano le sujetó el miembro y comenzó a masturbarlo. Él se tragó el gruñido de satisfacción—. Porque yo no lo creo.

Lo siguiente, confuso.

Más cera caliente.

Más pellizcos.

Más dolor.

Más placer.

Cuerdas, nudos, tirantez.

Lenguas y saliva.

La sumisa acercándose, chupándole la polla mientras la mujer de cuero empujaba con fuerza su cabeza y la obligaba a tragársela entera.

Movimientos rápidos, frenéticos.

Placer, mucho placer. El máximo, ese que se siente cuando estás a punto de culminar. Se acercaba la llegada del orgasmo, del éxtasis. Sus dedos se encogían y tiraba con fuerza de los grilletes. Después, nada. El vacío más absoluto. No se corría.

De nuevo, placer, pellizcos, dolor, saliva.

La llegada del orgasmo, el éxtasis cerca. Y, de nuevo, nada.

No es que no se corriera; es que ella no se lo permitía.

Una, dos, tres, cuatro veces.

Marc, desquiciado, gruñía. Se sentía más duro e impotente que nunca. Tiraba de las muñecas, lo que le hacía recordar que estaban atadas, y gruñía de nuevo, pidiendo con ello que lo dejaran derramarse.

—Quiero correrme. Haz que me corra.

La respuesta, siempre negativa.

Hasta que ocurrió, y derramarse sobre la chica menuda, desnuda y arrodillada le proporcionó el placer más intenso que recordaba.

Dulce espera.

Dulce tortura.

No supo cuándo terminó, pero cuando quiso percatarse, ya estaba fuera del local, solo, fumando y bebiéndose otra copa demasiado deprisa para lo sobrepasado que estaba. Ni mujer de cuero, ni sumisa, ni Enara. Solo había quedado en él un intenso mareo y la paz interior que había ido buscando.

Le duró poco, solo el tiempo de ver unos rostros confusos que se reían mientras le preguntaban algo. Creyó que eran tres tíos. Más jóvenes que él, mucho más. Por sus ordinarias vestimentas, supo que no habían salido del club, y se reían muy fuerte o él estaba muy borracho para soportarlos en mitad de la calle y de madrugada.

«Que me des un cigarro», o algo así dijo uno de ellos. No lo entendió con claridad, pero sí diferenció el tono imperativo.

Él soltó una irónica carcajada y le respondió que todavía le quedaba energía para recibir una mamada más, que podían chupársela, si querían, entre los tres.

Lo siguiente, el suelo. Dolor, dolor y dolor. Patadas, golpes, gritos y más dolor.

Sangre. Tos. Más voces. Insultos.

Por último, el vacío que queda después.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al notar que ya se habían marchado y que no quedaba nada.

Capítulo 11

Había soñado que se ahogaba. Metida en el fondo de algún lugar desconocido, Nicolle nadaba hacia arriba en la búsqueda de aire, de un soplo que le permitiera relajarse, pero no lo encontraba. Movía las manos y los pies de forma desordenada y de vez en cuando la cabeza para comprobar su situación. Debajo, agua; encima, agua; a los lados, agua...

Agua. Agua. Agua.

Oxígeno, necesitaba oxígeno.

Abrió la boca y notó cómo se llenaba de todo aquel líquido. Agobiada, movió las piernas con ímpetu y les ordenó que lo hicieran a la vez. Comenzó a ascender. Veía un rayo de luz que la cegaba y, a la vez, le indicaba que estaba llegando a la superficie. Sin embargo, cuando rozaba gloriosamente el final, cuando su mano estaba a punto de salir, un incesante y potente chorro de agua comenzó a caer encima de su cabeza.

No sabía dónde estaba metida, pero si no paraba de llenarse, nunca podría salir de allí.

Pensó en lo valioso que era el oxígeno, en la virtud de respirar. Algo tan cotidiano, tan imperceptible y, de manera muy irónica, lo más necesario para el ser humano.

Y el agua caía y caía.

Caía y caía.

Se ahogaba y nunca llegaba el final.

Comenzaba a marearse, pero no podía dejar de luchar.

Boqueaba, braceaba y pataleaba, pero no ascendía lo suficiente.

«Ya debería estar muerta», pensó con lucidez tras lo que le resultaron horas.

Entonces notó cómo el aire llegó a ella.

Se incorporó en la cama de un solo movimiento mientras daba una gran bocanada y se llevaba la mano hasta el pecho en un reflejo de supervivencia. Después cerró los ojos, diciéndose a sí misma que solo era una pesadilla. Igualmente, el sonido del agua que la había acompañado durante ese angustioso intervalo de tiempo era real y seguía sonando. Lo escuchaba lejano, pero no cesaba.

Marc.

Fue la primera persona en la que pensó. ¿Por qué? No lo supo, pero pensó en él.

Silvana estaba en el hospital con su abuela, como cada noche desde el ingreso, y Celine en la casa de su hermana hasta final de año.

El corazón le bombeó con fuerza. Tenía un mal presentimiento. Aquello carecía de lógica; solo era agua cayendo. Pero lo sentía. Era una sensación desconocida hasta ahora que se anudaba dentro de ella y le producía malestar, nerviosismo, y le erizaba la piel mientras le advertía que corriera, que algo iba mal.

No fue consciente de que había salido de la cama y del cuarto hasta que sintió el frío bajo sus pies descalzos. Con exactitud, fue en el momento en el que se detuvieron frente a la puerta de la habitación de Marc.

El agua, efectivamente, se oía con más fuerza al otro lado.

Nerviosa, golpeó en la madera. No hubo respuesta. En otra situación habría sido prudente y

regresado a la cama, pero no pudo hacerlo. Abrió y ojeó alrededor. Todo estaba oscuro. Solo una pequeña franja de luz se vislumbraba debajo de la puerta del baño. Caminó hasta allí cuando descubrió los cristales repartidos por la estancia y una botella en el suelo que, al haber sido estrellada contra la pared, había dejado su rastro. Le sorprendió no haber oído el estruendoso ruido que debía haber causado y, por el contrario, sí el grifo.

Confirmando su presagio, avanzó hacia el baño con mucho cuidado de no cortarse los pies y pegó la oreja a la puerta.

—¿Marc? —preguntó en un susurro, todavía al otro lado. Solo obtuvo por respuesta el sonido del agua—. ¿Está todo bien?

Ya tenía la mano sobre el pomo y comenzaba a girarlo.

Se reprendió. Aquello no era correcto y él se enfadaría si invadía su intimidad. Ya se lo dijo una vez: era lo más sagrado que poseía. Aun así, suspiró y abrió mientras se repetía que no tenía derecho.

Se quedó paralizada unos segundos, observando la escena. El vapor que inundaba el baño casi no la dejó respirar. La sensación térmica al entrar era la misma que cuando abres un horno. Detrás de toda la neblina, Ferrara, desnudo, de pie y bajo el chorro de agua. Estaba al máximo, cayendo con mucha fuerza. Abrió la boca, asustada, cuando comprobó la cantidad de humo que salía.

Se encontraba apoyado en los azulejos con una sola mano, y con la cabeza gacha permitía que el agua, aparentemente hirviendo, lo envolviera. Su cuerpo estaba al rojo vivo, con unas enormes marcas violáceas.

Aterrorizada por la escena, corrió hasta la ducha, alargó el brazo y cerró el grifo. Al hacerlo, no pudo evitar quemarse. Ardía tanto que tuvo que presionarlo para aliviar momentáneamente el dolor. Abrió mucho los ojos y miró al hombre con miedo. No podía entender cómo era posible que alguien humano aguantara más de dos segundos en una situación semejante y sin mover un solo músculo.

Se contempló el brazo, que se le había puesto rojo gracias a la facilidad de su piel por marcarse. Recordó aquel sueño en el que, intentando salvar el cuadro del cisne, sintió la misma sensación con la obra que con Marc: la de querer rescatarlo a toda costa y la de abrasarse en el intento.

—¡¿Qué estás haciendo?! —le gritó cuando consiguió reaccionar.

Él no se movió. Parecía ido.

Asustada y enfadada a la vez, lo sujetó con fuerza de un hombro y con dificultad lo hizo girarse hasta quedar frente a ella. La miró, y Nicolle lanzó una exclamación ahogada. Estaba entero golpeado: su rostro, amoratado, hinchado y lleno de pequeñas rajas que parecían arañazos a simple vista, menos en la mejilla izquierda, donde una buena abertura con mal aspecto comenzó a sangrar en cuanto el agua dejó de caer sobre ella; sus ojos, rojos, cansados, tristes y apagados, y el torso y los costados con zonas amoratadas por encima del color de su piel, todavía encendida a causa de la temperatura a la que había estado expuesta.

El enfado se convirtió en un sentimiento imposible de explicar. Le dolía el pecho y le temblaban las piernas y las manos.

—¿Qué te ha pasado? —Ahora, su voz fue apenas un susurro—. Oh, Marc, ¿qué te han hecho?

El hombre alargó la mano y, sin que se lo esperara, la posó en su pálida mejilla. La mantuvo ahí unos segundos y le acarició el rostro con mucha suavidad, como si pudiera romperse. Ella cerró los párpados ante ese contacto y el labio inferior le tembló.

—¿Te... te has metido en problemas? ¿Ha pasado algo grave? —le preguntó como pudo, batallando contra la mezcla de emociones tan intensas.

Marc la contempló con fijeza y sin abrir la boca, tratando de enfocarla. Parecía moverse de un lado a otro y su rostro se difuminaba. Sabía que todo era a causa de la cantidad de alcohol ingerido durante horas, pero hizo el esfuerzo de apreciar sus rasgos con claridad. Casi lo consiguió.

«Mi rayo de luz», pensó al verla allí, tan asustada y con los ojos brillantes.

¿Qué más tenía que hacerle para que comprendiera que él solo era una basura? ¿Cuánto daño

sería capaz de aguantar aquella chiquilla que acudía una y otra vez a su encuentro? Era buena, sana, sin mochilas emocionales que le ennegrecieran la existencia. ¿Por qué insistía en convertirlo en aquel saco pesado que llevaría a cuestas durante toda su vida? Podría tener al lado al chico que quisiera. Podría tener al que fue a ver a su casa y al que le sonrió con tanta dulzura.

Pensarlo, en ese momento, no le dolió. No tanto como lo había hecho durante toda la noche, al menos.

De corazón, quiso que se marchara, que lo dejara debajo del grifo y fuera en busca de aquel tío o de cualquier otro que no fuese él. Pero eso no ocurrió. Se quedó allí durante mucho rato, mirándolo. Mientras, él la escudriñaba y se martirizaba por su compañía, le acariciaba el rostro con los nudillos de arriba abajo con un leve roce y se repetía lo bonita que era, en todos los aspectos.

—He... pensado en ti —balbuceó después de mucho rato, sin apartar los ojos de los de Nicolle, cristalinos y brillantes—. Ella ha vuelto, y yo he pensado en ti.

No pudo retener las ganas durante más tiempo. La sujetó con suavidad por la nuca, atrapando parte del pelo, y la pegó a su pecho para sentirla cerca, abrazándola. A pesar del roce de su miembro con la cadera de ella, ninguno interpretó aquello de manera carnal.

Al entrar en contacto, Nicolle apreció la humedad y el calor que soltaba el gran cuerpo, pero no le importó. No le importó quién era *ella*, la que había vuelto, ni que estuviera bebido, porque lo estaba; su boca olía a alcohol y le costaba pronunciar. No, claro que no le importaba. Nada lo hacía. Solo deseaba que, fuera lo que fuese lo que lo atormentaba de esa manera tan salvaje, desapareciera. Que ella pudiera hacerlo desaparecer. Ser la medicina para la enfermedad que llevara dentro; lo del exterior no eran más que grietas superficiales.

Se mantuvo muchos minutos abrazada a él, llorando sobre su pecho. No sabía por qué exactamente, pero no podía evitarlo; las lágrimas silenciosas corrían y corrían como si se hubieran desbordado. Tal vez porque, allí, entre sus brazos y a pesar de todos sus esfuerzos, se dio cuenta de que realmente era inevitable quererlo.

Pensó en muchas cosas durante ese intervalo de tiempo, aunque sobre todo pensó en Silvana. Si había querido a su padre de una manera tan intensa como ella lo hacía con Marc, ¿de qué magnitud habría sido el dolor causado por su abandono?

Pensó mucho en ellos dos. En la carencia de sentido común. Si él la necesitaba y ella lo necesitaba a él, ¿a qué jugaban? ¿Por qué tanto dolor? ¿Por qué ahora sí y ahora no?

«La diferencia de edad», se recordó.

Aquello era un impedimento para Marc, no para ella. Lo querría de la misma forma si tuviera veinte años. ¿Que la gente hablaría?, pues que hablara. ¿Que se ponían en su contra?, que se pusieran. No le valía de nada tener a la gente a su favor si cada minuto de su vida era infeliz. ¿Qué importa lo que piense el de al lado si tú estás viviendo como deseas?

Entonces, como un jarro de agua fría tirado de lleno en la cara, la imagen del verdadero motivo de su distancia llegó a ella. En su visión, el hombre que en ese momento le acariciaba el pelo con ternura aparecía de forma muy diferente. Con exactitud, desnudo y detrás de su madre. Ahí estaba el verdadero motivo por el cual no podía seguir luchando.

Se apartó de él sin brusquedad pero con convicción y con la mano se secó las lágrimas.

No notó ninguna reacción por parte de Marc.

—Saldremos de la ducha, te secaré y te llevaré a la cama, ¿de acuerdo? —le dijo atropelladamente, aunque intentando mostrar serenidad—. Pero primero tengo que recoger los cristales del dormitorio. ¿Puedes caminar? —Lo sujetó de la mano para que no se cayera y sin querer mirarlo a los ojos en un intento inútil de que no se percatara de que las lágrimas seguían saliendo ni del dolor que llevaba a cuestas.

De soslayo, apreció cómo él asentía. Aun así, se tambaleó cuando intentó dar el paso al frente y tuvo que sujetarlo también por el brazo para estabilizarlo. Apurada, miró alrededor en busca de una toalla, pero no la encontró. En la percha colgada detrás de la puerta, vio el albornoz.

—Voy a sentarte un momento sobre el váter. —Marc volvió a asentir mientras ella lo ayudaba a situarse y se apresuraba a coger el albornoz—. Tienes que ayudarme, no puedo ponértelo yo sola.

Él se echó un poco hacia delante para que pudiera pasar la prenda por detrás y meter los brazos. Una vez conseguido, se derrumbó y apoyó la cabeza sobre la pared con los ojos cerrados.

La herida de la mejilla continuaba sangrando, y no poco. Nicolle supo, sin tener ni idea de cortes, que era profundo.

—Necesito el botiquín —dijo. Marc negó con la cabeza—. No paras de sangrar. Si no me dices dónde está, tendré que llamar a un médico y que venga aquí. ¿Quieres eso? —

Volvió a negar.

—En la cocina.

Como no le dio más explicaciones, Nicolle bajó con rapidez y buscó en los muebles superiores. Tras unos minutos, lo encontró en el pequeño cuartito donde Celine lo almacenaba todo. Al llegar de nuevo al baño, lo encontró en la misma postura: sentado sobre el váter, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared.

—Todo da vueltas —fue lo único que dijo Marc al notar la presencia de ella.

En silencio, la muchacha se colocó de rodillas y se hizo con lo necesario del maletín blanco. Gasas, agua oxigenada y aquellos puntos de esparadrapo que ya conocía. Abrió con lentitud las piernas de Marc y se situó en medio. Él abrió los ojos y la miró.

—Voy a curarte, ¿vale? Solo te desinfectaré los cortes de la cara y pondremos puntos de estos —se los mostró— en la raja esa tan fea de la mejilla. Si no para de sangrar, tendremos que llamar al médico. Vamos a intentar que no, para que puedas irte a descansar.

Él solo la contemplaba.

Con la gasa empapada, se acercó y con mucha suavidad repasó cada corte sin que el hombre se inmutara. Sus ojos del color del café estaban fijos en ella, y aunque los sentía como puñales clavados, siguió ensimismada en su tarea con concentración. Una vez limpios, les echó Betadine y quitó el exceso con una nueva gasa seca. Después, lo más difícil: los puntos.

En eso estaba cuando sonrió de repente, distraída. A Marc se le curvaron los labios también.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Nicolle, obviando el tacto de su piel bajo los dedos y sin despegar la mirada de la abertura.

—Tú has sonreído primero.

—Sí, y ni siquiera sabes por qué.

—Da igual. Me gusta verte reír. No me importa el motivo.

La sonrisa desapareció de repente de su rostro. Si le decía aquellas cosas, sus defensas caerían en picado y no sería capaz de continuar con serenidad, así que cambió de tema:

—He recordado la misma situación pero al contrario. Cuando yo me metí en problemas y tú me curaste las heridas.

—Yo no me he metido en problemas —bromeó él a media lengua, sin entendérsele con mucha claridad—. Los problemas me han buscado.

—Bueno, lo mío fue parecido. —Volvió a sonreír, colocando el segundo punto—. Da igual, la cosa es que me cuidaste.

—¿Sabes eso que dicen de lamerse las heridas? —La muchacha detuvo la mano y alzó la vista para encontrarse de lleno con los ojos oscuros—. Yo me pasaría la vida lamiendo tus heridas, *sucré*. Lamería todo el daño que te he causado.

Lo vio hundido, arrepentido. Y también supo que era el momento perfecto para preguntarle por qué le había causado aquel daño, pero no lo hizo. No debía escuchar su respuesta, o entonces se perdería de nuevo.

—¿Quieres contarme qué te ha pasado? —El cambio de tema, otra vez, fue radical.

Él negó.

—No te gustaría conocer la historia entera. —Soltó una carcajada irónica recordándose colgado en la cruz de San Andrés mientras aquella mujer de cuero tiraba de sus pezones y le apretaba los testículos.

—Bueno, puedes intentarlo.

—Prefiero no hacerlo.

Ante el tajante corte, no insistió más. Terminó de colocar los puntos y guardó los enseres en el maletín.

—El resto del cuerpo te lo curaré tumbado en la cama. Pero primero voy a recoger los cristales. ¿Aguantarás aquí?

—Sí.

Dejó el maletín sobre el colchón y salió de la habitación en busca del cepillo para deshacerse de todos los cristales. Mientras los barría, miró la pared mojada allí donde se había estrellado la botella y se preguntó qué impulso lo habría llevado a hacerlo.

Cuando finalizó, fue en busca de Marc.

—Vamos a la cama. Te ayudaré.

A él le hizo gracia cómo, con su cuerpo menudo y delgado, le pasaba un brazo por encima y hacía el esfuerzo de aguantar y trasladar sus casi dos metros de altura y más de noventa kilos. Hizo todo lo posible por caminar erguido y llegar hasta la cama.

Seguía viendo turbio y todo le daba vueltas, pero al menos la intensidad había bajado con el baño.

Cuando fue consciente, ya estaba tumbado bocarriba con la única visión del techo. Nicolle había desaparecido de ella, y no verla lo angustió. Giró la cabeza despacio para no marearse y la buscó. Sacaba cosas del maletín blanco mientras se sentaba a su lado derecho. Ensimismada, colocó los enseres sobre la pequeña mesa de noche, oportunidad que aprovechó para contemplarla con detenimiento sin sentirse mal por ello.

No llevaba ni una gota de maquillaje y le parecía la mujer más preciosa y perfecta del mundo. De hecho, le gustaba más así, pudiendo apreciar con naturalidad cada rasgo que la genética le había regalado. Porque eran un regalo. Sus labios voluminosos lo eran, igual que sus perlas azules, grandes, expresivas y adornadas por unas largas pestañas que casi chocaban en sus cejas, esas de formas simétricas, oscuras y largas. Todo lo demás se encontraba en proporción con la magnitud de lo citado. La nariz, las orejas y el contorno de la cara eran pequeños, creando así la imagen más bonita con la que alguien pudiera recrearse. Y qué decir de aquellos pijamas gruesos, muy abrigados y habitualmente adornados de manera infantil.

Qué desfachatez.

Jamás, ninguna mujer se había atrevido a acercarse a él de esa guisa y, con ello, provocarlo de una forma insospechada. Ella lo hacía constantemente. Y cuando la veía, inocente y oculta bajo la franela de su atuendo, deseaba arrancárselo, colocarse encima y hacer que se corriera como una loca mientras la miraba a los ojos y le recordaba que esa era en realidad: la mujer pasional y perversa que lo deseaba del mismo modo que él lo hacía, y no la adolescente que se escondía dentro de los pijamas de osos.

Una, otra y otra vez recreaba la imagen en su cabeza.

No podía evitarlo, era superior a sus fuerzas.

Notó cómo se empalmaba y su polla se asomaba por la abertura del albornoz. Por una vez sí le importó que ella lo descubriera. No era el momento. Se arrepintió de no haberse corrido por segunda vez cuando la mujer de cuero le había dado la opción. Con dificultad, se dio la vuelta y miró para el lado izquierdo de la habitación. A los pocos minutos, la dulce voz de Nicolle sonó muy cerca:

—¿Qué haces? Gírate. Tengo que curarte esas heridas del costado.

Él cerró los ojos, tragó saliva y se concentró en cualquier cosa que no fuera su excitación. Funcionó a medias. Cuando se colocó en la postura inicial, no estaba duro del todo, pero sí lo suficiente para dejar constancia de lo que acababa de sucederle.

Nicolle, ya con el algodón preparado en una mano y el agua oxigenada en la otra, miró el lugar y con un evidente nerviosismo carraspeó, dispuesta a seguir con su función. Era complicado, pues del albornoz entreabierto dejaba asomar su miembro oscuro, grande y semierecto.

—Perdón —consiguió decir Marc cuando los ojos celestes se posaron ahí.

«¿Perdón? —se reprochó—. ¿Desde cuándo cojones pides disculpas por estar empalmado? ¿Adónde vas a llegar?».

Acalló la incómoda voz interior y se concentró en la pequeña mano que, con mucha suavidad y delicadeza, comenzó a trabajar sobre su cuerpo. Primero le abrió el albornoz completamente, dejándolo caer a cada lado del colchón como si debajo no se encontrara su íntegra desnudez. Lo

hizo con una naturalidad tan aplastante que se preguntó si ya no le afectaba la visión de su cuerpo tan cerca y sin ropa. Las mangas seguían metidas por sus brazos, pero nada más. Contuvo la respiración cuando lo tocó al posar los dedos fríos sobre su costado, donde dio pequeños toquecitos, casi inexistentes, con el algodón empapado y, tras ello, con Betadine. Así, uno tras otro, desinfectó y cubrió los cortes de yodo.

No sentía dolor, solo el estremecimiento de la delicadeza con la que era tratado, cuando se merecía que hincara sus uñas en cada una de las heridas y las retorciera en busca de la tortura. Pero no lo hizo, claro que no. Al contrario. Cuando terminó con las heridas, cosa en la que invirtió bastante tiempo, se mantuvo con la mirada estática en el pecho del hombre. Subía y bajaba la vista, repasándolo hasta llegar a su cintura, el límite que no se atrevía a cruzar. A su vez, lo acariciaba con el dedo índice, posándolo allí donde habían parado sus ojos.

Él se dio cuenta, pero calló sin querer romper el momento que le otorgaban sus dedos. Calló porque quería que siguiera creyendo que no se percataba de la sensualidad de su movimiento, de sus ojos brillantes, de su pecho, que comenzaba a subir y bajar de manera visible. No, no era inmune a él, ni mucho menos. Y quería seguir disfrutando de su mirada pura y sincera.

Estaba enamorada de él, no había duda. Nadie desde la partida de Francesca lo había contemplado así: con amor. Nadie habría aguantado los desplantes y el dolor causados, y nadie, absolutamente nadie, se mantendría a su lado si supiera quién había sido o quién era. Ni él mismo tenía claro si aquello pertenecía ya al pasado o todavía era parte de su presente.

De nuevo, se cuestionó cómo una persona como ella podía estar enamorada de alguien como él.

Nicolle, que notó el intenso escrutinio del hombre y cómo el miembro descubierto comenzaba a crecer de nuevo, apartó la mirada de su torso fuerte y herido e intentó cambiar la dirección de sus pensamientos.

—Aún no puedo creer que te hayas metido en problemas —susurró bajito, y lo miró sin ser consciente de que no había dejado de pasear sus dedos por la piel oscura.

—¿Por qué? —le preguntó él, enfocándola con dificultad debido al alcohol que quedaba en su cuerpo y a la hinchazón de un ojo.

—No sé. No pareces el tipo de persona que se meta en líos.

—Tú tampoco lo parecías y llegaste a casa en unas circunstancias muy similares. —Le sonrió con debilidad.

—Pero yo no me lo busqué.

—¿Y quién te ha dicho que yo sí lo haya hecho?

El dedo paró de danzar.

—¿No lo has hecho?

Marc no le respondió. Sabía que intentaba saciar su curiosidad y conocer lo ocurrido, pero no tenía ganas de recordarlo, y mucho menos en voz alta. De lo que tenía ganas era de ella, aunque se controlaría. Esta vez sí.

Nicolle, viendo que no le contestaría, salió de su embobamiento y decidió que ya era suficiente. Marc estaba bien, en la cama y curado. Si no quería hablar ni desahogarse, no podía hacer más por él.

Con rapidez, guardó todos los botecitos dentro del maletín, lo cerró y lo puso en el suelo, junto a la cama.

—Dejaré aquí el botiquín, por si necesitas algo. Solo tienes que alargar el brazo y cogerlo. —Se levantó y dejó el vacío de su peso en el colchón—. Yo estaré en mi habitación, por si necesitas que te ayude. Y creo que deberías volver a curarte las heridas mañana para que cicatricen rápido y...

Marc, sin escuchar la verborrea que estaba soltando de carrerilla, sujetó su muñeca con firmeza.

—No te vayas.

Capítulo 12

—¿Qu... Qué? —balbuceó ella.

—No te vayas, por favor. Quédate aquí conmigo.

Nicolle miró el agarre en su mano y no le gustó aceptar lo que experimentaba cuando la piel oscura envolvía la suya clara con tanta firmeza. No le gustó el pellizco del pecho ni el del vientre. Incluso se odió un poco por sentir todo aquello.

—No sé... No sé si es buena idea, Marc.

Él lo meditó un momento.

Sí lo era. Era la única buena idea que había tenido en todo el día y en mucho tiempo, así que no se hizo de rogar para insistirle:

—Solo túmbate a mi lado. Prometo no tocarte —le dijo con voz ronca y pausada, sabiendo los pensamientos dudosos que se arremolinaban en la mente de la muchacha—. Te lo prometo.

Nicolle tragó saliva, miró al otro lado de la cama y después a él.

«Es el mismo Marc. El de los desplantes, el que se ha acostado con Silvana, el que te ha evitado a toda costa».

—Pero... —Dudó, pensando y pensando.

—Por favor.

Gala una vez le dijo que las personas se vuelven gilipollas cuando se enamoran. Fue el día que reconoció, después de mucho insistirle, estar pillada por Jan.

Estaba sentada en el fino respaldar de un banco colocado cerca del río donde pasaban la mayor parte de las noches, solas, tras haberse marchado los chicos. Su amiga se tocó los labios, allí donde Jan la había besado con descaro para despedirse, miró a Nicolle con fastidio y, como si acabara de enterarse de algo que ya todos sabían, soltó: «¿Has visto alguna vez a dos personas discutiendo si un zapato es blanco o negro con mucho ímpetu, como si las dos opciones fueran posibles? Y mientras discrepan, tú miras el zapato y es blanco. Blanco como la cal, como una pared recién pintada. No hay duda. Te preguntas cómo es posible que alguien defienda lo contrario. Es absurdo, ¿no? Pues estar enamorado es igual, Nicolle. A veces es muy bonito, pero cuando tus sentimientos te nublan la razón, cuando el zapato claramente blanco coge otra tonalidad..., entonces es una mierda, porque estás hasta las trancas y ya te importa poco de qué color sea y quién tenga razón».

Eso le ocurrió a ella. Quería dejar de discutir consigo misma si quedarse era una buena opción o no, porque en una parte de su interior, ese resquicio que aún le dejaba un hueco a la razón le decía con enfado que sabía perfectamente la respuesta. No obstante, se levantó, le dio la vuelta a la cama con lentitud y se tumbó tan despacio que el colchón casi no lo notó, al contrario que cuando se había levantado como impelida por un resorte.

Sí, allí estaba: en silencio, bocarriba y a su lado. No le importaba si debía o no, solo lo había hecho.

Las distintas tonalidades.

No supo si fue porque se sentía más segura, pero alargó la mano y apagó la luz, casi con miedo a moverse.

Estaba en la cama de Marc Ferrara. De su jefe. Del padre de su amiga... Vestida y porque él se lo había pedido. ¿Quién se lo diría poco más de un mes atrás, cuando miró por la abertura de la puerta y lo vio allí, follando con la cocinera?

La cocinera...

Los recuerdos en el despacho de Marc la asaltaron. Todo había pasado hacía muy poquito tiempo, y sin embargo parecía otra vida. Pero no. Era la suya propia. ¿Había hecho ella todas esas cosas? Sí, todas. Y por algún extraño impulso, sonrió en la oscuridad y giró la cara para contemplar el motivo de su sonrisa. Él ya lo hacía: la observaba embelesado.

—¿En qué piensas? —le preguntó Marc muy bajito, como si alguien pudiera oírlos.

Por suerte, la luz tenue no permitió que apreciara el sonrojo de sus mejillas.

—En todo lo que ha ocurrido desde que acepté este trabajo hasta hoy.

El semblante de Ferrara no cambió, pero Nicolle pudo apreciar cómo su mandíbula se endurecía. Estaba tan guapo así, con la luz de la luna dejando apreciar su rostro... Mostrándose débil. Siendo más persona y menos personaje.

—¿Te arrepientes?

Ella tragó saliva y negó con la cabeza.

—Debería, pero no lo hago.

—Yo también debería, y tampoco lo hago.

De nuevo, se hizo el silencio.

Marc, que se reprendió por haber hablado más de lo que le gustaría, giró con dificultad su cuerpo dolorido y miró al techo, evitando así hacerlo con ella. Pasó muchos minutos en esa postura, pensando. Intentaba rememorar los sucesos de la noche, pero no podía. Una y otra vez volvían a él las imágenes de Nicolle entrando en el baño, cerrando el grifo, abrazándolo, curando sus heridas... Se maldijo por haber permitido que lo presenciara.

—Me he pegado con unos tipos en la puerta de un local —soltó de repente. Tenía derecho a saberlo. Tenía derecho a conocerlo todo de él y marcharse por donde había venido—. Bueno, podría decirse que me han pegado ellos y que no he podido levantar el brazo ni una sola vez, aunque fuera para cubrirme.

—¿Por qué te han pegado?

—Creo recordar que por ser un gilipollas, pero no estoy seguro.

—Muy típico en ti.

—¿Ser un gilipollas?

—Sí.

Él sonrió, mirando aún hacia arriba.

—Sí, muy típico en mí.

Tras otra larga pausa, Nicolle decidió preguntarle lo que tanta curiosidad le producía:

—Marc..., ¿por qué estabas así en la ducha, bajo el agua hirviendo?

No le respondió al momento. Primero tenía que contestarse él.

—Supongo que cuando el dolor interno es muy fuerte, intentas solaparlo con el externo.

—¿Estás diciéndome que te provocas dolor para apagar dolor? —Lo miró, preocupada, extrañada y sin entender lo que quería decir—. No tiene sentido.

—No puedo explicarlo —murmuró entre dientes.

—Es que no te comprendo. ¿Es como esa tortura autoimpuesta con los cuadros de los animales? —Él no le respondió—. Supongo que algo así. Una de esas extrañezas tuyas que haces porque te consideras un monstruo.

Supo que estaba costándole la vida hablar con ella de aquel tema tan delicado e íntimo. Como tal, mantuvo la calma, se dijo que debía intentar no asombrarse por nada de lo que le contara y tratarlo con naturalidad para que se sintiera cómodo y pudiera llegar a confiarle eso que guardaba. Irían a su ritmo, él marcaría las pausas. Él decidiría cuándo hablar. Era un ser complejo, pero Nicolle era paciente y sabía escuchar. Así que cruzó las manos encima de su pecho y esperó en la penumbra de la gran habitación mientras oía la respiración descompasada del hombre atormentado, herido y ebrio que había a su lado.

Esperó mucho tiempo. Tanto, que sus pensamientos la adormecieron y sin querer cerró los

ojos, dejándose llevar. Casi estaba dormida, entre la realidad y la inopia, cuando él habló de nuevo. De todas las cosas que esperaba escuchar aquella noche, la pregunta que salió de sus labios fue la que nunca se imaginaría:

—¿Qué harías si tu padre volviera, Nicolle?

Abrió los ojos de golpe y los fijó en el techo. Después giró la cabeza con lentitud y lo miró. Tenía los brazos a cada lado del cuerpo y los ojos se intuían muy abiertos y nada relajados.

—No... no lo sé. ¿Por qué me preguntas eso?

—Solo piensa qué harías si el hombre que os abandonó a tu madre y a ti, que no quiso saber ni siquiera quién eras, volviera.

Lo meditó unos segundos. Como nunca se lo había planteado, tampoco había pensado en una posible reacción.

—No creo que se diera el caso. Si no me quiso en su día, ¿por qué lo haría ahora? De todas formas, no lo sé. Mi primer pensamiento es mandarlo por donde ha venido, pero también me he preguntado muchas veces cómo será y los motivos que tuvo para hacer lo que hizo. Puede que le diera la oportunidad de hablar, aunque en realidad no sé si para escucharlo o para poder reprochárselo todo.

—¿Qué motivos tendría que darte para que lo dejaras ser parte de tu vida?

—Ninguno —contestó con rotundidad—. No hay causa lo suficientemente grande para abandonar a alguien con la responsabilidad de ambos. Estamos hablando de una hija... Pero, dime, ¿adónde quieres llegar con todo esto? ¿Por qué lo preguntas?

Entonces la miró, y Nicolle apreció en sus ojos el miedo más profundo que había visto. El color café se había convertido en el de la noche y su rostro mostraba una preocupación que le trasladó a ella con facilidad.

—Francesca ha vuelto.

La joven titubeó. Dudó si preguntar o no, porque, aunque no sabía quién era la tal Francesca, tuvo el presentimiento de que no podía ser nadie más que la mujer que pasaba por su cabeza en ese momento.

—¿Qui... quién es Francesca?

—Mi exmujer. La madre de Gala.

Sintió un dolor tan fuerte en el pecho que creyó perder la capacidad de respirar. Toda la calma y la relajación anterior habían desaparecido. Junto con ellas, el sueño.

Las manos, todavía cruzadas sobre su pecho, le temblaron con fuerza y, presa del pánico que le produjeron aquellas palabras, apartó la mirada de él.

La madre de Gala había vuelto. La que aparecía en las fotos, la propietaria del anillo que aún conservaba en su vestidor, estaba de vuelta. Recordó cómo actuó su jefe el día que la encontró en el vestuario, curioseando. Cuando ocurrió, y en ese mismo instante, pensó que debía ser alguien muy importante para él si había conseguido sacarlo de sus casillas y que abandonara la actitud recta que siempre mantenía.

No había sentido una competencia tan grande respecto a Marc con ninguna mujer ni habiéndola visto con él. Ni Celine, ni la pelirroja, ni su propia madre eran unas rivales dignas al lado de aquella que se fue, llevándoselo todo.

Por impulso, lo escrutó con detenimiento y le preguntó:

—¿La quieres? —Sin pronunciar palabra, Ferrara negó. Y la negación oculta por las sombras de la noche a Nicolle le pareció que resplandecía. No había hablado, pero el movimiento había sido instantáneo, decidido y, a su parecer, sincero—. Entonces, ¿por qué estás tan preocupado? ¿Es que tienes miedo? —Esta vez no hubo oscilación alguna. Se quedó quieto y la observó sin pestañear. Parecía un niño muy asustado que había salido del cuerpo del hombre al que hasta entonces conocía—. No está mal tener miedo. Yo lo tengo constantemente. —Le sonrió—. ¿Esa mujer tiene algún derecho legal sobre Gala?

—No, no lo tiene. Gala tiene mis apellidos y yo la carta en la que Francesca renunciaba a ella. Pero no es el derecho legal el que me preocupa, sino el que mi hija le dé. El derecho emocional es más fuerte que cualquier ley. Y está a punto de cumplir la mayoría de edad... Ahí ya no podré hacer nada.

—Tengo la sensación de que no harías nada ni aunque Gala tuviera diez años.

Negó, ido.

—No, supongo que no lo haría.

—Pero eres su padre.

—Su padre, no su dueño. Si el tuyo volviera y quisieras darle algún derecho sobre ti, no querrías que Silvana te lo prohibiera.

—¿Ni si es un auténtico gilipollas que nos dejó solas y que no se merece ni la oportunidad de que lo miremos a la cara?

—Eso tendrías que valorarlo tú bajo tus criterios, pero no nadie más.

No quería pensar en eso, así que se centró en su amiga y en él.

—De todas maneras, Gala no le dará nada. No la quiere, ni siquiera la conoce. ¡Pero si la llama la Canguro! Por eso de llevarla en la bolsa unos meses y después soltarla.

Marc no pudo evitar sonreír. Sí, era el tipo de comentario que haría su hija.

—Da igual, Nicolle. Una madre es una madre, y la misma sangre que corre por dos cuerpos diferentes no puede pararse. Eso dicen, ¿no?

—Eso es mentira. Una madre es la que te cuida, te da cariño y te protege. Tú eres su madre, su padre y su todo. Tú la has cuidado siempre. Gala no le dará ningún derecho.

—¿De verdad lo crees?

—Con mucha suerte, se marchará por donde ha venido sin llevarse un escupitajo en un ojo.

Ambos rieron con fuerza.

—Con que se marche me conformo.

La sonrisa de Nicolle se apagó poco a poco y sus dedos se entrelazaron con nerviosismo sobre su pecho. Quería preguntar, pero sabía que debía ir de puntillas. Marc te dejaba meter la marcha, acelerar un poco, aunque de repente frenaba con brusquedad.

—¿La has visto?

Negó, todavía fijo en ella.

—Me ha dejado una nota en la que me dice que está en la ciudad y que le gustaría verme.

—Y a ti... ¿te gustaría verla?

—No.

—¿No tienes curiosidad por lo que tenga que decirte?, ¿saber qué fue de ella?

—No.

—Vale.

Decidió mantener la boca cerrada, pero se movía inquieta, con las preguntas en el filo de la lengua, pugnando por salir. Marc lo sabía.

—¿Vale? —Sonrió, y poniendo todo su empeño en seguir hablando sin que se le trabara la lengua, añadió—: Si algo sé de ti, es que eres una curiosa a la que le encanta preguntar. Vamos, ¿qué quieres saber?

Le sonrió con sinceridad y se giró con rapidez, quedando sus rostros muy pegados.

—¿Cómo era? Quiero decir, ¿cómo era contigo antes de... irse?

No fue capaz de mirarla mientras respondía. De hecho, Nicolle pensó que se había ido muy lejos de allí, quizá a unos cuantos años atrás. El brillo de sus ojos al hablar de ella, el tono de su voz..., no le gustaron. Pero no le quedó más remedio que prestarle atención, porque quien pregunta lo que no debe, escucha lo que no quiere.

—Joven, alocada y compulsiva. Pero su mayor cualidad era la libertad. Un alma libre que hacía y deshacía por el mundo a su antojo sin importarle lo que opinaran de ella. Demasiado libre para ponerle un anillo en el dedo y traer al mundo una responsabilidad. —Sonrió con nostalgia —. Supongo que siempre lo supe, pero no quise verlo. —Clavó su mirada en los ojos centelleantes de ella y añadió—: A veces ocurre. Sabemos cómo es una persona, pero lo que sentimos nos nubla la razón.

Nicolle supuso que hablaba de lo que sentía por él.

—También, a veces, las personas insisten en que las veamos de un modo que realmente no son en un intento por aclarar la razón que ya está nublada.

Contra todo pronóstico, Marc se incorporó con dificultad para sentarse en la cama y le

respondió de una manera tan directa que la dejó desarmada:

—¿Crees que me comporto así para convencerte de ser alguien que no soy? No, Nicolle. Esa no es la cosa. La cosa es que ya deberías haberlo descubierto, y sin embargo sigues aquí. ¿Sabes qué? Que antes, cuando estaba con Francesca, yo no era así. Me conoció siendo un chico tímido, alguien introvertido, con la mente cerrada en torno a lo que me habían mostrado desde que tenía uso de razón. Libre, sí, hasta cierto punto. De jaula grande, mejor dicho.

»Y entonces llegó ella, sin jaula, con alas y sin importarle lo que nadie pensara sobre su libertad. Me mostró un mundo diferente, sin miedos, sin timidez.

—¿Te refieres al sexo? —lo interrumpió.

—Me refiero a todo. Al sexo, al amor, al día a día... Me abrió un mundo de posibilidades, pero luego se marchó de él. ¿Y sabes qué hice yo? —Nicolle negó, un poco asustada. Marc comenzaba a alzar la voz, y tanta conversación y sinceridad le recordaron que seguía bajo los efectos del alcohol—. Me eché a perder completamente. ¡Se me fue la puta cabeza! Cualquiera se habría hundido, refugiado en algo. ¿Sabes adónde me fui yo? A follar. ¡A follar! —repitió exaltado—. Mi hija tenía días, sobrevivía con oxígeno artificial y casi no se le veía el pequeño cuerpo de los cables que tenía alrededor de él. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Y yo me fui a follar...

—¿Por qué? —quiso saber, sin llegar a comprender su confesión.

La miró, como si de nuevo recordara quién era la persona que tenía delante. Y aunque dejó de gritar y controló el tono de voz, no detuvo su lengua, como habría hecho en cualquier otra ocasión.

Sumido en sus recuerdos, esos en los que muy pocas veces se permitía entrar, soltó una cínica risotada antes de hablar:

—Porque pensé que ella volvería, que entraría en aquel club que tanto visitábamos y que todos le contarían que, solo días después de su marcha, yo regresé allí. Quería que supiera que no me importaba su abandono, que no me importaba ella. Que no me dolía que nos hubiera dejado solos ni que me mataba no tenerla. Y, día tras día, mientras le mostraba todo eso al mundo, yo me consumía. Solo follaba, follaba y follaba. Ya no había verdadero disfrute, ni nombres, ni rostros... Ya solo quedaba un desahogo insano mientras pensaba «Mira lo que estoy haciendo. Cuando vuelvas, te lo contarán todo». Hombres, mujeres, en grupo, con luz, a oscuras, en privado, en público... Me daba igual, porque nada me saciaba. Y no lo hacía porque ella no estaba.

»Después volvía al hospital y veía a mi niña allí, luchando por vivir. Pero el remordimiento duraba poco. Por la noche, cuando el hospital dormía y ya no me dejaban estar a su lado, me compraba una botella de cualquier ron o *whiskey* barato y después volvía al club. Así hasta que dejó de ser un desahogo y se convirtió en una necesidad enfermiza. Y hasta hoy.

Nicolle obvió aquel «hasta hoy» y tragó saliva. Si desviaba la conversación, había posibilidades de que Marc dejara de hablar.

—¿Y tu familia?

—Al principio estaban conmigo. Mi madre, mi padre y mi hermano. Me ayudaban con los turnos del hospital para poder trabajar. No lo hacía a tiempo completo, pero no podía dejarlo. Ellos me ofrecieron volver a mi casa y ayudarme económicamente. Por supuesto, no acepté; demasiado era que se trasladaran hasta París desde Gagny para estar con nosotros.

—¿Dónde están ahora? —No se había percatado, pero también se había sentado en la cama y estaba frente a él, con las piernas cruzadas. Lo miraba embelesada, muy posiblemente porque nunca lo había escuchado hablar tanto, y mucho menos sobre su vida. Sentía que esa noche había abierto una puerta ya oxidada y estaba dejando salir sin contemplaciones todo lo que había tras ella.

—En casa, supongo. Hace mucho que no los veo.

—¿Por qué?

—Porque los aparté de mi lado, como a todo el mundo que me importa. —La miró con intensidad, pero con rapidez se centró—. Era una carga para ellos, así que hice lo posible para que odiaran al hijo perdido y se marcharan. Serían más felices.

—No, no lo serían.

—En ese momento pensaba que sí.

—Y os quedasteis solo Gala y tú. —Asintió—. ¿Y qué ocurrió después?

Marc cogió aire.

¿Qué estaba haciendo? No lo sabía. Solo le había contado todo aquello a una persona, a Enara, y hacía ya muchos años de su confesión. Pero por algún extraño motivo no se sentía mal. Así que continuó:

—Todo empeoró cuando Gala salió del hospital. Había sobrevivido y nos marchábamos a casa. Vivía en Saint-Denis. —Nicolle no había visitado nunca esa comuna francesa, pero era uno de los lugares que Silvana le tenía prohibido cuando salía sola. Una restricción absurda, puesto que había media hora en coche desde su casa; bueno, su anterior casa, y ella no tenía vehículo ni intención de ir allí para nada—. Cuando volví, llevé a cabo un planteamiento que tenía y con unos modestos ahorros alquilé un local en el vecindario en el que abrí una escuela de idiomas en la que yo mismo impartía las clases.

—Vaya —dijo impresionada. Siempre había imaginado a un Marc que se levantó una mañana y ya era un hombre de éxito, y no al que estaba describiéndole.

—Sí. —Sonrió—. Al principio solo me daba para el alquiler y poco más. Saint-Denis está compuesto en su mayoría por inmigrantes musulmanes que no saben hablar francés. Ese fue mi enfoque. Me pareció una clientela perfecta porque necesitaban el idioma para sobrevivir. Pero, claro, más se necesita el dinero, y ellos no contaban con mucho. En resumen, moví hilos con bastante esfuerzo para que les proporcionaran ayudas y yo me encargara de su enseñanza. Costó, pero al ser mía la propuesta, yo me llevé los beneficios del Estado. Bueno, en parte. Fueron suficientes para empezar a levantarme.

»Poco a poco conseguí que la escuela lograra un renombre y así comenzó todo. Cuando me acomodé económicamente y pude venirme aquí, me deshice de cualquier lazo emocional con mi familia, a la que cansé con mi mala vida y mis dramas, y empecé desde cero con Gala.

—¿Ella no conoce a sus abuelos ni a su tío?

—Sí, pero la relación no es muy estrecha. No ha crecido con ellos y han venido poco.

—¿Y los padres de Francesca?

—No los conocí. Murieron cuando era muy pequeña. Se crio con una tía a la que le perdí la pista cuando su sobrina se marchó.

Nicolle se pensó si decir lo que pensaba, pues no era asunto suyo, pero no pudo retenerlo por mucho tiempo:

—Marc, ¿no te parece egoísta haber apartado a Gala de la única familia que le quedaba, aparte de ti?

—Es lo que intento que comprendas, Nicolle: que soy egoísta y que solo miro por el futuro de mi hija, aunque a veces no lo haga de la forma correcta; que soy ese tipo de persona a la que nadie debería tener al lado porque solo va en busca de sus intereses.

Se mantuvo un instante en silencio, pensativa. Estaba poniéndoselo en bandeja para creerlo, para que se apartara de él, y sin embargo algo dentro de ella le decía que no era cierto. Que Marc Ferrara no solo era un hombre corrompido por los acontecimientos que le había tocado vivir, que debajo de esa capa sucia había más.

Su silencio apenas duró; sabía que enfriar las palabras no era buena idea si quería saber más. Y aunque habría mucho que preguntarle para averiguar qué ocurrió entre medias, lo que le interesaba en realidad era el desenlace y no ir por el camino al que él quería llegar: apartarla a toda costa.

—¿Cómo lo superaste?

Marc soltó una carcajada con fuerza y después miró hacia abajo, sin querer hacerlo con ella directamente.

—Eso es lo mejor de todo esto, que nunca lo superé. —Tragó saliva. Era la primera vez en su vida que lo había reconocido. No solo en voz alta, sino a él mismo. Siempre intentaba convencerse de lo contrario, decirse que era su manera de ser y que nada tenía que ver el pasado —. Cuando peor estuve, decidí buscar ayuda. Me daba miedo poder sucumbir a otro tipo de

vicios que me atraparan y pudiera perder mi dinero. Supongo que, sin Gala, aquello nunca lo habría pensado. Enara me ayudó mucho.

—¿Enara? —Le sonaba el nombre de algo.

—La mujer pelirroja que viste en mi cocina. Es mi psicóloga —le explicó, mirándola de una manera que a Nicolle le encendió las mejillas. No era su novia, y se lo había reprochado en su día—. Durante muchos años tuve el control sobre mí mismo. No es que no me acostara con mujeres, pero lo hacía por placer, no por necesidad. Ahí fue cuando colgué todos esos cuadros que me recordaban quién era, qué tipo de hombre habitaba dentro de mí, y así no dejarlo salir.

—El monstruo... —susurró ella. Él asintió—. Y si ya estabas *curado* —hizo comillas con sus dedos—, ¿qué sucedió para recaer?

—Pasaste tú.

Los gruesos labios de la muchacha se abrieron muy despacio y apenas unos centímetros. Después se llevó una mano al pecho, que comenzó a bombearle con fuerza. En ningún momento pensó que pudiera ser parte de la historia que le contaba.

—¿Y... yo? —balbuceó.

—Tú. Llegaste tú. Con tus ojos gigantes y azules, con tus labios gruesos y tu pelo negro. Entraste en mi maldito despacho con la mirada más pura que había visto en mucho tiempo y me mostraste coraje y madurez envueltos en una capa de timidez y educación. —Se tocó el pelo, nervioso—. Era físico, solo físico, o eso me dije durante semanas. Que era tu belleza, tu inexperiencia. El morbo que cualquier cabrón como yo sentiría con alguien como tú. Seguro que a todo hombre le habría pasado con alguna amiga de su hija, no solo a mí. Y de nuevo me desmontaste la teoría. Porque ya no era solo tu cuerpo, el morbo ni las ganas de follarte. Eras tú. Eres tú —rectificó.

Hizo una pausa, esperando que dijera algo, pero Nicolle estaba tan sorprendida y traspuesta que no era capaz de pronunciar palabra. Como él se percató de las mejillas enrojecidas y el semblante serio, continuó:

—Ni siquiera debería contarte todo esto, pero se me va de las manos. Se me va porque de nuevo he perdido el control. Lo hago cuando tú estás cerca. Y me aparto lo suficiente para retomarlo, me voy a kilómetros de aquí, le hablo a Enara de ti o me tiro horas acallándote con música, pero te paseas por mi puta cabeza una y otra vez. Y caigo. No físicamente, pero sí en mis pensamientos. Y, créeme, el remordimiento es igual de una forma u otra.

—¿Le hablas a Enara de mí?

Ignoró aquella pregunta.

—Hoy me la he encontrado, y en sus ojos he visto la decepción. Es una buena amiga de la universidad que me ha ayudado todo lo que ha podido dentro y fuera de su consulta, y hoy...

—¿Qué ha pasado?

Y Marc, totalmente derrotado y dispuesto a vaciar toda la basura que llevaba dentro, se tumbó de nuevo hacia atrás y se lo contó. La nota, la bebida, el club, Enara, la mujer de cuero y el desenlace.

Capítulo 13

Tenía mucho frío.

Parpadeó, somnolienta. El ruido seco de una puerta al cerrarse fue el causante de su desvelo. Al mirar a su lado, encontró a Marc plácidamente dormido y en calma. No parecía tener tanto frío como ella, a pesar de seguir semidesnudo, solo cubierto por el albornoz. Nicolle tuvo que apartar la vista de aquel lugar en concreto e íntimo que no parecía tan en calma como su dueño.

No se movió con tal de no despertarlo y poder contemplar con tranquilidad sus rasgos. La noche anterior había tenido tiempo de hacerlo, pero, estando despierto, toda su seguridad desaparecía y no era capaz de mantenerle la mirada durante muchos segundos, así que aprovechó la insólita oportunidad de estar en la cama de Marc Ferrara durmiendo lo que, supuso, era una noche entera. No lo tenía muy claro porque la persiana estaba completamente bajada y no se percibía un solo resquicio de luz.

Le entraron ganas de acariciarle la varonil barba, siempre arreglada y perfecta, y enmarcarle el rostro entre sus manos. Quería acariciarlo entero. Y, con miedo, lo hizo. Temblorosa, posó un dedo sobre su mejilla izquierda sin apenas rozarlo y, como un hilo sedoso que sientes casi sin contacto, lo deslizó por la herida, el mentón, el cuello, su nuez señalada y el pecho. Tocó con mucha calma los cortes provocados. Si se despertaba, siempre podría decir que estaba revisando el estado de las heridas. Pero eso no ocurrió.

Unos pasos la sacaron de su embelesamiento. Pegó un salto de la cama y se puso de pie. Acababa de recordar por qué se había despertado: Silvana estaba en casa. Había llegado del hospital.

Como alma que lleva el diablo y sin mirar atrás, abrió la puerta y asomó la cabeza para comprobar que no había nadie. Con todo despejado, corrió hasta la habitación de Gala y se cambió de ropa, todavía con el corazón acelerado. Le había asegurado a Silvana que, cuando llegara, estaría preparada para irse durante la mañana al hospital. Así ella podría ducharse y descansar.

Su madre entró en la habitación y la encontró abrochándose las botas beis.

—¿Estás lista?

Nicolle alzó la cabeza y la vio en el umbral. Parecía cansada y tenía el rostro pálido, como pocas veces lucía.

—Sí, lista.

—Alfredo te espera abajo.

Asintió.

—¿Cómo está la abuela?

—Mucho mejor. Te darás cuenta por lo aburrida que está, por las ganas que tiene de hablar y, sobre todo, de irse de allí.

Le sonrió mientras se ponía de pie y cogía su bolso estilo mochila.

—Y tú, ¿cómo estás?

Silvana hizo una mueca con los labios.

—Algo cansada. El sillón de los familiares parece cómodo, pero para pasar las noches allí no

lo es.

—No te preocupes, hoy me quedo yo. Aprovecha que es domingo y descansa.

—No, Nicolle. Eso es algo que me pertenece a mí.

—Quiero hacerlo —le dijo, posando una mano en el brazo de su madre.

Esta asintió.

—Gracias.

—No hay de qué. Me voy, o Alfredo se enfadará.

—Es demasiado amable para eso, creo yo.

—Sí —Nicolle arrugó la nariz—, lo es.

Estaba saliendo de la habitación seguida por su madre cuando la llamó, lo que ocasionó que se girara:

—Nicolle... —murmuró. Ella se quedó a la espera de que continuara—: Sé que te hace mucha ilusión la cena de mañana, pero estando la abuela en el hospital...

—Lo sé. No pasa nada —le dijo con sinceridad.

—Tengo que quedarme allí con ella.

—No pasa nada. Lo importante es que se recupere. Hay muchos días para irnos a cenar juntas.

Le sonrió y salió. Le echó un último vistazo al pasillo vacío y a la puerta cerrada de Marc, y se preguntó cómo estaría. «Seguramente despierto», se dijo. Sintió el impulso de ir hasta allí y comprobar su aspecto y las heridas, pero su abuela la esperaba, así que bajó las escaleras a galope.

Cuando salió, Alfredo aguardaba apoyado en la puerta del coche.

—¡Buenos días! —la saludó con la sonrisa y el entusiasmo de siempre, disponiéndose a abrir la puerta de atrás—. ¿Has desayunado? —Nicolle negó, devolviéndole el saludo—. Yo tampoco, y me muero de hambre. Vamos, te invito.

Marc se despertó aturdido. La cabeza le dolía como si estuviesen clavándole puntillas y le costaba abrir los ojos. Uno más que otro. Al parecer, la resaca de aquella mañana era importante.

Al notar la hinchazón del rostro y la dificultad al gesticular, se llevó las manos a la cara, la palpó con cuidado desde la frente hasta el mentón y suspiró. No, no era solo resaca. Y pensarlo hizo que los recuerdos de la noche anterior acudieran a él como una bandada de pájaros asustados que se ciernen sobre ti.

De nuevo, la nota, el alcohol, el club. Enara. La dominatriz. La pelea.

Nicolle.

La ducha, el agua, las heridas, su cama...

«Quédate».

Le había pedido que se quedara.

«No te tocaré. Lo prometo».

Y si no recordaba mal, no lo había hecho. Había cumplido su palabra.

Se había controlado.

Cuando se giró para buscar el teléfono, un rugido ronco salió de su garganta al notar el dolor en su costado. Al menos una costilla debía estar fracturada. Tragó saliva, cogió aire y consiguió incorporarse débilmente. Su móvil no estaba, pero pudo ver que el reloj marcaba las nueve y veinte de la mañana.

Se dejó caer de nuevo sobre la colcha y miró el techo, consternado.

—Las nueve y veinte —susurró a la nada, todavía sin creérselo.

¿Cuánto hacía desde la última vez que había dormido tanto? ¿Años? Sí, muchos años.

Su entrecejo se frunció al recordar cómo había ocurrido. Fue ella quien, tumbada junto a él mientras le contaba todo lo que le había pasado, le cogió la mano y lo escuchó con paciencia. Su último recuerdo era esa mano fría sobre la suya, con los dedos débilmente entrelazados y la tranquilidad que le proporcionó al quedarse en silencio y notar el pulso constante en ellos como cuando te concentras en el corazón palpitante de alguien.

Se tocó el pelo con nerviosismo.

Había buscado millones de alternativas para vencer al insomnio, las mismas que para acabar con aquello sin nombre que lo consumía por dentro. Quiso olvidarlo con horas y horas de trabajo, perdiéndose entre papeles y facturas. Nublarlo con el éxito. La satisfacción personal, el dinero, el bienestar... Todo eso lo aplacaría. Y cuando descubrió que no era así, que solo se trataba de una mera distracción que le quitaba el peso de la mochila durante horas para volver justo cuando sacara la cabeza de allí, probó con el alcohol.

Y cuando el alcohol no era suficiente, llegó el sexo, el desenfreno.

El dolor.

Un castigo autoimpuesto durante diecisiete años para que, en un par de meses, una niña de esa misma edad le curara las heridas, no solo las externas, y le demostrara que a las sombras solo se las vence con luz, y al odio y al rencor, con amor.

Golpeó el colchón con furia.

Estaba pasando. Lo notaba en su pecho.

Capítulo 14

—Acompañante. Dícese de la persona que está junto a otra para darle apoyo moral y acabar con su aburrimiento en caso de estar recluida en un hospital, sin su consentimiento, y en perfectas condiciones para volver a casa.

Nicolle se giró para mirar a su abuela y rio con ganas.

—Acabas de inventarte el significado. Y si estuvieras en perfectas condiciones, como dices, ya estarías en casa.

—Lo he modificado un poco. Pero viene a ser lo mismo que aparece en el diccionario. —Le sonrió mientras reclinaba la cama hacia arriba gracias al mando—. ¿Vas a contarle a tu abuela en qué llevas pensando media mañana postrada en esa ventana?

Giró el cuerpo completo y sacó las piernas del hueco, lo que ocasionó que le colgaran. La ventana estaba situada a media pared de la habitación y contaba con un poyete ancho donde sentarse, aunque realmente no estuviera destinado para ello. Se había pasado todo el tiempo observando el exterior mientras su abuela dormía, o eso pensaba. Había rememorado la conversación con Marc la noche anterior. Cada detalle, cada expresión... Todavía no creía todo lo que le había contado. Se le veía tan fuerte, tan sereno, que jamás pensó que albergaría tantas vivencias dentro.

También había pensado en Gala, y en ella misma. Analizó los comportamientos desde que lo había conocido, justificando algunos, negándose a hacerlos con otros.

Ella había sido el motivo de esa recaída, y se preguntó por qué. Si había conocido a tantas mujeres y vivido tantas experiencias, ¿por qué ella? Después de todo, solo era una niña estúpida que se había encaprichado y enamorado de él. Esas cosas nunca salían bien, ni siquiera en las películas. Era como los casos de infidelidades: el marido que nunca dejaba a su mujer, por mucho que repitiera que lo haría. Pero todo eso no se lo contaría a su abuela, claro estaba. Se limitó a sonreírle y mentir. En los últimos meses se le daba muy bien.

—Nada en concreto. Solo estaba esperando a que te despertaras.

—Pues ya lo he hecho. Y creo recordar que tenemos una conversación pendiente. —Los hombros de Nicolle se tensaron—. Según comentarios de tu madre, resulta que en esta semana has pasado varios días conmigo.

Suspiró. No podía mentirle, o sería peor. La bola crecería hasta hacerse insostenible. Quiso defenderse echándole en cara que ella también había ocultado lo de su enfermedad, pero se sintió rastrera solo de pensarlo.

Se tomó unos segundos para explicarse. Las piernas se le balanceaban con nerviosismo.

—Estoy bailando. En la calle. Con un chico —dijo atropelladamente—. Un grupo de chicos, en realidad. Magos, malabaristas y músicos.

Su abuela alzó las cejas.

—¿Y qué tiene de malo?

—Si Silvana se entera de que bailo en la calle y con chicos, puedo darme por muerta.

—Sí, es posible. Muerta tal vez no, pero como compañera de cama hospitalaria...

Las dos rieron.

—Eric vive cerca de ti y por eso se me ocurrió decir que iba allí. Es al único lugar al que puedo ir sola, y Gala no está para cubrirme.

—¿Es por necesidad? ¿Os hace falta el dinero?

Negó con rapidez.

—Ahora que nos hemos mudado, supongo que la cosa irá a mejor. Entre el sueldo y el ahorro en gastos...

—Ya. ¿Entonces?

—Me gusta hacerlo. Disfruto del baile. Allí no hay profesores con mal humor, perfeccionamiento de técnicas ni nada por el estilo. —Se encogió de hombros—. Bailo como quiero y a la gente le gusta. Me conformo con eso.

—Háblame de Eric.

Nicolle titubeó.

—¿De... Eric?

—Sí. Has dicho que bailas con varios chicos, pero solo lo has nombrado a él.

—Bueno, porque fue al primero que conocí. Es malabarista y mago, y fue quien me ofreció actuar con ellos.

—¿Qué más?

—Preguntas mucho.

—Llevo días empotrada aquí, drogada con todo esto. —Zarandeó el cable que se perdía en su brazo, y todos los plastiquitos medicinales que estaban colgados se movieron con él—. Necesito entretenimiento, así que cuéntame más. ¿Es guapo?

—Es guapo —reconoció—. Tiene los ojos más curiosos que he visto nunca. —Le explicó la excentricidad suya de los puntitos en tres en raya—. Y es... diferente. No tiene móvil, abuela. Mó-vil. Y siempre que dice algo, lo hace de dos únicas maneras: siendo muy claro o con doble sentido, como si llevara siglos viviendo y la experiencia le hubiera enseñado tanto.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—Algo mayor para ti, ¿no?

Se mojó los labios, pensando en lo que era la verdadera diferencia de edad.

—¿Para mí? A mí me da igual su edad, yo solo...

—Te gusta —afirmó. Y cuando Nicolle se dispuso a replicar, Frida no se lo permitió—: Y a mí también. Al menos por lo que cuentas. Antes tendré que conocerlo, claro.

—Abuela...

—Si alguien te reconoce y le va con el chisme a tu madre de que han visto bailar en la calle a la hija de Silvana Harman —esto último lo recalcó mucho—, yo acabo de convertirme en una cómplice del delito.

—¿Eso significa que me cubrirás?

—Solo si me lo presentas.

Nicolle puso los ojos en blanco.

—Está bien. Trato hecho.

—Y a partir de ahora, antes de ir a casa del chico de los ojos bonitos, tienes que pasar a tomarte un té conmigo. —Su abuela se rio, ahora sin mirarla, y hablando sola dijo en voz alta—: En la calle... Con magos, malabaristas y músicos. Si no fuera porque ni tu abuelo ni yo nos despegamos de ti cuando naciste, diría que te cambiaron en el hospital. Eres el antagonista de tu madre.

Nicolle sonrió ante el comentario y, acto seguido, la conversación de la noche anterior con Marc acudió de nuevo a ella. Cuando quiso detener las palabras, ya habían sido pronunciadas:

—Me parezco a él, ¿verdad? A mi padre. —Frida se irguió y carraspeó. Tras los segundos que tardó en recomponerse, asintió—. No estás obligada a decirme nada, solo tengo curiosidad. A veces, cuando me miro en el espejo, me pregunto si seré como él.

—Sí —le aclaró con rotundidad—, eres igual. Igualita. Como una réplica femenina de pelo largo. —Nicolle realizó un amago de sonrisa y miró hacia el suelo, dispuesta a dejar de preguntar y no incomodar a su abuela. Pero para su sorpresa, continuó—: No sé cómo será ahora, pero si lo

tuvieras de frente con la edad aproximada que tienes tú, creerías que es un reflejo. Sus ojos los recuerdo tan claros, brillantes y llamativos como los tuyos. A veces me dan la misma sensación que me daban los suyos: asustan porque son casi transparentes. El pelo, negro como el carbón; los labios, gruesos y bien formados, y esa sonrisa que nunca desaparece de tu rostro. Todo es igual.

No supo por qué, e incluso se sintió un poco mal por ello, pero saberlo le gustó. La emocionó.

Miró a Frida de soslayo.

—¿Crees que está mal sentir curiosidad?

Su abuela cerró los ojos un instante.

—Ven aquí. —Dando palmaditas sobre la cama, le indicó que se sentara a su lado. Nicolle se bajó de la ventana dando un salto y se acercó—. No está mal sentir curiosidad, mi niña. Era algo que pasaría tarde o temprano. Y cuando ocurriera, tu madre debía actuar en consecuencia y explicarte lo que te gustaría saber, aunque sospecho que no lo ha hecho.

—No.

—No seré yo quien te lo explique. No considero que tenga derecho, pero sí saciaré un poco tu curiosidad. —Rodeó el hombro de su nieta, la inclinó hacia atrás, y la recostó a su lado. Ella, como si fuera pequeña, se apoyó sobre el pecho de Frida y se relajó, escuchando la evidencia de su enfermedad en pequeños y agudos sonidos que salían de él—. No puedo darte demasiados detalles porque no tuvimos tiempo para conocerlo, pero a tu abuelo, el gruñón de tu abuelo, le gustaba. Nunca lo reconocería, pero yo, que lo conocía a la perfección, lo sabía.

»Al principio no reparé mucho en él. Era uno más de tantos que se movían por el escenario antes de que todo comenzara, y, para ser sincera, yo solo tenía ojos para tu madre y los preparativos. Silvana nunca perdía la calma, nunca aparentaba estar nerviosa. Yo, por el contrario, tenía que tomarme un par de tilas antes de salir al lugar en el que actuara. Tu abuelo se mantenía todo el día callado y de mal humor. Supongo que era su forma de combatir los nervios. En fin, que aquel chico pasaba un poco desapercibido para mí.

—¿Cuándo reparaste en él?

—No es que no lo hubiera mirado; todo el mundo lo hacía. Era tan guapo, tan llamativo, que tenías que ojearlo al pasar. Y allí todos lo apreciaban. «El ruso es que se da a querer», decían. Era amable, servicial y reservado, como tú. Y reparé en él cuando Silvana comenzó a perder la calma, solo sobre aquel escenario de Omsk. Era la misma en cualquier otro sitio menos allí. Cerraba los ojos e inspiraba con energía antes de salir. Solo cuando el telón se abría, miraba de reojo. Cuando mis ojos seguían la misma dirección, allí estaba él, sonriéndole.

»Nunca supe nada más, Nicolle. Solo hablamos un par de veces de problemas con el decorado, y un día, tu madre nos contó que estaba embarazada y que el padre no quería saber nada del asunto. Era joven y tenía miedo, al parecer. No nos enteramos hasta que estuvimos lejos de Omsk y la gira había concluido. Dos meses tardó en confesar quién era el chico. Supuse que lo hizo así para que tu abuelo no lo dejara en coma de una paliza. Actuó bien, porque te aseguro que lo habría hecho. Había abandonado a su hija, por lo que tenía motivos suficientes.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

Sintió decepción. Podría haber sido una historia bonita: la bailarina y el telonero. En silencio, imaginó las muchas posibilidades que habría tenido el final. En ninguno él la abandonaba sola y embarazada. Pero desechó aquellas escenas que se montaba en su cabeza, pues, aunque su abuela le hubiera dicho que no era nada malo sentir curiosidad, algo dentro de ella le decía que pensar en él era traicionar a Silvana.

—Gracias —le dijo tras un largo rato, y se incorporó—. Creo que necesitaba saberlo.

Su abuela le sonrió.

—Si le cuentas algo de esto a tu madre, la llevo del brazo por todo París hasta dar con el lugar en el que bailas.

Rio, salió de la cama, cogió su mochila y se dirigió a la puerta.

—Iré a por algo para comer. ¿Necesitas alguna cosa?

—¿Un bocadillo de paté? —preguntó socarrona, sabiendo que no podía comer nada que no

entrara en el menú hospitalario.

—Desde que estás aquí te ha mejorado el sentido del humor —apuntó, ya saliendo. Pero entonces se detuvo. Se mordió el labio inferior y se dio la vuelta. Era un momento de confidencias y quería aprovecharlo para aclarar algo que le rondaba—: Abuela, ¿por qué no nos contaste nada sobre tu enfermedad?

El rostro de Frida no se inmutó y Nicolle supo que estaba esperando aquel momento.

—Tu madre ya tiene bastante con lo suyo como para hacerse cargo de una vieja que vive en otro país. Además, no fue tan grave como parece.

Nicolle torció el gesto.

—Sé que Silvana está preocupada.

—Te prometo hablar con ella si eso te tranquiliza. Pero, de verdad, todo está bien. Ya sí. —Le sonrió.

—Habríamos estado contigo.

—Lo sé, corazón. Lo sé. Corre a por ese bocadillo de paté.

Tras devolverle la sonrisa, bajó por las escaleras para no esperar el ascensor, le mostró al guarda de seguridad la tarjeta de acompañante y salió. Permaneció unos segundos mirando alrededor en busca de algún lugar donde comprar un bocata o almorzar, y entonces alguien se cruzó en su campo de visión.

—París tiene una superficie de unos cien kilómetros cuadrados y más de dos millones de habitantes, y yo, vaya donde vaya, siempre me cruzo con la más bonita de ellos.

Nicolle negó con la cabeza, sin poder ocultar su amplia sonrisa.

—Eric. —Sonrió aún más—. ¿Qué haces aquí?

—Casualidad.

—Ya. ¿Quién te ha chivado el nombre del hospital?

—Tú. Me lo dijiste el otro día, cuando viniste a casa. Bueno, no el nombre, pero sí la forma de la fachada. Y he ido a tu casa para confirmar que estabas aquí.

—¡¿Has ido a mi casa?!

—Sí.

—¿Estás loco?

—Por ahora, creo que no. ¿Qué pasa?

—¿Quién te ha abierto? ¿Mi madre? ¿Marc? —le preguntó angustiada.

—No he llamado. Soy temerario, pero no tanto. No por mí, sino por ti. No quiero que te metas en problemas por mi culpa. Así que he esperado a que alguien entrara y he visto al chófer.

—Alfredo. —Suspiró.

—Sí. Al principio le ha extrañado que pregunte por ti, pero le he dicho que somos amigos y me ha contado que estabas aquí. ¿Adónde ibas?

—A comer algo.

—Vamos, te acompaño. Así me cuentas cómo está tu abuela.

Se compraron unos perritos calientes y se sentaron en el césped de un parque cercano al hospital en el que Eric la puso al día sobre lo que habían estado haciendo los chicos y él durante la semana. Ella le contó los avances de su abuela. También que ya sabía de él y que la cubriría para poder bailar. Hablaron del Año Nuevo. Él lo pasaría con su familia y con José, que no podía viajar a España ese año, y ella en casa. No le dio más detalles y Eric comprendió que no quería hablar de ellos.

—Cuando terminemos de cenar con la familia, nos iremos a casa a celebrarlo. Allí se incorporará Jacob. No es lo más típico ni gran cosa, pero nos gusta hacerlo así. Unas copas, algo de música... Si te apetece, puedes venirte.

—Lo pensaré. Gracias. Y gracias por hacerme compañía durante el almuerzo.

—No son merecidas —le respondió, diciéndole aquello que tantas veces escuchaba últimamente.

—Sí, sí que lo son. Has venido hasta aquí para pasar apenas veinte minutos conmigo.

—Niña creída... ¿Quién ha dicho que haya venido a verte a ti? Pasaba por aquí.

Nicolle se levantó divertida y se sacudió el pantalón.

—Claro que sí. Ahora tengo que volver, que Frida está sola. —Antes de irse, le dio un beso en la mejilla.

—¿Te veré mañana? —le preguntó mientras ella se alejaba.

—No lo sé.

—No me obligues a llamar a la puerta de tu casa y decirle a Marc Ferrara que he ido a buscarte para comenzar contigo el año. No creo que le agrade.

Ella se llevó el dedo índice a la frente y lo rotó, indicándole que estaba majara. Después, se alejó.

Eric llamó a la puerta negra de la casa de los Ferrara al día siguiente, y ni siquiera esperó a que terminara el año. Sabía que Nicolle estaba allí porque el día anterior le contó que pasaría la noche con su abuela y que a primera hora del lunes su madre iría al hospital a hacerle el relevo.

Subió los tres escalones, pulsó el interfono y esperó respuesta mientras miraba hacia arriba y contemplaba con detenimiento las tres plantas oscuras que se alzaban ante él, enmarcadas por un cielo casi negro que solo mejoraba su aspecto elegante. Era majestuoso, y pensarlo lo asqueó. No imaginaba a alguien como Nicolle viviendo entre las refinadas paredes de Marc Ferrara.

Como invocado por el pensamiento, la puerta se abrió y tras ella apareció aquel hombre. Sabía quién era, ya que lo había visto esa noche en el bar en el que trabajaba su hija, la amiga de Nicolle. Pero en la ocasión anterior no vestía de traje ni llevaba la cara señalada de lo que no podían ser otra cosa que golpes. No parecía el tipo de personas que se metían en peleas, no obstante, algo parecido al gozo se movió dentro de él al verle un ojo hinchado y varias heridas en la cara.

—Buenos días. ¿Está Nicolle?

Marc lo miró con fijeza, casi sin respirar. Conocía a aquel chico de pantalones negros rasgados y chaqueta de cuero que lo miraba impasible, a la espera de una respuesta.

—¿Quién pregunta? —le respondió escueto, olvidándose de su educación.

—Eric. Un amigo.

Eric.

Su nombre resonó en los oídos de Marc con dolor.

¿Cómo tenía los cojones de presentarse en la puerta de su casa?

«También es la de ella», se recordó. Peor aun así. Si la conocía bien, sabía que su madre vivía allí y lo que podría ocurrir si fuera ella la que abriera.

Apretó la mandíbula con fuerza y lo miró con toda la pasividad que le fue posible.

El joven apreció los cambios en el cuerpo y en la actitud de Marc en cuanto mencionó su nombre, lo que le confirmó que, o sabía quién era, o simplemente temía quién pudiera ser.

—¿Es importante?

—Sí.

—Está cansada, acaba de llegar del hospital.

—Lo sé. ¿Puedo hablar con ella un momento?

Marc, todavía con la mano en la puerta, lo fulminó con los ojos y le mantuvo la mirada. Eric no se la apartó. Y que un niñato no se amilanara ante él lo cabreó aún más.

—Espera.

Le cerró con fuerza en las narices y subió las escaleras, intentando controlar la furia que lo corroía.

«¿Qué coño te pasa?».

Tomó aire cuando estuvo delante de la puerta de Nicolle. Estaba entreabierta, solo una ranura, y cuando fue a golpear con los nudillos suavemente para no abrirla, se detuvo con la mano en alto al escuchar la clara voz de su hija. O estaban haciendo videollamada, o hablando por el manos libres.

—Impresionante, nena. Im-pre-sio-nan-te. Todo el techo cubierto de bolas gigantescas doradas... Y paramos en Madrid, en no sé qué sitio del Sol, para las uvas. ¿Por qué coméis uvas?

—Expláyate sin preocupaciones en los mejores detalles del viaje —ironizó Nicolle.

—Perdona. Es verdad, soy un asco de amiga. Total, que una vez más que no te pones el dichoso vestido rojo. ¿Has pensado que es ese trapo el que te da mala suerte? Tíralo, joder.

—Eso es una tontería.

—Sí, tontería... Nunca me haces caso. Allá tú. Cuéntame, ¿qué harás esta noche, entonces?

—Nada.

—¿Nada? ¡Venga ya! No puedes quedarte en casa.

Marc vio el momento de interrumpir y llamó a la puerta.

Nicolle, que estaba sobre la cama con las piernas cruzadas y ojeando una revista de Gala, dio un pequeño respingo.

—Dame un momento —le pidió a su amiga, aunque la escuchó hablar con alguien de fondo. Le decía lo aburrida que era la española y que esa noche se quedaría en casa. Llevó los ojos al techo y negó mientras se acercaba a la puerta, pero su actitud cambió completamente cuando abrió y se encontró a Marc al otro lado.

Reparó en su rostro, lo primero. Las marcas eran más visibles, pero la cara estaba menos hinchada que el día anterior. De igual modo, iba perfecto vestido con un traje oscuro y una camisa violeta.

Enarcó las cejas a la espera de que le dijera lo que quería.

—Te esperan abajo.

—¿A mí? —preguntó, inconsciente de que las cejas, ahora, se le arrugaron en un claro gesto de desconcierto.

—Sí. Eric. —Se dio la vuelta sin decir nada más y desapareció.

Nicolle fue veloz a por su móvil y le dijo a su amiga que después seguirían hablando. Colgó sin dar más explicaciones y bajó corriendo. Cuando llegó a la primera planta y abrió la puerta principal, en efecto, Eric estaba allí, con una sonrisa deslumbrante.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó alterada pero en un susurro, cerrando la puerta tras de sí de manera parcial para que no pudieran oírlos.

—Como sé que esta noche no aparecerás por casa, vengo a por ti para enseñarte algo. —Sonrió y se cruzó de brazos.

—¿Y cómo sabes que no iré?

Él se encogió de hombros.

—Mientes fatal. Cuando dices que no sabes si harás algo, te muerdes el labio inferior y miras para otro lado al sentirte culpable por haber mentido. —Le guiñó un ojo—. Sé que acabas de llegar y que estás cansada, pero merecerá la pena, te lo prometo. Y no tienes otra excusa para darme: tu madre está en el hospital y hoy no trabajas, espero. Si lo haces, entraré ahí a decirle a tu jefe que es un explotador. Aparte de un gilipollas.

Nicolle lo mandó callar, abriendo mucho los ojos. Nerviosa por que dijera algo más y Marc los oyera, claudicó:

—Vale, tú ganas. ¿Adónde iremos?

—A bailar.

—¿A bailar? Pero si voy en chándal. —Se miró, comprobando su aspecto; el primer chándal que había metido en la mochila el día anterior para pasar la noche lo más cómoda y calentita posible. Después se tocó la cabeza; un moño desordenado dejaba caer algunos mechones sueltos por su rostro, y no llevaba una gota de maquillaje.

—Vas perfecta. Solo coge tus zapatillas.

Suspiró.

—Está bien. Voy a por la mochila y nos vamos. —Abrió de nuevo la puerta y se adentró—. Espera aquí, loco. Que estás loco.

—Te encanta que te diga que lo estoy por ti, ¿no?

No evitó sonreír mientras subía, sin creerse todavía que hubiera ido hasta allí para buscarla.

Mientras, Marc estaba apoyado en la barra de la cocina. Se tomaba un café. Observaba y escuchaba lo que pasaba fuera. No había oído parte de la conversación, pero sí lo último que aquel renacuajo le había dicho: que estaba loco por ella. Casi rompió la cerámica de la taza en su mano.

Acto seguido, Nicolle bajó.

—Voy a tener que regalarte un móvil para que evites visitas innecesarias —le dijo cuando abrió.

—Ya sabes que prefiero disfrutar de tu cara de sorpresa al verme aparecer.

La puerta se cerró y Marc no pudo controlar el impulso de acercarse a la ventana y verlos caminar.

Contuvo las ganas de estrellar la taza contra la pared.

París nunca dormía, pero aquella mañana parecía estar más despierto que nunca. Nicolle creyó no haber visto tanta gente junta, sin estarlo realmente, en su vida. Iban como locos, de aquí para allá, entrando en los negocios, comprando, comprando y comprando. Era un día para consumir, para preparar y para festejar. El cielo comenzaba a rebelarse en forma de finas gotas que parecían no molestarle a nadie.

La idea de los chicos le gustó, aunque al principio le costó aceptarla. Pero era tal el entusiasmo de todos que no pudo decir que no.

Estaban en el centro, en la gran avenida en la que había bailado la primera vez. La diferencia era que en esa ocasión la multitud se había multiplicado. Los chicos, ya preparados, harían lo de siempre cuando se juntaban los cuatro: José tocaría el violín, Eric y Jacob harían malabares y Nicolle bailaría. Pero no como en las anteriores ocasiones. Cuando la gente comenzara a convertirse en público, ella sería una más. Vestida de chándal, vería la actuación con la misma curiosidad que los demás. Una vez captada la atención completa de todos, se acercaría con timidez y recelo al violinista y le preguntaría si podría participar, y entonces actuaría.

Tuvo que coger aire varias veces para hacerlo y secarse el sudor de las manos. Pero, como aquellos días atrás, cuando dudaba, Eric, que parecía notarlo de lejos, la contemplaba y le insuflaba ánimos con la mirada.

Llegó el momento.

Una gran cantidad de gente se había arremolinado a su alrededor y ella era parte de aquel semicírculo. Su malabarista favorito ya lanzaba su arte al cielo, y asombrosamente, sin que ninguna pelota blanca se cayera, desvió la atención hasta ella y le dio la señal con los ojos. Así que, con timidez comenzó con su papel. Se acercó hasta José y le preguntó algo. Este asintió y Nicolle, con una para nada fingida vergüenza, comenzó a moverse al ritmo que marcaba el instrumento.

Esa vez no había notas tristes. El español se había decidido a versionar una canción que sonaba en todos lados y países, y aunque Nicolle no era muy asidua a escuchar música de aquel tipo, reconoció en los acordes el ritmo de *Despacito*.

Al principio se movió descompasada, como si no supiera lo que se hacía, y fue de un lado a otro, paseando bajo las finas gotas y entre los chicos con los ojos cerrados y los brazos en alto. La gente comenzó a reírse y a señalarla al ver a una loca que había interrumpido en mitad de la actuación. Pero entonces, a punto de romper la parte más fuerte de la canción, José detuvo el violín y Eric y Josep las manos, atrapando todas las pelotas en ellas.

Nicolle paró de bailar en seco, miró al violinista y después a la gente. Cuando todos dejaron de reírse y se miraron entre ellos, cuestionándose qué ocurría, la vara se posó de nuevo sobre las cuerdas y la canción rompió por todo lo alto. A su vez, Nicolle se desprendió de sus zapatos de deporte y con ayuda de sus pies se alzó sobre las punteras blancas en un movimiento seco e impactante.

Sonrió al ver la cara de estupefacción de la gente y se dijo que tenía que disfrutar de la multitud sorprendida. Dando un giro completo sobre sus puntas, tiró del elástico que recogía su cabello en un moño alto y dejó que la larga melena oscura ondeara bajo la lluvia y cayera con gracia hasta su cintura. Como la música alegre la acompañaba, parada en el sitio dio un gran salto y abrió las piernas en su máxima extensión, consiguiendo un ángulo recto perfecto. La exclamación del público impresionado y el grito de Jacob le dieron alas para darlo todo de sí y volar con los pies y los brazos, alternando la danza clásica con los pasos de la asignatura de

Contemporánea que tanto había odiado siempre y que ahora parecía ser de sus especialidades.

No había reglas.

Se movió de aquí para allá, casi todo el tiempo con los ojos cerrados y una gran sonrisa en los labios, dejándose llevar. La música parecía sonar más fuerte y la lluvia caer con más fuerza. Pero no le importaba. Meneaba las caderas de manera sensual y, de la nada, aparecía girando en Fouetté[3] varias veces sobre una de sus piernas, ocasionando que su pelo girara con ella, creando un espectáculo que mezclaba lo clásico con lo actual, al igual que la melodía de su compañero.

Durante efímeros minutos, acompañada por las palmas y la música, fue la fusión perfecta de la Nicolle adolescente que no le permitían ser y de la disciplinada a la que habían formado.

Y allí estaba, eufórica y extasiada, en la cima de su propia dicha, cuando oyó el grito de Eric:

—¡Corre, Nicolle!

Como una autómata y sin saber por qué, dejó de bailar y miró a su alrededor. Todo sucedió muy rápido, pero ella tenía la sensación de estar viéndolo a cámara lenta. Apreció el cielo negro, la lluvia empapándola con fuerza y a la gente inmóvil. No a toda, porque José sujetó con una mano el violín y se agachó deprisa para coger la funda con la mano libre. Jacob y Eric comenzaron a meter las pelotas con rapidez en la mochila, sin dejar de mirar hacia atrás y de gritarle, y ella, por impulso, se agachó a por sus zapatos. Eric corrió a por el sombrero, que aquel día rebosaba, y después se acercó a Nicolle.

—¡Vamos! —la apremió, sujetándole la muñeca con fuerza.

Ella solo miró una vez hacia atrás para comprobar lo que ocurría y saber por qué todo se había frenado y acelerado a la vez. Entonces los vio. Eran tres. Un grupo de policías corría hacia ellos. Se preguntó por qué, si no habían hecho nada. No obstante, estaba muy asustada, así que corrió, dejándose arrastrar por Eric, que tiró de ella. Pero los segundos que se había detenido para mirar hacia atrás jugaron en su contra y uno de los agentes la alcanzó. La sujetó por la cintura, consiguiendo que se soltara del agarre de su compañero y que, de la velocidad, policía y chica cayeran al suelo. El impacto resonó por todo el lugar.

Eric se giró, alarmado. Calculó la distancia con el policía que tenía más cerca; disponía de tiempo más que de sobra para escapar, pero no lo haría. Le pasó el sombrero a un acelerado Jacob, lo miró de manera cómplice y frenó los pies. A los pocos segundos, lo habían atrapado.

No la dejaría sola. Él ya había pasado por aquello muchas veces, pero ella no.

La gente comenzó a gritar en contra de la detención, lo que le dio comienzo al revuelo. Casi siempre ocurría cuando detenían a artistas callejeros aplacándolos como habían hecho con ellos. Pero Eric no oía ni veía nada a su alrededor, solo tenía ojos para la chica, quien, con las manos en el suelo para amortiguar la caída, alzó la cabeza y lo miró con los ojos más asustados que había visto nunca.

Capítulo 15

Estaba empapada y tenía mucho frío.

Se encontraba en completo silencio, con la cabeza echada hacia atrás, recostada sobre la silla y con los ojos cerrados. Eric, a su lado, le acariciaba la mano izquierda. No habían hablado apenas en las casi cuatro horas que llevaban allí, a la espera de que le dijeran algo.

Durante el camino en el coche policial, Nicolle se había centrado en mirar por la ventana y había aguantado las lágrimas mientras el policía sentado de copiloto les daba una charla como si fuera su padre. Al parecer, conocía a Eric, y no estaba siendo duro con él. Solo lo advertía de que ya sabía de sobra lo que tenía que hacer para que no ocurriera más y que, si seguía así, las multas irían en aumento hasta que no le compensara actuar.

Por lo poco que captó de la conversación, existían unas normativas que amparaban a los artistas callejeros. Se trataba de una estructura compuesta de un jurado que, tras pasar una especie de audiciones, eran seleccionados más de trescientos artistas a los que les otorgaban un permiso para actuar en la calle. Aquello conllevaba un examen de admisión y una pequeña cuota a pagar. Los que se quedaban fuera, como Eric, seguían huyendo como delincuentes.

El agente parecía estar explicándoselo a ella, pero no le contestó. Ni siquiera hizo el amago de aparentar estar escuchándolo. Su amigo sí que mantuvo una conversación fluida con los dos policías. No parecía nervioso ni asustado, muy al contrario que Nicolle, que se encontraba atacada. Nada comparado con el momento en el que descubrió que su destino era la comisaría y que los mantendrían allí hasta nueva orden.

—¿Estás más tranquila? —le preguntó Eric en un susurro, transcurridas las cuatro interminables horas.

Nicolle abrió los ojos y lo miró. Después, desvió la vista hacia la mano que acariciaba la suya y la mantuvo ahí, observando cómo los dedos largos y cuidados del chico bailaban hacia arriba y hacia abajo.

—Sí.

—Lo siento, de veras. Normalmente, estos días festivos pasan un poco la mano y hacen como si no estuviéramos allí. Pero hoy...

—Tú no tienes la culpa. —Esta vez fue ella la que sacó la mano de debajo, la posó sobre la de él y la acarició—. ¿Qué pasará ahora? ¿Nos interrogarán?, ¿nos encerrarán en algún lado?

Eric no pudo evitar reírse.

—No, no pasará nada de eso. Ni nos esposarán ni nos meterán en un cuarto oscuro, con una cama rígida y un váter sucio, a la espera de que alguien nos traiga un bocadillo.

—¿Estás riéndote de mí? —La sonrisa de Nicolle asomó por primera vez desde que habían llegado a la comisaría.

—Un poco.

Ella le golpeó la mano con intención.

—Venga, dímelo. ¿Qué pasará?

—Ahora me notificarían la multa y me iría a casa, pero se ve que la situación se complica porque eres menor. —Con un gesto de cabeza, señaló al policía que ojeaba las identificaciones

de ambos—. Es probable que llamen a tu madre para que venga a por ti y la multa se la notifiquen a ella.

Nicolle le soltó la mano como si quemara, como si acabara de convertirse en un desconocido. Se le paró el corazón de manera instantánea. Los ojos se le abrieron mucho y estuvo a punto de, ahora sí, echarse a llorar.

—¿Estás diciéndome que... que...?

No pudo terminar de hablar; atemorizada. ¿Cómo le explicaba todo aquello a Silvana de sopetón? La llamarían estando en el hospital para decirle que su hija se encontraba detenida en comisaría por bailar en la calle. Detenida, ella. Y tendría que pagar una multa. Además de que la vería con Eric y tendría que darle explicaciones. Y su abuela... Silvana descubriría que también le había mentido.

Todo le dio vueltas. Y para incrementar la sensación angustiosa que comenzaba a apoderarse de su pecho, el agente que reconoció como el hombre moreno y robusto que había conducido hasta allí se colocó frente a ella y confirmó lo que temía:

—Nicolle Harman, ¿verdad? —Si asintió, no lo notó—. Tiene que facilitarnos un número de contacto al que llamar para que... —No escuchó todo lo que vino a continuación, porque lo importante estaba dicho: «Un número de contacto...».

Eric habló, pidiéndole de buenas maneras una alternativa:

—Por favor, Teo —dijo con familiaridad—, su madre está en este momento en el hospital... Su abuela está muy enferma... —Nicolle solo escuchaba fragmentos de la conversación a la vez que luchaba por normalizar sus pulsaciones—. ¿No puedes darnos otra opción? Si ella viene, su abuela se queda sola en el hospital y... —Continuó durante varios segundos con su exagerada explicación.

De pronto, le dio un codazo a Nicolle y esta pareció salir de su letargo. Lo miró, desorientada.

—El inspector pregunta si hay otro adulto al que llamar, familiar directo, que pueda venir a por ti.

Estaba a punto de negar cuando cayó en la cuenta. No lo pensó, porque hacerlo sería llegar a la conclusión de que aquello no estaba bien, así que solo asintió y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza para sonar convincente:

—Mi... mi padrastro —balbuceó. Le dolieron sus propias palabras, incluso siendo falsas.

A Eric casi se le salieron los ojos al oírla.

—Lo siento. He ingresado sus datos en el ordenador y no reza ningún hombre como familiar directo.

—No están casados legalmente, pero a lo mejor lo conoce —dijo ella, rezando en silencio para que su apellido de renombre fuera útil—. Es Marc Ferrara.

El rostro del agente cambió. Sí, lo había reconocido. Al principio arrugó las cejas, confuso, pero después relajó los hombros y suspiró.

—Está bien. Facilíteme su número.

—¿Puedo hablar yo con él? —le preguntó esperanzada.

—Ni hablar. —Eric fue a abrir la boca, pero Teo lo señaló y no se lo permitió—. Ni se te ocurra insistir, chaval, porque no pienso ceder en esto.

—Necesitaré mi móvil para mirar el número —le pidió Nicolle.

—No es necesario, tengo su número. —El agente se dio la vuelta.

Ella se mordió el labio, nerviosa, y él la miró con una sonrisa.

—¿Tu padrastro?

—¿Qué querías que dijera? —le preguntó irritada—. No tengo a nadie más aquí, y mejor eso que Silvana, ¿no?

Eric no respondió. Siguió sonriendo, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y miró al frente. Tras unos segundos, habló:

—Mira el lado bueno de todo esto. ¿Quién iba a decirte que el último día del año lo pasarías haciendo un tour por París? Sus calles, sus comisarías...

La chica soltó una risa nerviosa.

—Desde luego, nadie. —Lo miró, envidiando su entereza y la manera de verlo todo positivo.

Siempre parecía alegre, como si nada fuera lo suficientemente importante para estropear su humor.

—Y quién iba a decirte que alguien te besaría en una comisaría, ¿eh?

—¿En una comis...?

El chico de los ojos exóticos se giró hacia ella y se acercó mucho, sin darle tiempo a reaccionar. Cuando quiso darse cuenta, Nicolle apreciaba aquellos tres puntitos oscuros a pocos centímetros de distancia, tanto que podía observarlos con fijeza.

Le faltó el aire al sentirlo acariciar su mejilla con un dedo y colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja. Continuó la caricia hasta situar la mano detrás de su nuca y la acercó hasta él, rozando sus labios. Eric los atrapó con delicadeza y le regaló un beso suave y cálido. Cuando sus lenguas húmedas se encontraron con calma y cierto anhelo, ella cerró los ojos. Hizo y se dejó hacer, notando cómo la piel se le erizaba.

Un pinchazo de sentimientos mezclados se le instaló en el estómago, mezcla de nervios y calma, como si una sola persona pudiera controlar la manera de subirte y bajarte a la vez. Poco a poco, con ese contacto dulce y sabroso, destensó los hombros y se dejó llevar, hasta disfrutarlo por completo, sin pensar. Suspiró dentro de su boca y dejó que, lo que comenzó siendo suave, se calentara con rapidez.

—Ejem. —El carraspeo seco la hizo saltar hacia atrás, separándose del mago con premura. El agente de antes los miraba con cara de no sobrarle la paciencia—. Tu padrastro está en camino. Cuando venga, podréis marcharos.

Aquellas palabras acabaron de un plumazo con toda la magia.

Cuando el hombre se perdió por el mismo sitio que había llegado, Nicolle se sonrojó. Se había quedado a solas de nuevo con Eric después de lo que acababa de ocurrir y no sabía qué decir.

—Solo ha sido un regalo como recuerdo para terminar el año —le dijo él unos segundos después al notar que la timidez se había apoderado de ella y ahora no era capaz de mirarlo fijamente a los ojos—. Esto no cambia nada. Seguiremos bailando por las calles y quizá terminando la tarde en la comisaría. —Le guiñó un ojo—. Lo único que variará es que, ahora, cuando te vea dando vueltas sobre los pies, solo podré recordar lo bien que sabe tu boca.

Nicolle sonrió mientras negaba con la cabeza, sorprendida de que fuera capaz de normalizar la situación con tanta facilidad, como si lo hecho y dicho fuera algo que ocurría cada día y a lo que no había que darle vueltas.

Y aunque no dijo nada al respecto, ella sí que lo llevaba dentro.

Para su sorpresa, la sensación era demasiado placentera.

Marc llegó tan rápido que parecía estar esperando la llamada desde la calle contigua. O el tiempo con Eric se hacía corto. Cuando Nicolle lo vio cruzar el umbral de la sala en la que se encontraban, se le cortó la respiración. Caminaba con paso decidido hacia ellos mientras se abrochaba con una sola mano el botón de la chaqueta; la otra, metida en el bolsillo del pantalón.

Se acongojó al apreciar el rostro serio, aparte de magullado, del hombre. Sus labios, siempre carnosos, ahora eran una fina línea y sus ojos brillaban por el enfado.

Al llegar a la altura de las dos figuras que se encontraban mirándolo de frente, Marc hizo un gesto seco con la cabeza para que se levantaran.

Ambos lo hicieron.

—Vamos —fue lo único que dijo antes de girarse y regresar sobre sus pasos, casi sin reparar en ella.

Nicolle y Eric se miraron entre ellos y decidieron caminar detrás y en absoluto silencio. Únicamente abrieron la boca cuando el policía que los había atendido se despidió desde el mostrador.

Ya en la puerta, Marc continuó caminando. Estaba a unos dos metros de distancia y creía que Nicolle lo seguía. Detuvo sus pies en seco cuando comprobó que no era así. Se giró al escucharla hablar con el otro tipo.

—Hay que pagar la multa —le susurró ella muy bajito al tal Eric, aunque él la oyó a la

perfección desde su posición—. ¿Sabes cuánto es?

—Nada —intervino Marc—. Ya están pagadas. Ambas. —Miró a Eric con severidad.

—No es necesario, puedo pagarme mis propios castigos, señor Ferrara —respondió el malabarista con mucha calma y un cierto tono irónico.

—No lo dudo, pero esta vez no será así. Nicolle, vámonos a casa.

Fue autoritario y seco en su mandato, además de dejar claro con quién se iba. Se reprendió al comprobar que lo que realmente estaba aclarando era la diferencia entre la persona adulta que podía sacarla del aprieto y el niñato que la metía.

Se contradecía al verla con aquel chico, y lo sabía, pero no podía evitarlo. A veces se decía que lo mejor era que Nicolle se moviera en un entorno de su edad y conociera a alguien que pudiera ofrecerle lo que se merecía: un amor de verdad, un querer sano, sin sombras arrastrando de aquí para allá. Sin problemas. Alguien que bebiera los vientos por ella y lo dejara todo si fuera necesario para hacerla feliz.

Él no era capaz.

A veces, cuando la miraba, se preguntaba por qué. Después se recordaba que tenía una vida, una hija, empresas... Tenía una imagen que se vería manchada por una simple mujer.

Por una simple niña.

«No es una simple niña», le respondió una vocecilla en su cabeza que apartó con rapidez. Si no había dejado que nada ni nadie interfiriera en lo que había construido, no iba a hacerlo ahora.

La muchacha contempló a Eric con recelo, suspiró y le dio un beso en la mejilla para despedirse. No puso los ojos en blanco para evidenciar su desacuerdo con el tono de Marc, pero no hizo falta.

—Lo lamento —murmuró Eric cerca de su oído, para que solo ella pudiera escucharlo—. Solo quería regalarte un fin de año diferente.

—Deja de decir eso, no tienes la culpa de nada. Y no te preocupes, has conseguido tu propósito. ¿Algo más original que esto? —Señaló el edificio que, por fin, dejaban atrás. Le sonrió y se alejó, caminando hacia Marc.

—Le devolveré su dinero —insistió Eric mirando a Ferrara, y pensó que en cuanto se marcharan entraría en la comisaría para averiguar el importe de la multa—. Nicolle, tengo el tique del regalo de antes. Este es un poco diferente a los regalos comunes; si no te gusta, puedes devolverlo, y no me enfadaré por que lo hagas. —Le guiñó un ojo y ella notó cómo las mejillas le quemaban de repente.

Marc no perdió detalle de su azoramiento y su lengua cobró vida:

—No tengo todo el día. Mi tiempo se traduce en dinero, y no me gusta perder mi dinero en gilipolleces. —Se ajustó la chaqueta y caminó hacia el coche.

Nicolle lo siguió y se tomó solo un momento para mirar atrás y despedirse de Eric con la mano, pasando por alto un segundo el mal humor que presentaba el hombre.

En silencio, se montaron en el espectacular vehículo negro. Sintió el peso de la verdad cuando estuvo sentada en el acogedor asiento que aquel día parecía cubierto de pinchos. Observó, acongojada y con la cabeza prácticamente escondida entre sus hombros, las manos rígidas de Marc sujetando el volante. Sus brazos fuertes parecían querer rasgar la tela y ser liberados. En realidad, todo su cuerpo parecía desearlo. Le dio la sensación de que en cualquier momento se giraría hacia ella y le gritaría para reprocharle lo que había hecho. Sin embargo, eso no ocurrió. Continuó el camino en absoluto silencio y mirando la carretera, consiguiendo que el sillón pareciera más incómodo aún de lo que era.

Se mordisqueaba las uñas superficialmente y los pies no podían mantenerse quietos. Cansada de la tensión, suspiró y se atrevió a abrir la boca, aunque no a mirarlo:

—¿Piensas decir algo en algún momento?

Marc tampoco la miró.

—Primero me gustaría saber por qué han interrumpido en mi despacho, cuando estaba reunido, para informarme de que tenía una llamada desde la comisaría en la que estaba *mi hijastra* detenida —la enfocó con ojos furiosos, recalcando mucho esto último—, donde he tenido que presentarme y mostrar mi jodida cara magullada por una pelea y soportar preguntas

indiscretas de mi supuesta vida rehecha con tu madre. Espero que el motivo tenga el suficiente peso para ello.

Nicolle tragó saliva y negó, despacio.

—Me han detenido por... bailar.

—Por bailar. —La observó con las cejas enarcadas.

—Sí. Por bailar en la calle.

—¿Estás bailando en la calle? —Su tono salió tan sorprendido y represivo que Nicolle no le respondió—. ¿Por qué estás bailando en la calle? ¿Por dinero?

—No.

—¡Si necesitas dinero, te he dicho decenas de veces que tu puesto de trabajo sigue ahí! —exclamó, subiendo el tono.

—No es por dinero. Me gusta hacerlo.

—Ah. Te gusta hacerlo. Te gusta que te arresten, como a una delincuente, mentirle a la mismísima policía y movilizar a los demás para que te saquen del aprieto, sin importarte las consecuencias. ¿Es eso lo que te gusta?

Ella negó, sintiéndose mal. Un nudo comenzó a formarse en su garganta, y creció con la fuerza de la cólera de Marc. Los ojos le brillaron, aunque luchó por mantenerlos a raya, sin lágrimas. Fue el cúmulo de circunstancias y sentimientos que había vivido durante todo el día. Por supuesto, no lo dejó salir. Aunque no fue necesario, porque Marc apreció de reojo la postura tensa que había adoptado: sentada muy recta, con las manos sobre los muslos, mirando hacia adelante y a punto de echarse a llorar. No veía sus ojos, pero sí el tembleque de sus gruesos labios de perfil.

Levemente arrepentido por su dureza, bajó dos tonos de voz y volvió a hablar:

—¿Es ese tipo el que está metiéndote todas esas cosas en la cabeza?

La muchacha se irguió un poco más sobre el asiento y lo miró de frente, harta de la reprimenda. Ni siquiera se había percatado de que estaba intentando ser menos duro.

—Mira, lo siento, ¿vale? Lo siento. Dije lo primero que se me pasó por la cabeza con tal de que no viniera Silvana a por mí. Ha sido una estupidez, lo sé, pero no tenía a nadie más a quien llamar y estaba asustada. Yo nunca he estado en una comisaría ni nada por el estilo. No me mandaban ni al despacho del director, así que imagínate lo que he podido sentir allí dentro.

»No creía estar haciendo nada malo. Solo bailaba cuando vino la policía y nos arrestó como si fuéramos delincuentes. Eric no tiene nada que ver, y te agradecería que no lo metieras en esto. Te devolveré tu dinero y estaremos en paz, pero deja de tratarme así, porque vuelves a reprenderme como si fueras mi padre, y no sé las veces que te he recordado que no lo eres.

Ahora que se había girado un poco hacia él, Marc observó de soslayo sus ojos. Estaban empañados y rojizos, pero no por tristeza, sino cargados de impotencia. Y tenía razón. Estaba tratándola y reprendiéndola como lo haría con su hija. Aparte de que no lo era, no se merecía ser tratada así por él. No después de todo lo que le había hecho, y ella, aunque no lo hubiera dicho en voz alta, perdonado.

—Tienes razón. —Relajó los hombros—. Tranquila, no me debes nada, Nicolle. Ni dinero ni explicaciones. Solo... me he preocupado y he actuado impulsivamente. Demasiado haces ya por mí, después de todo... —Y lo dejó ahí, en el aire. Incluso lo enorgullecía que contara con él para ayudarla a solucionar sus problemas, pero aquello no lo dijo.

—¿Se lo contarás a Silvana?

—No.

—Gracias —murmuró bajito, comprobando de reojo cómo Marc se destensaba poco a poco.

Tras un silencio de varios minutos que duró el trayecto, Ferrara detuvo el motor del coche y se mantuvo mirando al frente. De repente sonrió, negando con la cabeza. Cuando la muchacha lo miró interrogativa, este soltó una risotada incrédula.

—¿Tu padrastro? ¿En serio?

—¿Qué querías que dijera? —Ella también sonrió—. Podía contar la verdad y que te interrumpieran en mitad de la reunión, pero para arrestarte. ¿Crees que habría sido más inteligente por mi parte?

—Probablemente, sí. Te habrías deshecho de mí.

La sonrisa desapareció de los labios carnosos.

—No quiero deshacerme de ti —le confesó en un murmullo.

Él la miró con intensidad, todavía sin comprender por qué seguía allí.

Qué bonita estaba con el pelo oscuro, suelto y despeinado, sin maquillar, con la cara marcada por el cansancio y los ojos caídos por el mismo motivo.

Qué bonita le parecía cuando se enfrentaba a él o cuando le decía aquellas cosas sin pizca de inocencia, aunque su voz melódica y dulce quisieran mostrar lo contrario.

Qué bonita lucía cuando se avergonzaba y, acto seguido, él sacaba su parte más salvaje.

Tras unos segundos, se vio en la obligación de carraspear y desviar el tema, aturdido por sus pensamientos:

—Supongo que esta noche no irás a ningún sitio. —No lo suponía; lo sabía. La había escuchado hablar con Gala cuando subió a su habitación.

—No. Cenaba fuera con la abuela y Silvana, pero ya sabes...

—Podemos cenar algo en casa.

Se sorprendió por la propuesta repentina.

—¿No tienes planes?

Él negó con la cabeza, mintiendo.

Había decidido pasar la noche en el Vingt-deux. Se realizaba una gran fiesta de Réveillon[4] por todo lo alto, como en años anteriores que él había asistido tras cenar y brindar con Gala. Su hija, desde hacía unos tres años, había comenzado a asistir a pequeñas fiestas organizadas por amigos del instituto. Así que al terminar él se perdía en el *pub* de la diversión. Pero de repente no le apetecía, y tampoco tenía muchas ganas de analizar por qué en vez de estar disfrutando como un loco entre alcohol y mujeres, prefería quedarse en el salón de su casa viendo la televisión.

La respuesta no le gustaría.

—Esta noche es muy especial aquí. Podemos ir a lugares específicos donde se reúnen miles de personas para despedir el año y comenzar el nuevo. A cenar en barcos que pasean por el Sena y que terminan la noche con sofisticadas fiestas o...

—O podemos quedarnos en casa y comer algo —lo interrumpió ella, feliz por tener compañía el último día del año.

No quería reconocerse a ella misma que lo que realmente la hacía feliz era que esa compañía fuera Marc Ferrara.

Capítulo 16

—Deberías darte una ducha. Yo prepararé algo de cenar mientras tanto.

—¿Sabes hacer de comer? —bromeó ella.

Marc cerró la puerta principal tras de sí y la miró. Nicolle sonreía socarrona mientras se quitaba la mochila de la espalda.

—No es que vaya a preparar un festín digno de un chef, pero para no morirnos de hambre creo que puedo defenderme.

—Podría echarte una mano.

—De acuerdo. Primero ponte ropa seca. Yo iré a cambiarme y me pondré algo cómodo.

Ella asintió y desapareció por las escaleras. Marc negó al verla subir los escalones de dos en dos, casi corriendo, y después la siguió. Se desvió hasta su habitación y se quitó el traje. Lo colocó pulcramente estirado en una percha y lo dejó sobre el sillón de cuero negro que adornaba una esquina de su gran habitación. Cuando estuvo completamente desnudo, caminó hacia el baño y se detuvo frente al espejo.

Se observó, taciturno.

Las heridas marcaban su torso fuerte y musculado y también su rostro. El ojo, ahora menos hinchado, estaba rodeado por un surco violáceo y en la mejilla rajada se apreciaban los puntos de color blanco.

«Y me ha visto así toda la comisaría de Louis Blanc», pensó suspirando. Después, tuvo que sonreír al recordar cómo el agente le había indicado que su hijastra estaba detenida y muy asustada, que no se la veía mala chica ni tenía antecedentes, pero que no podía hacer otra cosa que llevarla a comisaría.

Su hijastra.

La simple palabra escocía.

¿Es que ella, acaso, pensaba que tenía algo más con Silvana?

¿Es que alguna vez se le había pasado por la cabeza que todo lo vivido era mentira?

Porque para él era tan real que asustaba.

Marc sabía lo que era el miedo y, sobre todo, lo que era vencerlo. Lo había asustado la vida, la muerte, la ausencia..., pero nunca le había temido a la presencia, y ahora lo hacía.

A su presencia.

Todo era más complicado desde que aquella chiquilla había aparecido en su cocina, cargada de libros y pronunciando fatal el francés. Mucho más. Pero todo era más intenso desde que se sentó al otro lado de su escritorio en busca de un trabajo.

Sin darle más vueltas, se vistió con el primer pantalón de chándal que encontró y con una camiseta de manga larga y oscura.

Cuando llegó a la cocina, Nicolle aún no estaba allí. Se sirvió una copa de vino dulce y abrió la nevera. No recordaba cómo se cocinaba. Al menos, hacía ya muchos años que no preparaba nada. Pero por algún motivo le había dicho que sí. Tal vez por no parecer un inútil al que se lo hacían todo.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta mientras observaba el contenido de la nevera

gigante de dos puertas. Estaba completamente llena y ordenada. Había verduras, huevos, yogures, y lo que le pareció carne, pero no tenía ni idea de qué hacer con todo aquello—. Ahora... llamaré por teléfono y encargaré algo de comida. —Decidido, la cerró de un movimiento.

—¿Hablas solo?

Se giró con rapidez al oír la voz de Nicolle. Estaba en el umbral de la cocina y lo observaba. No la había escuchado descender las escaleras. Se había cambiado de ropa pero no recogido el pelo. Unos *leggings* oscuros, una camiseta de manga larga de color pistacho y lo que le parecieron unas zapatillas de andar por casa con forma de botas.

—Estoy pensando en pedir algo —dijo. Ella asintió, risueña. Lo había pillado mirando la nevera sin tener ni idea de qué hacer—. ¿Qué te apetece?

—Mmm... *Pizza.*

—*¿Pizza?* —Marc arrugó el entrecejo. No era que no le gustara, sino que había pensado en cenar algo más sofisticado en un día como aquel.

—¿No te gusta? Podemos pedir otra cosa. Tengo buena boca y como de todo. —Sus inocentes palabras lo nublaron, sin evitar mirar aquella boca de la que ella hablaba. Fue inmediato imaginarla sobre su polla, moviéndose lenta y descompasadamente, con su manita rodeándola mientras él permanecía amarrado a una silla...

Carraspeó.

—Sí, sí me gusta. Solo había pensado que siendo el último día del año...

—¿Qué más da? Si te apetece, te apetece.

—Bien. ¿*Pizza* y patatas con queso cheddar? —La sonrisa de ella fue la respuesta—. Mientras, podemos tomarnos algo. ¿Un refresco? —le ofreció, y volvió a esconder la cabeza dentro de la nevera en la búsqueda de cualquier alimento para picar.

—Prefiero ese vino que tomas tú.

—¿Vino? —Se asomó para mirarla con fijeza.

—¿Qué menos para relajarme después de haber pasado la tarde en comisaría?

Se comieron una *pizza* completa a la que le habían añadido más de cinco ingredientes al gusto y fueron incapaces de terminarse las patatas con queso y beicon, a pesar de que Nicolle se moría de hambre. No había almorzado ni merendado nada, así que cenó con muchas ganas mientras hablaba y hablaba sin parar. Primero le había contado todo lo sucedido con detalle, y después se había ido sola y sin darse cuenta a una conversación sobre las costumbres de España en el día de Nochevieja.

Marc la escuchaba embelesado. Cada vez hablaba francés con más fluidez y apenas sin percatarse. De nuevo, como aquella vez que le habló de Carmona, los ojos se le llenaron de brillo y dos pequeños hoyuelos se marcaron en sus mejillas de tanto sonreír. Tuvo que reírse al escuchar lo de la ropa interior roja y la anécdota del año en el que casi se ahogó con las doce uvas que se comían para darle la bienvenida al que venía.

—Ríete, pero apuesto a que Gala te contará lo mismo cuando regrese.

Lo obligó a hablarle de curiosidades sobre su ciudad y cómo lo habían celebrado otras veces él y Gala. Sin más remedio lo hizo, divirtiéndola con las ridículas anécdotas de su hija cuando todavía era inocente y se lo creía todo.

Al terminar la comida, la llamaron. Gala había estado presente durante la charla. Por fin aceptó hacer una videollamada desde el móvil, aunque muy corta, pues faltaba poco para las esperadas uvas. La conversación duró los suficientes minutos para que les recordara que eran dos muermos allí encerrados, cenando comida rápida que ni siquiera habían preparado y sin la televisión puesta.

Ella estaba radiante. Tenía el pelo castaño pulcramente peinado por detrás de las orejas y cayendo liso en la espalda, resaltando sus grandes ojos, aquel día muy maquillados. Un vestido dorado de escote abierto y caído se ajustaba a su desarrollado cuerpo. Jan, acompañado por Collins, apareció en la pantalla y se acercó por detrás. A Gala se le borró la sonrisa de la cara, y

con evidente nerviosismo y apresurada, se despidió de ambos y cortó la comunicación.

En el salón de los Ferrara, todo se quedó en silencio cuando aquello ocurrió.

Con movimientos pausados, Marc cogió la botella de vino que estaba encima de la mesa, le sirvió un poco a Nicolle y se llenó su copa casi al completo. Le duró dos contundentes tragos.

—No pongas esa cara —le dijo Nicolle.

Él la enfocó con los ojos por encima de la copa y la descubrió con una sonrisa torcida y divertida.

—¿Qué cara?

—Esa que tienes ahora mismo. La de padre enfadado y con el orgullo herido porque su hijita se hace mayor y un chico la toca.

—Yo no tengo esa cara.

—Sí, sí que la tienes. Te molesta que tenga novio.

—No me molesta que tenga novio, sino el novio en sí. No me gusta.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Intuición.

—Ya, intuición. —Aún sonriente, alargó la mano para coger su copa y volvió a la misma postura mientras movía con lentitud el líquido violáceo. Contempló cómo el fino vidrio se coloreaba del mismo tono. Embelesada con aquello, continuó—: Tengo la sospecha de que no te gustaría ninguno para ella.

Le dio un trago pequeño al vino y lo saboreó. Ya lo había probado con anterioridad, por eso sabía que debía disfrutarlo y tragárselo.

Quizá era debido a esas copitas que ya se había tomado por lo que se sentía tan cómoda y con la lengua muy viva. Se encontraban sentados en el suelo, con el cuerpo apoyado parcialmente sobre el sofá; postura que habían adoptado para colocar el móvil en una posición imposible sobre la mesita y que la cámara los enfocara a ambos mientras hablaban con Gala. Ahora se habían mantenido así porque les era confortable. También lo era lo que sentía Nicolle en aquel momento en el que sus sentidos se habían agudizado, al contrario de lo que decía la gente cuando bebía de más.

Fuera llovía. No un aguacero, sino ese tipo de lluvia en calma que gotea rítmicamente sobre una superficie, haciéndose notar. La televisión estaba apagada y solo se oían el exterior y las respiraciones de las dos personas que habitaban la enorme casa. Nicolle disfrutaba de esa melodía como si no tuviera delante a Marc. Sí sabía que estaba allí, pero no le daba la sensación de ser el hombre de tiempo atrás. Nada de trajes, de bufidos, de encontronazos. Nada de dobles intenciones ni de tratarla como a una niña. Solo dos amigos que hablaban de manera informal. Sin odio, sin reproches mentales por todo lo que había sucedido, sin diferencia de edad. Nada.

Se sentía mujer.

Notaba cómo poco a poco sus mejillas se encendían debido al confortable calorcillo que el alcohol estaba regalándole. Agradeció que la noche le diera una tregua para disfrutar.

—Jan es un buen chico. Le gusta mucho a Gala y ella le gusta él —continuó ante el mutismo y la mala cara de Marc—. Y estoy segura de que se sentiría muy feliz si le dieras tu aprobación.

—¿Crees que Gala necesita mi beneplácito para hacer algo?

—No. —Rio—. Pero que no lo necesite no significa que no lo aprecie. Eres la persona más importante para ella, y saber que te hace feliz lo que la hace feliz...

—Es que no me hace feliz que esté con ese tipo. Ya te he dicho que no me gusta. Cuando llegue, hablaremos y le preguntaré sobre él.

Nicolle torció el gesto y soltó la copa sobre la mesa.

—¿Crees que si tiene algún defecto te lo contará a ti? Además, ya es mayorcita. Dentro de poco, incluso mayor de edad. No creo que venga a darte cuenta de lo que hace o no. Y es muy hipócrita por tu parte. ¿Acaso tú le das explicaciones de las mujeres con las que te acuestas? Porque no tendríais tiempo de ver la tele. —Marc entrecerró los ojos ante ese comentario y ella rio, sobrepasada y suelta—. Lo siento, lo siento —se disculpó riendo—. No pongas esa cara, no quería decir eso. A ver, sí que quería decirlo, pero no que sonara a reproche.

—No creo que debiera darle a mi hija explicaciones sobre mi vida sexual mientras no sea amorosa ni una mujer entre en esta casa. En caso de que alguna lo hiciera, que no ocurrirá, entonces puede que lo haga. Y siempre que lo considere oportuno. —Nicolle lo miró con estupefacción y socarronería. No sabía si le molestaba o le impresionaba la seguridad en sus palabras—. ¿Acaso tu madre te las da a ti?

—Ahora sí —dijo ella sin pensar, y Marc la miró muy serio.

Ni él había preguntado con intención ni ella sacado el tema con ningún propósito. Pero estaba ahí, en la cabeza de ambos y en el aire.

«Ahora sí», había dicho, pero las palabras exactas habrían sido: «Ahora que la he pillado en la cama con un hombre, sí».

La imagen de Silvana y él en la misma cama compartiendo sus cuerpos la hizo cerrar los ojos y, al abrirlos, desviar la mirada hacia otro lado que no fuera al causante del dolor que tenía de repente en el pecho. Recuperó su copa y le dio otro sorbo. Sin saborearlo, sin mantenerlo en el paladar. De un tirón, el sabor dulzón entró en su garganta. Para su desgracia, no llegó al nudo del estómago.

Seguía lloviendo, ahora con más fuerza. Dentro de la casa y dentro de Nicolle.

No podía más. Tenía que hacerlo. Tenía que preguntárselo. Se había prometido que no lo haría, pero ansiaba escuchar la verdadera explicación y dejar de imaginársela por sí misma.

Suspiró con fuerza, se mojó los labios en un vano intento por ganar unos segundos y lo miró. Él, como siempre, estaba clavado en sus ojos cristalinos.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó con toda la entereza que le fue posible. Después recordó aquella conversación en la que Marc le dijo que si quería que la tratara como una adulta, tenía que hablar como tal—. ¿Por qué te follaste a mi madre?

Sus palabras se hincaron en Marc como puñaladas, y fueron certeras.

—Nicolle...

No pudo dejarlo terminar:

—¿Es que no había más mujeres en el mundo? ¿Más días? —De nuevo, la espalda musculada de Marc detrás del menudo cuerpo de Silvana se movió en sus pensamientos, dando estocadas secas y duras. Y los gemidos. También escuchó los gemidos. Y los jadeos. Apretó los labios, aguantando las ganas de llorar—. Después de todo lo que ocurrió, de semanas sin hablarnos, viniste a mi audición. ¿Por qué?

—¿De verdad quieres hablar de esto ahora? —pronunció Marc sin inmutarse.

—Lo necesito.

El hombre se sirvió otra copa. Cuando le ofreció a Nicolle, ella negó con la cabeza. No podía seguir bebiendo, o no sería dueña de sus actos. Bastante descolocada se sentía ya.

—Fui por ti. —Terminó de servirse el vino y la miró mientras soltaba con sequedad la botella —. Fui a ver cómo brillabas sin necesidad de bailarines, sin estar yo al piano y sin todas esas cosas que querías hacer para la función. Fui a comprobar cuánto te había defraudado al romper mi promesa. Y al final solo comprobé que, después de haberla cagado mucho, tú seguías allí, destacando entre todo el mundo, sin necesidad de extras que te acompañaran. No eras la hija de Silvana Harman, Nicolle. Eras tú, y eras maravillosa. —Ella tragó saliva al escucharlo y, ahora sí, los ojos se le humedecieron. No entendía nada—. Demasiado maravillosa para que yo nublara todo eso. ¿Lo comprendes?

Negó repetidas veces, sin energía.

—No.

—Terminó la función y alzaste la mano hacia mí. Escuché, sin necesidad de sonido, lo que pronunciaste.

—Mi maldita droga dura —dijeron los dos muy bajito, al unísono, recordando el momento en el que el telón estuvo a punto de cerrarse.

Él asintió.

—Estabas enamorada de mí. —La afirmación la azoró. Todo lo luchado por evitar que se percatara había sido en vano—. Lo vi ese día en tus ojos. Daba igual cuánto la cagara contigo, todo el mal que te hiciera, que seguiría siendo ese foco de atención al que solo puedes mirar. Yo

una vez sentí eso.

—¿Francesca?

Afirmó con un gesto.

—Se fue porque no podía darme lo que al parecer yo esperaba de ella.

Nicolle entendió a la perfección que la historia se repetía, pero al contrario.

—Y se supone que tú no podías darme lo que yo esperaba de ti. —Ferrara se mantuvo en silencio, confirmando sin palabras—. ¿Cómo lo sabes? ¿Me preguntaste?

—No hacía falta. Tú buscas amor, Nicolle, y yo lo evito. Aunque no fuera así y quisiera exactamente lo mismo que tú, soy demasiado opaco para tanta luz.

—¿Y qué tiene que ver eso con Silvana?

—Si solo te hubiera explicado esto, no lo habrías entendido. O sí, pero habrías vuelto. Lo sé porque yo lo habría hecho en caso de que Francesca hubiera regresado.

Le dolió la afirmación. Hablaba de esa mujer como si todavía estuviera presente en su vida. Quizá ahora sí lo estaba, después de la nota.

—Sigo sin comprender por qué Silvana.

—Porque era lo más dañino que podía hacerte para que te alejaras de mí. Yo no fui capaz de hacerlo por mí mismo.

Comprobó cómo los pómulos de Nicolle se sonrojaron más de lo que ya lo habían hecho con el vino, cómo los enormes ojos parecían ahora más grandes y azules debido al brillo que habían causado sus palabras, y sus labios entreabiertos, a punto de decir algo.

—No tiene sentido que el mismo día que lo hiciste le ofrecieras a Silvana venirnos a vivir aquí. No si me querías lejos de ti.

Marc suspiró. No sabía si debía soltarlo todo, quedárselo para él o simplemente levantarse del suelo y marcharse a su habitación. Y como era conocedor de que ninguna opción era válida, al menos no satisfactoria, decidió hacer lo que le apetecía de verdad.

—¿Recuerdas el día que te hablé de la droga? —Ella asintió—. Cuando al fin reconoces que eres adicto, que estás completamente enganchado, quieres apartar esa droga de tu vida a toda costa. Sin embargo, la dejas cerca. La guardas en algún rincón de la casa. Sabes que no vas a tocarla, o eso es lo que te repites. Pero está ahí, por si un día recaes. Eso solo significa una cosa, Nicolle. En realidad, no quieres dejar la droga, solo te has convencido de que es lo mejor para ti y te esfuerzas en llevarlo a cabo. —No pudo contestarle. El nudo en su estómago había subido hasta su garganta y se sentía incluso mareada—. Necesito saber por qué no me odias —continuó Marc—. Deberías hacerlo.

Unas lágrimas rebeldes salieron silenciosas de los ojos de la muchacha, se deslizaron por sus mejillas y el mentón y aterrizaron en su pecho. Los ojos del color del café recorrieron el itinerario aguantando las insoportables ganas de borrarlas con sus dedos. O con sus labios. Con suspiros, si era necesario, pero no soportaba verla sufrir más.

Él era el miserable que provocaba ese dolor.

A su vez, la única persona capaz de calmarlo.

«Debes calmarlo», se dijo. Pero ¿qué vendría después? Más dolor. Solo dolor. Porque no sabía entregarle nada más. Porque no poseía otra cosa en su interior.

—Dime, *sucré*, ¿por qué no me odias?

Otra lágrima cayó. Esta vez aterrizó en los voluminosos labios, y los humedeció. Ella negó, llorando en silencio y sin dejar de mirarlo.

—No puedo —le confesó—. Lo intento, pero no puedo. Te prometo que quiero hacerlo, que te imagino con Silvana para dañarme a mí misma, como haces tú, y sentirme mal. Pero no puedo evitar seguir queriéndote.

Todo fue silencio tras la confesión. Todo menos la lluvia, que continuaba cayendo en el exterior y que resbalaba por unas mejillas rojizas.

Todo menos las respiraciones agitadas.

Todo fueron miradas.

El cristal y el café se unieron en un momento eterno.

Y Marc no pudo contener las ganas de apaciguar ese tormento. No solo el de la muchacha que

tenía delante; también el propio que acababa de experimentar, después de mucho tiempo.

Se inclinó y alargó la mano libre para sumergirla en la espesura negra que tenía por cabello. Disfrutó de la sedosidad entre sus dedos mientras lo colocaba detrás de la pequeña nuca y sujetaba con una delicadeza pasmosa a la joven, como si fuera de cristal. Se acercó a ella y dejó unos centímetros entre sus labios. Los centímetros del infierno que lo llevaban directo al cielo.

La miró con más fijeza que nunca.

La miró con el alma, dejándola expuesta para que ella viera lo poco o mucho que había dentro.

—No puedes decirme eso. —La voz de Marc sonó ronca, atormentada, y lo hizo casi rozando los labios de Nicolle.

—Es la verdad —susurró ella en el mismo tono y sin moverse—, no puedo decirte otra cosa. Dime algo tú. ¿Sigo siendo tu droga?

El padre de su amiga suspiró, se pegó un poco más, solo un poco, y rozó la esponja que tenía por boca. Gimió bajito al controlarse en devorarla. Apoyó la frente sobre la suya y movió la cabeza muy muy despacio, dejando que sus mejillas se encontraran. Ella cerró los ojos ante aquel contacto dulce y permitió que las lágrimas siguieran su curso en silencio mientras Ferrara las limpiaba con su piel.

Tras unos segundos, él detuvo el roce tan íntimo y se mantuvo apoyado en su frente, contemplándola. No podía responder; no a aquello, o todo lo luchado habría sido en vano. Le acarició la mejilla con los dedos y recogió el daño transparente que no cesaba, provocando que abriera los ojos de nuevo.

Lo vio claro, tan claro como los dos iris que esperaban impacientes una respuesta. Vio a la chica de diecisiete años. A la amiga de su hija. A la inocencia y la bondad camufladas bajo unas curvas de mujer. Vio el pecado. Y, sobre todo, se vio a él mismo, a su monstruo oscuro.

Suspiró de nuevo, esta vez con más pesar. Y sin besarla, sin caer en la tentación de la provocación que le causaba sin ella proponérselo, habló bajito, casi en un susurro ahogado:

—Por favor, Nicolle. Necesito que me odies.

—Por favor, Marc... Necesito que me quieras.

Capítulo 17

Sus labios se rozaron, gritando en silencio por entrar en contacto completamente. Pero como si la vida estuviera esperando ese momento para jugarles una mala pasada, o como si algo inexplicable no estuviera de acuerdo con aquel acercamiento, la copa de Marc se cayó de su mano, golpeó en el suelo y se hizo añicos. Nicolle se apartó sobresaltada, con las manos en alto. El contenido casi al completo había caído sobre ella y los cristales saltado a sus piernas. Fue como ese jarro de agua fría que consigue despertarte del letargo. Ella había despertado del suyo, y como impelida por un resorte se puso de pie.

—¿Estás bien? —le preguntó alarmado, temiendo que se hubiera cortado.

—Sí... sí —le respondió ella aturdida—. Le daré con un poco de agua a esto para que no se quede la mancha. —Se señaló la camiseta verde pistacho manchada de vino y sin más salió casi corriendo del salón. Huyendo, más bien.

Con la misma velocidad subió las escaleras, casi a galope, mientras se reprendía por lo que había dicho antes.

¿Por qué había salido aquello de su boca?

«¿Necesito que me quieras?».

No, no necesitaba que la quisiera; necesitaba olvidarlo por completo.

Lo mejor era reconocerse a sí misma de una vez lo que había hecho minutos antes delante de él: que lo quería, que lo amaba. No podía odiarlo porque los sentimientos son como las etapas de la vida: no puedes empezar con una sin haber cerrado la anterior. Y estaba dispuesta a cerrarla, lo había estado desde el momento en el que se los encontró juntos. Pero, ahora..., ¿qué le ocurría? ¿Por qué aquella confesión le parecía tan real? ¿Por qué sus palabras la afectaban tanto?

Entró con rapidez en el baño principal y se desprendió de la camiseta para meterla debajo del grifo y frotarla con las manos, solo con un poco de gel. Eso bastaría. Una vez terminada la tarea, se contempló en el espejo un segundo. A simple vista no se apreciaba el leve mareo que sentía por dentro y se alivió sutilmente. No quería que él notara que lo que había dicho, en parte, había sido cortesía del vino.

Obvió el rostro pálido que le devolvía el espejo y se desnudó. Cuando había llegado de la comisaría no se había duchado, pero ahora era el momento. Eso apaciguaría su malestar físico y, esperaba, el emocional.

El agua estaba caliente y era reconfortante. Cerró los ojos un instante para sentirla caer sobre ella y disfrutar de su calma. Una calma interrumpida por el sonido seco de la puerta al abrirse de golpe. Se giró con premura, asustada, y tras la mampara de cristal impoluto lo vio a la perfección.

Marc la miraba. Era tal la rapidez con la que había aparecido que no había ni un poco de vapor que cubriera la completa desnudez de Nicolle. No había absolutamente nada que no le permitiera deleitarse con aquellos pechos pequeños y muy firmes, de pezones rosados, deseables y erectos, debido al caer del agua sobre ellos; con su cuerpo perfecto, compuesto por curvas que deseaba acariciar, y con ese triángulo depilado y apetitoso que recordaba a la perfección. No lo había olvidado porque no se permitía hacerlo. A su cabeza llegaba una y otra vez la imagen de los

muslos bien formados que lo protegían. Y, después, la de ella sobre el escritorio de su despacho, abriendo las piernas y dejando que lo hicieran también los labios rosados, mostrando un corazón que se moría por probar. Así lo hacía una y otra vez en su mente. En su fantasía no estaba atado, como ocurrió en la realidad, y tenía la libertad absoluta para acercarse con lentitud, agacharse y lamer aquel manjar de los dioses.

Alzó la mirada de manera muy lenta hacia arriba, repasando la maravilla que había observado, pero al contrario. Subió por sus piernas, por su coñito y su abdomen hasta llegar a los pechos, ahora aún más tiesos. Para terminar, el cuello y la cara. Había vuelto el color a ella. Estaba tan sonrojada, tan encendida, que la imagen le pareció lo más adorable que había visto en toda su vida.

Nicolle no reparó tanto en la manera de escudriñarla porque todavía estaba asimilando la irrupción en el baño. Solo lo contemplaba. Parado en el umbral de la puerta, vestido de manera informal y con la respiración acelerada; no supo si por la subida de las escaleras o por estar allí, en la misma estancia, con ella desnuda. Porque estaba completamente desnuda, y recordarlo la ruborizó aún más, como si fuera la primera vez que la veía. Pero no le dio tiempo a nada. Ni a cubrirse, darse la vuelta o pedir alguna explicación.

—No eres mi droga. Ya no —le dijo de repente, mirándola a los ojos—. Eres algo mucho peor que eso, Nicolle. Te has convertido en mi maldita adicción. Eres la tentación más grande a la que me he enfrentado nunca. ¿Y sabes lo que hago yo con la tentación? —Ella negó con lentitud, sin ser capaz de pronunciar una palabra—. Caigo en ella. Siempre. Me la como.

Cruzó el enorme baño en un par de zancadas y se metió en la ducha sin importarle nada en absoluto. Nada. Estaba dispuesto a comerse aquella tentación de ojos turquesas. De hecho, iba a hacerlo.

Se abalanzó sobre ella sin percatarse siquiera de que el agua le caía encima. Se acercó de un solo movimiento, la sujetó por la cintura y la subió a horcajadas. El agua los empapó. En un acto reflejo, Nicolle enroscó las piernas alrededor de él a la vez que sentía unas manos fuertes que se aferraban a su trasero desnudo.

Marc la apoyó sobre el cristal de la mampara mientras atrapaba su boca con ferocidad y se perdía en los esponjosos labios que tanto había deseado. La textura húmeda y suave de la lengua que buscó con impaciencia a la suya lo volvió loco. Al igual que las manos que se aferraban a su pelo y lo tocaban con pasión mientras se pegaba más a él, buscando más contacto, aunque no fuera posible estar más pegados, más unidos.

Aquella era su niña convertida en mujer. Aquella era la esencia de la dulce morena que se transformaba al tenerlo cerca.

—Estás loco —susurró entre sus labios, comprobando que se había calado en segundos—. Te has empapado.

—Lo estoy, lo estoy —respondió ido, besando sus labios de manera intermitente, aunque ahora ella no estuviera moviéndolos.

La buscaba.

La lamía.

La mordisqueaba.

Jadeando. Perdido.

Buscó su cuello y lo devoró con ansia y delicadeza a la vez, controlando el impulso de morder con fuerza, de fusionarse con ella. Sabía que en cualquier otro caso no habría aplacado a la bestia que suplicaba por salir, sobre todo porque el entorno de mujeres en el que se movía lo deseaban tanto o más que él. Pero no hablaba de ellas, sino de Nicolle.

Sacó la lengua y la deslizó hasta la clavícula, erizando la piel de la joven, quien echó la cabeza hacia atrás, y la apoyó en la mampara. Dejó que el agua continuara empapándolos mientras sentía la boca de Marc sobre ella.

—Mi maldita adicción —repitió.

Cuando el hombre subió y capturó su boca de nuevo, gimió sobre sus labios. Nicolle sabía que eso no estaba bien, nada bien. Ahora menos que nunca. Pero no podía evitar que todos los poros de su piel se despertaran. No podía controlar la calentura que sentía. El nudo en el pecho y en el

estómago. Esas punzadas ardientes y atrevidas que palpitaban dentro de su sexo y lo contraían involuntariamente. No podía evitar desearlo con todas sus fuerzas. Porque lo deseaba, lo imaginaba, lo recordaba. Se tocaba una y otra vez, pensando que era él quien lo hacía mientras le decía al oído lo mucho que le gustaba verla disfrutar. Y sí, debería odiarlo. Y no, no debería necesitarlo de aquella forma. Pero lo hacía. Era una realidad.

Todos sus pensamientos se esfumaron cuando Marc, ajeno al enfrentamiento consigo misma, separó la cadera unos centímetros, muy pocos, los suficientes para observar el sexo abierto de Nicolle. Como estaba apoyada y apresada entre su cuerpo, pudo sujetarla con una sola mano y dejar la otra libre. La bajó hasta llegar a su coñito y pasó un dedo por la abertura como quien toca a la más delicada de las rosas. El recorrido fue exactamente el mismo con los ojos. No podía perderse la imagen de su cuerpo empapado por fuera mientras él la empapaba por dentro. Los pliegues separándose y dejándole paso. Se imaginó que era su polla la que entraba, despacio, abriéndose camino. La que se incrustaba hasta el fondo y conseguía que Nicolle arqueara la espalda y disfrutara como hasta entonces no había disfrutado.

Con aquel pensamiento, una idea turbó su mente. Alzó la vista y se clavó en los ojos brillantes de Nicolle, que hasta ese momento también miraban hacia abajo a la espera del siguiente movimiento.

—¿Te ha follado?

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó ella, fuera de juego.

—El mago. ¿Te ha tocado?

—Claro que no.

El pecho de Marc volvió a la normalidad; todo lo normal que podía mantenerse en ese momento, y capturó la boca de Nicolle con premura.

—Pero me ha besado —soltó ella, sin saber por qué, aprovechando una pausa de aquel beso—. Hoy.

Tuvo la necesidad imperiosa de contarlo, como si hacerlo hubiera estado mal. Como si lo hubiera traicionado, a pesar de que él no era nada suyo y se pasaba la vida de un lado a otro, acostándose con toda mujer que se le cruzara.

Ferrara alejó el rostro de nuevo, sin soltar su cuerpo.

—¿Te ha gustado? —La miró con severidad—. ¿Te gusta él?

Por algún motivo, no le respondió. Eric no era él, claro que no, pero no podía negar que sí le había gustado, que algo se había removido en su interior con aquel regalo con derecho a devolución.

—¿Te gustan las mujeres con las que te acuestas? —Los ojos del hombre se tornaron oscuros ante la pregunta que lo había pillado desprevenido—. Responde. —Y de manera más que voluntaria, Nicolle movió su cintura y se restregó sobre su dureza marcada en el pantalón de chándal mojado.

Él gimió al sentir la provocación.

—*Sucré*, no juegues conmigo...

—Responde.

—Sí, me gustan —admitió, y cerró los ojos un instante al sentir aquel movimiento volviéndose más enérgico, consiguiendo que su polla palpitara con furia—. Pero ninguna de ellas eres tú. Ninguna me hace sentir lo mismo que tú.

—Pues supongo que mi respuesta es la misma.

—¿Supones? —Marc abrió los ojos y la bajó con lentitud de su cintura.

Se quedó apoyada en el cristal, con los pies en el suelo, en todos los sentidos. Lo observó con preocupación. De repente sentía frío. Y el agua caer sobre ella. Y la vergüenza de la desnudez. Quizá había metido la pata al decir aquello y había cortado la intimidad del momento. Ahora él se marcharía, y pensarlo le produjo desazón en el pecho.

Lejos de irse, Marc se mantuvo frente a ella y la miró de esa manera que la ponía nerviosa: sin apartar los ojos ni un solo instante y queriendo ver lo que tenía dentro, lo que pensaba y sentía.

—¿Sabes qué es Eric? Un niño. Y los niños hacen niñerías. ¿Sabes qué soy yo, Nicolle? Un hombre. Tú necesitas un hombre. Experiencia. De lo contrario, jamás saciarás esa sed que te

ahoga. Te lo he dicho, eres como yo. Lo veo en tus ojos, en tus provocaciones. —Posó las manos en su abdomen y se agachó poco a poco ante la mirada atenta de la muchacha, que contemplaba impresionada a aquel hombre fuerte y grande que empapado se arrodilló y acarició su cuerpo conforme descendía—. ¿Y sabes qué voy a hacer con esta lengua? —Ella negó desde arriba, sin perder el contacto visual—. Follarte este coñito que me vuelve loco. Probarlo al fin. Solo mío. Ni Eric, ni Celine. Solo mío.

Con el dedo corazón tocó su rajita y se lo llevó a la boca, cerrando los ojos para deleitarse mientras lo chupaba. Justo después, se acercó con lentitud y sacó la lengua. El movimiento fue tan pausado que Nicolle, quien deseaba que lo hiciera, pensó que nunca llegaría a posarse sobre ella. Pero se posó. Claro que se posó. La humedad de la lengua masculina impregnó en segundos su sexo. Ya estaba húmedo por el agua que caía, pero nada tenía que ver una cosa con la otra. Para diferenciarlo completamente, cerró el grifo y el chorro dejó de empaparlos. Quería ver a la perfección el rostro de Marc mientras la saboreaba con auténtico deleite.

Así fue. Deleite puro.

Como quien prueba un manjar por primera vez.

Atrapó su botoncito con los labios y succionó con maestría, consiguiendo que gimiera. Pero era el principio, solo el principio. Él era un maestro y ella una alumna con ansias de aprendizaje. Así que le dio clases de placer.

Primero jugueteó con la lengua por los alrededores: labios, ingle y su cerrado agujerito. Pequeños juegos orales que proporcionaban gusto, pero no era nada comparado con el epicentro del gozo. Hasta que no saboreó cada rincón de aquel sexo y restregó hasta sentir sus fluidos empaparle la cara y la boca, hasta que el placer no goteó en forma de humedad por su mentón, no se dirigió a dicho epicentro. Acercó su cara todo lo que le fue posible y se enterró entre las piernas de Nicolle para mover la lengua con bravura sobre el clítoris. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Con rapidez. Mucha rapidez. Arriba, abajo. Siempre el mismo movimiento. Ella soltó un grito que a Marc le supo a gloria. Una exclamación de sorpresa que fue acompañada por sus manos firmes aferrándose a su pelo oscuro.

—Oh, por Dios, Marc —mencionó entre jadeos.

Él continuó y continuó, hasta que las piernas de su pequeña comenzaron a temblar. Notó cómo se apoyaba más sobre la mampara, intentando sostenerse. No se caería, la tenía bien sujeta por el trasero, pero le encantaba que tuviera la sensación de que así sería.

—Marc... —Su nombre en la boca de aquella dulzura resonó en el baño.

Nicolle gimió más.

Tembló más.

Se aferró con más fuerza.

Y él se apartó, dejándola desolada.

Con la boca abierta y jadeante miró hacia abajo, sin saber qué había ocurrido para que la invasión de placer desapareciera de manera fulminante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Que acababa de demostrarle lo que era el control. Que sabía a la perfección cuál era el momento exacto del éxtasis. Pero no se lo dijo.

—Que no he permitido que te corras.

—¿Por qué?

Se levantó, quedando muy por encima de su altura. Después pegó su boca a la de ella y la acercó para compartir el manjar de su sabor.

—Porque quiero que lo necesites como yo te necesito a ti. Quiero que me lo pidas. —La besó despacio y ella pudo saborear lo que él le ofrecía—. Pídemelo y yo te lo daré toda la noche, mi amor. —Le apartó el pelo negro y mojado de la cara, queriendo ver cada perfecto rasgo que la componía—. Toda la noche...

—Haz que me corra —le exigió. Lo hizo con tanta determinación que Marc pensó que se desharía delante de ella y se convertiría en polvo—. Por favor.

—¿Piensas en mí cuando lo haces sola? —le preguntó, y lamió sus labios sellados de abajo arriba. Sabía de sobra la respuesta, pero le encantaba escucharlo. Nicolle asintió sin hacerse de

rogar—. Yo siempre pienso en ti. Me pajeo como un chiquillo pensando en ti, en todo lo que te haría.

—¿Y qué me harías? —Cuando él se dispuso a negar, lo interrumpió—: Ya me has negado esta respuesta. Siempre dices que es demasiado para mí, pero no lo sabes.

Suspiró.

—Te follaría de tantas maneras y durante tanto tiempo que no podrías soportarlo, Nicolle. Me encantaría que fueras mía, solo mía. Y quiero mirarte a los ojos mientras lo hago. Ver esa carita cubierta de gozo mientras gritas mi nombre. Que se te salten las lágrimas del gusto que solo yo puedo darte mientras me clavo en ti. —Ensimismado en el movimiento, deslizó el dedo índice por el labio inferior hasta que se escapó de su contacto de manera suave, volviendo a unirse con el superior. Sin parar de contemplar el volumen de las esponjas, añadió—: No se me pasan.

—¿El qué?

—Las ganas de ti. De esta boca que tienes. Creía que probarte acabaría con todo, pero cada vez es peor.

—No quiero que se te pasen.

El tono de voz de Marc cambió, siendo más profundo esta vez cuando le preguntó con intención:

—¿Y qué es lo que quieres?

—Correrme.

Los ojos oscuros brillaron, extasiados.

—Tus deseos son órdenes para mí, caramelo.

Bajó, esta vez sin preámbulos, y fue directo al foco del placer. Directo a su clítoris, al que martirizó de la misma manera rápida y eficiente, consiguiendo que la muchacha gimiera y perdiera el equilibrio de nuevo. Las piernas le temblaron, evidenciando el placer, y Marc tuvo que sujetarle la cintura con fuerza cuando comenzó a retorcerse entre sus manos y bajo su lengua. Miró hacia arriba para disfrutar con plenitud del rostro que, ajeno al escudriño, se contrariaba.

—Marc...

Él no despegó su boca para pedirle que se corriera. Solo hincó con más fuerza los dedos en sus cachas y le proporcionó un fuerte azote a una de ellas mientras se deshacía en pedazos.

Sujeta a su hombro con una mano y a su cabeza con la otra, gimió muy fuerte mientras lo apretaba contra sí para incrementar el placer. Después, en unos segundos, sintió la maravillosa y efímera sensación que proporciona una montaña rusa mientras subes y caes en picado: veloz, fantástica, intensa y demasiado corta.

Laxa, se mantuvo allí, apoyada, hasta que Marc se levantó y sonrió en su boca, la besó castamente y le apartó los mechones húmedos y negros que se pegaban a su rostro claro.

—Ahora me toca a mí —susurró ahogada, sujetando el filo inferior de la camiseta y subiéndolo. Marc alzó los brazos y se dejó hacer, sorprendido por la determinación con la que le desabrochó el cordón del chándal, metió los dedos en la cinturilla y le bajó los pantalones a la vez que se arrodillaba—. Quiero darte placer.

—No, todavía no. —La asió de los brazos e hizo que subiera de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me regales de nuevo el ver cómo te corres. —Lo había deseado y ansiado tanto... Se agachó a por la ropa mojada y salió de la ducha con ella. Nicolle se mantuvo quieta y dentro, a la espera de la siguiente petición—. Tócate.

—¿Yo? —Se ruborizó de repente. Él asintió—. ¿Sola?

Volvió a asentir.

—No creo que necesites ayuda cuando yo no estoy. —Una sonrisa ladeada afloró en su rostro. A la muchacha se le encendieron más las mejillas y tembló levemente. Marc adoraba esos nervios.

—Pero...

—Tócate para mí, *bonbon sucré*. Yo lo haré para ti.

Marc se mantuvo al otro lado de la mampara, sin importarle que todo bajo sus pies se mojara.

Estaba desnudo y duro, muy duro. Llevó una mano hasta aquella dureza y la tocó con suavidad ante los ojos maravillados de Nicolle, que observaban el vaivén lento y rítmico de su mano grande, fuerte y masculina. En un momento dado, Marc deslizó hacia atrás toda su piel, dejando ver un glande brillante, rosado y deseoso, y a la vez gruñó, echando la cabeza hacia atrás y señalándose en su garganta una masculina nuez. Nicolle no supo hasta entonces lo que le gustaba ver a un hombre masturbándose. ¿Por qué le palpitaba el sexo de esa manera solo con observar? ¿Cómo era posible que se paseara por su cabeza la idea de gatear hasta salir de la ducha y meterse en la boca aquel apetitoso falo hasta volver loco al hombre con su lengua? Se contuvo, porque prefería deleitarse con la escena. Y qué grandiosa escena. Al menos, con Marc Ferrara: con su cuerpo gigante y fuerte, con los brazos musculados que se contraían al sentir placer, marcándose más, y con su desnudez. Aquella desnudez era digna de contemplar. Y eso hizo ella a la vez que, de manera inconsciente, llevaba una mano hasta su sexo y lo tocaba con delicadeza. Se mordió el labio inferior ante el contacto y Marc quiso acortar la distancia y ser él quien lo hiciera. Pero era conocedor del morbo que experimentarían ambos estando cerca y lejos a la vez. Juntos pero separados. Dándose placer uno al otro pero siendo uno mismo quien tocaba.

Y también sabía qué era lo que tenía que hacer para llevarla a lo más alto: hablarle. Contarle lo que le gustaba, reconocer en voz alta todo lo que le haría. Nicolle se ruborizaría, pero al mismo tiempo le encantaría escucharlo.

—Tócate, pequeña, tócate —le pidió, dándole indicaciones. Primero, los pechos. Suave, sin prisa, solo roces. Ella obedeció. Después le exigió subir la intensidad. Él también lo hizo. Lo narró y lo llevó a la práctica. No podía hacer otra cosa viendo la manera en la que la muchacha disfrutaba. Contemplando su cara, sus gestos. Eran su boca apretada, sus cejas unidas, la respiración agitada y el temblor del cuerpo—. Dime, mi amor, ¿qué haces conmigo en tus pensamientos?

Pero Nicolle no habló; no era capaz. No podía decirle que se perdía imaginándolo entre sus piernas o debajo de ella. Se moriría de vergüenza si le confesaba que imaginaba una y otra vez aquella ocasión, en el cuarto de juegos, cuando la subió a horcajadas y mientras se frotaba con su miembro él le contaba muchas de las cosas que había visto o experimentado. Esa mujer que se corrió viendo cómo otro hombre se la chupaba a su marido, por ejemplo. Quizá para él la conversación de ese día había sido una más, había caído en el olvido porque estaba acostumbrado al tipo de situaciones narradas. Pero no para ella, a la que todavía le quedaba tanto por descubrir.

Cerró los ojos al pensarlo y se imaginó la escena otra vez. Fueron segundos los que tardó en correrse. Las piernas le flaquearon y presionó con más vigor su pezón izquierdo. Los dedos de los pies se le encogieron y sus fuerzas menguaron, haciéndola caer poco a poco hasta quedar de rodillas, exhausta y mojada, en todos los sentidos.

Y Marc grabó a fuego en sus retinas aquella imagen con los ojos bien abiertos. Con la polla bien sujeta, masturbándose con fiereza. Se acercó para llamar la atención de Nicolle, sin parar de mover la mano, a punto de correrse.

Jadeante, con la respiración entrecortada y la boca abierta, ella alzó la mirada y vio al hombre cerca. Solo los separaba un cristal. Cuando sus pestañas largas se alzaron y el azul de sus ojos se clavó en él, Ferrara no pudo más y se corrió. Se corrió bestialmente, provocándole aquel tipo de placer que solo se produce cuando el morbo está en su nivel máximo, y descargó, con intención, sobre la mampara.

Nicolle, al otro lado del cristal, observaba embelesada cómo ocurría. Cómo los chorros iban a parar allí.

Marc decidió ir un poco más allá, comprobar los límites de la niña. Le pidió con un gesto lento de su mano que se acercara y con un dedo señaló la esencia que acababa de impregnarlo todo. La miró a los ojos y asintió, dejando claro lo que quería. Ella, todavía de rodillas, se echó un poco hacia adelante. Sin perder el contacto visual, sacó la lengua y lamió el cristal desde el otro lado, simulando que limpiaba su semen.

La imagen lo cegó, lo volvió loco, lo hizo gruñir y ponerse tremendamente duro otra vez.

Cerró los ojos un segundo mientras algo martilleaba en su cabeza: aquel bombón llegaría a

cualquier lugar si era con él.

Capítulo 18

Se metió en la ducha con ella y la ayudó a levantarse.

Mientras aceptaba su mano y se incorporaba, Nicolle temió por lo que vendría ahora. Aquel siempre era el momento determinante, justo después del encuentro sexual que hubieran tenido. Por norma general, el hombre que acababa de demostrar debilidad por ella se convertía en Marc Ferrara, el maduro. El de traje, corbata y responsabilidades. Lo esperaba. Esperaba que le dijera que era hora de irse cada uno a su habitación, que eso no estaba bien, que tenía que odiarlo, como le había pedido hacía apenas media hora, o que era sexo y nada más. Que no significaba nada para él. Pero todo aquello que estaba dañándola antes de ocurrir no llegó.

—¿Una ducha? —le preguntó Ferrara.

Ella asintió, muda, y se giró para abrir el grifo de nuevo.

¿Iba a ducharse con ella?

Un beso en su hombro la sobresaltó. Después, las manos grandes en su cintura.

—¿Qué ocurre? —Marc había notado la tensión en los hombros de la muchacha. La besó de nuevo, esta vez más cerca del cuello.

—¿Vas a ducharte conmigo? —quiso saber, sin girarse.

—Voy a pasar toda la noche contigo, Nicolle.

Se acercó más y el agua cayó sobre ellos. Abrazados, con el duro pecho de él pegado a la espalda suave de ella, Marc enterró la nariz en el cabello mojado y aspiró su olor mientras disfrutaba de su tacto, moviendo las manos de arriba abajo por su contorno. Alargó el brazo y se hizo con un champú de la lujosa estantería con forma de rincón en la que se encontraban todos los productos de higiene, y se lo enseñó desde atrás.

—¿Este es el tuyo?

—Sí.

—¿Con olor a manzana?

No podía verlo, pero en su tono de voz notó que sonreía.

—Sí.

Marc sabía de sobra que era aquel porque siempre que tenía oportunidad se impregnaba de su fragancia.

Vertió un poco en su mano, lo compartió con la otra y lo extendió por la cabeza de Nicolle, dispuesto a lavarle el pelo. Ella se dejó hacer, gustosa, impresionada y nerviosa por aquella intimidad. Introdujo las yemas de los dedos y masajeó con calma, provocándole placer. Cerró los ojos y disfrutó de su contacto, del ambiente cargado de olor a manzana y del bienestar que se respiraba. Cuando terminó con la labor, lo aclaró con agua caliente.

—¿Puedo hacer lo mismo con tu cuerpo? —le preguntó al oído. Nicolle asintió, pasándole el gel de baño y su esponja, que se encontraba en un pequeño apartado de la misma estantería. Ferrara tiró la esponja al suelo—. No necesitaré esto; prefiero hacerlo con mis manos directamente. Gírate.

Obedeció, despacio, hasta encontrarse de frente con unos ojos hambrientos. Marc ya tenía gel en sus manos y comenzó a repartirlo por su cuerpo de una manera tan delicada y sensual que

consiguió encogerle el pecho.

—¿Por qué... haces esto?

—¿El qué? —le preguntó él, enjabonándole los hombros, los pechos rectos y la cintura—. ¿Enjabonarte? —Se encogió de hombros—. Me apetece.

—No me refiero a eso. Es... todo. ¿Por qué te has quedado?

El padre de su amiga detuvo las manos y alzó la mirada para que viera en ella la sinceridad de lo que iba a decirle:

—Nunca debí haberme ido.

No supo interpretarlo con exactitud, pero esas cuatro palabras le removieron el alma. Eran las más bonitas que había escuchado hasta entonces. Al menos era parte de todo lo que había soñado, en silencio, escuchar de sus labios. Y ahora lo había dicho.

«Nunca debí haberme ido».

De su lado.

¿Quería decir que se quedaba? ¿Que no huiría de nuevo?

Marc le sujetó el mentón con la mano llena de espuma y le alzó el rostro, devolviéndola a la realidad.

—Voy a quedarme, caramelo.

Y la besó. Con ternura, con pasión, con tanta humedad en sus lenguas que al unirse ambos gimieron de gozo. Unas campanadas se oyeron a lo lejos, indicando que un año terminaba y comenzaba otro. Se separaron unos centímetros e interrumpieron el beso para sonreírse.

—Creo que acabamos de perdernos el último brindis del año.

—Brindaremos todas las veces que quieras en mi cama para empezarlo, *sucré*. Pero no se me ocurre una manera mejor que terminar y comenzar el año que en tu boca.

El año terminó en la ducha y para Nicolle había sido una de las celebraciones más bonitas que recordaba. Marc había dejado que lo enjabonara de la misma manera que había hecho él y que disfrutara de su cuerpo a su antojo. Una vez limpios y repuestos, la cogió a horcajadas y se la llevó a su habitación. Como prometió, bajó a por una botella de champán y brindaron varias veces.

No le hizo el amor, aunque Nicolle se moría de ganas y a él le enloquecía el hecho de no entrar en ella de una vez por todas. Y no lo hizo porque no quería que todo eso la nublara. Había bebido, y él estaba al tanto de su leve ebriedad. Aparte, no deseaba apresurarse. La había cagado muchas veces y no iba a ser como siempre. Nicolle no se lo merecía. Además, quedaban cosas pendientes por hablar. Sobre todo, una. Pero antes la llenó de besos. Necesitaba hacerlo. Y la lamió y la mordisqueó mientras le contaba lo perdido que se encontraba sin poder hacer aquello cada noche.

La había echado de menos, y se lo hizo saber con caricias, con orgasmos y con palabras. No podía ocultarlo más, ni a ella ni a él mismo. Le gustaba la muchacha que, por fin se había reconocido, no lo era. Tampoco un capricho pasajero, por más que intentara convencerse de lo contrario.

No abrió la puerta de la confianza completamente, pero es que Marc nunca lo hacía. Quien era, o mejor dicho en quien se había convertido, no se lo permitía.

La tenía en sus brazos, desnuda y saciada. Eso era todo lo que le importaba en aquel momento. Estaba apoyada en su pecho y distraída jugueteaba con los dedos finos sobre su piel, acariciando aquí y allá mientras él sumergía los dedos en su cabello húmedo y masajeaba con calma.

Ella le hablaba sin parar de algo que no escuchó muy bien. El crucero, Gala... Pero no quería pensar en nada. Estaba concentrado, observándola. Se grabó a fuego en la retina el color de su piel y la suavidad de su tacto. Intentó no pensar en ese sentimiento extraño que lo invadía y lo martirizaba, diciéndole que no necesitaba follársela salvajemente sobre la cama hasta desfallecer; necesitaba tenerla allí. Solo eso. En su cama, con él, parloteando sin parar, tocándolo. Era extraño lo de sentirse tan bien y tan mal a la vez por una única verdad.

—¿Qué le has comprado a Gala para Reyes?

Marc le prestó más atención.

—¿Para Reyes?

—Sí, Reyes Magos.

El hombre sonrió.

—Aquí somos más de Papá Noel. El día de Reyes solo es una excusa para alargar las celebraciones y cebarnos un poco más con el *galette des rois.* —Nicolle alzó la cabeza y lo miró confusa—. Un dulce. Es como... —lo pensó— una pasta hojaldrada, así, redonda —dibujó un círculo en su espalda desnuda mientras lo explicaba— y plana. Como una empanada. A Gala le encanta. La costumbre suele ser que la persona más joven de los comensales se sitúa debajo de la mesa mientras el más mayor corta el pastel. Se supone que, a ciegas, la persona de debajo de la mesa debe elegir inocentemente a quien le toca cada trozo que vaya cortando. A quien le toque la sorpresa se le otorga el derecho de ponerse la corona y ser el rey por un día.

—Parecido a nuestro roscón de Reyes.

Marc asintió. Conocía el dulce.

—Gala y yo siempre lo comemos a solas, por lo que yo corto y ella elige qué trozo me pertenece. —Lo observó de nuevo, esta vez esperando ver tristeza en la declaración. No obstante, sonreía—. Siempre le toca la sorpresa. Puede deberse a que se come el pastel entero menos mi trozo. Y cuando rara vez me toca a mí...

—Déjame adivinar... ¿Se enfada? ¿Tira el pastel? ¿Intenta negociar contigo por la figurita?

Él rio.

—No. Yo lo escondo en el trozo que ella esté comiéndose sin que se dé cuenta.

Nicolle se apoyó de nuevo en su pecho, intentando imaginarlo mucho más joven, solo y con su hija. Supuso que igual de felices que en cualquier otra situación. Ella se había criado sola con su madre y siempre se había considerado alguien feliz. Pero ¿qué habría sido de su vida con un padre presente? ¿Habrían tenido más celebraciones? ¿Momentos especiales para recordar? Contaba con muy pocos de esos.

—Le daré un vale.

—¿Un vale? —preguntó, ensimismada en el vello oscuro que tenía bajo su mano.

—Sí. Lo hacemos mucho. Yo le entrego una nota que vale por lo que ella decida que hagamos ese día juntos.

Lo envidió. No fue otro sentimiento, sino envidia de lo que ella jamás había tenido. Pensarlo la hizo sentirse fatal, al igual que cuando entraba en aquella que hasta hacía poco tiempo solo era la minimansión de su amiga, o su gran habitación amarilla, que ahora también le pertenecía, en cierto modo.

—¿Qué te regalan a ti?

—Bueno, digamos que cumplir años el doce de enero no ayuda mucho. En España no le damos tanta importancia a Papá Noel como a los Reyes, al menos en casa. Y, en mi caso, casi siempre se han juntado estos dos con mi cumpleaños, lo que lo convierte en un único regalo. Alguna que otra vez ha caído algún detalle el día de Navidad. —Y a ella nunca le había importado, porque sabía de sobra que la situación no les permitía más—. Este año quería pedirle a Silvana volver a Carmona, aunque fuera un fin de semana para ver a mis amigas. —Y porque seguía teniendo un plan en su cabeza, aunque eso no lo dijo. De hecho, desechó la idea rápidamente. Estaba tan bien allí con él que cualquier otra cosa no le importaba. Al menos en ese momento.

—Y por tu tono de voz, deduzco que no podrá llevarse a cabo.

—Eso lo pensé antes de que comenzara a trabajar.

—Ya sabes que eso no es problema. Tiene los fines de semana libres, pero aunque no fuera así, puede cogerse los días que necesitéis.

—Ya, pero ahora con lo de mi abuela...

—Saldrá pronto del hospital, ya lo verás. —Ella asintió y él la observó, en silencio, sin dejar de acariciarle el pelo.

—Ya no seré un pecado —le dijo ella de repente, y Marc supo que se refería a su inmediata mayoría de edad.

—No, *sucré*, tú siempre serás un pecado para mí. —Porque era la amiga de su hija, porque los separaban muchos años y experiencias y porque se había acostado con su madre. «Pecado» se quedaba corto para lo que era. Prohibida, completamente prohibida e inalcanzable, aunque en ese momento no quiso pensarlo.

—Sí, pero no para la ley. Es eso lo que le importa siempre a la gente, ¿no? El día once será un delito estar metida en la cama contigo, pero el doce ya tengo derecho a hacerlo. Seré mucho más madura, adónde va a parar —dijo socarrona, y él rio—. Y podré entrar en discotecas, beber alcohol y todas esas cosas que no hago ahora porque no quiero, no porque no lo permita la ley. Y comprar tabaco.

—Y comprar tabaco —asintió divertido.

—Y acompañarte a esos clubes que tanto te gustan. —La mano de Marc se detuvo. Nicolle levantó la cabeza y lo contempló—. Me dijiste que no podía porque era menor de edad, ¿no?

—Y porque no estabas preparada.

—Eso es lo que dices tú.

—Sí, es lo que digo yo, que sé de lo que estoy hablando —concluyó autoritario.

—Por suerte, con dieciocho años ya tendré potestad para decidirlo. —Le sonrió, proclamándose vencedora, y se dejó caer sobre él.

Fueron muchos minutos de silencio en los que la cabeza de Ferrara no se detuvo. Ni sus manos, que no podían parar de acariciarla por la espalda, la clavícula y el rostro. Fue más tiempo del debido. Al día siguiente, Nicolle supliría a su madre en el hospital y ya era tarde, casi las cinco de la mañana. Marc pensó que el día debía haber sido agotador. Había pasado la noche con Frida y, sin descansar, se marchó con Eric. Sin contar con la tarde en comisaría y las horas que llevaban metidos en la cama.

—Señorita casi mayor de edad, deberías irte a descansar. Es tarde.

No obtuvo respuesta.

Se incorporó con suavidad y la observó desde arriba, comprobando su respiración pausada, rítmica y tranquila.

Pensó.

Pensó.

Pensó.

Suspiró.

Con cuidado, la acomodó a su lado. Seguía desnuda y lucía un rostro plácido. Sus labios gruesos ahora lo parecían más y sus pestañas largas y espesas reposaban sobre sus mejillas, regalándole la imagen de la perfección absoluta.

Lo era; era perfecta. En todos los sentidos.

Bonita, noble, inteligente y madura.

¿Por qué le había costado tanto verlo?

No dejaba de ser una muchacha de diecisiete años. «Casi dieciocho», se recordó sonriente. Pero supo sin duda que sería una gran mujer. De esas imparables e invencibles. Aquellas dos palabras resonaron en su cabeza mientras se acomodaba a su lado.

Debía llevarla a su cama, aunque no lo hizo. Porque no quería que se marchara y porque estaba tranquilo. Era habitual que cuando Silvana llegaba del hospital por la mañana él ya estuviera despierto. Siempre la escuchaba entrar y subir las escaleras. A veces —casi todas—, ni siquiera había dormido unos minutos desde que se hubiera acostado. Así que al día siguiente, cuando Silvana apareciera, Nicolle ya estaría en su habitación; él se encargaría de ello. Esa ocasión no sería diferente.

Pero lo fue, como lo era todo cuando estaba con ella.

Capítulo 19

Se despertó con el ruido de una puerta al cerrarse. Sobresaltada, se incorporó en la cama y pestañeó, intentando ubicarse. Lo hizo cuando vio a su lado a Marc. Dormía profundamente.

—Joder —susurró. Se puso de pie y miró a su alrededor en busca de la ropa. Entonces recordó que la había dejado en el baño la noche anterior—. Mierda.

Nerviosa, zarandeó el hombro de Marc con fuerza. Solo le hizo falta entrar en contacto para que él abriera los ojos y se incorporara en una actitud alarmante.

—¿Qué pasa?

—Ha llegado Silvana —le dijo ella muy bajito—. Tengo que salir de aquí. Mi ropa está en el baño principal. Ve a por ella mientras yo corro a mi habitación.

Asintió y se levantó acelerado. Nicolle le dio un tirón a la sábana de su cama y se envolvió con ella de mala manera mientras observaba de reojo el cuerpo fuerte y desnudo de aquel hombre que más que un hombre parecía un dios. No le pasó inadvertida su dureza, pero no se detuvo más de lo debido; el tiempo corría en su contra. Silvana subiría las escaleras y lo primero que haría sería asomarse a su habitación.

Abrió despacio y sacó la cabeza para comprobar que el pasillo se encontraba desértico. Justo cuando iba a salir, Marc la sujetó por la cintura con ambas manos y le dio la vuelta. Cuando quiso darse cuenta, los labios del hombre estaban besándola con humedad. Corto pero intenso.

Se separó y dejó otro sobre su mejilla derecha. Tan natural, como si no estuviera desnudo, como si su polla no estuviera dura e hincada en su abdomen.

—Esta tarde iré a por Gala al aeropuerto. Creo que le gustará verte allí.

Nicolle parpadeó varias veces y alzó las cejas. ¿Estaba pidiéndole que lo acompañara? A Marc le divirtió que fuera tan expresiva y poder leerle el pensamiento con tanta facilidad.

—Claro.

—Te recogeré en el hospital. Te llamo antes. Vamos, corre.

Ella asintió y salió apresurada, a toda velocidad por el pasillo. Estaba a punto de cruzar la zona de peligro —el final de la escalera— cuando escuchó la voz de Silvana:

—¿Adónde vas?

Por instinto y muy nerviosa, abrió la puerta del baño que quedaba justo a su lado izquierdo. De reojo, observó su ropa y la de Marc tirada en el suelo y el corazón le latió con fuerza.

—Al baño.

Su madre la observó con confusión.

—Pero si salías de él, ¿no?

—Y vuelvo a entrar. —Arrugó el rostro—. Algo he comido que no me ha sentado muy bien. Tengo la barriga fatal.

—No me gusta que andes desnuda por aquí. —Miró hacia el otro lado del pasillo, dejando claro que con un hombre en la casa no era lo correcto.

—Lo sé, pero estaba cambiándome para estar lista cuando llegaras y no he podido terminar de vestirme. No tardo. —Se encerró en el baño y cerró la puerta tras de sí. Suspiró con ganas y pudo notar el pulso acelerado en muchas partes diferentes de su cuerpo.

«Casi», pensó con las piernas temblorosas.

La ropa de Marc aún estaba húmeda, incluso la suya, que solo había sido frotada por la mancha del vino. La amontonó toda y la escondió en la ducha, a la espera de que él se hiciera cargo. Aprovechó para asearse y cepillarse el pelo y salió, no sin tirar de la cisterna, por si acaso Silvana rondaba cerca.

Justo antes de entrar en su habitación, comprobó cómo Marc abría la puerta del baño y entraba.

Bajó apresurada las escaleras y entró en la cocina para buscar la mochila.

Marc estaba allí, vestido de manera impoluta y peinado hacia atrás. Se encontraba en el lugar de siempre: en la barra, con su taza de café y leyendo algo en el móvil.

Al oírla entrar como un huracán, alzó la cabeza.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días —le respondió ella con una sonrisa.

—Buenos días, Nicolle. —Celine salió de la alacena con un aspecto impecable, como si no fuera su primer día después de las vacaciones—. ¿Café? ¿Zumo? ¿Colacao?

La muchacha negó, cogiendo su mochila.

—Gracias, pero no me da tiempo. Voy al hospital y llego un poco tarde.

—Y es raro, porque siempre vas con tiempo de sobra.

—Sí, pero hoy se me han pegado las sábanas. —Sonrió y miró a Marc con disimulo. Él también lo hacía.

—Creía que las enfermeras cuidaban de tu abuela —añadió Celine.

—Lo hacen, pero no me gusta que pase más tiempo sola del necesario en el relevo entre Silvana y yo. Por cierto, pensaba que te incorporabas mañana.

La mulata asintió mientras se dirigía hacia la encimera, donde comenzó a llenar una fuente con fruta fresca.

—Sí. Pero sé que hoy vuelve Gala y que tu madre y tú estáis en el hospital. Con este lío, qué menos que tengáis el almuerzo y la cena preparada. —Sonrió—. ¿Tú comes aquí?

Ella negó.

—No. Lo hago en el hospital, pero muchas gracias por el detalle —le agradeció, y se apresuró a salir.

—Nicolle —la llamó Marc, que hasta entonces se había mantenido en silencio y visiblemente al margen de la conversación—. Alfredo no está. Él sí que ha aprovechado sus días de descanso. —Le dedicó una mirada de falso reproche a la cocinera—. Te llevo yo.

Le habría dicho que no era necesario, que cogería el metro, pero no lo hizo porque le apetecía ir con él.

—Vale.

Marc le dio un último sorbo al café, se puso de pie, ajustó innecesariamente la chaqueta a su fabuloso torso y salió detrás de ella. Celine los observó mientras caminaban.

Cuando se montaron y el coche se puso en marcha, Marc la miró de reojo. Estaba centrada en la carretera con medio rostro oculto por una bufanda de color azul, resaltando sobre un jersey de lana blanco.

—Conque has comido algo y te ha sentado mal. Podría ser el vino, ¿se lo has comentado? O el champán.

Ella rio.

—¿El que me dio el padre de mi amiga en la cena y posteriormente en la cama? No, no me he acordado de comentárselo. Con tal de sobrevivir el primer día del año, hay cosas que mi memoria selectiva olvida.

Marc sonrió y ella pensó que había disfrutado de aquella sonrisa en varias ocasiones desde el día anterior. Acompañado de ese gesto tan cotidiano pero ausente en su perfecto rostro, este alargó la mano y la posó sobre la rodilla de Nicolle. No fue un gesto sexual, puesto que aquellas piernas que tan bien había repasado horas antes ahora estaban cubiertas por unos gruesos

pantalones vaqueros. Fue algo involuntario, natural.

—Me gusta que hagas eso.

—¿El qué, tocarte? —preguntó con intención.

—Que sonrías. Estás guapo.

La pequeña mano, de un tono mucho más claro, se posó sobre la morena y fuerte de Ferrara y así fueron unidas durante todo el trayecto hasta el hospital. Cuando llegaron, Marc insistió en acompañarla a desayunar, pero ella se negó. Quería entrar cuanto antes para ver a su abuela.

—El avión de Gala aterriza a las ocho. ¿Te viene bien que venga a recogerte sobre las siete?

—Siete y media. Así Silvana ya estará aquí.

—Bien. Hasta entonces.

Nicolle le dedicó una gran sonrisa antes de irse.

—Hasta luego.

Casi estaba fuera cuando tiró de su cintura, la atrajo hacia él y la besó acaloradamente, buscando su lengua.

Ella jadeó, asombrada, y se dejó hacer unos segundos. Después, al apartarse, lo miró a los ojos.

—Lo necesitaba, y no sé cuándo podré hacerlo de nuevo —le explicó, y la enamoró un poco más.

Se internó en el hospital, y cuando entró en la habitación, su abuela la esperaba con una gran sonrisa.

—¡Feliz Año Nuevo!

Ella sonrió con amplitud al escuchar a alguien hablarle en español y corrió a los brazos de Frida para besarla.

—Feliz Año Nuevo, abuela.

—¿Qué tal lo pasaste anoche? Dime que mejor que yo. Me dieron una sopa de cena. Una sopa.

—Bueno, yo comí *pizza.*

—Y vinieron los enfermeros de guardia a brindar cuando pasaron las doce —continuó con la retahíla—. Pero yo no brindé, claro está, porque no puedo beber alcohol.

—Bueno, y aparte de todas esas cosas, ¿cómo te encuentras?

—Bien. ¡Estupendamente! Pero sabe Dios cuánto tiempo me espera aquí. Los médicos no están muy por la labor de hacer pruebas los días festivos ni los fines de semana.

Nicolle le sostuvo la mano. Sabía que comenzaba a agobiarse de verdad.

—Todo a su tiempo. Debes tener esas cosas enganchadas al brazo para que hagan más efecto —señaló las bolsas de medicamentos—, y aquí estás controlada.

—Sí, y haciendo que estéis conmigo.

—Lo preferimos a que estés sola en casa y nos llevemos otro susto.

La abuela alzó la vista por encima de su nieta y frunció el entrecejo.

—Creo que te buscan.

Nicolle se giró, pero no vio a nadie.

—¿A mí?

—Sí. He visto a unos chicos pasear por ese pasillo, asomándose a las puertas. Creo que ya es la tercera vez que veo al pelirrojo.

Nicolle se levantó, apresurada, y salió al pasillo.

Unas habitaciones más adelante, dos chicos caminaban en sentido contrario. Uno, pelirrojo; el otro, Eric. No había duda: esos vaqueros rasgados, esa chaqueta negra de cuero y el pelo despuntado y claro.

Nicolle les chistó y ambos se giraron. Al verla, esbozaron una gran sonrisa y se dirigieron hasta ella.

—Dos vueltas más por este hospital y nos convalidan primero de Turismo —dijo Josep conforme se acercaba.

—¿Qué hacéis aquí?

—Buscarte. Según este, anoche ibas a venir. —*Este* le dio un codazo con disimulo que Nicolle vio perfectamente—. Y como no viniste, pues estábamos preocupados. Unos más que otros, todo

hay que decirlo. Por si había pasado algo...

Nicolle observó a un silencioso Eric. Tenía los ojos enrojecidos y el rostro más pálido de lo habitual. Josep tenía los ojos igual de rojos, pero el rostro incapaz de bajarle unos tonos, pues ya de por sí era blanco.

—Por vuestras pintas, deduzco que lleváis preocupados toda la noche. Sin dormir —matizó divertida.

—A ti podrían convalidarte primero de Deducción —añadió—. Y ahora que hemos comprobado que sigue respirando, ¿podemos desayunar? Es que el que va a dejar de respirar soy yo, con esta hambre.

—Sí, ya vamos. ¿Nos acompañas? —le preguntó Eric.

En su vida le habían propuesto tantas veces y en un mismo día desayunar. Miró hacia atrás, a la puerta de la habitación de su abuela, y suspiró.

—¿En la cafetería del mismo hospital? No me gusta dejarla mucho tiempo sola.

—Donde sea, pero ya, por favor.

Nicolle puso los ojos en blanco y añadió:

—Iré a decírselo. No tardo.

Pocos minutos después, desayunaban los tres juntos.

—¿Y José? —quiso saber la chica.

—Esperemos que todavía respirando. Se quedó sobado en el sofá.

—¿Estuvisteis en casa?

Asintieron.

—Y dimos una vuelta. Nos encontramos con unos amigos y la cosa se alargó. —Nicolle se limpió la boca y miró a Eric con diversión—. ¿Qué te divierte tanto?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Os imaginaba actuando por las calles o metidos en casa haciendo música.

—También nos gusta socializar y beber —le respondió con sorna.

—Y no recogernos —añadió Josep—. Debemos confesar que todavía estamos un poquito...

—Borrachos —terminó ella.

—¿Qué hiciste tú?

Ante la pregunta del mago y su mirada directa, ella se escondió detrás de su vaso de colacao y alargó el sorbo más de lo debido, pensando en qué decir. No podía contarle la verdad. No después del beso del día anterior.

—Me quedé en casa, cené *pizza* y me acosté. Silvana estaba en el hospital —le aclaró a Josep, aunque este estaba enfrascado en su cruasán y no le prestaba mucha atención.

«En casa» y no «en casa de los Ferrara». Eric la analizó con atención tras aquel detalle, porque era fácil hacerlo. Los nervios se apoderaban de ella cuando mentía, y al contrario que otras personas, gesticulaba poco. Nada, prácticamente, aparte del movimiento huidizo de sus ojos. Hablaba como un robot programado y por inercia.

Él lo notó, aunque no objetó nada. No era quién para pedirle explicaciones de ningún tipo, aunque quiso indagar un poco más:

—Supongo que tu madre no se ha enterado de lo que ocurrió ayer. —Nicolle negó—. ¿Como es que Ferrara no le ha dicho nada? Se le veía bastante enfadado —apostilló—. Y no parece el tipo de persona que te haga un favor así como así.

—Me lo debía. —Esta vez, Nicolle dejó el nerviosismo a un lado y lo miró con fijeza, notando el tono menos amigable de Eric.

Fueron unos segundos en los que sus ojos se encontraron, chispeantes.

—Hablando de deber. —El chico sacó algo de su bolsillo, sin dejar de observarla, y lo puso sobre la mesa, acercándoselo. Eran billetes liados y envueltos con una gomilla.

—¿Qué es esto?

—Los cuatrocientos cincuenta euros que le debo a Ferrara. Tu multa y la mía.

—No es necesario. Ya te lo dijo ayer. —Movió el fajo hasta colocarlo debajo de la mano de Eric.

—Ese tipo no tiene por qué pagarme nada. —Empujó los billetes hacia Nicolle.

—Pero lo ha hecho, Eric. Deja de insistir.

—Si vais a darle muchas vueltas, me lo quedo yo —se entrometió Jacob, y eso hizo que Eric claudicara.

—¿Seguirás bailando? —le preguntó a Nicolle, temiendo su respuesta.

Ella se tomó unos segundos para responder y bajó la mirada.

—No... no lo sé. Después de lo de ayer..., ¿y si me pillan otra vez? La próxima no tendré tanta suerte. Si se entera Silvana de todo est...

—¿Y tu plan? Necesitabas el dinero.

Alzó el rostro y se encontró con un Eric que hasta entonces no había conocido. Sus exóticos y preciosos ojos resplandecían, pero no con la felicidad implícita en ellos. Estaban ¿tristes?, ¿enfadados? No sabría decirlo, pero no le gustó verlos así, como tampoco la mandíbula y los hombros tensos ni el evidente nerviosismo del chico.

—Ahora mismo no hay plan.

—Ya... No hay plan.

Se levantó. Sabía lo que ocurría. Sabía que aquella noche no había sido de *pizza* y cama. Que la Nicolle que tenía delante en ese momento no era la que le guardaba rencor a Ferrara por todo lo que le había hecho. No conocía los detalles, pero, sin duda, algo había pasado.

—¿Adónde vas? —preguntó Jacob, mirando a su amigo.

—Estoy cansado.

El pelirrojo se levantó con su cruasán en la mano y cogió el del plato de Eric, todavía intacto. Le dio un sorbo a su taza de manera apresurada y tragó como un pavo.

Nicolle se levantó despacio, sin dejar de mirar al chico que estaba a punto de irse.

—Eric...

—Nos vemos pronto, española. —Le sonrió con esfuerzo, sin que la sonrisa llegara a sus ojos, pero intentando evitar que ella se percatara—. Me alegra que tu abuela esté mejor. Feliz comienzo de año.

—Igualmente. Gracias —murmuró ella.

—No son merecidas.

Una sonrisa forzada después, se marchó.

Nicolle esperó un poco más. Se tomó un minuto para ver irse al chico bohemio que la había encandilado con su espontaneidad y simpatía. ¿Qué era lo que le había molestado tanto?

No lo supo con certeza. Lo que sí sabía sin duda era que, por algún motivo, un nudo enorme se había instalado en su estómago y lo oprimía con fuerza.

Capítulo 20

El resto del día no fue fácil para nadie.

Desde que Nicolle volvió a su habitación después del desayuno, Frida había notado el bajo ánimo que traía. Le preguntó, pero no había consentido contar qué le ocurría. Hablaba poco, respondía con monosílabos y no sonreía. Y su nieta siempre sonreía. Se había pasado la mañana mirando hacia la televisión con aire distraído, o en el alfeizar de la ventana, con las piernas encogidas y la mirada perdida en el exterior.

A la hora del almuerzo, tenía la bandeja de comida delante y había rehusado probar nada, y por más que le había insistido, no había soltado prenda de lo que le sucedía.

—¿Estás así por el niño ese que te lleva a bailar por las calles? —le preguntó de repente, dispuesta a ir al grano. Nicolle la miró de reojo y se mantuvo en silencio—. No es por coaccionar, pero me juego la vida todos los días por ser tu cómplice de mentiras. Creo que merezco saberlo. Es por él, ¿verdad?

—En parte.

—¿Te ha hecho algo malo? —le preguntó con mucha suavidad, sin querer espantar su respuesta.

Ella negó, todavía de espaldas.

—No es eso, Eric es genial. Pero creo que se ha enfadado conmigo por algo que todavía no tengo claro, por muchas vueltas que le doy. Y no me siento bien. Tengo un nudo en el estómago que no me deja pasar la comida.

—Cariño, ¿sabes lo que hago yo con los nudos del estómago? —Soltó la bandeja sobre la pequeña mesa de su derecha. Ella negó desde la ventana, mirándola. Frida continuó—: Me imagino que los sujeto así —cerró los ojos y colocó las dos manos delante de su abdomen, como si cogiera una pelota— y los manejo a mi antojo. Los paseo por todo el cuerpo y espero averiguar qué sensaciones me producen y por qué están ahí, dentro de mí. —Movió las manos como si manejara de un lado a otro dicha pelota—. Y cuando creo que ya sé el motivo y lo he analizado con calma, lo dejo ir. —Separó los brazos y los dejó caer sobre la camilla. Nicolle le sonrió—. Eso, mi niña, se llama gestionar las emociones. A veces tememos hacerlo, pero hay que abrirles la puerta, dejarlas pasar y conocerlas. ¿Sabes esa sensación de tristeza que a veces te invade pero tú intentas pensar en otra cosa para que desaparezca? Estás cerrándole la puerta, y crees dejarla fuera, pero no es así. Se ha quedado ahí, dentro de ti, y no le has dado la oportunidad de escucharla ni de comprenderla.

—¿Por qué iba a dejar pasar a la tristeza?

—Porque es parte de la felicidad, aunque no nos guste. Tampoco nos gusta la muerte y es parte de la vida. —Le sonrió—. Dejarle paso a la tristeza a veces nos hace invitar a la verdad. Supongo que también conoces esa sensación tan extraña que uno experimenta cuando nuestra cabeza quiere mostrarnos una realidad pero nuestro corazón no se atreve a enfrentarla. Ahí también la apartamos. Nos resulta más fácil vivir con nuestras felices mentiras que con nuestras amargas verdades.

—Supongo que tienes razón.

—Deberías estar segura de eso, jovencita. La experiencia es un grado, pero la vejez más. Si te importa ese chico, ve, pregúntale. No es malo buscar a otras personas e intentar comprenderlas. Que no te convenzan de lo contrario, Nicolle. —Las dos se sonrieron—. Y ahora cómete esa asquerosa sopa de pescado, o te verás obligada a bajar a la cafetería a por un bocadillo de jamón dulce.

—Acepto la obligación.

Su abuela alargó el brazo y cogió el monedero. Cuando Nicolle se acercó, le puso en la mano un billete de cien euros y algunas monedas.

—Creo que te has pasado con el dinero del bocadillo.

—Regalo de Papá Noel atrasado, o de Reyes adelantado, como prefieras. —Le guiñó un ojo y Nicolle la besó en la mejilla.

—Gracias, abuela.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—Nena. —Se giró de nuevo—. Una vez, cuando Silvana reconoció que Nicolás era el padre de su hija, le hablé de los nudos y de las emociones. Nunca lo dejó pasar y, por lo tanto, tampoco salir. Confío en que tú seas más lista que ella y que no lo guardes dentro de ti.

Solo sonrió débilmente, asintió y salió. Pero al atravesar el umbral, tuvo que apoyarse sobre la pared y coger aire.

«Nicolás».

Así se llamaba su padre.

Nicolle.

Nicolás.

Tragó saliva y suspiró, nerviosa.

¿Por qué sentía todo aquello?

¿Por qué un simple nombre podía remover tanto en el interior de una persona? No lo conocía, no se había interesado por ella, no sabía siquiera si estaba vivo, y aun así notó cómo un nuevo nudo llamaba a la puerta con la intención de instalarse en su estómago.

Cuando Silvana llegó para hacer el relevo, Nicolle se despidió de Frida con un beso y bajó las escaleras a galope, sin paciencia para esperar el ascensor. Cuando salió, el aire frío le golpeó el rostro, lo que la obligó a cubrirse la boca y la nariz con la gruesa bufanda. Iba caminando a paso rápido hacia el mismo lugar en el que Marc la había dejado, y allí, en la oscuridad de una tarde convertida en noche, estaba su espléndido coche negro. Dentro, él.

No lo dejó bajarse. Corrió hasta el lado del copiloto, abrió la puerta y casi se tiró sobre el sillón. La calefacción estaba encendida y disfrutó de la temperatura ambiente mientras se frotaba las manos.

Marc observó la naricilla enrojecida que asomaba por encima de la bufanda y después los grandes ojos que lo observaban.

—Hola —fue lo único que dijo Nicolle, olvidándose del hospital, de Eric, de los nudos y del mundo entero. Marc había ido a recogerla y ahora la miraba con lo que parecían unos ojos alegres. Pidió interiormente que ese fuera su humor durante todo el trayecto.

—Hola. ¿Qué tal tu abuela?

—Mucho mejor. Me atrevería a decir que casi perfecta, porque se aburre y se queja demasiado.

—Esa es una buena señal. Me alegro. —Le sonrió—. Y la tarde, ¿qué tal ha ido?

La sonrisa de Nicolle desapareció de su rostro y su mirada se desvió al frente. Notó cómo el nudo volvía y no tenía ninguna gana de dejarlo pasar, como le había indicado Frida. Rápidamente se recompuso, disimulando, y curvó hacia arriba las comisuras.

—Lo normal, aburrida y algo larga. ¿Y la tuya? ¿Tienes ganas de ver a Gala? —cambió de tema.

—Estoy deseándolo.

—¿A qué esperas, entonces? ¡Vamos!

Ferrara se puso en marcha y en menos de treinta minutos entraban en el parquin del

aeropuerto.

Se dirigían hacia la puerta de las llegadas, y Nicolle observó al hombre que caminaba a su lado y cómo las mujeres se giraban para mirarlo mientras lo hacía. Unas con disimulo, otras con descaro. Aquello le gustó y le disgustó a partes iguales. Por un lado, lo comprendía. Era más que sabedora de los casi dos metros de altura y cuerpo perfecto. Sin hablar de su rostro varonil, sus ojos oscuros, su barba perfectamente recortada y su pelo impoluto peinado hacia atrás. Y esos labios... Cómo adoraba aquellos labios. Y su nariz, sus cejas anchas, sus pestañas largas... Por otro lado, rabiaba al pensar que una mujer que no fuera ella no solo apreciara sus virtudes, sino que además las disfrutara. Lo hacían, y al parecer muchas, y recordarlo hizo punzar un poco más su estómago revuelto.

—Es aquí, y según el panel no hay ningún retraso del vuelo, así que estará al llegar.

Nicolle le prestó atención. Se habían detenido frente a un panel luminoso que indicaba las llegadas de los aviones y sus horas correspondientes. Mientras le echaba un vistazo, el móvil de Marc sonó. Le hizo un gesto con los ojos en señal de disculpa y se apartó unos metros. Ella se mantuvo allí, con la vista al frente, viendo el ir y venir de la gente. Fue quedarse sola un segundo y volver a recordar aquel nombre que tanto la había impactado.

Nicolás.

Su padre se llamaba Nicolás, y saberlo lo hizo más real. Ya no era solo una figura fantasma. Ahora le ponía un rostro muy parecido e incluso un nombre.

¿Qué sería de él?, ¿dónde estaría?, ¿pensaría en ella?, ¿tendría otra familia que sí le importaría de verdad?

—Trabajo. —Se giró, sobresaltada. Marc ya estaba a su lado. No se esperaba que terminase tan rápido. Él le mostró el móvil y se lo guardó en el bolsillo del pantalón—. ¿Todo bien?

—¿Por qué elegiste el nombre de Gala?

Contrariado, la contempló y se preguntó a qué venía aquello. Observó su mirada perdida y sus hombros tensos.

—No lo sé. Porque me gustaba, supongo.

—¿Lo elegiste solo?

—No, con Francesca.

—Y si hubieras podido elegirlo solo, después de la marcha de Francesca, ¿le habrías puesto el nombre de su madre o algo que te recordara a ella?

—Nicolle, no sé adónde quieres llegar ni por qué, pero es evidente que no. Cuando quieres olvidar a alguien, no le pones su mismo nombre a la persona más importante de tu vida y a la que verás todos y cada uno de los días. —Ella asintió—. ¿Hay algo que quieras contarme?

Se giró hacia él, despacio, y pareció volver al aeropuerto. Le sonrió de manera tranquilizadora y negó con la cabeza.

—No, nada.

Ferrara frunció el entrecejo, sabiendo que mentía. Pero si no quería hablar, no sería él quien insistiera.

—¡*Mamma mia*, qué chorprecha!

Apartaron sus miradas para encontrarse con una loca Gala, de tez más morena, que corría hacia ellos gritando. Medio aeropuerto se giró para mirarlos. Se abrazó a su padre como si fuera un mono y lo besó en la mejilla, lo que provocó que a Nicolle le costara tragar saliva. Fue consciente, ahora más que nunca, de que era el padre de su mejor amiga. La persona más importante para Gala. ¿Qué pensaría de ella? ¿De la perfecta y virgen Nicolle?

—¿Eso son heridas? —Le tocó la cara a Marc.

—Esto es torpeza —le dijo él sin intención de explicarle más. Las cejas de Gala se fruncieron, evidenciando que no lo creía. De repente, se dio la vuelta y enfocó con la mirada a Nicolle.

—¡Cómo mola España, tía! Qué sol, qué gente... ¿Y tú? Cuéntame... ¿Cómo te va en casa? ¡En casa! ¡Es que no me lo creo!

—Genial. He quitado el póster de Zac Efron y ahora tengo uno de *El diario de Noah.*

—Cambias a mi rubio por esa mierda pastelosa y duermes con Celine para los restos.

Marc sonrió, negando con una evidente diversión y con la felicidad de tener a su hija allí.

—Os invito a cenar y nos lo cuentas todo sobre el viaje —les propuso a las chicas.

—Celine dijo que prepararía la cena —apuntó Nicolle.

—Podemos dejarla para almorzar. No hay problema.

—¿Kebab? —preguntó Gala entusiasmada.

Marc asintió y respondió algo mientras cogía la maleta de su hija, pero Nicolle no llegó a escucharlo. Al soltar Gala el asa, comprobó unas extrañas marcas muy señaladas en el brazo de su amiga. Tan absorta se había quedado, que Gala detuvo el paso para esperarla, pero al ver que no avanzaba miró hacia atrás.

Nicolle seguía con la vista fija y ella supo en qué. Con rapidez, se bajó la manga del jersey y carraspeó con nerviosismo.

—¿Kebab o comida china? —Chasqueó los dedos, llamando su atención.

Nicolle levantó la vista y se encontró con la preocupación en el rostro de su amiga, aunque su voz había sonado como siempre. Decidió callar y hacer como si no hubiera visto nada.

—Como prefiráis —fue lo único que respondió, aturdida.

Un poco más de dos horas después, llegaban a casa.

Gala había hablado y hablado con entusiasmo sobre los detalles del viaje mientras su padre la escuchaba con atención o le hacía algunas preguntas. Nicolle se había mantenido sumida en la comida durante toda la cena, sonriendo de vez en cuando o respondiendo de manera escueta a las preguntas que le hacían, comportamiento que no pasó inadvertido para nadie. Pero no era un buen día, y lo que había visto tampoco ayudó a que mejorara.

Esperó a que su amiga saludara a Celine para irse juntas a la cama y subieron a la segunda planta. Nicolle le comentó que se daría una ducha, y no lo dijo, pero quería que fuera rápido para concluir de una vez por todas aquel día.

Marc estaba en la puerta de la habitación, dejando la maleta que le había ayudado a cargar por las escaleras.

—Yo también me ducharé y me iré a la cama. Estoy agotada —manifestó Gala, y miró a Nicolle—. ¿Tú primero o yo?

—Ve tú primero. Seguro que con el viaje lo necesitas más que yo.

—Puedes ducharte en el baño de mi habitación. Yo tengo que solucionar un asunto en el despacho —le ofreció Marc.

—No es necesario —le respondió Nicolle con timidez—. Puedo esperar.

—Nada de eso. Si te espero, me quedaré dormida y no podré contarte todos los cotilleos que traigo apuntados aquí. —Gala se tocó la cabeza.

Su padre entró, soltó la maleta junto a la cama y se despidió de ella con un beso en la mejilla.

—Buenas noches. —Después miró a Nicolle con una naturalidad que nadie sospecharía lo que el día anterior habían vivido juntos—. Buenas noches, Nicolle. Descansad.

—Buenas noches, señor Ferrara.

Cerró la puerta después de salir.

La muchacha cogió todo lo necesario para asearse y entró de nuevo en la gran habitación del dueño de la casa. Al contrario de lo que esperaba con su proposición de usar su ducha, allí no había nadie. Retrocedió unos pasos y se asomó al pasillo, curiosa, y descubrió la luz del despacho encendida. Sin darle más vueltas al asunto, se fue al baño y encendió el calefactor. Se desnudó, abrió el grifo y se metió debajo del chorro de agua caliente, intentando no pensar.

No tuvo éxito.

Sonrió al encontrar en el mueble de bambú un secador pequeño entre los enseres. Estaba allí con intención; la primera vez que se duchó tuvo que dejar que el pelo se le secara al natural.

Con la toalla cubriéndole el cuerpo, echó la cabeza hacia abajo, dejando caer su larga y espesa melena que casi rozaba el suelo, y con calma la secó al completo. Al levantarse, se encontró con el hombre apoyado en la puerta y cruzado de brazos. Le sonrió con timidez mientras se atusaba el pelo con los dedos, intentando que desaparecieran esos rizos rebeldes que se le formaban en las puntas.

—Es un placer observarte.

—¿Secándome el pelo?

—Haciendo cualquier cosa.

Se sonrojó.

Marc dio unos pasos hasta situarse frente a ella y se mantuvo quieto unos segundos, mirándola con fascinación a los ojos y preguntándose cómo era posible que al natural, sin una pizca de maquillaje, resaltaran de esa manera tan espectacular.

—Te noto preocupada hoy. ¿Necesitas algo?

Los ojos azules se entrecerraron, mirando al suelo. Él le levantó el mentón y se acercó a los labios, los que besó de manera tierna y caliente a la vez. Al menos Nicolle sintió una punzada en el vientre cuando notó su lengua y la humedad de esta sobre su boca.

—Creía que sería como siempre y de nuevo te alejarías sin más.

—Y yo creí dejarte claro ayer que no me iría.

—Ya, pero... —No la dejó hablar. La sujetó por la cintura y la pegó a él, marcando su dureza sobre la toalla que la cubría. Supo que quería obviar el tema, distraerla. Pero ella necesitaba hablarlo, saber qué iba a ocurrir, cuál sería el siguiente paso y, sobre todo, qué esperar de él—. Marc...

—¿Ya no soy el señor Ferrara? —Le chupó los labios de abajo arriba—. Qué manera de perderme el respeto en unos minutos.

Encandilada, le sonrió y sacó la puntita de la lengua. Él se mordió el labio al ver asomar esa delicia rosada y la atrapó con sus dientes mientras miraba a Nicolle con lascivia. Cuando dejó que se soltara, puso voz de niña buena y le dijo:

—Perdón, señor Ferrara. Me ha prestado su baño, por lo que creía que tenía derecho a tutearlo.

—Sus provocaciones están poniéndomela muy dura.

Se dijo que ella era la causante de la excitación, y, de nuevo, una especie de poder la invadió y la hizo dirigir allí su mano y tocarla con suavidad por encima de los pantalones.

—Anoche no me dejó darle placer, así que no me extraña que esté tan sensible.

—Prefería verla gozar entre mis brazos y bajo mi boca, señorita. —Le devoró el cuello mientras disfrutaba del atrevido movimiento sobre su polla.

—¿Puedo hacerlo ahora?

—Están esperándote —le recordó con coherencia, aunque queriendo perderla por completo.

Nicolle se alejó solo unos centímetros y usó ambas manos para desabrocharle el cinturón conforme descendía y liberaba aquel enorme falo que la volvía loca.

—Suelo tardar en secarme el pelo; tengo unos minutos. Y sospecho que será rápido, pues lo veo muy excitado. —Limpió con el dedo índice la gotita trasparente que salía de su glande.

—Oh, *sucré*. —Ferrara jadeó.

La miró desde arriba y contempló la preciosa imagen de su niña de rodillas, acercándose a su polla con el valor de mirarlo fijamente a los ojos. Supo que nunca había sentido aquel pellizco en el estómago mientras una mujer se disponía a chupársela. Y supo, muy a su pesar, que no era el hecho de que fuera a recibir una mamada. Era ella. Sus ojos clavados en él, su mano delgada rodeando algo que le quedaba demasiado grande a su poca experiencia y a su menudo cuerpo. Era la seguridad con la que se disponía a hacerlo disfrutar, alegando incluso que tardaría poco en correrse, la muy descarada. Y era la devoción con la que acercó sus gruesos labios, los abrió, se metió la punta y la empapó.

Le colocó la mano detrás de la cabeza con mucha delicadeza y la dejó allí. No quería empujarla ni incitarla a más; quería sujetarse para no desfallecer.

Ella, ajena al desbordante placer y a las piernas temblorosas de Marc, comenzó a mover la cabeza y la mano a la vez. No se detuvo en saborear, en disfrutar con su lengua; tenía un objetivo y quería cumplirlo con brevedad. Se movía con destreza. Hacia delante, hacia atrás. Hacia adelante, hacia atrás. Hacia delante, hacia atrás. Rápido, muy rápido, con sacudidas muy fuertes y precisas y con los ojos fijos en él, grabando a fuego cada gruñido del hombre, cada gesto. Le encantaba verlo elegantemente vestido, con los pantalones bajados y la dureza grande, gruesa e hinchada delante de ella. Le gustaba comprobar cómo encogía el rostro o echaba la cabeza hacia atrás mientras entreabría la boca. O esas palabras que salían involuntarias y susurradas: «Oh, sí, *sucré*. No pares». «Mi amor, no pares». «Eres una diosa que hace maravillas con la boca». Y con

la mano, con la mano también, acompañando al movimiento de su cuello, sumada a la de Marc, que ejerció una leve presión en la nuca para que profundizara un poco más. Crearon una perfecta y placentera sintonía que al hombre le subía por las piernas y le contraía todos los músculos del cuerpo.

—Caramelo, voy a correrme.

Ella liberó su boca solo un segundo para rogarle:

—Mírame, por favor.

Quería verlo. Quería comprobar cómo se moría de gusto porque ella estaba permitiéndolo. Necesitaba hacerle saber que no era todas esas mujeres con las que se acostaba, pero que podría darle mucho de lo que le gustaba. De lo que les encantaba a ambos.

Aquel fue el detonante para Ferrara. Obedeció, intentando que el placer no le nublara la visión del caramelito de azúcar esperando su leche.

—Apártate, Nicolle.

Pero ella, al contrario, aceleró más el movimiento y aumentó la presión de la mano y de los labios, haciéndolo llegar al final y sin intención de retirarse.

El hombre se sujetó a sus hombros y con los dientes apretados intentó retener un gemido que salió de su garganta sin poder evitarlo mientras se descargaba dentro de la boca que tanto anhelaba. No perdió detalle de los gestos de la muchacha mientras aquello ocurría y se llenaba de él. Una vez terminado, cerró los ojos y tragó. Al apartarse, un breve hilo de aquel fluido cayó por su comisura.

Marc la levantó del suelo y con la propia toalla que la cubría la limpió. Después, la besó en la boca sin escrúpulos, con ganas, con pasión.

—Ha sido increíble, *sucré.* Increíble... —murmuró, tocando sus labios con el dedo pulgar—. No veo el momento de repetir.

Ella le sonrió.

—Ahora sí, espero que tenga una buena noche, señor Ferrara. Si no le importa, necesito ponerme el pijama. Mi amiga me espera.

—Buenas noches, preciosa. —Le sonrió y besó su mejilla—. Dejo que te vistas tranquila, que ya nos hemos expuesto demasiado. Pero no me conforma esto de que me hagas lo que quieras y te vayas sin que te haya rozado. —Cerró la puerta.

Cuando Nicolle salió del baño muy poco después, él se desabrochaba la corbata y se desabotonaba la camisa. Se giró para ver cómo ella le decía adiós con la mano, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta y marcharse, indecisa, volvió a mirarlo.

—Mmm... Marc. Antes me has preguntado si necesitaba algo. —Él esperó a que continuara—: Necesito que me ayudes con una cosa.

—Tú dirás. —Se desprendió de la corbata y la tiró sobre la cama.

—Sin preguntas personales.

—De acuerdo, sin preguntas personales.

—Tienes una discográfica, ¿no? —Asintió—. ¿Crees que podrías buscar información sobre un hombre?

—Depende. ¿Quién es ese hombre?

—Un antiguo telonero del Teatro Real.

Marc frunció el ceño.

—¿Cómo de antiguo?

—Pues... no sé. Puede que trabajara allí hace unos dieciocho años, más o menos.

—Ya, pero ¿qué tiene que ver con la discográfica?

—No sé... —Se miró las manos, nerviosa—. Tú conoces a mucha gente, y supongo que alguien de la música puede tener relación con el teatro, el baile... Al final está todo relacionado, ¿no?

—¿Sabes algo más de él?

Tragó saliva antes de hablar:

—Es ruso. Rubio, de ojos azules.

Ferrara se mantuvo serio y casi paralizado. Sabía a quién buscaba, claro que sí, pero había

prometido no hacerle preguntas personales y cumplió su palabra.

—¿Tienes un nombre?

Nicolle asintió, con los ojos brillantes y clavados en el suelo.

—Nicolás.

Marc cerró los ojos un segundo y ató cabos. La pregunta del aeropuerto, su malestar, la ausencia mientras comían...

—Haré todo lo posible, pero no te prometo nada. De hecho, es bastante complicado.

Ella asintió, hizo un tierno gesto de comprensión con los labios y se dio la vuelta.

—Muchas gracias.

—Solo una pregunta personal, Nicolle. Solo una. —Lo miró por encima del hombro y asintió —. ¿Estás segura de esto?

Tragó saliva, negó con suavidad y le respondió:

—No, pero lo necesito.

Capítulo 21

Solo le quedaba esa mañana libre antes de que comenzaran las clases, así que tenía que quitarse de encima a Gala durante un buen rato. La noche anterior le había dicho que la acompañaría al hospital para ver a Frida, por lo que le sería complicado para lo que tenía en mente. Por suerte, cuando se despertó era temprano y su amiga todavía dormía.

Antes de marcharse, mientras se abrochaba el cordón de la bota, la observó de reojo. Con el pijama alzado, las marcas eran visibles.

«¿Algo importante que quieras contarme?», le había preguntado la noche anterior, sentadas sobre la cama y hablando de cotilleos que habían ocurrido durante el viaje. Gala dirigió la vista allí donde Nicolle la miraba, se mantuvo unos segundos en silencio, pensativa, y finalmente negó. Después cambió de tema, nublándolo con una capa de indiferencia.

Nicolle suspiró, sabedora de que había algo más y de que, si no se lo había contado, no carecía de importancia.

Se vistió con rapidez y bajó a galope, como de costumbre.

—Un día te matarás por esas escaleras —le dijo una sonriente Celine a modo de saludo.

—Buenos días —le respondió, saliendo apresurada.

—¿No desayunas nada?

—No tengo tiempo. ¿Sabes si está Alfredo?

—Mmm..., sí, lo he visto por aquí. Creo haber escuchado que en nada irá a recoger a tu madre. —Miró su reloj de muñeca—. ¿No es muy temprano hoy?

—Pero tengo mucho que hacer.

Se marchó de la cocina y buscó a Alfredo en la planta baja, donde solía estar. Sin éxito, salió y lo pilló fumándose un cigarro, apoyado en la pequeña valla que cubría los rosales.

—Buenos días, Nicolle.

—Buenos días. —Le sonrió, como siempre—. Estaba buscándote. ¿Puedes llevarme a hacer unos recados antes de dejarme en el hospital, por favor?

Alfredo abrió exageradamente los ojos.

—Ya tiene que ser importante para que tú, que te niegas siempre a que te lleve, me lo pidas.

—Lo es.

—Vayamos, pues.

Apagó el cigarrillo y se dirigieron al coche.

Le cambió el turno a su madre. Por la mañana se quedó con Frida mientras Silvana descansaba un poco y se había ofrecido a comenzar con la limpieza por la tarde. Había invertido mucho tiempo pensando en millones de excusas que finalmente no necesitó emplear, porque Silvana se sentía tan cansada que la idea le pareció buena.

Cuando salió del hospital, el reloj casi rozaba las dos. Alfredo no la recogió, tal y como ella le había pedido.

Se dirigió a la boca de metro más cercana y puso rumbo a Montmartre. Más de media hora

después, estaba ante la cristalera agrietada de Eric. Como siempre que se encontraba allí, la inseguridad la invadió. No se detuvo a pensar en nada, porque entonces se daría la vuelta. Llamó y, al contrario que las veces anteriores, abrieron con rapidez. Era José, y se alegró mucho de verla.

—Supongo que buscas a Eric.

—Sí.

—Pasa. Está en la cocina, preparando un exquisito menú.

Extendió la mano para indicarle que entrara y ella aceptó con una sonrisa.

Se internó cautelosa en aquel curioso habitáculo de ladrillo que tanto le fascinó la primera vez y admiró al final del todo la figura trabajada del malabarista. Llevaba unos tejanos rotos y oscuros y una camiseta básica blanca que dejaban imaginar sin esfuerzo lo que había debajo.

Al girar la cabeza, la encontró sonriendo. Nicolle pudo ver desde su posición los bonitos ojos brillantes y el desconcierto en su cara al preguntarse qué hacía allí. Solo un halo casi imperceptible de algo que no identificó fue la diferencia con las otras veces que se había presentado en su casa.

—Sabes cocinar. Qué sorpresa.

Él alzó las cejas, divertido.

—Se llama instinto de supervivencia y se desarrolla aceleradamente cuando vives con dos tíos más. —Señaló el sofá, donde José se sentaba en ese momento y Jacob ya estaba acomodado.

El pelirrojo alzó su cerveza, casi sin desviar la mirada de la televisión y la saludó:

—Morena.

—Pelirrojo —dijo ella como respuesta.

Se alzó de puntillas para observar el contenido de la olla. Tuvo que aguantar la risa al ver macarrones cocidos y, al lado, un bote de tomate frito y una lata de atún.

—¿Qué te divierte tanto? —Ella negó, sonriente—. ¿Quieres quedarte a comer? He echado pasta para tres, y un poquito más por si algún autobús se equivoca de parada y tienen hambre.

—No, gracias. Tengo que volver. Gala ya ha llegado y le he prometido que almorzaré con ella. —Él la miró, preguntándose quizá qué hacía allí. Nicolle reaccionó rápido pegando un pequeño saltito—. Solo he venido a traerte algo.

Se sacó un papel del bolsillo y se lo entregó. Eric lo miró, extrañado.

—¿Qué es esto?

—Tu regalo de Reyes. —Le sonrió—. En España lo llevamos a rajatabla.

—No era necesario, Nicolle.

—Sí que lo era. Tú me regalaste algo por Navidad y ahora me apetece hacerlo a mí.

—¿Es un vale? —La muchacha asintió y le indicó con un gesto que le diera la vuelta. Obedeció y leyó en voz alta—: «Vale por una *pizza*, un helado y un día completo juntos».

Alzó la mirada y observó a Nicolle con intensidad. Con mucha intensidad. Tanta que a ella parecieron clavársele los tres puntitos diagonales en su propia retina. Si en algún momento había querido ocultar lo que sentía por la española de pelo azabache, el esfuerzo acababa de ser en vano.

Se había creado alrededor de ellos una especie de burbuja invisible que les proporcionaba intimidad.

—¿Has venido hasta aquí para traerme el regalo?

Se encogió de hombros, apreciando lo conmocionado que se sentía Eric.

—Tú hiciste lo mismo con el tuyo; no debe extrañarte. También a decirte que Gala ha vuelto y ya está en el Arrête. He hablado con ella para cerrar la actuación de la que hablamos. ¿Te parece bien el domingo día trece? —Le sonrió.

—Le echaré un vistazo a la agenda de actuaciones —vaciló, y después añadió—: Gracias.

—No son merecidas. —Ambos sonrieron—. Y ahora tengo que irme —le indicó Nicolle de repente, parpadeando y volviendo a su cocina-salón desde la que Jacob y José los observaban en silencio—. Hasta la próxima, chicos.

—Adiós —se despidieron al unísono.

Se encaminó a la salida y Eric la siguió, advirtiéndoles a sus compañeros:

—Que alguno le eche un vistazo a la comida.

Nicolle lo notaba detrás de ella mientras caminaba, así que no podía pensar con claridad. No solo había ido hasta allí para darle el regalo y confirmarle la actuación; tenía algo que decirle. Como siempre, supo que si lo pensaba, jamás lo soltaría, así que apretó los ojos y los dientes, se dio la vuelta y lo encaró.

—No solo he venido a traerte el regalo.

—¿No?

—No.

—¿Y a qué has venido?

—A pedirte disculpas. —Se tomó unos segundos antes de proseguir—: Te fuiste del hospital enfadado y... y yo me he sentido muy mal dándole vueltas a qué pude haber hecho o dicho para que...

—¡Maldita sea, Nicolle! —exclamó—. ¡Deja de hacer eso!

Ella ocultó el cuello en los hombros, sorprendida por la exclamación repentina.

—¿El qué?

—Pedir perdón por algo que no has hecho. ¡Ni siquiera sabes por qué estás pidiéndolo!

La chica frunció los labios, dolida por el tono de voz que estaba empleando.

—Se llama educación. Mi madre me educó para...

—Tu madre no te educó; te crio diseñándote a su gusto para que fueras quien ella quería y no tú misma. Y esto no se trata de educación, sino de amor propio. —Bajó el tono de voz de manera progresiva—. Y deberías tener un poquito más porque...

—¿Porque qué? —Dolida, alzó el mentón y dio un paso hacia él, colocándose muy cerca.

Con un gesto arrepentido, Eric suspiró, se tocó el puente de la nariz mientras se tomaba un segundo con los ojos cerrados y volvió a abrirlos. La miró.

—Porque eres la persona más maravillosa del mundo y jamás vas a ser capaz de verlo.

El cuerpo tenso de la chica se desinfló visiblemente. ¿Por qué le decía eso?

—Eric...

—No estaba enfadado contigo, sino conmigo mismo. Tú no tienes culpa de nada. ¿Cómo vas a tenerla? Nunca me has dado esperanzas de ningún tipo. He sido yo quien me las he creado.

—Pero yo... ¿Yo te gusto? —se atrevió a preguntar—. Quiero decir, ¿de verdad?

Él rio y se mordió el labio inferior.

—¿En serio estás preguntándome eso? Estoy colado de esos ojos azules desde que los vi por primera vez.

—Creí que la mayoría de las veces bromeabas y...

—Y no te has dado cuenta de nada más, ¿no? —«De cómo te devoro con los ojos y con la mente», quiso decirle—. Tal vez el beso del otro día pudiera darte una pista.

—Me dijiste que aquello no cambiaba nada.

—Porque tú no quieres que cambie, Nicolle. Es lo que me ocurrió en el hospital, que me di cuenta de la realidad. —Alterado, se tocó el pelo claro y despuntado, desordenándolo aún más—. Estás con él, ¿verdad? Terminaste el año con él.

Nicolle tragó saliva y Eric apreció cómo sus cejas se fruncían, preocupadas. Sabía a quién se refería.

No habló, no podía. Solo asintió de una manera casi imperceptible que desarmó al chico que tenía frente a ella, con los brazos a cada lado del cuerpo, deseando que se lo negara todo. Pero no lo hizo, claro que no. Y, en el fondo, era consciente de que sería así.

—Lo único que deseo de verdad es que esto no lo sientas, que no te arrepientas. Tú misma has comprobado lo que es capaz de hacer. La primera vez no lo fue, pero si vuelve a hacerte daño, será culpa tuya.

—¡Los macarrones están pasándose! —se escuchó a Jacob gritar desde dentro.

—Tengo que irme —fue lo último que dijo antes de dedicarle una mirada apagada y cerrar la puerta.

Su vida nunca era una balanza equilibrada; siempre pesaba más un lado que el otro. Cuando creía que estaba a punto de igualarse, que el bien y el mal se nivelaban, algo se le añadía a uno de esos extremos y conseguía que pesara más. Aquel día sintió que la balanza era ella, y sus brazos, Eric y Marc.

Eric, el bien.

Marc, el mal.

Un mal que la hacía extremadamente dichosa.

Un bien tan nítido que la hacía sentirse mal.

No sabía qué era lo correcto.

No sabía si, en realidad, el problema era que le encantaba lo incorrecto.

Era ella quien nivelaba la balanza y tenía el poder de cargarla a un lado u otro, pero todavía no quería percatarse de ese detalle.

Llegó a casa con el nudo del estómago convertido en una pelota gigante que ya no podía manipular. No había gestión de emociones, porque eran tantas mezcladas que no sabría clasificarlas. Así que hizo aquello que tan bien se le daba: calló, sonrió y disimuló que todo iba bien.

Cuando entró, Gala la esperaba sentada en la cocina, con el móvil en la mano. Alzó la mirada de la pantalla cuando la vio aparecer.

—Tú, miserable, ¿me has dejado tirada?

Nicolle soltó la mochila en la silla de siempre y puso los ojos en blanco. Celine entró en ese momento, cogió unos platos que estaban sobre la barra y volvió a desaparecer.

—Eras un oso hormiguero al que no fui capaz de despertar. Llegaba tarde al hospital.

—Por ahí lo dejo pasar. Venga, ¿qué hacemos esta tarde? ¿Vamos al Arrête?

—No puedo...

—Nicolle —la miró con severidad—, mañana empiezan las clases y se nos corta el rollo. ¿De verdad que no vamos a hacer nada?

—Tengo que limpiar. Silvana se va después de comer y debo quedarme yo. Ya sabes... —Gala suspiró, recostándose en la silla—. ¿No has quedado con Jan?

—Sí, pero esperaba que saliéramos todos juntos.

—Ya, todos juntos. —Enfatizó esto último.

Gala alzó las cejas varias veces y Nicolle le sacó el dedo antes de salir de la cocina. La noche anterior le había contado que Colin Manson seguía con Graciela pero que no dejaba de preguntar por ella. Al parecer, su amiga insistía en que lo suyo —aquello que fuera que hubieran tenido— se recuperara. Le entraron ganas de decirle que no recordaba siquiera que Colin estuviera vivo.

—A lavarse las manos, que vamos a comer —les indicó Celine, quien volvía a entrar a paso rápido.

Las chicas se sentaron a la mesa y, justo cuando lo hacían, Marc entraba por la puerta y Silvana se dirigía a la cocina.

—Silvana, acompáñenos. Almorzaremos juntos —le indicó Marc. Cuando la madre de Nicolle quiso protestar, él no se lo permitió—: Celine ha hecho comida para todos; tenemos que celebrar que ha empezado el año.

Se acomodaron alrededor de la mesa, incluso Alfredo, que siempre se escaqueaba. Nicolle alzó la mirada un par de veces para encontrarse con la sonrisa de aquel hombre de pelo y barba blanca y de mejillas gorditas y rojizas. Pensó en los recados a los que la había acompañado esa mañana y sonrió para sus adentros, notando que el ánimo se le levantaba un poco.

Tras aquello, intentó no alzar la cabeza en muchas ocasiones más. Sus ojos siempre iban a parar al hombre de camisa beis remangada hasta los codos que tenía delante, masticando con absoluta elegancia y bebiendo de la copa de vino. Era como un imán que la atraía irremediablemente. Necesitaba mirarlo y saber que él ya lo hacía. Siempre ocurría. Por eso no podía darse el gusto de contemplarlo durante muchos segundos.

Hacían cuenta de una buena merluza con salsa de almendras y patatas cocidas como guarnición mientras hablaban de trivialidades, cuando Marc le preguntó a su hija qué harían por la tarde.

—Nada —le respondió con fastidio—, Nicolle se queda a limpiar.

Marc enarcó las cejas, mirando a la nombrada.

—No lo sabía.

—Me ha propuesto quedarse ella e irme yo al hospital —intervino Silvana.

—No es que sea un hotel, pero al menos no está limpiando y puede descansar algo más —se explicó Nicolle.

—La cuestión: que me quedo sin planes. A veces pienso que lo hace queriendo para no salir —le reprochó Gala, y ella la miró.

—¿El qué?

—Buscarte excusas.

—Claro... Prefiero estar limpiando el baño que en la calle, tomándome algo en cualquier cafetería y con mis amigos. Muy coherente.

Todos en la mesa rieron.

—Capaz eres, aburrida. Pero que sepas que del cumpleaños no te libras. Hay fiestón asegurado, así que ve cerrando esa agenda tan ocupada que tienes, porque no hay excusas. Además, cae en sábado, y son tus dieciocho. Buah, ¡el día doce ya está aquí! Eso va a ser... —Lo dejó en el aire porque vio cómo Silvana tensaba los hombros al escucharla, visiblemente molesta por el rumbo de la conversación.

Decidió intervenir:

—Sí, ya falta poco. —Sonrió forzada, soltando el tenedor en el plato y apoyando los codos en la mesa para mirar a su hija, que se encontraba justo a la izquierda—. Con tanto ajetreo, no lo hemos hablado. ¿Qué querrás por tu cumpleaños?

Los ojos de Nicolle se dirigieron hacia Marc, que estaba en la parte de enfrente, junto a Gala.

—Bueno..., quería ir a Carmona, pero con todo esto de...

—Ya sabes que no podemos con tu abuela en el hospital —la interrumpió antes de que acabara —. Ve pensando algo más práctico. ¿Ropa? Supongo que necesitas ropa de invierno.

No, no quería ropa. Nunca la quería. Pero menos ganas aún tenía de discutir con su madre por cualquier cosa y en la mesa rodeada de gente.

Asintió, sonriendo, y se concentró de nuevo en acabarse la merluza.

—Yo la llevaré.

Todos los comensales dirigieron su mirada a Marc.

—¿Qué? —le preguntó Silvana descolocada.

Ferrara se limpió la boca con una servilleta y aclaró:

—Quiero decir, si no le importa, yo la llevaré a Carmona. Creo haber oído que es el fin de semana del doce, y yo tengo que viajar a Sevilla por unos asuntos de negocios. Si quieren, podemos ir Gala, Nicolle y yo. Solo necesitaré el viernes para el trabajo. Después, puedes mostrarnos tu ciudad y pasaremos allí el resto de los días. Cuando lleguemos el domingo, tiene la noche para celebrarla con su hija.

Él hablaba como si nada, a sabiendas de lo que significaba eso para ella. Emocionada, lo miró. Y a Marc le mereció la pena el riesgo que estaba dispuesto a correr, porque los ojos de Nicolle parecían la luz de la casa.

—Por mí perfecto —dijo ella con mucho entusiasmo.

—Al garete la fiesta —farfulló Gala, pero entonces su amiga le dirigió una mirada tan desesperada en el rostro que supo que tenía que claudicar.

—Ya habrá otros fines de semana para preparármela.

—Otros no caen en sábado, Nicolle. No seas muermo. ¿Qué vas a ver en Carmona? —Se le cambió el rostro.

—Por favor —le suplicó ella, sin querer mostrar lo ansiosa que se sentía.

Gala suspiró con fastidio.

—Está bien, nos vamos a Carmona. Bueno, supongo que la última palabra la tiene tu madre.

Toda la atención recayó sobre la mujer. Presionada por tantos ojos, asintió no muy convencida, y Nicolle reprimió las ganas de saltar y gritar. Sonrió con amplitud, alzó las pestañas para contemplar a Marc una última vez y atacó su merluza con ganas. El nudo en su estómago se

disolvió con rapidez y su ánimo ascendió tanto que creía que rebosaría.

Olvidaba que la balanza seguía ahí, y que pronto se desnivelaría.

Capítulo 22

Esa tarde, cuando Marc volvió de la oficina y entró en casa, oyó una música prácticamente inentendible que provenía de la planta superior. Contrariado, entró en la cocina, donde se encontraban Alfredo y Celine hablando.

—¿Qué es eso? —preguntó sin saludar siquiera, señalando hacia arriba.

Con una sonrisa divertida, chófer y cocinera se encogieron de hombros.

—Al parecer, la señorita está muy contenta hoy —dijo Alfredo.

—Y no contaba con tu presencia esta tarde —añadió Celine, sabiendo de sobra que, de haber sabido que llegaba el jefe, no se le habría ocurrido poner la música a toda voz.

Marc suspiró, fingiendo pesadez, y se dio la vuelta para subir las escaleras. Al llegar a la segunda planta, buscó por todas las habitaciones sin hacer ruido hasta dar con ella en el gimnasio. Intentó no ser visto y disfrutó de lo que tenía delante.

Llevaba puesto su uniforme a rayas azul y blanco y el pelo se recogía en un gran moño desordenado. Ferrara descubrió sobre una de las máquinas que el causante de dicho alboroto no era más que el móvil conectado a un altavoz portátil. Desvió sus ojos de nuevo a Nicolle, que con un aparatito plano limpiaba el gran ventanal que daba directo a la calle mientras bailaba de un lado a otro. Esta vez no eran movimientos sutiles guiados por una canción escuchada solo para ella; estaba bailando de verdad. Con los pies, la cintura, los hombros y la cabeza. De esa manera que uno disfruta solo cuando sabe —o cree— que nadie está viéndolo.

Tras un buen rato, habló:

—Si no me equivoco, esto ya lo he vivido yo antes.

Nicolle se giró, sobresaltada, y al verlo allí, cruzado de brazos, apareció en su rostro una bonita y sincera sonrisa. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no tirarse a sus brazos. Dio solo unos pasos para acercarse al móvil y detener la música. Al contrario de lo que deseaba con toda su alma, se quedó anclada al suelo.

—Pero creo recordar que al darme la vuelta había un hombre semidesnudo apoyado en esa puerta, y no trajeado.

—Y yo creo recordar que la muchacha que me encontré aquí limpiando era pudorosa y que se le encendieron las mejillas al comprobar que la había descubierto bailando.

—Creo que esa muchacha ya no existe, porque acabo de darme cuenta de que preferiría encontrarme al hombre semidesnudo, y en aquel momento jamás lo habría reconocido. Apenas han pasado meses desde eso y parece que hace años.

—Has dicho que jamás lo habrías reconocido, no que no lo hubieras deseado.

Se miraron, en silencio, y, ahora sí, las mejillas se le encendieron, encandilando a Marc.

—¿De verdad vas a llevarme a Carmona?

Los labios del hombre se curvaron hacia arriba.

—Lo querías por tu cumpleaños, ¿no?

—Sí. Supongo que es mi regalo. —Él asintió—. Yo nunca te hago regalos.

—¿Ir a Carmona te hace feliz?

—Mucho.

—Entonces ya me has hecho un gran regalo.

Estaba conmocionada por escuchar todo eso de los labios carnosos de su hombre. Era el mismo por el que había sufrido y llorado. Aquel que le hacía creer que un beso solo era un beso, que un encuentro era un encuentro... Que todo carecía de importancia. Y ahora era como si todo lo que tuviera que ver con ella le importara de verdad. Cada vez que le decía algo así, aunque fuera escueto y directo, su corazón palpitaba con fuerza, dichoso.

—Ahora tengo que irme. En unas horas salgo de viaje.

—¿Adónde?

—A Ruan.

—¿Mucho tiempo?

—La semana completa, o puede que incluso unos días más. —El rostro de Nicolle se ensombreció—. La escuela está a punto de abrirse y necesito ultimar detalles. Si se me alarga el asunto, tendré que quedarme para la inauguración y no tener que ir y venir dos veces.

—¿Qué día es la inauguración? —le preguntó temerosa. Toda la dicha había caído en picado.

—El once. Pero estaré aquí para tu cumpleaños, Nicolle. Te lo prometo. Y ahora tengo que preparar la maleta y pasar por la oficina para coger unos papeles que necesito.

—¿Lo sabe Gala?

Asintió, consciente de que solo alargaba la conversación para demorar su marcha.

—Estoy esperando a que llegue para verla antes de marcharme.

Iba a echarlo de menos, era consciente; sin verlo por los pasillos, escucharlo ofuscado hablar por teléfono dentro del despacho o dormirse casi todas las noches con la melodía que creaba con las manos y su piano. Quería besarlo y abrazarlo, pero sabía que no era buena idea. Si Celine o Alfredo subían... Si Gala o Silvana llegaban...

—Adiós, Marc.

—Adiós, Nicolle. Céntrate en las clases.

Cuando se giró, dispuesto a irse, la muchacha habló muy bajito:

—Te echaré de menos.

Despacio, se dio la vuelta y la observó durante un segundo. Sin pararse a calcular las consecuencias, dio unos pasos rápidos hasta estar frente a ella, la sujetó por la cintura y la pegó a él para besarla con pasión. Internó su lengua con urgencia, buscando la suave y húmeda de Nicolle, y sintió cómo se endurecía por el simple hecho de probar su boca, tanto que se hincó en el abdomen de la muchacha.

—Estoy seguro de que yo también, *sucré*, yo también...

Era la verdad. Sabía de sobra que aquella boca, aquel sabor, aquellas manos que en ese momento tocaban su pecho por encima de la camisa... Nada de eso era fácil de olvidar.

La besó un poco más. En los labios, en las mejillas y en el cuello.

—Cuando venga, espero que tengas la maleta preparada.

—Y yo espero que no ocurra nada que te impida llegar.

—Yo siempre cumplo mis promesas.

—Tacharé los días en el calendario, entonces.

Poco después, cuando terminó la jornada y estuvo segura de que se había marchado de la casa y posiblemente de la ciudad, procedió a sacar su regalo y a colocarlo. Solo esperaba que no se enfadara al llegar y ver aquello allí. Tampoco quería que lo hiciera por la pequeña mentira que le había contado a Alfredo para poder involucrarlo en su regalo.

Satisfecha con el resultado y tras darse una ducha, bajó al salón dispuesta a relajarse y se tumbó a ver la televisión. Era algo que no solía hacer, teniendo en cuenta que aquel no era su hogar, por mucho que le insistieran. Pero en la casa no había nadie más que Celine, y con ella no había pudor.

Encendiendo la televisión estaba cuando sonó el timbre. Celine debía encontrarse en la alacena, porque no abrió, así que Nicolle se puso de pie y se dirigió a la entrada, resoplando.

Cuando abrió, se quedó helada. Estupefacta, bloqueada.

—Buenas tardes. —La mujer que tenía enfrente le sonrió.

—Hola —dijo Nicolle secamente, sin comprender cómo le habían salido las palabras.

No la había visto nunca en persona, solo en fotos, pero no había ninguna duda, era ella.

La mujer miró hacia arriba, buscando el número de la vivienda.

—¿Está Marc Ferrara? —No le respondió—. Perdone, ¿está Marc Ferrara? —Nicolle negó en silencio—. Pero ¿vive aquí?

—Eh... No —respondió sin pensar.

—¿No? Qué raro. —Desplegó un papel pequeño que llevaba en las manos, lo ojeó y comparó de nuevo el número—. Me han dicho que era aquí.

—Pues deben haberse equivocado. Que tenga un buen día. —Y cerró la puerta, nerviosa. Cuando lo hizo, soltó un suspiro.

No sabía que tenía los ojos cerrados hasta que los abrió, y se encontró a una impresionada Celine que se disponía a abrir, pero había llegado tarde. O demasiado pronto, teniendo en cuenta que lo había visto todo.

—¿Esa era...? Nicolle, ¿esa era la madre de Gala?

—Sí —susurró ella, al borde del llanto—. Creo que sí.

Celine se llevó el puño a la boca y mordió el nudillo de su dedo índice.

—Joder, son dos gotas de agua.

A Nicolle le temblaban las piernas y los brazos, no sabía si por la mentira que acababa de echar o simplemente porque esa mujer estuviera allí, buscándolo.

—Dios... —murmuró, y se tocó la frente, intentando centrarse.

—¿Le has dicho que Marc no vivía aquí? Pero ¡¿qué te pasa?! ¿Quieres meterte en un lío?

—No... no sé qué me ha pasado.

—Que te has cagado de miedo al verla y saber que viene buscándolo —le reprochó alterada—. Y lo siento mucho por tu historia de amor adolescente o lo que quiera que sientas por él, pero debo contárselo. No estamos hablando de una idiotez, Nicolle, esto es algo muy serio. No sabemos qué quiere. Esa mujer desapareció hace años y puede que venga buscando a Gala, justo ahora que Marc se va. Si le pasa algo y Marc se entera de que lo sabíamos, mínimo, de patitas en la calle. Y tú despídete del romance de película, porque te odiará.

Sujetó por el brazo a Celine con fuerza y la miró a los ojos, pegándose mucho a ella.

—Por favor, deja que se lo diga yo. Lo haré en cuanto vuelva, lo prometo, pero déjame hacerlo.

—Tú sabrás. Pero más vale que lo hagas pronto, si no, seré yo quien se lo cuente. —Se soltó del agarre con suavidad y desapareció.

La balanza de Nicolle cogió tanto peso en un solo lado que volcó. Con ella, su mundo y sus esperanzas.

Marc estaba a punto de salir de la oficina. Había oscurecido y solo la luz de su despacho iluminaba la gran estancia de cristal. Ya en la puerta principal, tuvo que volver sobre sus pasos para hacerse con la carpeta verde que guardaba en uno de los cajones de su escritorio y que contenía el Protocolo de Prevención de Riesgos Laborales que debía dejar en la escuela que se inauguraría en días. Farfulló mientras se hacía con los documentos. El viaje a Ruan lo haría en coche, y aunque solo tenía unas dos horas de camino, había quedado para cenar con los que formarían la plantilla de una nueva escuela de idiomas Puissance. Odiaba llegar tarde, así que debía darse prisa.

Con la carpeta bajo el mismo brazo en el que llevaba el maletín, apagó la luz, conectó la alarma con rapidez y cerró la puerta principal. Al girarse, se dio de bruces contra alguien, una mujer que no podía ver con claridad porque el pelo castaño estaba revuelto en su pecho en ese momento.

—Disculpe —dijo apurado, sujetando a la mujer por los hombros y apartándola con cuidado para comprobar si le había hecho daño—. Iba corriendo y no me he dado cuenta de que... —No terminó la frase, y tampoco soltó los hombros de la mujer. Si lo hacía, perdería el equilibrio—. ¿Francesca?

—Hola, Marc.

Los días habían sido para Nicolle lentos y agonizantes. No tenía noticias de Marc; ni un mensaje ni nada que Gala le contara sobre él. Estaba tan acostumbrada a que fuera de un lado para otro que no les daba mayor importancia a los viajes de su padre. En la casa la vida seguía tal cual, con Marc o no lejos de ellas. Todos sabían cuál era su función y la cumplían sin sus órdenes. Sin embargo, sentía una ansiedad indescriptible que, sabía, solo se aliviaría cuando escuchara los pasos firmes, el ruido de las llaves al dejarlas sobre la mesa de la entrada y él apareciera en el umbral de la cocina, como de costumbre cuando llegaba.

Eric tampoco había dado señales de vida desde la visita a su casa. Las tardes que estaba en el Arrête mientras Gala trabajaba, tenía la esperanza de girarse y verlo sentado en la barra. O al salir de clases, esperándola porque hubiera averiguado cuál era su instituto, al igual que hizo con el hospital. Pero eso no ocurrió, y su esperanza fue apagándose a la vez que su balanza se desequilibraba más y más.

Frida recibió el alta médica y pudo irse a casa. Ahora era todo un poco más complejo que antes, pues no había enfermeras ni médicos que estuvieran pendientes en caso de ellas no poder. Por eso, Nicolle se pasó la mayor parte de los días en casa de su abuela, cuidando de ella y distrayendo la mente en la medida de lo posible. Porque su cabeza era un hervidero de preguntas y, lo peor, de suposiciones sobre las personas que conformaban su alrededor, pero sobre todo le martilleaba la imagen de Francesca: el pelo castaño, ahora más corto de lo que había visto en las fotografías; sus ojos cobrizos y rasgados, iguales a los de su hija; su rostro, bonito, muy a su pesar, y un cuerpo por el que ella firmaría sin mirar para un futuro.

¿Qué hacía esa mujer allí?, ¿habría hablado antes con Marc?, ¿qué intenciones tenía de repente?, ¿quería recuperarlo? Esta última pregunta era la que más daño le hacía. Imaginar que se escapaba otra vez de sus brazos era tan doloroso que a veces se descubría llorando en silencio solo de pensarlo. Aquello no era lo único que le causaba pánico, sino también el hecho de contarle a Marc que le había mentido y cerrado la puerta de su casa. ¿Quién era ella para hacer aquello? Nadie.

Después se tranquilizaba. «Llegará para tu cumpleaños, lo aclararéis todo y él te dirá que no quiere nada de esa mujer», se decía una y otra vez.

Entretanto, clases, salidas con Gala y guardias en casa de su abuela.

Esperar, esperar y esperar.

Hasta el día once, que se levantó de un salto, entusiasmada y deseando verlo. No sabía si sería por la mañana, por la tarde o por la noche, pero llegaría. Le había prometido que estaría allí para su cumpleaños y para partir el viernes hacia España. Pero las horas fueron pasando y pasando. Llegó la tarde, y con ella la noche, mientras miraba una y otra vez la maleta preparada en un rincón de la habitación, junto a la de Gala.

—Vendrá —le dijo su amiga cuando la vio sentada sobre la cama, observando el equipaje—. Siempre lo hace, Nicolle. Al principio, yo sufría cuando se acercaba la hora y no estaba aquí, hasta que aprendí que al final siempre llegaba. La vida de Marc es poco predecible y ajetreada, pero se encarga de ordenarla lo máximo posible.

La creyó, esperanzada. No obstante, llegó la hora de irse a la cama y no sabía nada de él. Ni un mensaje ni una llamada. De nuevo, se preguntó por qué.

Fueron las notas de un piano las causantes de su desvelo. Abrió los ojos, descolocada, y descubrió dónde estaba y qué era ese sonido melodioso.

Miró la hora; las cuatro de la mañana. Sonrió, somnolienta. Se mordió el labio inferior y reprimió las ganas de pegar un gritito de alegría. Cuando se calmó, decidió levantarse.

Guiada por unas notas desconocidas y conocidas a la vez, caminó sigilosa y subió a la tercera planta. Se acercó de puntillas, sabiendo que Marc, aunque ya no fuera el hombre de unos meses atrás, seguía sin querer público. Se sentó al otro lado de la pared, cerca de la puerta para oír bien. Apoyó la espalda y se mantuvo alerta, escuchando con una sonrisa enmarcada en el rostro.

Había cumplido su promesa.

Estaba allí.

Había llegado.

Despacio, soltó el aire contenido por la nariz y notó cómo sus músculos se relajaban. Disfrutó con plenitud del concierto solitario y nocturno mientras imaginaba cómo sería aquel fin de semana. Volvería a su hogar, con él, y podría enseñarle todas las cosas de las que le había hablado: su barrio, el castillo, la Vega, las calles empedradas y estrechas...

La voz alterada de su amiga la despertó; tenían que coger el avión. De un solo movimiento rápido se incorporó, contrariada. ¿Qué hacía en su cama? ¿Cómo había llegado hasta allí? Recordaba haber subido a la tercera planta la noche anterior y escuchar a Marc tocar el piano. ¿Acaso se había dormido y él la había descubierto? ¿O es que entre sueños había bajado por sí misma y no lo recordaba?

Alguien golpeó la puerta con los nudillos y habló al otro lado. Era la voz de Celine:

—Niñas, Marc os espera, y creo que comienza a impacientarse. Gala, ya sabes que le gusta llegar al aeropuerto con tiempo.

Ambas se miraron sonrientes y saltaron de la cama entre gritos.

Nicolle volvía a España.

Capítulo 23

Poco menos de tres horas después, iban hacia Sevilla capital en un coche que habían alquilado en el mismo aeropuerto. Gala había insistido en ser la copiloto y Nicolle no había protestado en contra.

Marc la observaba por el espejo retrovisor central. Lo hacía con disimulo, pero de vez en cuando, aunque pretendía evitarlo a toda costa para que Gala no pudiera apreciar nada extraño, no le era posible. Sus ojos iban de nuevo hacia arriba y encontraban el reflejo de la muchacha, quien, con una sonrisa permanente en su rostro, miraba por la ventanilla con los ojos brillantes.

Había mentido aquel día en la mesa; no tenía ningún asunto de trabajo por el que ir a Sevilla. ¿Por qué lo había dicho, entonces? Pues no lo sabía. Solo lo dijo. Quizá fueron los ojos tristes o la pasividad con la que había aceptado que su regalo de cumpleaños no era posible. Al menos no el que ella deseaba. En aquel momento, sintió la necesidad imperiosa de cumplirle cada deseo, cada capricho, con tal de no ver apagarse los ojos turquesas, esos que siempre transmitían luz. Así que sin pensar lo soltó.

Quería que fuera feliz.

Quería hacerla feliz.

El viernes lo pasaron en un hotel de Sevilla capital. Su hija y ella dormían en la misma habitación, donde pasaron la mayor parte del tiempo alternando con las actividades que realizaba el hotel o metidas en el comedor, atiborrándose. Él estuvo en la suya, aprovechando para adelantar trabajo que sí tenía, aunque no fuera necesario viajar a España para ello. De hecho, acababan de inaugurar una de sus escuelas en Francia, y aunque todo iba bien, si surgía algún problema allí no le convenía tener casi tres horas de distancia. No le importaba. Solo pensaba en una cosa, en un lugar, en una promesa, en una persona.

No se quitaba de la cabeza cuál sería su reacción, sus gestos o sus palabras. Se excitaba solo de pensarlo. Después, cuando el calentón disminuía, se preguntaba qué iba a hacer con todo lo que se le removía por dentro cada vez que pensaba en ella.

«Este fin de semana. Solo este. Disfrútalo sin pensar en las consecuencias y, luego, tomas una decisión», se repetía.

Aquella noche cenaron juntos. Él se disculpó por no haber podido dedicarles tiempo durante todo el día, pero ellas le restaron importancia a eso; habían estado aprovechando y divirtiéndose en las instalaciones del hotel. No obstante, podía notar el nerviosismo de Nicolle, la manera en la que apartaba la mirada cuando la observaba. ¿Estaba intentando disimular delante de Gala, o es que le ocurría algo con él?

No le sacó mucha conversación, ya que sería extraño. Antes de perderse locamente por ella, cuando solo era una niña que visitaba su casa, no era de hablar con él de manera extendida delante de la gente. Marc tampoco era asiduo a conversar con desconocidos, así que cada uno adoptó su papel y siguieron siendo el padre y la amiga de una misma persona.

Solo cuando se disponían a entrar cada uno en su habitación, puerta con puerta, ambos se miraron unos segundos y en silencio. Fue breve pero muy intenso. Tenían la sensación de que los separaba una pared y parecía un oasis.

Marc se tumbó en su cama y pensó en ella, en el encuentro del último día del año. Era imaginarla en la ducha, de rodillas y lamiendo el cristal de manera provocativa, y su polla cobraba vida. No era capaz de retenerla. Tampoco es que quisiera. Se tocaba una y otra vez pensando en ello, rememorando su cara, su cuerpo... Y se corría. Se pajeaba de nuevo, pensaba en ella y se corría. Se corría. Más furia, más descontrol, fuertes sacudidas. Se corría. Era un bucle en el que no recordaba entrar desde que era un niño. Pero allí estaba, en la habitación de un hotel, pensando lo que ocurriría al día siguiente y derramándose una y otra vez, siempre pensando en una misma persona, en lo que podría suceder solo veinticuatro horas después.

¿Qué tenía que lo volvía tan loco?

Y el sábado llegó. Y, con él, el viaje a Carmona.

Solo tardaron una media hora hasta desviarse por la entrada de la ciudad. Cuando lo hizo, la sonrisa de Nicolle creció y sus ojos se iluminaron más que nunca. Observó con curiosidad cómo abría la ventanilla trasera, cerraba los ojos e inspiraba con profundidad en el más absoluto silencio, de esa manera tan discreta que lo hacía todo.

—¿A qué huele? —le preguntó Marc, quien en ese momento la miraba por el espejo retrovisor.

—A recuerdos.

No sabía cuándo fue la última vez que habían caminado tanto. Aquello no era un pueblo, era mala idea. Precioso, sí, pero muy grande. Y con muchas cuestas. Pero Nicolle era un pajarillo inquieto que quería volar de un lado a otro, mostrándoselo todo: el mercado de Abastos, la plaza de San Fernando, las iglesias, los conventos, la Puerta de Córdoba... No podían entrar en todos lados; no tenían tiempo.

—Mañana volvemos si quieres, te lo prometo —le dijo Gala con la lengua fuera, subiendo las cuestas y soportando la temperatura que, aunque era el mismo invierno, nada tenía que ver con París. Allí daba el sol de pleno y comenzaban a sobrar capas de ropa.

—Una cosa más. Solo una.

—Eso dijiste hace dos horas. Y yo necesito hidratarme.

Marc no se quejaba, aunque ya notaba el resquemor en los gemelos y se preguntaba cómo podía aguantar con tanta agilidad la paliza de caminar.

—El castillo, solo el castillo. Va a encantaros, ya veréis. Y es cuesta abajo.

—¿Por qué tanto interés, si ya lo conoces y yo no tengo ninguno por hacerlo? —volvió a quejarse Gala.

—Cállate ya. Está aquí al lado.

Ferrara reconoció el castillo en cuanto lo vio porque ella le había hablado de él y de lo poco que lo valoraba hasta que dejó de contemplarlo cada día. Era majestuoso, y se encontraba en tan buen estado que, si no veías a los coches pasar por delante, podías creer que estabas en una época pasada.

—A veces montan un mercadillo medieval que rodea todo esto —le contaba a Gala, emocionada, mientras señalaba a un lado y a otro— y parece transportarte. Si en otra ocasión venimos con tiempo, podemos subir a verlo.

—Sí, sí, en otra ocasión —respondió su amiga a media voz.

—Y esa tienda pequeña de ahí, esa que parece incrustada en el castillo, es la más antigua que se conoce en Carmona. Y...

Y habló, habló y habló. No la escuchó, por más que lo intentó. Solo podía recordarla en el pasillo de la tercera planta, al otro lado de la sala del piano, sentada y profundamente dormida. No le molestó encontrarla allí. Sabía que, a pesar de sus duras advertencias, eran muchas las ocasiones en las que hacía aquello. No la había visto, pero parecía sentirla.

Los llevó a Hytasa, el barrio donde se había criado, y después a por las tortas inglesas de las que alguna vez les había hablado.

Marc accedió a cenar allí en vez de en Sevilla capital, donde tenía costumbre y sitios fijos. Ella se empeñó en llevarlos a lo que allí denominaban las Peñas, donde, decía, se comía muy bien y muy barato. Aunque Marc insistió en que eso no era problema, ella lo hizo más, recalcando que quería sentirse en casa, a su ritmo y con su gente.

—Muy bonito, muy todo, pero vaya fiasco de cumpleaños —dijo Gala, tomándose un mojito en el mismo *pub* del hotel cuando llegaron a Sevilla.

—Ya tendréis tiempo de celebrar un supercumpleaños —añadió Marc con tonito— cuando yo no esté presente para castigarte.

Gala rio.

—Sabemos divertirnos sin beber, ¿eh?

—Ya veo, ya... —objetó su padre, mirándola con las cejas alzadas. Ambas estaban sentadas, bebiendo de su pajita y prácticamente en silencio.

Marc argumentó que estaba cansado y que se iba a la cama. Ni siquiera se había terminado su bebida, pero es que la impaciencia le podía. Miró el reloj.

—Tú nunca quieres irte a la cama —soltó Gala con el entrecejo fruncido.

—Tampoco me dan una paliza diaria subiendo y bajando cuestas de calles empedradas. Buenas noches, niñas. Portaos bien.

Ambas pusieron los ojos en blanco y vieron cómo desaparecía hacia los ascensores.

—Yo también estoy cansada —informó Nicolle.

Gala la sujetó por el brazo.

—Ni de coña nos acostamos ya. Ahora le pedimos una botella al camarero y nos montamos nuestro cumpleaños arriba.

El móvil de Nicolle sonó y lo sacó de su pantalón, extrañada por las horas. Había hablado con su madre y con su abuela esa misma tarde y habían quedado en llamarse al día siguiente.

No eran ninguna de ellas. Era Marc. Su corazón brincó.

Marc:
Necesito que a las doce estés en mi habitación y arreglada.

Nicolle:
Gala quiere que celebremos el cumpleaños ahora.

Marc:
Invéntate una excusa.

—¿Quién es? —le preguntó Gala.

Soltó el móvil con rapidez y se preguntó qué tono era exactamente el que Marc había utilizado con ella. Estaba preocupada por lo cortante que estaba sonando en su cabeza y a la vez expectante por el mensaje tan enigmático.

—Mi madre. Que cómo ha ido la excursión —mintió.

—Larga y calurosa.

—Eso estoy contándole. Y que algo ha debido sentarme mal, porque tengo el estómago revuelto y nauseas.

—Española, ¿eso no será una excusa para no beber el día de tu cumpleaños?

—Ni mucho menos.

Le costó más de cuarenta minutos convencerla de su malestar y de subir a la habitación. Una vez allí, invirtió casi una hora en que soltara el móvil y al fin se durmiera. Tuvo que prometerle que el fin de semana siguiente aceptaría cualquier plan que le propusiera para celebrarlo de verdad.

No veía el momento de salir de la habitación. ¿Qué le esperaría en la de Marc? ¿Por qué tenía que presentarse arreglada? Estaba nerviosa y temía que Gala se despertara. No podía permitirse

ducharse allí, secarse el pelo, maquillarse... Se despertaría, sin ninguna duda. En el más absoluto silencio, decidió meter todo lo necesario en una bolsa que llevaba siempre en su maleta para guardar la ropa usada y salió de puntillas, pidiendo interiormente que por favor no la escuchara, o todo se iría al traste. Se prepararía en la habitación de él.

Golpeó con suavidad la puerta contigua y Marc no tardó en abrirle. Para su sorpresa, lo hizo recién duchado y con una toalla envuelta en su cintura. Fue grandioso disfrutarlo de aquella manera. Tenía el pelo húmedo y revuelto, el torso desnudo, y aún se deslizaban algunas gotas por él hasta perderse en la toalla.

Sin permitirle recrearse mucho más, la sujetó de un brazo, la metió en la habitación y la acorraló contra la misma puerta justo después de haberla cerrado. La bolsa se le cayó de las manos. De repente, lo tenía muy cerca y su perfume a limpio la embriagó. No durante mucho tiempo, pues una boca devoró la suya sin dejarla asimilar qué estaba ocurriendo.

Pero Marc tenía el poder de envolverla en segundos, y cuando eso sucedió, Nicolle alzó las manos y las enterró en su cabello, acercándolo más, deseosa de él.

—Feliz cumpleaños, *bonbon sucré* —murmuró en su boca, y la besó repetidas veces.

—Creí que nunca me lo dirías.

—¿Crees que me he olvidado de este día, señorita mayor de edad? —Ella sonrió—. ¿Cómo podría hacerlo?

Sujetó el filo de la parte superior de su pijama y ella levantó los brazos para que pudiera desprenderse de él. Le tocó los pechos descubiertos y bajó la cabeza para lamerlos con ansia; primero uno y luego el otro. De nuevo, subió a su boca.

—No me has llamado ni mensajeado. Ni siquiera sabría si llegarías —le reprochó de manera pausada y entrecortada debido a la interrupción de sus besos.

—Te prometí que lo haría, y yo siempre cumplo mis promesas —le recordó mientras bajaba sus pantalones y se agachaba. Se deshizo del dichoso pijama y mordió con suavidad los muslos prietos que tenía delante.

—Pero podrías haberme avisado. Lo he pasado mal.

—No podía arriesgarme. Lo sabes. —Lamió desde su tobillo hasta la ingle, pasando por la parte interna del muslo derecho. Ella se sujetó a su hombro y gimió bajito, mordiéndose el labio inferior—. Qué se yo dónde tienes el móvil —siguió lamiendo—, si estás con Gala o con tu madre...

—Te he echado de menos estos días. Mucho —le confesó mientras la lengua del hombre ascendía y una mano apartaba sus braguitas a un lado.

—Yo también, caramelo. Yo también. Y he imaginado millones de veces que me comía este coñito. —Lo lamió, dejando ahí toda la humedad de su lengua, haciendo que ella se desestabilizara y tuviera que sujetarse con brío—. Y cómo te corrías en mi boca mientras tanto.

La otra mano de Nicolle se aferró al pelo oscuro y largo y tiró con fuerza, gozando con los ojos clavados en el hombre que tenía delante.

—Oh, Marc...

—Pero hoy no te quiero saciada. —Abandonó su sexo, llevándose el dulce sabor, y sin más se levantó—. Hoy te quiero caliente, excitada y dispuesta. —Le lamió la boca para compartir su aroma.

—¿Dispuesta... a qué? —balbuceó, todavía descolocada por su inminente abandono.

—A cumplir promesas.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Para qué necesitas que me arregle?

—Tenías ganas de conocer el mundo en el que me muevo, ¿no? Pues entra a la ducha, porque tenemos una cita pendiente.

—¿Vamos a...?

—A la ducha. Las preguntas, después.

Sin protestar, se dio la vuelta, alcanzó su bolsa del suelo y caminó, observando de reojo el gran bulto señalado debajo de la toalla.

¿Iba a llevarla a ese club liberal del que le había hablado?

Los nervios, las expectativas y el miedo se apoderaron de ella. Toda la valentía que

demostraba siempre que se lo pedía acababa de salir corriendo. Solo quedaba una muchacha inexperta con dieciocho años recién cumplidos que, después de todo, seguía siendo virgen.

Salió del baño en silencio, muy maquillada y con la melena larga y negra recogida por un solo lateral, lo que provocaba que sus grandes ojos ensombrecidos de negro en la parte superior fueran como dos luceros de cristal. La indumentaria se componía de un vestido negro y unos tacones del mismo color.

Cuando Marc la vio por encima de su hombro, se le cortó la respiración. Se abrochaba en ese momento los puños de la camisa negra y Nicolle inspeccionó el escandaloso y perfecto cuerpo que se reflejaba en el espejo.

—Estás muy guapo con esa pajarita roja.

—Y tú muy bonita —la piropeó, mirándola directamente—, pero ahora vas a estar preciosa. Quítate el vestido, los zapatos y la ropa interior.

Se quedó muda y sin mover un solo músculo. Marc se giró y asintió con una mirada que le transmitía serenidad mientras le indicaba sin palabras que lo hiciera, que confiara en él.

En el más absoluto de los silencios, se desabrochó la cremallera, se bajó el vestido, se desprendió de los zapatos y, algo más reticente y sin ser capaz de mirarlo, la ropa interior. Era extraño que él se la quitara con tanta facilidad y que ahora sintiera vergüenza haciéndolo sola. Quizá porque el hombre no perdía detalle de sus movimientos y se encontraba a pocos metros de distancia; metros que le proporcionaban inseguridad.

Ferrara, frente a ella, la observó unos segundos mientras esperaba alguna reacción que no llegó. Continuó allí, con los brazos a cada lado del cuerpo, desnuda y aguardando.

Se dirigió al armario, sufriendo por perderla de vista un solo momento, y se acercó a ella con unas sandalias negras de tacón alto y un conjunto de lencería, también negro. Nada parecido había tocado la piel de Nicolle. Era elegante, sexi, sedoso y, al parecer, muy caro.

—¿Qué es esto? —Sujetó unos tirantes que sobresalían de la parte inferior del tanga.

—Un liguero.

—No sé abrocharlo.

—Yo te ayudo —se ofreció extasiado.

Sujetó las medias, se arrodilló frente a ella y la instó a apoyar el pie en su rodilla. Despacio, le desabrochó el zapato y lo apartó a un lado. La miró con lascivia, y sin dejar de hacerlo, lamió su pequeño pie con lentitud y sensualidad mientras metía la media con cuidado y la guiaba por el mismo lugar que su boca había besado. Repartió pequeños besos por el interior de su muslo mientras subía la fina y delicada prenda y mordió con suavidad al llegar al final. Después, repitió la acción con la otra y le abrochó los cuatro tirantes del liguero, dos por delante y dos por detrás, bajo la atenta mirada de Nicolle. Ver cómo la vestía de esa manera la puso caliente; el azote en su trasero cuando acabó, cardiaca.

Caminó hasta el espejo y se miró en él. Tenía que reconocerse a sí misma que estaba radiante. Sus piernas parecían más largas, más prietas, puede que efecto de los tacones. Y su cuerpo... Las curvas se marcaban a la perfección bajo el tanga de encaje, a conjunto con el sujetador que alzaba sus pechos pequeños y el liguero que parecía pintado sobre sus muslos. Nunca se había sentido así, tan guapa y poderosa.

—Y ahora lo mejor. —Marc regresó al armario, cogió una percha y, para sorpresa de Nicolle, sacó una prenda que conocía muy pero que muy bien.

Se quedó bloqueada, sin saber qué decir.

Su vestido largo y de color rojo, ese que tantas veces se había imaginado puesto, ahora estaba en las manos de Ferrara.

—Pero... ¿cómo?

Él sonrió, contemplando su rostro de sorpresa, sus labios gruesos entreabiertos y la duda en su mirada. Supo que había merecido la pena.

—Las preguntas, después. Ahora póntelo y mira en el espejo la mujer que eres. Feliz cumpleaños, caramelo. Te prometo que nunca olvidarás esta noche.

Jamás lo haría, por muchos motivos. Pero ella eso todavía ni lo imaginaba.

Capítulo 24

No había visto el camino y no se había concentrado en memorizar nada. Sencillamente, no podía pensar en otra cosa que no fuera hacia dónde se dirigía. Solo recordaba las luces de la carretera y unos badenes suaves que la movían en el asiento del copiloto mientras conducían por una avenida larga y una rotonda que derivó en una carretera oscura y poco transitada. Después, el sonido del intermitente mezclándose con la música suave que los había acompañado. El coche giró a la izquierda y se introdujo en un gran parquin privado.

La primera impresión fue que aquello estaba demasiado lleno y ella demasiado nerviosa. Se preguntó por qué había tanta gente allí, si en su mente era un lugar poco transitado. Después recordó lo que él le contó una vez que nada era como te lo imaginabas antes de entrar la primera vez.

Marc detuvo el coche y la observó un instante.

—Llevas todo el camino muy callada. ¿Estás bien? —Nicolle lo miró, esbozó una sonrisa y asintió—. ¿Qué te preocupa?

—Nada.

—Venga, ha llegado la hora de las preguntas. Haz todas las que quieras. Y si no te convence, volvemos al hotel.

Se tomó unos segundos.

—Me preocupa que Gala se despierte y no nos encuentre.

—No tienes por qué preocuparte, eso está solucionado.

—¿Cómo?

—Está solucionado —concluyó.

Ella recordó que al salir del hotel lo había visto cruzando unas palabras con el joven recepcionista antes de entregarle algo. Puede que tuviera que ver con *la solución*.

—¿Por qué tenías mi vestido?

—Porque lo cogí de tu armario antes de partir.

—Hasta ahí llego. —Puso los ojos en blanco—. Me refiero a por qué lo cogiste.

—Te escuché hablar con Gala por teléfono. Tenías muchas ganas de ponértelo y no tuviste opción, ni en el viaje ni para acabar el año. Creí que sería una buena ocasión.

Nunca le daban sorpresas, y a ella le encantaban las sorpresas, pero aquel fin de semana estaba siendo demasiado. Alzó sus pestañas oscuras y lo miró con verdadero agradecimiento. No lo dijo con palabras, pero posó la mano sobre la de él, buscando en cierto modo su propia tranquilidad. Después miró todos los coches de su alrededor.

—Hay mucha gente aquí.

—Sí.

Tragó saliva.

—¿Puede pasarme algo?

—Sí. Que disfrutes viendo cosas nuevas o que te asustes y volvamos al hotel tan rápido como hemos llegado. —Ella no habló y Marc le alzó la cara con suavidad, tocando su mentón—. Esto es por ti, no por mí. Recuérdalo. Si en algún momento no te sientes bien ahí dentro, solo tienes que

mirarme. No hará falta que me lo digas siquiera, Nicolle. ¿Entendido?

Asintió, conforme, pero había algo más. Marc lo supo por el movimiento nervioso de sus manos y porque no era capaz de mantenerle la mirada. No la presionó, dejó que se tomara su tiempo.

—¿Y si no... quiero hacer nada? Con otras personas, digo —preguntó al final, y lo miró con vergüenza—. Con otro hombre.

Marc sonrió mientras soltaba aire por la nariz, irónico. Le alzó más el mentón.

—Mírame, Nicolle. —Ella obedeció—. A cada jodida hora del día me muero de ganas de hacerte el amor. Hacerte el amor —recalcó, dejando claro que aquellas tres palabras no entraban en su vocabulario—. Y no lo hago porque quiero que estés totalmente segura de esto. ¿Crees que voy a darle a cualquiera la oportunidad de que te folle?, ¿de que se lleve lo que es mío? No te comparto, no por ahora. No hasta que tú no lo desees.

Eso era contradictorio viniendo de alguien que había vivido tanto, sexualmente hablando, y que se encontraba en la entrada de un club liberal.

—¿Crees que soy tuya?, ¿que soy una propiedad?

—No, pero sueño con que solo pienses en mí, y eso, Nicolle, es entregarte. Yo ya soy tuyo.

Alguien se colocó junto al coche y rompió la burbuja por la que se sentía envuelta; una burbuja de dos de la que no quería salir.

Marc reaccionó, abrió, y salió con rapidez.

Ella, sin darle tiempo a que le abriera la puerta, bajó del coche con la frase en su cabeza: «Yo ya soy tuyo». Anduvo hasta los hombres con cautela mientras se saludaban con familiaridad y una sonrisa amigable. Se lo presentó como Jaime, y le entregó las llaves de su coche a la vez que la sujetaba de la mano para poner rumbo al interior. No escuchó lo que hablaban porque se perdió en aquella imagen: iba caminando con Marc Ferrara, dados de la mano. La diferencia de tamaño de ambas la hizo sonreír. Al levantar la cabeza, volvió a la realidad.

Frente a ella se elevaba una majestuosa fachada de color negro. En el lateral derecho, un cartel en el que se leía Sevilla Liberal y, debajo, la silueta dorada de un elegante gato. Apretó con fuerza la mano de su acompañante mientras subía los cinco escalones que los recibían con pequeñas luces azules a ambos lados. Quería avanzar y detenerse a la vez.

Pudo respirar tranquila cuando comprobó que aún no entraban. Se dirigieron a la taquilla de la izquierda para que Marc saludara a una chica que había detrás de ella y que esta le entregara algo que no llegó a ver. De nuevo, apreció la familiaridad con la que se hablaban y no se le pasó por alto la alegría de la guapa muchacha castaña que salió por una puertecita lateral para saludarlo directamente. Se llamaba Noelia, y con una sonrisa les deseó una buena noche.

Ahora sí, anduvieron hasta la puerta. Tras llamar al timbre, los recibieron.

Conforme avanzaban por un corto pasillo, comprobó cómo la luz desaparecía y los latidos de su corazón cobraban vida. Al introducirse en la estancia principal, contuvo el aliento. Había mucha gente. Todos iban vestidos de rojo. Se miró a sí misma y después pensó en la pajarita de Marc, quien la ojeaba de soslayo para ver su reacción, pero estaba tan ensimismada en el terreno que no apreció los ojos que la devoraban.

Inspeccionó el entorno. Una barra a su derecha, un gran billar frente a ella, un pequeño escenario con una barra de baile y, alrededor de todo, sillones. El lugar era amplio y divisó varias puertas que daban a otros espacios que no alcanzaba a diferenciar. La luz era muy tenue, azulada, y la música nada estridente. Le sorprendió la elegancia del lugar, el olor acogedor y dulce, y la gente, sobre todo la gente: de todas las edades, predominando la joven, y muy diversa. Vestimentas variadas. Vestidos largos, cortos, sexis, sensuales y lencería. Pero todo rojo, tanto que no parecía una casualidad que ella fuera del mismo color. De hecho, algo le dijo que no lo era.

Se giró, dispuesta a disipar su duda, pero entonces una voz la frenó:

—¡Marc Ferrara! ¡Qué honor! —exclamó un hombre mientras se acercaba y abrazaba a Marc. Por la sonrisa de su acompañante y los firmes golpes que se dieron en la espalda, supo que entre ellos había amistad. Tras unos segundos preguntándole cómo le iba todo, reparó en la tímida joven de mirada gacha que llevaba al lado—. Dime, ¿quién es esta señorita tan bella que

acompaña al señor elegante de gemelos sofisticados y chaqueta? —Le sonrió a la muchacha—. Me gusta llamar así al hombre que nunca viene en vaqueros.

—Nicolle —Marc la sujetó por la cintura y la pegó a él—, te presento a Rafael Mora, dueño y señor de esto que ves aquí. —Señaló a su alrededor.

—Se podría decir que la verdadera dueña y señora viene ahí —bromeó, mirando más allá de Nicolle. Esta se giró y se percató de que una exuberante mujer, con un vestido rojo, corto y sexi, se acercaba a ellos—. Inma, mi mujer.

Tenía una media melena clara, ojos almendrados y una gran sonrisa. Le dio dos besos de manera amigable, le preguntó su nombre y se ofreció a guardarle el abrigo que llevaba sobre los hombros.

—Cualquier cosa que necesitéis, estaremos por aquí. Me alegra verte, Marc. Encantada de conocerte, Nicolle.

Tardaron poco en despedirse y tomaron asiento frente a la barra.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó él.

—Lo dejo a tu elección. —Se encogió de hombros—. Pero recuerda que ya soy mayor de edad.

—Cómo olvidarlo —ironizó.

Le había pedido algún tipo de licor dulce que, aunque fuerte, sabía muy bien. Se sentaron uno frente al otro y Nicolle se perdió en el fondo de su vaso mientras Marc saludaba y hablaba con los camareros. Quizá enfrascada en una conversación, habría saboreado un poco más el líquido oscuro que pasaba una y otra vez por sus labios y garganta, pero presa del silencio —el suyo, porque alrededor todo era música y voces entremezcladas— se lo bebió con menos calma.

—¿Te gusta? —le preguntó él en un momento dado, observándola de reojo.

Nicolle asintió.

—Espero que no sean de esos que te bebes rápido porque están muy buenos y después se suben a la cabeza.

—Creo recordar que son de esos. —Marc le sonrió y levantó la mano, llamando de nuevo al camarero con el que había estado hablando la mayor parte del tiempo—. Otro, por favor.

Ese «Otro» era para ambos. Para ella el mismo licor que ya se había tomado; para él, un *whiskey.*

—Gracias. —La muchacha cogió el vaso y se lo llevó a los labios.

Él no perdió detalle del momento: de sus dedos finos alrededor del cristal, de la bajada del líquido hasta llegar a la esponjosa boca, de su cabeza inclinada levemente hacia atrás y del maravilloso movimiento de su garganta tragando. Deseó posar la lengua en su cuello y deslizarla húmeda por todo aquel recorrido. Su garganta, su mentón y llegar hasta su boca. Besarla, morderla, degustarla.

Ajena a aquel escrutinio, soltó el vaso sobre la barra y le dijo:

—Veo que conoces a todo el mundo. Dueños, camareros...

—Sí.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Ya te lo dije, cada vez que viajo por negocios.

—Ya. —Aquel dato no le hizo especial ilusión—. ¿Y qué sueles hacer?

—Jugar al bingo.

—Marc...

Él rio.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Mira a tu alrededor. —Por primera vez desde que se había sentado, lo hizo—. ¿Qué crees que hago aquí, rodeado de mujeres guapas y libres? —Enarcó una ceja—. Hablando de eso, ¿dónde está la gente vieja y sucia que decías?

—Tienes razón, todo es muy diferente a lo que pensaba.

—Y todavía no es nada. Sigues pensando que te acecharán e incomodarán. Te aseguro que eso no ocurrirá en toda la noche. Cuando estés preparada, podemos dar una vuelta por aquí e incluso puedes mirar a la gente sin miedo a que te coman.

—Estás especialmente gracioso hoy, ¿eh? —señaló al ver la sonrisilla socarrona que tanto le

gustaba.

—Bueno, estoy especialmente contento.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí. —Lo soltó sin más, pero Nicolle notó cómo se arrepintió con rapidez de que la sinceridad se hubiera apoderado de él.

—Yo también estoy contenta de estar aquí contigo.

—Pues lo disimulas bien —le dijo con una sonrisa ladeada, y posó la mano sobre su pierna temblorosa para que el movimiento cesara. Era imposible detenerla cuando estaba tan nerviosa.

—Una cosa, Marc... ¿Es casualidad que todo el mundo haya venido hoy de rojo? Quiero decir, ¿venía todo el mundo así y tú has aprovechado la oportunidad para que me pusiera este vestido porque sabías que tenía ganas?

Ferrara miró al frente y le dio un trago a su copa.

—O sabía que tenías tantas ganas que he hecho que todo el mundo venga así y tú tengas la oportunidad de ponerte ese vestido.

Había pasado una hora y Nicolle se encontraba muchísimo más relajada. Puede que las tres copas que se había tomado tuvieran algo que ver. Y que Marc estuviera, como en pocas ocasiones, sonriente, con actitud relajada y sin ese candado que a veces parecía echarles a sus emociones, a sus labios, para que no pudieran hablar de más. Le encantó sentirlo así, tan natural. Como si estuviera —que lo estaba— en su terreno, y se acordó de aquel día en el cuarto de juegos.

Le había hablado del ambiente con una naturalidad tan asombrosa que ella terminó dejando la vergüenza a un lado y preguntando sin tapujos. Le habían impresionado algunos detalles, se habían reído a carcajadas con algún chasco de los vividos durante años y se había excitado con las experiencias. Cuando le preguntó cómo descubrió aquella sexualidad tan desbordante suya, Marc le respondió que fue desde muy pequeño, ya en la adolescencia, cuando su grupo de amigos, algo mayores que él, le mostraron la pornografía. Le había confesado sin pudor que se reunían en la casa de cualquiera de ellos, esperaban a quedarse solos y se masturbaban sin importarles verse los unos a los otros.

—No había nada sexual en eso más que el disfrute de correrno con rapidez. —Ella intentó no demostrar la sorpresa que le causaban sus palabras. No quería parecer una mojigata, pero jamás se le habría pasado por la cabeza masturbarse delante de nadie; hasta hacía pocos días, cuando le pidió que lo hiciera desde la ducha y frente a él. Hasta entonces, había sido uno de los actos más íntimos que conocía—. ¿Y tú, niña atrevida? —Posó la mano sobre la pierna cruzada que se dejaba ver gracias a la abertura lateral del vestido rojo. Después la subió con lentitud, acariciando las medias, su piel y disfrutando de su tacto.

—¿Yo... qué? —balbuceó, nerviosa porque allí, delante de todo el mundo, la tocara de esa forma tan íntima.

—¿Cómo descubriste esa sexualidad tan desbordante tuya? —repitió su pregunta.

«Copión», pensó divertida, y sonrió.

—Vi cómo mi jefe se follaba a su cocinera —lo provocó atrevida. Descruzó las piernas de manera casi autómata y notó cómo la mano grande de Marc presionaba su muslo por la parte interna. Tragó saliva.

—Es lo que tiene ser curiosa y mirar detrás de las puertas.

—Abiertas —matizó.

—¿Quién sabe? —Los dedos grandes bailaron hacia arriba un poco más por el interior de su pierna, buscaron la fina tela del tanga que él mismo había elegido y se atrevieron a tocar su sexo por encima de este—. Lo mismo ese jefe tuyo es un pervertido que dejó la puerta abierta para que alguien pudiera descubrirlo.

Nicolle no quería jadear, no allí en medio, pero sus labios gruesos se abrieron involuntariamente ante el contacto y las palabras, mostrando la apetitosa punta rosada de su lengua al dejar escapar un fuerte suspiro.

Marc quiso devorarla allí mismo, pero esperó.

—¿Crees que lo hizo aposta?

—¿El qué?

—Dejar la puerta abierta para que lo descubriera.

—Sí, creo que sí.

La muchacha tragó saliva.

—Entonces sí, es un pervertido.

Apartó su tanga a un lado con mucha calma y, con la misma, rozó su abertura depilada y suave. La polla le palpitó con fuerza dentro del pantalón.

—¿Cómo estás tan segura?

—Tengo algunas pruebas de ello. Me han contado que acorraló a una de sus limpiadoras en el vestidor de su habitación para besarla y tocarla.

—Dios, qué pervertido ese jefe tuyo. —Se llevó el dedo a la boca hasta la primera falange y mirándola a los ojos lo chupó con elegancia—. Deberías tener cuidado con él. Si descubre lo rica que sabes, puede que la próxima seas tú.

Nicolle observó cómo el dedo lamido se dirigía de nuevo a su parte íntima y, sin quererlo, abrió un poco las piernas. Miró a su alrededor; nadie reparaba en ellos, a pesar de la cantidad de gente que había en el lugar bebiendo o charlando. Sí se percató de que dos parejas sentadas intercambiaban besos, sentados justo enfrente. Marido con mujer, mujer con mujer, y mujer con el marido contrario. A veces, las bocas de las dos jóvenes se mezclaban con la de uno de ellos y después cambiaban de hombre. Con intensidad, con calma, con morbo. Detenían sus labios un instante para darle paso a las miradas. Desde su posición, a pesar de la oscuridad, pudo apreciar la lascivia pura mientras se contemplaban los unos a los otros y se decían palabras que, por desgracia, no llegaban a sus oídos.

No pudo evitar que su calentura creciera más con la imagen tan morbosa. Tampoco que sus ojos se quedaran clavados, a pesar del pudor. Sobre todo cuando una de las chicas abrió su blusa blanca y dejó los pechos al descubierto. Estaba sentada sobre el que supuso que era su marido. Este le hizo un gesto afirmativo al otro hombre y no dudó en abalanzarse a chupar con deleite las tetas de la mujer.

Nicolle, impresionada y caliente a partes iguales por lo que veía, dirigió sus ojos hasta Marc y esta vez no los agachó en ningún momento. De nuevo, se sentía poderosa, justo como cuando se había visto en el espejo antes de salir del hotel. Abrió un poco más sus piernas, invitándolo.

—Tarde, ya lo ha hecho. —Nicolle le siguió el juego. Esta vez su voz sonó más sensual y ronca.

—¿A qué te refieres? —Marc había perdido el hilo de la conversación al centrarse en cómo los ojos de la muchacha llameaban con lo que fuera que estuviera viendo. Él no se giró para comprobar qué era; prefirió imaginarlo por la atención que ella estaba dedicándole.

—Mi jefe. Me ha acorralado en su vestidor y me ha probado.

Marc introdujo con suavidad la puntita de su dedo en lo que le pareció el lugar más caliente, húmedo y sedoso del mundo.

—Qué desfachatez.

—Sí.

—¿Y qué te hizo?

—Besarme, tocarme, decirme cosas un tanto guarras...

Lo movió arriba y abajo, sin coger profundidad, y rozó ese botoncito sagrado que, sabía, hacía explotar a Nicolle.

—¿Y qué hiciste tú?

—Permitírselo.

—¿Por qué? —Dobló el dedo, presionando allí donde gozaba—. ¿Acaso te gustaba lo que te hacía?

—Sí, me gustaba —respondió con dificultad, terminando en un susurro, asustada por el placer que la invadía y sabiendo qué podría suceder a continuación por culpa de ese dedo que había usurpado su interior—. Marc, cuidado.

—¿Te duele?

—No... —Su voz sonó ida, casi inexistente.

—Entonces, ¿qué ocurre? —le preguntó extasiado, consciente de lo que pasaba.

Se pegó a él, avergonzada, queriendo ocultar su rostro para que no se reflejara el placer que estaba experimentando.

—Me corro.

Él añadió otro dedo, solo la puntita, lo dobló y presionó más. Nicolle jadeó en su oído y se retorció. A simple vista eran una pareja hablando de manera íntima, quizá algo más de lo que lo habrían hecho en otro lugar público, pero no un hombre dándole placer a una mujer. No es que fuera raro verlo en el lugar; es que la cabeza de Nicolle todavía no asimilaba dónde estaba ni qué podría suceder allí, a la vista de todos.

—Por favor —suplicó para que parara.

—Córrete, caramelo.

—No, por favor, aquí no.

Pero él no la escuchó. Retorció las yemas de sus dedos y sintió cómo la humedad comenzaba a salir. Primero despacio, jugosa, después líquida, cayendo y cayendo. Incluso pudo escuchar sus dedos chapotear en su interior. Se concentró tanto en lo que estaba haciendo que el sonido de la cascada que él mismo había causado se clavó en sus oídos como música celestial. Para él lo era. Todo aquel goce, aquel disfrute único, lo era. Y producírselo él, ver cómo se retorcía solo con dos de sus dedos, lo hacían imaginar qué sería de ese ángel cuando pudiera hacerla suya con su cuerpo.

La mano pequeña y blanquecina sujeta a su chaqueta con fuerza, el caer a chorros de su manjar más preciado, los gemidos de ella en su oído todavía susurrando «No, por favor. Oh, Marc, por favor, para»..., fue el cúmulo perfecto para apartarla levemente hacia atrás, observar su bello rostro empañado por el placer y la vergüenza, sus ojos turquesas y las mejillas sonrosadas, y decirle muy despacio:

—Vamos, preciosa, haremos una excursión por las instalaciones.

Capítulo 25

La noche era tan lóbrega como los ojos que la habían devorado durante cada minuto desde que había aparecido en la habitación de su propietario, dispuesta a cambiarse de ropa y colocarse un vestido rojo. Todo era cielo sobre ellos, oscuridad. Una oscuridad tan bonita, tan adictiva y que la llamaba con tanta fuerza que por un momento miró a su lado y la comparó con la misma oscuridad que envolvía a Marc Ferrara.

Estaban apoyados sobre el puente de Triana, que ante los faros estratégicamente colocados y la opacidad de alrededor parecía blanco, resaltando en el paisaje. Era muy tarde, o muy temprano, según cómo se mirase, pero para Nicolle se había detenido el tiempo. La gente paseaba alrededor, porque, como en París, en Sevilla también parecían no descansar, y observó cómo todas esas personas que corrían de un lado a otro no se detenían a contemplar la belleza de lo que tenían ante sus ojos.

«Eso es porque lo tienen cada día a su alcance», se dijo, recordándose que le había sucedido lo mismo durante algo más de dieciséis años en Carmona.

Ahora tenía dieciocho, ya incluso los había pasado, pero seguía estando en plena celebración, quizá en el mejor momento. Miró el agua y sonrió, recordando todo lo vivido aquella noche. El río estaba tranquilo, en calma, como ella. Cerró los ojos y sintió la calidez de la chaqueta oscura sobre su cuerpo, colocada por él. Había dejado el abrigo en el coche. Sintió su presencia y fue como si todo hubiera cobrado sentido de repente.

Creía que lo más emocionante de su noche sería visitar por primera vez un club liberal, pero se equivocaba.

Recordó cómo, allí dentro, Marc había sujetado su cintura y la había guiado entre la gente. Muy despacio. Muy muy despacio. Y le había pedido que mirara a su alrededor, que lo disfrutara mientras lo guardaba en su retina. Le hizo caso y recorrió cada estancia con sus ojos curiosos y atemorizados. Primero, la llevó a la zona más común, desde la que podía ver a la perfección una pista de baile donde la gente se movía animada, pegada o solo charlaba. Sus ojos pasaron a la gran piscina iluminada que, desde allí, se avistaba en la terraza. Le sorprendió muchísimo ver a una mujer desnuda que nadaba de un lado a otro como una sirena en busca de un marinero al que embaucar. Tenía el pelo claro, corto y seco, indicando que no había sumergido la cabeza.

«Menos mal», pensó. Habría sido una barbaridad, dada la temperatura de mediados de enero. Ensimismada en la mujer desnuda, notó las manos fuertes de Marc posarse de nuevo en su cintura. Y vuelta a empezar, regresando sobre sus pasos y pasando por entre la gente hasta sumergirse en la zona más íntima.

Atravesó la estancia principal de barra y sillones donde se había bebido las copas. Ahora, en vez de estar todo el mundo dispersado como solo minutos antes, se encontraban formando un círculo, dejando el centro libre. Se asomó mientras cruzaba al otro lado para ser testigo de cómo una chica de pelo rizado se disponía a realizar lo que le pareció un estriptis invertido: comenzando desnuda para ir vistiéndose poco a poco. Se detuvo un momento para verla sobre el billar —concienzudamente cubierto para la ocasión—, con un cubo de agua caliente y espuma, frotándose el cuerpo para, según su espectáculo, comenzar a vestirse. Nadie podía apartar los

ojos, pero al parecer Marc no tenía planes de quedarse, porque la instó a seguir.

Caminó un poco más, todavía pensando en la originalidad del número que había visto comenzar, hasta que sus pies se frenaron en seco debido a la retención de Marc, que había tirado de su cintura.

—No —negó con rotundidad al verse en el umbral de lo que, supo, era el cuarto oscuro—. Eso está... muy oscuro. No puedo ver nada —balbuceó.

—De eso se trata —susurró él en su oído, sin soltarla, pegando su fuerte pecho a la espalda descubierta de ella.

—No creo que...

—¿Confías en mí? —Se mantuvo callada con tal de no decir que, para su desgracia, sentía que sería capaz de hacer cualquier cosa si estaba en sus manos. Solo asintió—. Bien, sé que estás asustada, pero no debes estarlo. Sujétame la mano y camina. Nadie te tocará.

Había un pasillo en el que todavía se apreciaba luz, muy poca; lo suficiente para diferenciar los rostros de personas que entraban y salían. Cogió aire a la vez que notaba el corazón palpitarle y anduvo con poca firmeza.

—Marc... —murmuró conforme sentía los cuerpos yendo y viniendo, de dentro afuera y viceversa, pero sin tocarla. A su lado izquierdo, unos sillones separados en los que se podía intuir lo que hacían los presentes. Unos sentados al lado de otros, disfrutaban del sexo. De rodillas, de pie, a cuatro patas, tumbados... Algunos en grupo, otros con sus parejas. Había mucha gente, tanta que en todas las estancias del local se encontraban con alguien. Le sorprendió.

—Aquí. —La detuvo—. Mira.

Nicolle, todavía impresionada por lo que tenía delante, giró la cabeza hacia el otro lado y visualizó aquello que quería mostrarle. En mitad del pasillo oscuro que desembocaba vete a saber dónde, había una pequeña reja que se le antojó como un balcón, desde donde se veía lo que ocurría en la habitación contigua.

No pudo moverse, ni siquiera pestañear y, creyó, tampoco respirar.

Una orgía de cuerpos sin rostros. Caras ocultas tras una bombilla diminuta que les otorgaba la privacidad intencionada. Solo cuerpos; todo tipo de cuerpos. Solo movimientos; todo tipo de movimientos.

Intuyó muchas camas al otro lado.

—Escucha, *sucré*, escucha. Es lo mejor de este lugar. La imaginación será más poderosa que los ojos. Ciérralos. —Su voz fue un susurro que indicaba lo que tenía que hacer en todo momento. Ella lo hizo—. Y ahora escucha. Escucha el movimiento, los jadeos..., escucha los cuerpos y los gemidos. —Le posó la mano sobre el hombro y acarició su clavícula desde atrás, rozando su oreja mientras narraba—: Escucha las voces entremezcladas de hombres y mujeres dándose placer y nota cómo tu pulso se acelera, cómo tu corazón bombea con fuerza. ¿Lo sientes?

—Sí —susurró, siendo más consciente que nunca del aumento de sus pulsaciones. No lo hacían de repente, como siempre había creído, no. Era un proceso ascendente.

—Ahora que has visto lo que hay y que lo oyes, piensa que estás ahí dentro. ¿Cuántos cuerpos crees que hay?

—¿Doce, tal vez? —estimó ella muy bajito.

Él sonrió.

—Más.

—¿Veinte?

—Más o menos. —Marc miró dentro. Sí, más o menos. Después, se acercó más y clavó su dureza en la cintura de Nicolle.

—Vaya...

—Piensa que estás ahí, que tu cuerpo es uno de ellos. Ahora es solo eso, Nicolle, un cuerpo. No hay sentimientos, no hay estereotipos, no ves quién te da placer. Y esa es la clave, el verdadero morbo, la liberación real. Da igual quién sea, porque está haciendo que disfrutes tanto o más como querías. Quizá quien está consiguiendo que te mueras de gusto es alguien que jamás imaginarías en tu cama. Este lugar tiene ese poder y arranca de raíz los estereotipos. ¿Lo

entiendes?

Se imaginó allí, bajo la diminuta bombilla, entre las sombras que proporcionaba su luz. Abrió los ojos y fantaseó con que era una de las sutiles figuras que se acariciaban, se lamían y se follaban sin importarles quién era quién.

No estaba preparada para serlo. En realidad, probablemente se habría desmayado de entrar en esa habitación, pero la excitó pensar que alguna vez podría llegar a hacerlo.

Las manos del hombre la guiaron de nuevo, sacándola allí donde había luz para mirarla un momento, comprobar sus pupilas dilatadas y asentir a la espera de una confirmación que le indicara que ella quería continuar.

Lo hicieron.

—Vaya... —murmuró impresionada al ver el yacusi cuadrado, acogedor, elegante e iluminado tenuemente y anaranjado que se encontraba solo en otra estancia. Dentro de él, un par de parejas hablaban relajadas. Pero Marc no se detuvo; había poco que ver. Continuó por el pasillo para llevarla a la zona de las habitaciones.

—Estarán cerradas o abiertas, dependiendo de si hay opción a mirar o participar o no —le explicó Marc.

La primera que se encontró estaba abierta. Además, constaba de una ventana rectangular y pequeña para que pudieras mirar a través de ella y ver lo que sucedía en la habitación. Solo una pareja practicaba sexo. Él, tumbado bocarriba; ella, sobre él, de cara a la puerta por la que en ese momento se asomaban. Pudo diferenciar la cara de la chica. De hecho, la reconoció de haberla visto dentro mientras se tomaba la copa. Sin parar de cabalgar sobre él, la mujer morena alzó la vista a la vez que su pelo se apartaba del rostro y los descubrió a ellos dos, observando la escena. Para sorpresa de Nicolle, continuó como si nada. Entonces entendió que esa era la intención: follar siendo vistos como si nadie los viera.

Avanzaron y se asomaron a cada puerta. Algunas cerradas, otras abiertas. Parejas solas, intercambiadas, juntas.

Sexo, sexo y más sexo.

Besos en los pasillos. Sonrisas. Risas cómplices. Gemidos. Gente vestida, desnuda o a medias. Todo era el resumen de la diversión, de la felicidad. El resumen de la libertad. No vio complejos, nadie tapaba nada de uno mismo, al menos no físico, y aquello fue lo que más le impactó. Más que el sexo explícito, que el compartir o que el intercambio sin remordimiento.

Era la libertad.

Por primera vez, la había respirado de manera plena.

Marc estaba apoyado en el puente y observaba el río. Aun así, notaba la mirada de Nicolle sobre él.

—¿En qué piensas? —le preguntó—. Llevas mucho rato mirándome y callada.

Ella sonrió débilmente sin poder quitarse de la cabeza todo lo que había visto, oído y experimentado allí dentro hacía poco rato.

—¿Por qué no lo has hecho? —Al fin soltó el pensamiento que la había acompañado durante el camino de vuelta.

—¿El qué?

Se tomó un segundo para responderle:

—Acostarte conmigo en aquella habitación.

Entonces recordó cómo, al asomarse a uno de los cuartos de color rojo, de colchones negros y espejos en las paredes y verlo vacío, tiró de la chaqueta de Marc y cerró la puerta tras de ella. Fue un impulso, una necesidad. Creía recordar que era la primera vez que se lanzaba ella y no al contrario. Marc se dejó arrastrar, claro estaba; de otra manera, no lo habría movido un solo centímetro.

Lo besó con desespero, alzándose de puntillas para llegar a su boca. Él la sujetó de las caderas y la subió a horcajadas, de esa manera sencilla y tan suya que lo hacía sentirse envuelto por las piernas que lo volvían loco. Alzó su vestido con la mano izquierda, buscando su cintura. Después la sacó para subirla hasta su hombro, acariciarlo y llegar a sus pechos, los cuales descubrió y lamió. No sabía dónde tocar porque quería tocar en todos lados. Saborear cada rincón de ella.

Desbocado.

Desenfrenado.

Salvaje.

Ella gimió y se restregó contra su notable dureza.

—Estás caliente —aseguró, satisfecho.

—Muy caliente.

—¿Te gusta ver a otros follar?

—Sí —reconoció, buscando la boca del hombre para besarla con ansia. Y la mejilla, el mentón y el cuello. Al llegar allí, lo lamió y lo mordisqueó, enardeciéndolo y haciéndolo gruñir con fuerza.

—Pensaba que era exclusivo y que solo te calentaba verme follar a mí.

—Ya no.

—¿Por qué? —Apoyó la cabeza en la pared, cerró los ojos y permitió que tocara su pecho con ambas manos mientras le lamía la garganta.

—Porque eres mío.

La posesión lo desbocó. Sin soltarla, subió una de sus manos hasta la nuca, le sujetó el pelo y tiró levemente hacia atrás, exponiendo su cuello y sus pechos descubiertos.

—Dímelo otra vez.

—Eres mío.

—Soy tuyo.

—Déjame ser tuya —le pidió sin poder mirarlo a los ojos, debido a la sujeción de su cabello.

Se lo había pedido. Sin palabras pero con gestos. Con gemidos. Con los movimientos necesitados.

—¿Qué deseas, Nicolle?

Volvió a refregarse contra su dureza y gimió, desesperada por sentirlo.

—A ti. Ahora.

Entonces él, como si volviera a una realidad de la que había salido, la bajó con suavidad y la besó tiernamente en los labios; aquellos labios carmesí que llegaron delineados a la perfección y que ahora esparcían la pintura por alrededor debido a sus besos.

«Es hora de irnos», le había dicho mientras ella tocaba el suelo y se recolocaba el vestido sin ser capaz de mirarlo. Estaba nerviosa, avergonzada y se sentía más rechazada que nunca.

Después había salido detrás de él todo lo digna que se había permitido mostrarse, se habían despedido de Rafa e Inma con la promesa de volver y, posteriormente, se habían montado en el coche en silencio hasta llegar allí. En el camino que anduvieron, Marc se había mostrado como antes de lo ocurrido en la habitación. Le había hablado con tanta normalidad y preguntado sobre sus sensaciones que por un momento se cuestionó si la habría rechazado o solo eran imaginaciones suyas.

—Creía que eso era lo que deseabas desde un primer momento —señaló ella, saliendo de sus recuerdos y volviendo al puente en el que se encontraban.

La miró. Joder, claro que lo deseaba. Lo deseaba con todas sus malditas ganas, y no la culpaba por pensarlo, ya que era lo que siempre le había dado a entender. Y, por otro lado, lo que su yo más primitivo había deseado, ¿no?

—No es fácil de explicar.

—Porque ni tú te entiendes —le dijo, sin querer que sonara a reproche. No lo era. De hecho, se sentía bien con aquel rechazo porque en su interior sabía o intuía lo que había ocurrido. Miró de nuevo el agua—. ¿Es importante para ti?

—¿El qué?

—Mi virginidad.

—No es eso. Solo que no era el momento ni el lugar.

Se giró hacia él. Marc contempló sus labios despintados, el maquillaje que la convertía en alguien mucho mayor, su cuerpo perfecto, su pelo largo... y su sonrisa. Una sonrisa que le indicaba que no se daría por vencida.

—¿Por qué?

—¿Crees que te gustaría recordar toda la vida que tu primera vez fue en un colchón de polipiel rodeado de espejos que muestran las manos señaladas de desconocidos? —Su voz sonó dura.

Nicolle se encogió de hombros y sonrió para sí.

Preocuparse por las consecuencias de un acto en el que eres partícipe. Eso denominaba ella como *importarte* algo. Así que sí, le importaba su virginidad, aunque no fuera capaz de aceptarlo.

Dispuesta a desviar la atención, como siempre hacía él, cambió el rumbo de la pregunta:

—¿Cómo fue tu primera vez? —quiso saber.

—Un desastre.

—¡Venga ya! —Ambos se miraron, divertidos.

—De verdad. Estaba nervioso y lo recuerdo como algo rápido y desastroso.

—No puede ser. El gran Marc Ferrara, el terror de las mujeres, nervioso.

—¿Y por qué no puede ser? Nadie nace enseñado.

—Yo creía que tú sí.

—Lo mío fue práctica.

Nicolle lo miró de reojo y con intención. Aquellos comentarios le molestaban y él lo sabía, por eso los soltaba.

—Pues no te pega.

—Siempre dices eso de mí, que no me pega. Todavía no lo entiendo, ¿qué es lo que me pega?

La observó con atención mientras se lo explicaba:

—Todo tú eres un misterio, Marc. Tienes pinta de ser ese tipo de hombre que parece saberlo, controlarlo y resolverlo todo. —Lo sorprendieron sus palabras, pues él sentía lo contrario, y mucho más desde que Nicolle apareció en su vida—. No expresas nada: lo que te importa, lo que no... Y cuando lo haces, me descolocas, porque no sé muy bien qué hacer con la información.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, cuando descubro que tienes un dormitorio lleno de juegos frikis, que tienes una parte sensible, que tocas el piano, que también vistes chándal o que alguna vez fuiste un manojo de nervios frente a una mujer. Lo siento si te molesta que te lo diga, pero es que no te pega.

Marc rio.

—¿Piensas que a ti te pega hacer las cosas que haces?

—¿Qué cosas? —le preguntó confusa.

—Has celebrado tu mayoría de edad en un club liberal tras haberte escaqueado con un hombre que podría ser tu padre. No lo soy, pero soy el de tu amiga. Y he sido tu jefe. Y... he hecho muchas cosas de las que no estoy orgulloso para apartarte de mi lado... Y tú sigues aquí, conmigo, afrontándolo todo como la más fuerte de las mujeres conocidas. Tu vida es una escalera en la que constantemente te tropiezas con un peldaño, Nicolle, y subes y subes sin importarte nada. Y eso sin hablar de tu otra persona, la lasciva y atrevida. ¿Cómo puedes ser así —la señaló— tan bonita, tan callada, tan prudente, y que después tus ojos echen fuego cuando te toco?

Ella nunca se había visto de esa manera que él la describía.

—Vaya, pensaba que era una adolescente común.

—Bueno, pregúntales a tus amigas, a ver cuántas han experimentado o pensado en experimentar lo que tú. Puedes empezar por si alguna vez se les ha pasado por la cabeza atar a su jefe a una silla para torturarlo sexualmente ayudada por la cocinera.

Nicolle soltó una carcajada, echándose hacia atrás con los brazos apoyados. Él se contagió y sonrió.

—No, creo que no me las imagino.

—O plantéate siquiera si podrían estar junto a un hombre hablando de esto con naturalidad.

—No, tampoco las imagino.

—Pues por eso. Deja de decirme lo que me pega o no. Además, no siempre fui el Marc que soy. Pero nos ocurre a todos: las vivencias nos cambian. No es malo, Nicolle. Tú no eres la que eras hace unos meses ni serás la misma en unos años. —La contempló con fijeza, sabiendo de sobra de lo que hablaba. Viendo que estaba poniéndose demasiado profundo, añadió—: Ya no

soy el Marc inseguro y delgado que temblaba ante una mujer mucho más decidida que él y que duró —hizo memoria— creo que unos dos minutos en correrse.

Le sonrió y preguntó:

—¿Quién era ella?

—Francesca —le respondió mirando al frente, como sumiéndose en el recuerdo.

Nicolle tuvo que apartar la mirada de él al escuchar su nombre. Debería estar pensando en aquel Marc joven frente a su primera vez, frente a su primera mujer. Pero no. Cerró los ojos con fuerza y tomó aire, sintiéndose fatal. Siempre le decían que se le daba mal mentir, pero nadie hablaba de lo doloroso que le resultaba ocultar información. La gente diferenciaba ambas cosas, aunque para ella era lo mismo si el resultado interfería en algo o alguien. Y aquella vez, el resultado de la información que se había guardado tocaba de manera directa a dos personas muy importantes para Nicolle: Marc y Gala. Tenía que hacerlo, necesitaba liberarse de esa culpa.

Cogió todo el aire que soportaron sus pulmones y se giró, nerviosa y avergonzada.

—Tengo que contarte algo —soltó sin más.

Ferrara notó su cambio de actitud y palpó su turbación, por lo que prestó mucha atención.

—¿El qué?

«Sin pensarlo», se animó ella.

—El otro día... llamaron al timbre y abrí yo. Nunca lo hago, pero Celine no lo escuchó y yo estaba en el salón, y... abrí —repitió—. No me dijo quién era, pero yo lo supe nada más verla. Y no sé por qué lo hice, Marc, te prometo que no lo sé. Era... era Francesca. Me preguntó por ti. Le dije que no vivías allí, que se había equivocado, y le cerré la puerta.

El hombre no se inmutó, no movió un solo músculo, solo la contemplaba con fijeza, analizándola.

—Lo sé —manifestó contra todo pronóstico.

Capítulo 26

Se quedó paralizada ante la información. Lo examinó mientras sentía cómo el suelo se abría bajo sus pies, deseando que la engullera.

—¿Lo sabes?

—Sí.

Apartó la mirada; no era capaz de aguantar la presión de los ojos oscuros sobre ella. Los dos la desviaron al frente. Estaban muy cerca el uno del otro, pero parecía haberse abierto un abismo entre ambos.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó Nicolle.

—El mismo día vino a la oficina y yo todavía estaba dentro. Al parecer, había estado en mi casa, pero una chica de pelo negro y ojos azules le aseguró que no vivía allí.

Ridícula, así se sentía.

—¿Cómo te encontró?

—Eso mismo le pregunté yo. Supuestamente, con teclear mi nombre en Google es más que suficiente para saber quién soy, de dónde vengo y dónde estoy la mayor parte del tiempo.

Ya. Qué tonta había sido al no pensar en aquello.

—¿Y la dirección de tu casa? ¿También sale?

—No, de eso se encargó Paulette.

Lo miró, sorprendida.

—¿Paulette? ¿La mujer que trabajaba en tu casa?

El asintió como si nada y añadió con calma:

—Fíjate. Parece que nunca perdieron el contacto del todo y que fue su informante del transcurso de nuestras vidas.

Nunca le había caído bien aquella mujer, pero ahora mucho menos. Volvió a clavar sus ojos en el río.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque estaba esperando a que me lo contaras tú. Era lo justo, ¿no?

Ella negó.

—Lo justo habría sido decírtelo en ese momento. Pero ya estabas fuera de la casa y... —Tomó una bocanada de aire—. Sentí miedo —reconoció de repente.

—¿Miedo?

Lo miró con los ojos brillantes. No podía callárselo más.

—Miedo. De que volviera, de que la vieras, de... —«Perderte, ahora que por fin te tengo». No, no era tan valiente para reconocerlo—. Estábamos bien. Me dijiste que no te irías de nuevo, que te quedarías conmigo. ¿Y qué pasaría si ella te encontraba?

—No cambiaría nada.

Vio su oportunidad. Era ahora o nunca. Porque él le había dicho que estaría allí, con ella, pero ¿en qué sentido? Necesitaba claridad, saber lo que ocurriría al día siguiente.

—¿El qué no cambiaría?

Él frunció los labios, sabiendo lo que venía.

—Lo que ha pasado entre nosotros. —Porque llamarlo directamente «lo nuestro» le parecía casi imposible.

—¿Qué somos, Marc? —Ferrara no contestó—. ¿Qué va a pasar con nosotros? No sé si... si eres mi novio, si soy tu amante... —Se avergonzó solo de pronunciar ambas opciones—, si mañana me darás un beso al verme o harás como que no significo nada para ti. Si me regalarás el mejor cumpleaños de mi vida y después no serás capaz de acostarte conmigo, aunque no te importe mi virginidad —soltó con tonito irritado.

«Su novio», pensó Ferrara sin evitar que una sonrisa socarrona asomara en sus labios. Le había sonado tan infantil...

—No es necesario catalogar eso.

—Para mí sí. —Lo observó con severidad—. Quizá para ti es fácil porque llevas el mando de cuándo hacer algo o no, de dar el siguiente paso. Siempre sabes lo que ocurrirá a continuación, pero yo me tiro la vida esperándote.

—No tienes por qué, yo no te lo he pedido.

La frase y el tono dañino empleado se hincaron en su pecho.

—Ojalá no lo hiciera.

—No tienes por qué —repitió.

—¡Pero no puedo evitarlo! Me paso el día pensando en ti. Da igual lo que hagas conmigo, ¿no te das cuenta? Yo siempre te espero. —Apretó mucho los dientes y lo encaró—. Te follaste a mi madre, Marc. ¡A mi madre! Te la ideaste para que te viera mientras lo hacías. Y mira dónde estoy. ¡Mira!

—Tienes razón —le dijo él con voz calmada y sus ojos clavados en el precioso rostro de ella. El temor y la oscuridad se encontraban de nuevo sobre sus hombros y pesaban más que nunca. Quizá porque les estaba permitiendo expresarse y estos le contaban una realidad que él ya conocía. Se acercó, alargó la mano y le acarició el pelo oscuro y largo, mirándola como si se hubiera ido muy lejos de allí—. No deberías esperarme, Nicolle. Nunca podré darte lo que necesitas de mí. Nunca podré catalogar esto. ¿Qué quieres, una relación? ¿Cómo? ¿Qué pasará con tu madre cuando se entere? ¿Y Gala? Me he perdido locamente por ti, lo reconozco, locamente... Pero no hay nada más que hacer porque yo no tengo nada más que ofrecerte que esto que ves. No mereces esperar algo que nunca va a llegar. No mereces a un cobarde que solo dé un pequeño porcentaje de sí, habiendo muchos valientes que entregarían la vida si tú se lo pidieras con esos ojos.

Cuando terminó, tuvo que recoger las lágrimas silenciosas que caían por el rostro de porcelana.

—Eres un cabrón —atinó a decir, apartando la mano fuerte que todavía la acariciaba—. Construyes todo esto para mí —extendió los brazos— y lo derrumbas con la misma facilidad. Es por Francesca, ¿verdad? —Él negó—. ¿La has echado de tu vida?

—No. La he dejado entrar. No en mi vida, sino en la de Gala.

—¡Te abandonó! —gritó, con el corazón partido en dos. No era eso lo que realmente le importaba ahora, sino el pánico al sentir que ella podía acercarse a él. Ahí estaba su mayor pesadilla. No había competencia con la mujer que lo enamoró y lo destrozó a partes iguales. Lo sospechó cuando la vio y lo sintió cada día desde entonces. Ese malestar, ese miedo..., no eran paranoias, era una realidad que estaba por venir. Aquella era la mujer que lo convirtió en quien era y le dejó la sombra oscura rondando siempre tras él, por lo tanto, era la única que podía hacerla desaparecer—. ¡No tiene ningún derecho a volver!

—Eso lo decidirá Gala —le respondió con tacto, y después soltó el dardo más envenenado que le quedaba. Porque, de nuevo, y lo supo, intentaba alejar aquella droga, aquella adicción de la que él no era capaz de desprenderse. Así de sencillo—. Tu padre también te abandonó y tú has querido buscarlo, a pesar de ello.

Fue cruel incluso para él. Sobre todo por la información que tenía en el bolsillo interno de su chaqueta y que tocó de manera automática.

Nicolle no fue capaz de contestar. Con el corazón estrujado por el cambio de acontecimientos, le preguntó:

—¿Puedes llevarme al hotel, por favor?

—Sí. Es el momento de irnos. Hay que coger un avión en pocas horas.

Nicolle entró en la habitación de puntillas, sin hacer ruido y siendo otra persona distinta: alguien que ha tropezado una y otra vez con la piedra del camino, sabiendo que siempre estaría allí cuando ella pasara.

Pensó en sus últimos minutos silenciosos junto a él. No habían cruzado una sola palabra desde que abandonaron el puente y se internaron en el coche.

Sumida en sus pensamientos estaba cuando la luz se encendió, Gala se incorporó en la cama y la observó.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, somnolienta y preocupada—. Me he despertado a hacer pis y me he asustado al no verte.

Nicolle, como la mejor de las actrices, se rascó el moño despeinado y bostezó.

—He bajado a por una manzanilla. Me dolía el estómago y seguía con las náuseas.

—¿Por qué no has pedido que te la suban?

—Prefería salir.

—Qué rara eres, de verdad —le dijo, todavía con un ojo a medio abrir y dejando caer a plomo la cabeza sobre la almohada—. Anda, intenta dormir algo, que en nada tenemos que levantarnos.

Asintió, caminó sin inmutarse y se metió bajo las sábanas, mirando al techo. Apagó la luz, pero sus ojos no se cerraron.

Gala no había descubierto nada porque ella lo había preparado todo para que así fuera. Ni rastro de maquillaje. Ni rastro del vestido rojo de sus sueños. Ni rastro de la Nicolle que un día fue. Todo lo había dejado en la habitación de Marc Ferrara, justo antes de tomar una decisión.

Dieron cuenta del desayuno antes de partir. Gala parecía especialmente preocupada por algo que no mencionó, aunque ninguno percibió la extrañeza del silencio que reinó en la mesa.

Nicolle tenía la excusa de que no se encontraba bien.

Gala mintió, diciendo que estaba cansada.

Marc no necesitó dar explicaciones, ya que siempre había sido hombre de pocas palabras.

Cada uno, mientras masticaba en silencio, pensaba en sus propios problemas y en las posibles soluciones.

Después del desayuno, Ferrara entregó las llaves de las habitaciones y se despidió del recepcionista. Arrastraban sus maletas, a punto de salir del hotel, cuando el teléfono de Gala sonó. Con preocupación, miró la pantalla, después a Nicolle y a su padre y anunció:

—Vuelvo enseguida.

—No tardes —le pidió Marc—. Tenemos que salir.

—Vamos con una hora de antelación y solo serán cinco minutos.

Se alejó, y Nicolle y él se quedaron solos, callados y mirando al frente.

Después de unos segundos, Marc decidió a hablar:

—Tengo que decirte algo. Podría haberlo hecho ayer, pero no encontré el momento. No quería estropearte la noche.

—Muy considerado por tu parte —ironizó ella. Lo que sentía era mucho más que una noche estropeada.

Marc no pensaba entrar en reproches y sería lo más directo posible.

—Tengo noticias de tu padre. —La muchacha giró la cabeza con brusquedad y lo miró con fijeza, olvidándose de todo lo demás. Tuvo que sujetarse fuerte al asa de la maleta—. Querías que investigara y lo he hecho.

—¿Está vivo? —No supo por qué preguntó eso. Muchas veces había imaginado que no lo estaba. Sabía que solo era una mala excusa para sí misma que intentara justificar su ausencia.

Marc asintió.

—Nicolay Petróv, conocido como Nicolás o el Ruso. —Nicolle sintió que su estómago se

encogía—. No creo que haya ninguna confusión. Es mucha casualidad que el nombre y la nacionalidad encajen, además de trabajar en París.

—¿Trabaja en París? —Su voz fue apenas un susurro.

Tan cerca.

Tan lejos.

—Sí, en una cafetería. —Tocó el bolsillo de su chaqueta y buscó lo que todo el fin de semana había estado guardado entre sus prendas—. Toma. —Le tendió un papel que ella miró con atención. Dos direcciones diferentes—. Y esto, para despejar cualquier duda que te quede.

Le entregó una fotografía. Ella la contempló y sintió que no era dueña de su cuerpo. Estaba quieta en el sitio, pero notaba un movimiento que parecía tambalearla hacia delante y hacia atrás. El hombre de la imagen vestía un uniforme negro y llevaba una bandeja en la mano. Servía una mesa. Era ella, ella convertida en hombre y con unos años más. Increíble. Pelo oscuro como la noche y ojos cristalinos como un cielo despejado. Piel clara y labios gruesos. Dicen que nunca te verás a ti mismo sin mirarte a un espejo, pero acababa de hacerlo.

Marc, que por encima del hombro comprobó que su hija colgaba el teléfono, se apresuró en decir:

—Solo hay una cosa más, Nicolle —dudó, incluso titubeó, y Marc Ferrara nunca titubeaba. La muchacha consiguió apartar los ojos de la fotografía para fijarlos en él—. No tiene hijos. —Ella arrugó el entrecejo—. Al menos que él sepa.

—¿Cómo?

—No sabe nada de tu existencia.

—Eso no puede ser.

—Mi fuente es más que fiable.

—¿Quién es tu fuente? —preguntó, alzando la voz con indignación. Y después, presa del pánico que le aportaba la sospecha que le había pasado por la cabeza por un solo instante, repitió —: Eso no puede ser. Han debido equivocarse.

—Sí, sí que puede ser. No hay ningún error, Nicolle, tu padre no sabe que existes.

Miró al frente, conmocionada.

—Nicolás... —susurró.

¿Por qué una madre llamaría a su hija como el hombre al que quiere olvidar?

Porque no quería hacerlo, en realidad.

Porque él no la había abandonado. Y porque, muy probablemente, había sido al contrario.

Notó que la mirada se le nublaba y tuvo que sujetarse con más fuerza al asa.

Cuando Marc iba a acercarse para tranquilizarla, Gala apareció.

—Cinco minutos clavados. ¿Nos vamos?

La vuelta fue mucho peor que el desayuno: ninguno abrió la boca. Cada cual, de nuevo, estaba perdido en sus propios pensamientos. Nicolle apoyó la cabeza en el cristal de la pequeña ventanita, cerró los ojos y temió el momento de su regreso a París y su encuentro con Silvana.

Cuando llegaron a la puerta de los Ferrara, y a punto de entrar, Gala la sujetó del brazo y la miró con mucha preocupación; la que parecía llevar cargando todo el día.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo muy bajito para que no llegara a oídos de su padre.

—Tú dirás.

—Tienes que venir conmigo a un sitio. Ya.

—Gala, tengo que soltar la maleta y...

—Por favor —le suplicó.

—¿No puedes esperar a que dejemos la maleta?

Los ojos de su amiga, esos chispeantes y alegres, brillaron, al borde del llanto. Después negó de manera casi imperceptible y le rogó con los labios fruncidos.

—Por favor...

—Está bien, pero encárgate de él. —Hizo una señal hacia Marc—. Querrá saber adónde vas. Y que le diga a Silvana que salgo contigo.

Se lo agradeció con un asentimiento de cabeza y carraspeó antes de dirigirse a su padre. Para sorpresa de Nicolle, la Gala de siempre volvió y con tono animado le dijo:

—Papá, tengo que salir un momento. Es muy muy urgente. —Le sonrió—. ¿Puedes encargarte de su madre? Volveremos en unos minutos, pero necesito salir ya para llegar a tiempo. —Le dio un beso en la mejilla y se dio la vuelta. La sujetó por la muñeca, apremiándola para caminar.

Los ojos de Nicolle contemplaron la puerta y la fachada negra de los Ferrara, esa que tanto le fascinaba. Y era curioso que su subconsciente quisiera recordarla, porque sería la penúltima vez que la viera. Aunque eso ella no lo sabía, por supuesto.

Perdió de vista la entrada principal cuando Gala la arrastró hasta la parte trasera, donde siempre estaba su moto.

—No tardes —se escuchó la voz de Marc a lo lejos.

—¡No lo haré!

Le pasó un casco a Nicolle y se puso otro antes de montarse y salir de allí con rapidez.

—¿Adónde vamos? —le preguntó lo más alto que pudo por encima del sonido del motor. Gala aceleró más, adelantando por entre los coches de la gran avenida de New York—. ¡Gala! ¿Qué pasa? Estás asustándome.

Su amiga giró un poco el rostro hacia la izquierda para que Nicolle pudiera escucharla.

—Te lo explicaré todo en cuanto lleguemos, te lo prometo. Tengo muchas cosas que contarte. —Instintivamente se miró el brazo, aquel que lucía las señales por las que Nicolle ya le había preguntado un par de veces. Redujo un poco la velocidad—. Entre esas cosas hay un bombazo: la señora que dice ser mi madre ha vuelto.

—¿Tu madre? —Nicolle intentó que su tono fuera lo más convincente posible, como si en realidad acabara de enterarse y la sorpresa la invadiera.

—La que dice serlo, sí. —Zigzagueó entre dos grandes coches y Nicolle tuvo que agarrarse con más fuerza a su cintura.

«El mío también ha vuelto», le entraron ganas de decirle, pero entonces recordó que quizá nunca se había ido.

—¿Cómo sabes eso?, ¿la has visto?

Gala negó.

—No, pero me lo ha contado mi padre. Al parecer, quiere una oportunidad. Conocerme poco a poco, ya sabes. Eso que dicen los que tienen la poca vergüenza de volver cuando les place. Pero ella era muy joven, le dijo, y estaba muy asustada. —Había intentado que en su voz no sonara la rabia y el reproche, aunque Nicolle la conocía y sabía que estaba llena de ella, lo que por un lado la tranquilizó.

—¿Qué harás tú?

—Puede que acepte verla. —Nicolle se estremeció, pero Gala añadió enseguida—: Merece la oportunidad de que alguien la ponga en su lugar, alguien que le diga que fue una zorra cobarde y que no se merece ni el aire que respira. —Elevó la voz un poco más—: ¿Acaso mi padre era mucho mayor que ella? Puede que incluso me tome la molestia de recopilar unas cuantas fotos de mis mejores momentos: metida en una caja de plástico, envuelta con tubos y cables y sin saber si la próxima caja sería de pino. A lo mejor es que a mi padre no le asustó verme así...

Gala calló y Nicolle respetó su silencio mientras avanzaban.

De repente, dio un giro de manera brusca hacia la derecha y se detuvo en la entrada del Passy Park. Habían estado allí alguna vez con los chicos. Era un parque transitado en el que, a pesar de estar colmado de asientos, ellos siempre se acomodaban en alguna de sus escaleras para fumar sin ser vistos.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber. Se bajó de la moto con la misma velocidad que lo hacía Gala, que era mucha. Ambas se quitaron el casco.

—Buscar a Jan.

—¿Y por qué corres tanto? —La persiguió, esforzándose por abrir las piernas más de lo habitual, intentando que su paso fuera más provechoso. De repente, tropezó con el cuerpo de Gala, que se había detenido en seco—. ¿Y ahora qué hac...? —No continuó, no pudo. Boquiabierta, contempló lo mismo que había paralizado a su amiga.

Estaban Colin, Graciela, otros del instituto que ella no conocía y Jan en la escalera en la que habían estado juntos alguna vez. Pero este último... se encontraba sentado en el muro, con una chica morena y alta entre sus piernas y sujeta de la cintura por una mano; en la otra sostenía un porro. Estaba besándola. A otra que no era Gala.

Nicolle, con el corazón comenzando a palpitarle muy fuerte, se aferró a la chaqueta de su amiga, reteniéndola. Sabía de su carácter, del genio que gastaba, y no quería imaginar cómo acabaría aquello si la dejaba proseguir.

—¡Tú! —le gritó Gala de repente, colérica. Todos se giraron para mirarla. Para sorpresa de ambas amigas, Jan no soltó a la chica—. ¡Eres un cabrón de mierda!

Él le sonrió con malicia. Nicolle no entendía nada. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué le sonreía? ¿Por qué estaba con otra y no le importaba que lo viera?

—¿Qué pasa, Gala? —le preguntó, todavía sujetándola para que no avanzara, pero no obtuvo respuesta.

—¿Soy un cabrón de mierda? ¿Y dónde estabas tú, puta? —le soltó él, con una mezcla de rabia y burla.

—Muérete, Jan. ¡Muérete!

Gala se dio la vuelta y comenzó a llorar de esa manera espontánea que produce ríos de lágrimas, hipidos y sollozos. Nicolle miró una última vez atrás para observar el grupo y la siguió.

—¿Qué acaba de pasar? —quiso saber, temblando de rabia.

—¡¿Acaso no lo has visto?! —exclamó Gala, girándose hacia a ella—. Ese pedazo de mierda está con otra. ¡Lleva todo el fin de semana llamándome, escribiéndome, diciéndome que soy una puta que seguro que está por ahí con otro tío! —Lloró de una manera desconsolada—. Llevo tres días enviándole fotos de nuestras excursiones, incluso mi ubicación. Estaba con mi padre, joder. ¡Con mi padre! Y ni así...

Gala se subió en la moto, pero ella se quedó paralizada en el sitio, atando cabos. Su preocupación, las excusas para no ir a Sevilla, las marcas de su brazo, alejarse cuando la llamaban al móvil. Dio un paso hasta ella, le cogió el brazo y subió la manga de su chaqueta para ojear las señales. Después contempló los ojos castaños y llorosos de su amiga.

—¿Ha sido él? ¿Jan te ha hecho esto? —Gala no respondió, solo asintió con lentitud—. ¿Desde cuándo te pasa esto, Gala? —Unas pequeñas lágrimas de impotencia salieron de los ojos cristalinos—. ¡Responde!

Los labios de su amiga temblaron.

—Desde hace mucho...

Nicolle hizo acopio de su entereza, se montó en la moto y le pidió que arrancara.

—Vamos a casa. Allí hablaremos con calma.

Gala se secó las lágrimas con la manga de su chaqueta, asintió y partieron hacia allí.

—Siento no habértelo contado —creyó escuchar por encima del sonido de la moto, de la carretera y de los hipidos, ahora con más claridad, pues con las prisas no se habían puesto el casco—. Creía que sería solo una vez, pero... —No continuó.

Nicolle tuvo ganas de preguntarle si había ocrrido algo durante el viaje de Navidad. Ahora que caía en la cuenta, siempre ponía excusas para no verse por videollamada y al llegar tenía esas marcas. De todos modos, no habló; no creía que fuera el momento de alterarla más. Pero ¿quién era aquel Jan? ¿Qué había sucedido? No se lo explicaba. El chico guapo y alegre que ella conocía aprovechaba cualquier oportunidad para besar, tocar o piropear a Gala. Siempre quería estar con ella. Nunca había notado un mal gesto, una mala palabra...

Un golpe en la parte trasera la sacó de su ensimismamiento. Gritó mientras se sujetaba con fuerza a Gala. La moto se desvió hacia la izquierda, después hacia la derecha y su amiga consiguió enderezarla. Un coche tocó el claxon cuando se detuvieron en mitad de la avenida y casi las atropelló.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó alterada Gala. Todavía estaban subidas en la moto.

Nicolle, temblando y jadeante, se tocó el cuello. Le dolía. El impacto la había zarandeado. De repente, escuchó algo y miró hacia atrás.

—¡Gala, corre! ¡Acelera!

—¿Qué pasa?

—¡Galaaa!

Lo último que vio fue la sonrisa de Jan y su moto acercarse con mucha rapidez, sin darle tiempo a nada más: ni a advertir a su amiga ni a gritar ni a sujetarse. Después, el golpe detrás de ella y la sensación de volar con los ojos cerrados.

Suelo, un suelo por el que se deslizó, dejándose la piel en él, y algo duro que la frenó.

Abrió los ojos, aturdida y con un fuerte dolor de cabeza. De manera instintiva, se llevó la mano allí, donde dolía. No había sangre.

Pestañeó y miró alrededor. Se sentía como en ese momento exacto en el que estás a punto de dormirte en la parte trasera de un coche, entre voces entremezcladas y el vaivén suave de tu cuerpo. Lo contempló todo a cámara lenta. A Jan alejándose mientras se bajaba la visera del casco. La moto de Gala tirada sobre la acera contraria. Ambos cascos abandonados en la calzada. A su amiga, unos metros a la izquierda, tumbada en el suelo. Una mujer que corría hasta ella, pidiendo ayuda. Los coches, frenando, apilándose. Los cláxones de otros muchos sonando, quizá sin saber qué ocurría y con la prisa con la que todos convivían en París. Y alguien que se le acercó.

—Chica, ¿estás bien? —No respondió, solo buscaba a Gala. Necesitaba saber que estaba bien —. Perdona, ¿me entiendes? —Nicolle asintió, aunque hablaba rápido y en francés—. Te has golpeado la cabeza, te he visto. Os llevaré al hospital más cercano. ¿Puedo coger tu teléfono? Llamaré a tus familiares.

Ella solo asentía a todo mientras miraba a Gala, todavía tumbada en el suelo.

—Gala, mírame —susurró, comprobando que le salía la voz. Pero su amiga no respondió—. ¡Gala! ¡Gala!

Capítulo 27

Los monstruos de verdad no tienen un cartel identificativo, y eso es lo que los hace realmente peligrosos. Viven entre nosotros y se camuflan tras unas sonrisas, buenos gestos y bonitas palabras. Todos tenemos alguno a nuestro alrededor, y cuando sacan su verdadero ser, se llevan una parte de lo que fuimos. De nuestros recuerdos. De nuestros momentos vividos.

Nicolle había compartido momentos con uno y le había confiado la seguridad de su amiga. Ella misma estaba bien, Gala estaba bien. Todo había salido bien. Pero ¿qué habría pasado de no haber sido así? ¿De no haber recuperado su amiga la conciencia?, ¿de que su golpe hubiera sido unos centímetros más abajo, como le había dicho el médico unos minutos antes? Que serían esa noticia diaria, ese caso más que todos los días veía en la televisión, solo que con dos nombres y apellidos diferentes. Y ya está.

Ellas, dos víctimas que sumar.

Él, un monstruo de tantos que no pagaría lo que habría hecho. Simplemente porque no había manera de pagar una vida humana.

Se encontraba sentada en una fría silla, mirando al frente. La gente pasaba de un lado a otro, las camillas eran desplazadas por delante de ella y el alboroto únicamente disminuía cuando el sonido de un altavoz indicaba quién era el siguiente en pasar. Ya había entrado y la habían examinado. Estaba bien. Solo el golpe la había dejado aturdida y le habían quedado unas feas y dolorosas marcas en el brazo izquierdo, el que había arrastrado cuando cayó y se le había quemado. Le escocía, pero no era nada comparado con todo lo que se había incrustado en su cuerpo y mente.

Por una vez en su vida tuvo la sensación de que no podía más. No se explicaba muy bien por qué lo sabía. El nudo ahora ocupaba toda su capacidad, formado por un cúmulo de sensaciones tan diversas que no era capaz de catalogarlas. ¿Rabia? ¿Tristeza? ¿Impotencia? No, no lo sabía, pero tenía la certeza de que el cupo estaba lleno, de que no aguantaría otra noticia, otra *sorpresa*. Marc, su padre, Silvana, Gala, Jan... ¿Qué ocurría? ¿En qué se había convertido su vida? ¿Cuándo había crecido? Y, lo más importante, ¿por qué había tenido tanta prisa por que aquello ocurriera? Hacía dos meses, solo dos meses, su preocupación era un viaje de fin de curso. Si hubiera tenido ánimo para ello, habría sonreído cínicamente.

Unos pasos resonaron por encima del barullo que hasta ahora la había acompañado.

—¡Nicolle! —dijo la voz más asustada que había escuchado nunca. Al alzar la mirada, también se encontró con el Marc más asustado que había visto nunca. Jadeaba—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Gala? Me han llamado, me han dicho que os han dado un golpe y os caísteis de la moto, que... —Hablaba muy rápido y atropelladamente.

Nicolle presenció el brillo del terror en sus ojos.

—Tranquilo, está bien. Perdió el conocimiento unos minutos, pero está bien. —Miró hacia la puerta que tenía frente a ella. Marc se giró para leer la palabra «Enfermería» en el cartelito—. La han examinado y no hay nada extraño. Ahora están curándole algunas quemaduras —le enseñó la venda que le habían puesto en su brazo— y comprobando... otras cosas.

—¿Otras cosas? ¿Qué otras cosas? —cuestionó alarmado.

Nicolle se levantó. Siempre había sido consciente de la diferencia abismal de altura respecto a Marc, pero en aquel instante se sentía tan pequeña que se amilanó. No obstante, lo miró a los ojos, dejando a un lado sus diferencias, como si él no fuera el hombre que una y otra vez le partía el corazón. Tenía que hacerlo, por Gala.

—Ha sido Jan. —Él arrugó el entrecejo—. Jan, su novio.

—Sé quién es Jan. ¿Qué le ha hecho?

Tragó saliva.

—Tú me lo dijiste, que no te gustaba... Que no te fiabas de él.

—¿De qué hablas? —La voz le tembló.

—El fue quien nos embistió con la moto.

—¿Qué? —Y aunque intentó mantener la calma, Nicolle percibió su mandíbula apretada y sus manos cerradas en puños.

—Fuimos a buscarlo y... —Le pareció muy largo de explicar. Además, una sensación de vómito comenzó a subirle hasta la garganta y se vio incapaz de seguir, así que acortó. Las malas noticias mejor darlas rápido—. Hace unas semanas, cuando vino del viaje, le vi a Gala unas marcas en el brazo. También me di cuenta de que se comportaba de manera extraña. Le pregunté, pero no me contó nada.

Marc palideció y dio un paso atrás.

—No.

Ella buscó su mano y la sujetó.

—Lo siento.

—No.

—No lo he sabido hasta ahora, te lo prometo. Si me hubiera enterado antes, yo...

Los ojos oscuros del hombre —ahora solo padre—, aquellos tan seguros, tan temerarios, brillaron. Brillaron con temor, con impotencia, con rabia. Brillaron hasta desbordarse. Solo fue una lágrima, solo una, pero a Nicolle se le clavó como si estuviera hecha de metal y hubiera ido directa a su pecho. Sujetó con más fuerza su mano, dándole ánimos. Sin embargo, mientras lo intentaba, su labio tembló.

—No he podido hacer nada... Nada —se lamentó—. No sé cuánto tiempo lleva así..., sufriendo sola. Cuando hemos llegado, él besaba a otra, y ella le ha gritado. Nos hemos ido en la moto. Después, apareció, nos dio una vez y... —Arrancó a llorar con fuerza—. Estaba en el suelo, Marc. Tumbada. No respondía, no se levantaba. Creía que... —sollozó—. He pasado tanto miedo...

Marc cerró los ojos, tiró de ella aprovechando que estaba sujeta a su mano y la acurrucó en su pecho.

—Tranquila.

—Lo siento, lo siento. Yo tendría que darte ánimo a ti —se lamentó entre hipidos.

—Shhh... —siseó él mientras besaba su pelo y la abrazaba. Contuvo su cólera, las ganas de romperlo todo, de correr, de encontrarlo.

—Hay que denunciarlo. Yo lo haré. Diré todo lo que vi.

La apretó con más fuerza contra él.

No iba a hacer falta denunciar, porque mataría a ese cabrón. Había tocado a su niña. A su niña. Y lo mataría.

Despegó a Nicolle unos centímetros, sujetó su rostro con ambas manos y la examinó.

—Estáis bien, es lo que importa. De lo demás nos encargaremos más tarde, ¿vale?

—Vale —susurró, también mirándolo fijamente.

Unos segundos de silencio, de nervios y de miedos. Después, lo hizo, la atrajo hacia sí.

La besó.

No pudo evitarlo.

Sin importarle nada.

Sin importarle nadie.

Sin pensar siquiera que estaban enfadados y separados.

Fue casto, sincero, suave.

La besó con paciencia, con amor, con la certeza de que estaba allí.

La besó porque era la calma de su mar revuelto y a través de ella conseguía esa paz que tanto ansiaba.

Y ella se dejó besar.

Porque lo necesitaba.

Porque lo amaba.

—Nicolle, ¿qué haces?

Ambos se separaron con rapidez y miraron al foco del sonido que los llamaba.

Frente a ellos, Silvana, estupefacta, con los ojos desencajados y las manos a cada lado del cuerpo. A su derecha, Francesca.

—¿Papá?

Marc cerró los ojos, suspiró y miró hacia atrás. Gala se encontraba en la puerta de la enfermería con el rostro descompuesto. Con una templanza envidiable, le habló:

—Gala...

—¿Por qué la has besado? —Dirigió su mirada a Nicolle—. ¿Qué coño hacías tú besando a mi padre? —Nicolle se mareó, ahora de verdad. Sin meditarlo, se sujetó a la mano fuerte de Marc—. ¡Eh, tú! —Gala se acercó a ella, y como si fuera una completa desconocida la chica que tenía delante, la empujó, desplazándola—. ¡Te estoy hablando!

La aludida no abrió la boca, solo se limitó a mirar a su alrededor para comprobar que todos los ojos estaban puestos en ellos. Era como una mala comedia de las que tanto le gustaban. Lo peor era que su final no prometía tanto.

—¡Ya basta! ¿Alguien me explica qué está ocurriendo? —Silvana dio unas zancadas hasta su posición y la sujetó del antebrazo.

—¿Qué hace ella aquí? —Ahora Gala miraba a Francesca. Y, por lo que parecía, sabía perfectamente quién era.

—Yo... —Francesca balbuceó. Al parecer, tampoco asimilaba lo que acababa de ver—. He llegado a tu casa cuando ella salía apresurada. —Señaló a Silvana—. Estaba contándole al chófer que Marc la había llamado, que estabas en el hospital, y la he seguido —confesó.

Nicolle apretó los dientes y la odió un poco más. Por inmiscuirse. Por estar allí. Por buscar a Gala. Por encontrar a Marc.

—¡Te estoy preguntando qué pasa aquí! ¡Exijo una explicación! —Silvana zamarreó a su hija como si fuera una muñeca de trapo, y esta, enfurecida, intentó soltarse de ella, en vano, cansada de guardárselo todo para sí. No hacía nada malo. No dañaba a nadie.

—Lo que has visto —tuvo el valor de decir al fin, mirando con rabia a su madre—. Estaba besándolo.

Notó cómo el agarre de su madre se desvanecía.

—¿Desde cuándo...?

—Acaba de ocurrir —mintió ella, queriendo exculpar a Ferrara.

Pero él, sin titubear, la interrumpió:

—Desde que empezó a trabajar para mí.

Silvana abrió la boca, asombrada. Gala los miró con tanto reproche que Nicolle sintió cómo el fuego de sus ojos la quemaba.

—Eres un asqueroso —le espetó Silvana—. Un sinvergüenza, un cabrón... Es una niña. ¡Una niña!

—¿Qué te duele más, enterarte de esto o saber que no volverás a acostarte con él? —cuestionó Nicolle, dolida por el último comentario.

Silvana la miró espantada y levantó la mano, dispuesta a estamparla en su mejilla, pero su hija la detuvo a tiempo.

La primera vez. Aquella era la primera vez que se había encarado con su madre.

Gala y Francesca lo observaban todo, atónitas.

—¿Cómo te atreves? —le espetó Silvana.

Nicolle se encogió de hombros.

—Ya ves, parece que te he perdido todo el respeto que te tenía, mamá. —Recalcó mucho esta

última palabra, soltándole la mano con furia—. Puede que Nicolay Petróv tenga algo que ver. ¿Te suena?

Observó cómo la mujer segura y estricta que tenía delante palidecía. No le importó, quería que sufriera y que sus palabras le pesaran. Después miró a Marc de soslayo, y evitando a Francesca, que lo contemplaba todo, junto con media sala de urgencias, se acercó a Gala, dispuesta a explicarse. Para su sorpresa, esta dio un paso atrás y la miró con tanto asco que Nicolle se quedó paralizada.

—Vete. No quiero verte.

—Gala... —Lo intentó de nuevo, dando un paso hacia ella.

—¡Que te vayas! Ni siquiera te reconozco.

—Pero... —«Soy la misma de siempre», quiso decir. Quería gritar que no tenía la culpa de haberse enamorado, que no estaba previsto. Que ella seguía siendo su mejor y única amiga y que no quería perderla por nada del mundo. Quiso rogarle que no la odiara. Sin embargo, no dijo nada. Sabía que no era el momento.

Miró a su alrededor y, de nuevo, a cámara lenta, observó cómo Silvana se daba media vuelta, cómo Francesca acudía con rapidez hasta Gala y cómo Marc, tras una última mirada dolida, se acercaba a su hija y a la que fue su mujer.

Se rompió completamente.

Se sintió más desamparada que nunca.

Se desquebrajó de un solo movimiento.

Acababa de perderlo todo.

A su madre. A su mejor amiga. A Marc.

Y, lo peor, a quien había sido hasta entonces.

Eso sí, aprendió que, cuando crees que ya no puedes más, todavía hay una pequeña parte de ti capaz de empujarte para salir hacia delante.

Su abuela la había llamado una decena de veces sin obtener respuesta. No había atendido el teléfono porque Silvana había insistido otras tantas y no se sentía preparada para lo que fuera que viniera. Se había pasado la tarde paseando de un lado a otro, sin saber adónde ir y sin importarle. Allí nunca te perdías. Buscabas la boca de metro más cercana y te dirigías a algún lugar conocido que posteriormente te llevara a otro.

Había pasado casi una hora desde que todo se había descubierto en aquel hospital. Lo que más le dolía de lo sucedido, más que haberse quedado sola, fue saber que Marc tenía razón, que siempre la había tenido: sabía que eso ocurriría, que nadie estaría con ellos ni los apoyaría. Ni siquiera él.

Gala. Silvana. ¿Cómo esperaba que reaccionaran bien?

Suspiró.

Ferrara la había alejado de él con sabiduría, porque nadie aceptaría esa relación.

«Relación», como si a lo que fuera que hubieran tenido pudiera llamársele así. Ella nunca había vivido un romance, pero había escuchado hablar de cientos de ellos, y ninguno se le parecía.

Rio al pensarlo. Una chica que pasaba por su lado la miró con una mezcla de interés y sorpresa, quizá preguntándose si estaba loca.

Su móvil sonó de nuevo. Hastiada, lo sacó del bolsillo de la sudadera y miró la pantalla. Frida. Cerró los ojos y suspiró. ¿Y si había ocurrido algo y su parte orgullosa no le permitía enterarse? Descolgó.

—Nicolle, por favor, dime que estás bien.

—Estoy bien.

Frida sollozó y el corazón de Nicolle se agrietó un poco más. Dicen que hacer llorar a una madre duele, pero nadie hablaba de causarle daño a una abuela.

—No llores, abuela.

—Por favor, ven a casa.

—¿Está Silvana?

—Sí. Y está muy preocupada.

«Ya».

—Iré un poco más tarde.

—Por favor, ven ya. Hablaremos. Necesitamos hablar. —Se escuchó un hipido—. Cuando lo aclaremos, puedes quedarte aquí hasta que tu madre vuelva. Después, ya veremos.

«¿Volver de dónde?».

—Está bien —claudicó sin darle más vueltas.

Colgó, cogió aire y siguió caminando en línea recta, en busca de una boca de metro. Tendría que ir atando cabos sueltos, ¿no?

Cuando llegó, solo tuvo que empujar la puerta. La esperaban.

Silvana estaba sentada en la mesa del salón con una taza entre las manos. Su abuela, de pie, sostenía otra, y la mano que tenía libre reposaba sobre el hombro de su hija en un gesto de consuelo. Supo por sus semblantes que Frida ya sabía lo ocurrido. También supo, por el olor que invadía la estancia, que ambas tomaban tila.

La habitación le pareció más angosta que nunca y la luz más anaranjada y apagada.

—¿Dónde has estado? —fue lo primero en preguntar Silvana al alzar la cabeza. Nicolle no respondió. Se acercó, soltó la mochila en una silla y se sentó en otra, justo enfrente de ambas—. ¿Has estado con él? ¿En qué estabas pensando? ¡Te dobla la edad!

Su hija la miró con fijeza. Los ojos cristalinos que la examinaban le causaron más dolor que nunca, y lo hicieron porque hasta entonces no la habían juzgado.

—¿Por qué he crecido creyendo que mi padre me abandonó? —Directa al grano.

—Nicolle, no creo que... —intervino Frida.

—Y yo creo que por una vez me merezco hacer las preguntas. ¿Quieres que primero te hable de Marc? Bien. Estoy enamorada de él —soltó sin piedad— y no es su culpa, aunque creas que sí. Soy yo la que he perseguido un imposible, incluso después de acostarse contigo para alejarme de él. Por eso me sentó tan mal lo que vi en casa. —Silvana miró de soslayo a su madre, ruborizada. Abochornada, en realidad. Ambas se dieron cuenta de cómo la cara de Frida se contraía por la sorpresa que le había causado la noticia. A Nicolle no le importó—. Y no tienes de qué preocuparte, porque ya no hay nada. Nada. Marc Ferrara no existe. Ahora, ¿es mi momento de saber por qué me has engañado toda la vida?

Para sorpresa de las tres mujeres, incluso para ella misma, el labio inferior de Silvana tembló y de manera automática se echó a llorar rota y desgarradamente, como si un grifo hubiera estado abierto durante mucho tiempo dentro de ella y ahora, justo en ese instante, el líquido rebosara.

Su hija nunca la había visto así, no obstante, se mantuvo erguida en la silla.

—Yo... tenía miedo. —Por un momento, a Nicolle le llegaron a la cabeza las palabras de Francesca. Las excusas de Francesca—. Miedo de contárselo a él y de que me abandonara. Miedo de lo que pudiera hacer mi padre conmigo o con él. Éramos tan jóvenes y tu abuelo tan estricto... No me atreví. —Miró a Frida por encima del hombro y, refiriéndose a ella y a su marido, añadió—: Mi idea era volver a España, alejaros de Francia y después volver sola, sin temor.

—¿De verdad pensabas que tu padre habría sido capaz de algo malo en contra de ti o del chico? ¿Que habría tomado represalias por haberte quedado embarazada? —le preguntó Frida, espantada—. Sí habría sido capaz de cualquier cosa contra quien supuestamente te abandonó, pero contigo...

—Ahora sé que no, pero ¿crees que tenía madurez suficiente para pensarlo en su momento, mamá? No, no la tenía.

—Era un embarazo, no un asesinato.

—Pero yo era joven y creía que...

—Creías que tu padre te echaría de casa, no te hablaría o le pegaría una paliza a ese muchacho —terminó por ella con cierto enfado en la voz—. Puede que hubiera ido a darle la paliza, o que te gritara, o... vete a saber. Pero después se habría mantenido a tu lado, como ese día que cogió, cogimos —se corrigió— las maletas, dejamos nuestra casa y te acompañamos para que criaras a

tu hija con todo nuestro apoyo.

—Mamá, lo siento.

—Has tardado dieciocho años en confesarlo. Dime, Silvana, si Nicolle no lo hubiera descubierto, ¿me lo habrías contado alguna vez?

Se mantuvo en silencio.

Nicolle hirvió por dentro de la rabia al comprobar la escasa valentía de quien había creído su referente. No pudo contener su lengua por más tiempo:

—Y fuiste tan cobarde que, no solo mentiste y le ocultaste la información a Nicolay, sino que encima no volviste nunca para contarle la verdad. —Silvana lloró más. Nicolle, presa de la furia, se levantó y golpeó la mesa con las dos manos. Ahora era ella quien retenía el llanto por la impotencia—. Y no te bastó con abandonar a un hombre y engañar a tus padres, que te siguieron a España y lo habrían hecho al fin del mundo, no... Encima, me criaste... —le tembló el labio y tuvo que detenerse— sin una pizca de amor, sin un gesto de cariño. Apartada de los hombres y haciéndome creer que eran el enemigo porque uno te partió el corazón. Ahora me entero de que no le diste la oportunidad de partírtelo. Yo me consideraba cobarde, pero ahora sé a quién me parezco. Rechazaste antes de ser rechazada.

—Eso que dices no es justo.

—Lo que no es justo es lo que has hecho conmigo. Nunca —alzó un dedo— te lo he reprochado, pero he crecido creyéndome culpable del abandono de mi padre, de haber llegado a este mundo y de haber terminado con tu carrera. —Las lágrimas se escaparon y la voz se le quebró—. Cada vez que entraba en tu despacho y veía las bailarinas colgadas... Cada vez que el tarro de emergencias se vaciaba y doblabas turnos o buscabas desesperada la venta de un mísero seguro... Cada maldita vez que algo fallaba y la situación se ponía fea, yo me sentía culpable. Yo no elegí nacer, y sin embargo me he atosigado por ello mucho tiempo.

—Nicolle... —intervino su abuela.

—¿Nunca lo sospechaste? —le preguntó, rogándole con la mirada que fuera sincera.

—No.

La muchacha asintió, cogió su mochila y se dio la vuelta.

—¡¿Adónde vas?! —le gritó Silvana, desesperada, intuyendo lo que ocurría.

Nicolle se giró una última vez para ojear el salón y quienes había en él. Se impregnó del olor a tila, aunque prefería recordar el de las pastas y el té que le servía su abuela cuando la visitaba.

—Si algo me has enseñado, aunque quizá no con los mejores métodos, es que en la vida primero estoy yo y mis prioridades, y después lo demás. —Abrió la puerta y salió.

Lo último que escuchó fue gritar a su madre de manera imperativa:

—¡Nicolle, ven aquí ahora mismo!

Pero ella ya no cumplía órdenes.

Capítulo 28

Marc permaneció en el hospital hasta que el médico le entregó los informes y le dijo que todo estaba bien. Todo excepto las señales violentas que presentaba su hija en varias zonas del cuerpo. Tuvo que coger aire y mantenerlo en sus pulmones antes de preguntar:

—¿Le ha contado ella algo?

El doctor lo miró con fijeza y asintió, pero se mantuvo en silencio. Ferrara entendió a la perfección que no le pertenecía a él desvelárselo, aunque poco quedaba por saber después de lo ocurrido.

—Su amiga dice que fue la misma persona que provocó el accidente con la moto. Iré inmediatamente a denunciar.

—Tenemos la obligación de hacerlo nosotros desde aquí, mostrando el informe médico.

Asintió, a la espera de más información y del procedimiento a llevar a cabo. Cuando el doctor terminó, salió a la sala donde antes habían estado. La sala donde su vida se había hecho trizas. Un poco más.

Gala estaba sentada mirando al frente. A su lado, Francesca. Su madre. Las observó y el gran parecido que compartían lo arañó por dentro. Juntas, una al lado de la otra después de tantos años, y sin embargo parecían dos desconocidas. «Lo que son», se recordó.

—Gala, Alfredo estará fuera, te llevará a casa. —Al menos supuso que ni Nicolle ni Silvana se habrían ido con él en el coche. Su hija no lo miró—. Francesca, vete.

—Pero, Marc... —intentó hablar, levantándose.

—¿Quieres que esté aquí? —le preguntó Marc a Gala, y esta negó. Entonces dirigió su mirada a Francesca y le ordenó—: Vete.

La mujer cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Si quería decir algo, no lo hizo. Después se levantó y se alejó de ellos.

—¿No vienes conmigo? —le preguntó Gala con recelo—. ¿Irás a buscar a Nicolle?

—No, no iré a buscar a Nicolle. Vamos, te llevaré con Alfredo, y en cuanto vuelva a casa hablaremos.

No hubo respuesta ni reproches. Caminaron hasta la salida, donde el chófer los esperaba impaciente por saber algo sobre la niña.

—Llegaré a casa pronto —informó mientras besaba el pelo castaño de Gala y la abrazaba con toda su fuerza, a pesar de que ella no movió un solo músculo, como si fuera un desconocido. Después miró a Alfredo y asintió, pidiéndole en silencio que cuidara de lo más preciado que tenía en la vida.

París, la ciudad más poblada de Francia, se le quedó pequeña a Marc. Había dado vueltas, vueltas y más vueltas. Sin sentido, lo sabía, pero también tenía una necesidad imperiosa de encontrarlo.

El corazón le latía tan rápido...

Su sangre fluía tan caliente...

Su niña. Había tocado a su niña. La había puesto en peligro.

La respiración se le descompasó.

Su coche rugió con furia.

Él continuó y continuó. Y lo haría hasta dar con él.

No sabía el tiempo que había transcurrido, pero entendió que por sí solo no lo encontraría, así que sacó el móvil de su pantalón y marcó sin pensar quién respondería al otro lado de la línea.

No hubo respuesta.

Insistió.

Insistió más.

Blasfemó, exasperado, y golpeó el volante.

A punto de colgar, una voz sonó al otro lado. Esta vez no era dulce ni alegre, como de costumbre, sino fría y rota.

—¿Qué quieres?

—Nicolle, no me cuelgues, por favor. Necesito tu ayuda. Solo será un minuto. —Silencio al otro lado—. Solo necesito ubicaciones. ¿Dónde soléis juntaros con el grupo?

—¿Qué vas a hacer, Marc?

—Solo necesito las ubicaciones.

—Te meterás en un problema.

—¡Joder! —Golpeó el volante con furia. Una, dos, tres veces—. Mierda, Nicolle. Ese puto asqueroso ha podido mataros. Ese hijo de puta le ha pegado a Gala. ¡¡Ese puto cabrón le ha puesto una mano encima a Gala!! —gritó con mucha furia, provocando un extenso silencio al otro lado.

Después de unos segundos, oyó un suspiro.

—Antes de que todo pasara, estaba sentado en el Passy Park. Otros posibles lugares son el río o el Arrête.

—¿Dónde vive?

—No puedes ir a su casa, te buscarás problemas.

—¿Dónde vive?

Nicolle suspiró de nuevo.

—Justo detrás del museo Georges Clemenceau.

—Gracias. —Contuvo el aliento un instante antes de preguntar en tono bajo y arrepentido—: ¿Cómo te encuentras?

Pero no obtuvo respuesta. Ella ya había colgado.

Nicolle llegó al Arrête buscando a Gala. Necesitaba hablar con ella y sabía que aquella tarde comenzaba a trabajar, pero Séfora la informó de que se había cogido el día libre porque, al parecer, se había caído de la moto. Nicolle chasqueó la lengua con fastidio y decidió no contar nada de lo sucedido. Pidió una cerveza y permaneció en la barra.

Séfora mascó chicle mientras secaba un único vaso y le preguntaba sin descanso para saber qué le ocurría. «No tienes buen aspecto, españolita, y nunca bebes». Pero Nicolle parecía tener sellados los labios. Una única vez alzó la cabeza para pedir otra cerveza y la camarera soltó el vaso, sabiendo que no había nada que hacer; la española reservada no le contaría sus problemas. Así que abrió la cerveza, la deslizó por la barra húmeda hasta dejarla cerca de su nueva dueña y se dispuso a buscar cotilleos en algún otro rincón del local.

Nicolle miró la cerveza y se la bebió a tragos, no a sorbos. Arrugó la cara.

Amarga. Fría. Fuerte.

Marc.

«No deberías esperarme, Nicolle. Nunca podré darte lo que necesitas de mí».

Otra. Fría. Menos amarga. Menos fuerte.

Jan. Traición. Peligro.

«¿Sabes dónde vive?».

Francesca.

De fondo, música. Un violín. Armonía.

Minutos de calma, de mente en blanco.

Otra cerveza. Fría. Rica. Suave.

Gala.

«Ni siquiera te reconozco».

Otra.

Nicolás. Nicolay. El Ruso.

«No tiene hijos, al menos que él sepa».

Otra. Otra.

Silvana. Su madre.

«Tenía tanto miedo... Éramos tan jóvenes y tu abuelo tan estricto...».

De nuevo, el violín. Ganas de bailar al son de la música. ¿O ya no sonaba en realidad y solo estaba en su cabeza?

Mareo. Lágrimas. El nudo creciendo. El nudo subiendo. El nudo bajando. El nudo queriendo gritarle que su mundo se desmoronaba. Que ya lo había hecho, en realidad.

Unas manos posándose en su cintura.

Más mareo. Más lágrimas.

—Hola—. Una voz conocida.

Marc recorrió el río con un único rostro en mente. Se sentía desbocado, incapaz de frenar. Una y otra vez llegaba a su cabeza el momento en el que le dio la mano a ese cretino, en el bar donde trabajaba Gala, y experimentó la sensación que a cualquier padre le recorre por la columna cuando siente que no es alguien adecuado para su hija. Pero, claro, ¿quién iba a darle cualquier otra sensación, si estaba dejando a su niña en sus manos?

Mantuvo la calma mientras se subía de nuevo al coche y continuaba.

«No está aquí, pero estará en el parque o escondido en su casa. Vas a encontrarlo, Marc. Vas a encontrarlo».

Probó suerte en el parque. Bajó las escaleras a galope y se acercó a todos los grupos de chicos y chicas jóvenes que encontró, pero no a quien buscaba.

Un último intento antes de ir a su propia casa.

Pensó que sería absurdo que estuviera en el lugar más localizable: en el trabajo de Gala, donde siempre se los veía juntos... Era absurdo, sí, pero no se quedaría con la incertidumbre.

Puso rumbo al Arrête.

Alguien giró su taburete y, a la vez, a ella. Al hacerlo, algo mareada, se encontró con los ojos más bonitos y exóticos que había visto nunca.

—Eric —susurró, y se secó las lágrimas. Durante un instante pensó que el nudo desaparecía, que su mundo no estaba tan desmoronado, que aún quedaba una pieza en pie.

—Por un momento creí que estabas aquí como mi mánager, ya que me habías cerrado el evento... Pero no has girado la cabeza ni una sola vez hacia el escenario, así que he sospechado que no. —Sonrió con amplitud. Ella miró hacia el pequeño escenario y comprobó que Josep y José estaban actuando. Violín y malabares.

Se sintió una mierda. Se había encargado de cerrarle la actuación y ahora ni siquiera la recordaba.

—Lo siento —murmuró, realmente arrepentida.

Eric la observó con más detenimiento ahora que la tenía cerca. Sus ojos parecían más azules que de costumbre debido al enrojecimiento a su alrededor, y en general parecía alguien consumido y no la chica de sonrisa permanente.

—Me imagino quién es el culpable de tu aspecto —expuso.

Ella negó.

—Solo yo, como bien me dijiste una vez.

La culpable era ella. Ella, que se había dejado embaucar de nuevo. Ella, que lo había arriesgado todo a una partida en la que prácticamente jugaba sin cartas.

—¿Qué necesitas?

—Un amigo.

El chico sacó una cartera desgastada del bolsillo trasero de sus pantalones, la abrió, se hizo con algo y se lo entregó a Nicolle, que leyó el papel en voz alta y quebrada:

—Vale por una *pizza*, un helado y un día completo juntos.

—Pero este regalo es para cuando tú lo necesites, y ahora estás con los chicos y actuando.

—Es mi vale y lo canjeo cuando quiero.

Nicolle le sonrió con sinceridad; quizá la sonrisa más verdadera que le habían provocado nunca. Y no por el hecho de elevar las comisuras, sino por lo que significaba aquello. Era el arcoíris en un día de lluvia. Ese que aparece entre las nubes y te hace confiar en que todavía hay esperanza de que salga el sol, aunque el cielo encapotado diga lo contrario.

Eric se alejó hasta el escenario, le dijo algo a los chicos, volvió a por Nicolle y, tras cogerla de la mano, la llevó hasta la puerta. Esa misma puerta por la que Marc Ferrara estaba a punto de entrar.

Ferrara, sin ser visto, los observó.

El malabarista colocó la mano detrás de la cintura de la chica y la guio.

Ella sonrió con timidez.

Y él se desquebrajó un poco más.

El trayecto hasta Montmartre fue lo que duró la explicación de Nicolle sobre los últimos acontecimientos. Él la escuchó con atención y admiró la fortaleza que mostraba mientras narraba lo sucedido. Pensó que, o todavía no era consciente de lo que acababa de sucederle, o lo era tanto que no le quedaba más remedio que actuar, sin tiempo a lamentarse por nada. Era una de las personas más fuertes que conocía, a pesar de su cara de porcelana y su apariencia reservada. Y rompía escucharla. Así que no le dijo nada. Solo sintió ganas de llamar a la puerta de los Ferrara, esperar a que Marc saliera y partirle la cara de un puñetazo. ¿Es que no veía lo que se escapaba de entre sus manos? También intentó entender a Silvana, pero no lo consiguió. Así que sí, calló, porque nada de lo que dijera podría ayudarla.

Se encontraban en el *loft* de ladrillo visto, sentados en el sofá y con la televisión encendida, sin ver nada en realidad. El chico se levantó y sacó un par de cervezas de la nevera.

—¿Serás capaz de aguantar otra, o prefieres agua?

—Creo que seré capaz. —Después del viaje, ya no se sentía tan mareada. Rota, sí, pero no mareada. Y las piernas y las manos le temblaban de manera involuntaria, aunque intentó pasarlo por alto.

—También hay aquí un zumo con un color azul muy extraño —le informó, con la cabeza dentro de la pequeña nevera—. Creo que es de José y que lleva ahí como cuatro meses.

—Cerveza, mejor.

Caminó hasta el sofá, se tiró sobre él y le entregó el botellín abierto. Ambos le dieron un trago.

—Y ahora pediremos la *pizza* y los helados.

—¿Vas a salir a comprar helados?

—No, van a traérnoslos.

—No reparten helados a domicilio. —Rio.

—¿Qué pido?

Nicolle arrugó el entrecejo y él la apremió con un gesto.

—La *pizza* me da igual, de lo que prefieras.

—¿Y el helado?

—El helado..., mmm..., de *stracciatella* y menta. Insisto, creo que nadie vende helados a domicilio.

—Ya, pero recuerda que tenemos un vale y que yo hago magia.

Se levantó de un salto enérgico y se escabulló hasta la parte de su habitación. Nicolle se mantuvo en silencio, a la espera. Entonces escuchó lo que le pareció la marcación de botones en un teléfono fijo y la voz de Eric, intentando hablar lo más bajito posible.

—Sí, sí... A domicilio. Con pepperoni. Ajá. —Un silencio. Tras él, su dirección—. Otra cosa. Te doy diez pavos si entras en la heladería de al lado y me traes dos tarrinas de helado. —Nicolle agudizó un poco más el oído, divertida—. Está bien, que sean quince. Tamaño mediano. Uno de *stracciatella* y menta y otro de vainilla praliné.

La muchacha tuvo que reír mientras bebía de su cerveza.

Marc aguardaba dentro del coche, detenido en la calle que le había indicado Nicolle, justo detrás del museo. Nunca supo si la paciencia era una de sus virtudes, pero en aquel momento no le quedaba otra cosa a la que recurrir. Así que esperó, esperó y esperó, hasta que la perseverancia dio resultado.

Todo fue muy rápido, o él lo sintió así.

El sonido de una moto. El mismo sonido deteniéndose en seco. Un chico quitándose el casco, dispuesto a entrar en su casa. Un hombre que apareció por su espalda, lo sujetó de la chaqueta oscura y lo arrastró hasta el coche; no dentro, sino detrás. Lo giró, para que pudiera verle la cara, y le tapó la boca, para dejarlo sin opción a pedir ayuda.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Ferrara, y Jan negó—. Tranquilo, a partir de ahora lo harás cada día de tu vida. Soy el padre de Gala y tu peor pesadilla.

Se habían comido hasta los bordes de la *pizza* y ahora daban buena cuenta del helado. Era irónico, ya que la calefacción estaba encendida. Tenían la pequeña mesa llena con la caja de la comida y el par de botellines vacíos que cada uno se había bebido. En los únicos huecos libres, las piernas de ambos subidas. Nicolle había dejado de temblar y se sentía bien, al menos todo lo que podría estarlo en su situación. Eric no le había hablado de Silvana, de Marc, de Gala ni de ningún otro asunto que la entristeciera. Habían charlado de cosas triviales, de la actuación en el Arrête, de las anécdotas de los chicos en alguna ocasión, e incluso le había mostrado un número de magia con cartas al que no había podido pillarle el truco. Ahora solo hablaban mientras saboreaban sus helados.

Por un momento, mientras lo hacían, Eric se encandiló con el movimiento de aquella pequeña cuchara de color roja que se perdía en los labios de ella para ser saboreada con deleite, y luego aparecía, entraba en la tarrina del helado y volvía a sus labios.

Nicolle, que se reía por algún comentario anterior, dejó de hacerlo al notar los ojos de Eric fijos en su rostro. Identificó la mirada de hombre, y no de amigo, que había experimentado otras veces. La del deseo, la de la necesidad. Por un momento, miró sus ojos. Brillaban. Los tres puntitos diagonales parecían más oscuros que nunca porque sus iris también estaban más amarillos que nunca. Los adoró. Se sintió afortunada de tenerlos ahí, clavados en ella. Siempre. Después descendió y se detuvo en sus labios, esos que normalmente sonreían y que ahora se mantenían entreabiertos, serios y apetitosos.

Sintió una punzada en su estómago.

Aquel pensamiento, unido a la sensación, la hizo apartar los ojos. Era extraño. ¿Cómo podía despertar algo en ella de manera tan repentina? ¿Era posible desear a dos personas tan diferentes y a la vez? Porque lo había deseado, de eso no había duda.

—¿Quieres? —le preguntó, algo azorada, alzando la cuchara. Se había puesto nerviosa ante aquel escrutinio tan cercano y directo y ahora intentaba desviar la atención—. Menta —aclaró como una tonta. Como si él no hubiera sido el encargado de pedirlo.

—No la he probado nunca —dijo él, perdido aún en sus labios.

Nicolle colmó la cuchara, cogiendo también un poco de *stracciatella,* y se la ofreció. Pero Eric la apartó con suavidad, le quitó el helado de las manos, hincó la cuchara en él y se acercó.

—Quiero probarla de tu boca.

Capítulo 29

No supo por qué lo dijo. No supo por qué lo hacía, pero no había podido remediarlo. Era consciente de que ella se encontraba mal, vulnerable... No tenía derecho en ese momento. No obstante, cuando estuvo a punto de arrepentirse y pedirle disculpas, Nicolle, en silencio, se acercó a él. Mucho. Despacio. Sus labios gruesos, fríos y carnosos se encontraron con los del malabarista, y él, dejándose llevar por aquel impulso primitivo que lo manipulaba, la sujetó por la nuca y la atrajo hacia sí para devorar su boca.

Lo besó de verdad, como ella sabía, y no como lo había hecho en la comisaría.

Lo besó como una mujer.

Como hasta entonces solo había besado a un hombre.

Y, mientras lo hacía, el cuerpo de Eric se recostó sobre el suyo, sin dañarla con su peso.

Lo que comenzó siendo un beso suave, se convirtió con rapidez en algo frenético, desbocado.

Lenguas y saliva.

Menta y vainilla juntas.

Sensaciones y sentimientos encontrados.

Nicolle lo sujetó por la chaqueta, atrayéndolo hacia ella, notando la dureza clavada en su cadera. Por primera vez lo veía como un foco de deseo y no como un amigo. Estaba duro y ella era la causante de su excitación

«¿Qué estás haciendo?», se preguntó contrariada.

Pero entonces la lengua de Eric exploró un poco más, se sumergió más, y una de sus manos acarició su rostro hasta llegar a su clavícula, estremeciéndola y haciendo desaparecer cualquier duda o pensamiento.

—¿Te gusta? —le preguntó agitada. Acababa de convertirse, sin darse cuenta, en aquella mujer que dejaba el caparazón de niña en cuanto el sexo se cruzaba por delante.

—Me encanta. Me la imaginaba rica, pero no tanto —le respondió Eric, y lamió sus labios de abajo arriba.

Nicolle apresó su lengua.

—Vaya, no sabía que tenía menta ahí.

—Y yo no sabía que hablábamos del helado.

Se pegó otra vez a ella sin remedio. Nicolle intentó desnudarlo con premura y él colaboró, incorporándose levemente para quitarse la chaqueta y la camiseta de manga corta. Solo mantuvo los pantalones vaqueros.

Lo observó desde su posición, tumbada en el pequeño sofá. Contempló sus músculos, su cuerpo bien formado. Sus ojos, que parecían arder. Sus labios, serios, insinuantes. Aquel no era el malabarista callejero que le arrancaba sonrisas o le decía impulsivamente que estaba enamorado de ella, no.

—¿Estás segura? —quiso saber, a una distancia prudencial.

No se imaginaba el hecho de desnudarla, observarla con adoración y tener que detenerse. Por primera vez en mucho tiempo, estaba aterrado. Aterrado de que se arrepintiera, de que se marchara. Pero ella asintió.

Se acercó, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, donde la depositó con suavidad. La desnudó con pausa y deleite, y cuando estuvo desnuda, completamente desnuda, él, todavía de pie, se desprendió de la parte inferior, quedándose en igualdad de condiciones. Se giró, y de algún lugar sacó un preservativo que abrió ante sus ojos. Se lo colocó con rapidez. Su casa le pareció más especial que nunca. La luz anaranjada que entraba del exterior destacaba los ladrillos que los rodeaban y los rasgos de Nicolle. La admiró como la diosa que era, desnuda y en su cama.

—Voy a hacerte el amor, Nicolle.

Y era cierto. Porque estaba enamorado de ella. Lo estuvo desde ese día que la vio caminar entre la gente en la feria. Fueron sus ojos deslumbrantes, o quizá su pelo infinito, no lo sabía, pero algo lo llamó. Algo le indicó que mirara hacia un lado y se diera de bruces con la chica más bonita que vería alguna vez. Y su corazón, libre y bohemio, lejos de ataduras, se sintió preso de ella.

Se aproximó y la besó de nuevo, como si no pudiera parar de hacerlo. Tocó sus pechos, pequeños y firmes, y acercó la boca para saborearlos. Ella gimió, y él supo que sí, que estaba segura. Así que deslizó una mano por su cuerpo y llegó hasta su sexo. Suave, caliente. Pasó el dedo por su abertura y lo introdujo un poco. Mojado.

La masturbó, tocando su clítoris con maestría. Después, se colocó encima.

Nicolle notó el miembro en su entrada, ese que acababa de contemplar, grande, duro y solo para ella. Saber que en breve la penetraría la puso nerviosa. ¿Dolería? ¿Qué pasaría después? ¿Sangraría? Sintió la necesidad de explicarse:

—Soy virgen. —Vio la sorpresa en el rostro de Eric al decirlo, y también la intención de detenerse, pero ella lo apresó por los hombros—. No, no quiero que pares. Por favor.

Seguía sorprendido, pero se relajó. Parecía un sueño que alguien como ella estuviera suplicándole que la hiciera suya. Por primera vez. Sus hombros se destensaron y el miembro empujó un poco más, abriéndose paso.

Una pequeña punzada de dolor la atravesó. Cerró los ojos y sus cejas se fruncieron, pero no se quejó.

—Shhh..., tranquila —murmuró, pegado al rostro de porcelana—. Será despacio. Tú marcarás el ritmo.

Nicolle asintió repetidamente y sujetó el trasero prieto de él para controlarlo. Mantenía los ojos cerrados, pero notaba los labios de Eric sobre su rostro mientras empujaba un poco más.

No era Marc. Siempre había imaginado cómo sería su primera vez con él, y ahora se daba cuenta de lo absurdo que era hacer planes en la vida. «No, no es Marc», se recordó. Y se preguntó por qué hacía aquello con otro hombre. ¿Qué la impulsaba? ¿Venganza? ¿Acaso era una demostración de algo? No lo sabía, pero no quería pensar en él.

Eric, solo Eric. Él estaba allí, con ella, cuidándola.

Lo notó dentro, punzante y doloroso. Como si hubiera traspasado un pequeño umbral. Su cuerpo se contrajo y sus manos se posaron en el pecho duro del chico, pidiéndole que se detuviera. Lo hizo.

—Ya estoy dentro de ti —la informó con voz tranquilizadora mientras le acariciaba el rostro encendido—, y es lo mejor que he experimentado en la vida.

Ella abrió los ojos, embriagada por su voz. Temerosa, asintió y él se movió.

—Sí... —balbuceó sonrojada, en parte por la vergüenza y en parte por el dolor.

—Ya ha pasado. Ahora, solo placer. —Salió con suavidad para volver a entrar.

Tenía razón. De nuevo sintió dolor, aunque mucho menos.

Se internó una vez más. El latigazo de dolor disminuyó.

—Eres preciosa —le dijo al oído, y después lamió el lóbulo de su oreja mientras entraba y salía. Ella se aferró con las uñas a su trasero.

El dolor desapareció. En su lugar apareció el placer de manera progresiva. Nicolle pudo destensarse por completo y admirar al chico que tenía encima de ella, haciéndola suya. Se mantenía en calma, aunque sus ojos indicaban que su interior ardía. Ella también comenzaba a arder por dentro conforme su sexo lo recibía y se adaptaba al miembro duro y caliente. Lo notaba

en cada parte, en aquel lugar sagrado que otras veces habían tocado hasta llegar al éxtasis y que ahora le usurpaban de manera plena.

Comenzó a bailar en sintonía con él y lo acarició mientras se deleitaba en plenitud. Se sorprendió al escuchar sus propios gemidos ahogados, saliendo de lo más profundo.

—Dios, Eric... —murmuró, extasiada y buscando más profundidad—. Más.

—¿Más qué? —Los ojos del mago brillaron.

—Quiero más.

De repente salió de ella, la giró con habilidad y se situó detrás. El cuerpo desnudo y fuerte del chico se amoldó al suyo mientras la penetraba. Nicolle jadeó ante la nueva postura y se pegó a su pecho desnudo. Él mordió su hombro y aceleró el ritmo. Una, dos, tres, cuatro veces.

—¿Más? —le preguntó.

—Más.

El chico gruñó y la penetró con fuerza, fundiéndose. Eran piel con piel mientras le regalaba palabras al oído.

Eran jadeos y gemidos.

Manos que tocaban sus pechos, su abdomen, sus hombros y su cintura.

Manos en su clítoris mientras empujaba desde atrás.

Era el doble gusto que sintió al ser penetrada y explorada a la vez.

Dentro, fuera. Dentro, fuera.

Placer.

El pelo cayendo por su rostro, nublándole la visión.

Placer.

Las palabras de Eric resonando en su oído:

—Me encantas, española. Me encantas.

Más jadeos.

Más gemidos.

Mezcla de saliva y sudor. Y, por último, un gruñido masculino que evidenció la llegada del orgasmo.

Eric dejó un beso en su nuca. Después, silencio, calma y paz.

Se mantuvo así durante mucho tiempo con él detrás, quien le acariciaba el contorno mientras sus respiraciones se acompasaban. Nicolle se dejó amar con una sonrisa en el rostro, mirando al frente.

Minutos después, rompió el silencio:

—Supongo que esto no te lo imaginabas, ¿no?

Ambos sabían que se refería a su primera vez.

—No, la verdad es que no.

—Lo siento, debería habértelo contado.

La mano del mago dejó de acariciarla. Se alzó levemente para girarla y verle la cara. Nicolle se quedó bocarriba y él de lado, sobre uno de sus codos.

—No lo sientas. No es lo que esperaba, Nicolle, ha sido mucho mejor. —Ella sonrió—. Solo espero no haberte dañado. No estoy acostumbrado a estas cosas. Hace mucho que...

Lo calló con un beso.

—Ha sido estupendo, Eric. Ha sido... Gracias —fue lo único que pudo decir antes de girarse de nuevo.

Lo hizo para no verlo, para no sentirse una basura. Se giró para ocultar las lágrimas que comenzaban a caer. Porque era verdad, había sido genial, estupendo, esplendoroso... Y se había sentido tan mimada, tan querida... Pero no estaba experimentando lo que siempre había oído a las chicas contar después de su primera vez.

Pensó en Marc. Seguramente llevaba razón y la virginidad no tenía importancia. Al fin y al cabo, ella no sentía haberse desprendido de algo ni haber entregado nada.

Marc abrió la puerta de casa, soltó sus cosas en el lugar asiduo y caminó hasta la cocina. Gala

estaba allí y Celine la acompañaba.

Padre e hija se miraron por primera vez como si fueran dos desconocidos.

Gala estaba enfadada con él. Decepcionada, incluso. Pero cuando algo llamó su atención y sin evitarlo le miró las manos, el cuerpo le tembló. Los nudillos ensangrentados de su padre le contaron lo que él callaba.

—Necesito hablar contigo —le dijo, y ella volvió a mirarlo a los ojos. Nunca lo había visto tan consumido, tan derrotado. Tragó saliva.

—¿Te has metido en problemas? —Aunque, en realidad, lo que querría haberle preguntado era si Jan seguía vivo. Marc negó y ella se levantó, asintiendo—. ¿Podemos hablarlo mañana? Necesito descansar.

Él aceptó, ¿qué iba a hacer?, y vio cómo pasaba por su lado y se perdía a lo largo de la escalera. Miró a Celine una sola vez y se dio la vuelta sin despedirse. La cocinera también sintió que estaba derrotado.

Subió a la segunda planta y entró en su habitación, dispuesto a darse una ducha y quitarse la sangre de las manos. Una sangre que no era suya.

Se desprendía de la corbata cuando, cruzando hasta el baño, algo llamó su atención. El cuadro del cisne de su vestidor había desaparecido. En su lugar había una fotografía de fondo claro, con un piano de cola negro y una bailarina vestida de blanco encima, danzando.

Extrañado, salió de la habitación y se encaminó hasta el despacho. Al abrir, no pudo avanzar. El cuadro de los pulpos no estaba. Ahora lo adornaba una bonita fotografía de París con una luna gigante y luminosa tras la Torre Eiffel, que parecía diminuta en comparación con la gran circunferencia.

Caminó despacio hasta la mesa de su despacho y pulsó el interfono. Como de costumbre, Celine le respondió con premura.

—¿Sabes por qué no están mis cuadros en el despacho y en mi habitación y en su lugar hay otros?

—Nicolle subió con Alfredo a cambiarlos. Dijo que usted lo sabía y que tenía su permiso. También que dejaría algo en la cómoda de su habitación. Disculpe, con todo lo ocurrido se me ha pasado decírselo...

—De acuerdo, no te preocupes. Gracias.

Soltó el botón y se dirigió de nuevo a su dormitorio. Se descubrió sorprendido y agitado cuando encontró el pequeño sobre en la cómoda, tal y como le había comunicado Celine. Lo abrió, comprobando que nadie lo había hecho antes, y lo leyó:

Nunca he conocido monstruos que toquen el piano con tu delicadeza.
Somos lo que creemos ser.
Feliz Navidad atrasada.
N

Miró al frente, compungido.

Nicolle.

Había hecho todo aquello antes de que se marchara de viaje.

Cerró los ojos, y con la misma fuerza mantuvo la nota entre sus manos.

Cuando Eric se desveló, la descubrió sentada en el filo de la cama, vestida y mirando al frente. Verla con el chándal puesto le hizo recordar la primera vez que la encontró en la entrada de su casa, empapada. Ahora parecía otra persona. Más mujer.

—Puedes quedarte —le dijo él, observándola gracias a la luz que entraba por la ventana, procedente de una farola solitaria que rompía la oscuridad.

Ella negó, pero no habló. Entonces Eric notó sus hombros temblorosos y supo que lloraba. Se incorporó en el colchón y se acercó por detrás hasta abrazarla.

—¿Qué ocurre? —Nicolle se mantuvo en silencio y él cerró los ojos con fuerza, siendo

conocedor de lo que sucedía en realidad—. No soy él, ¿verdad?

Ella tragó saliva y negó de manera casi imperceptible.

—Eres mucho mejor, y eso es lo que más me duele.

Lloraba en silencio.

Se quemaba en silencio.

Él besó su pelo desde atrás.

—Lo siento —se disculpó muy bajito.

—Deja de lamentar lo que no puedes controlar, Nicolle. Tú no mandas en lo que sientes, y no pasa nada. —La giró y le limpió las lágrimas—. No pasa nada.

—Es que lo siento de verdad. Siento no amarte como quisiera. —La voz se le quebró y tuvo que tomarse un segundo—. Si mandara en mi corazón, como dices, no tengo duda de lo que elegiría.

—Pero es en lo único en lo que no podemos tomar decisiones. Y aunque ahora no lo creas y a mí me desgarre por dentro, es lo mejor que le puede pasar al ser humano para recordar que lo es: que algo se escape de su alcance y no lo deje decidir.

—Deja de ser bueno conmigo —le pidió, y se giró para mirarlo—. Deja de comprenderme, por favor. Enfádate, trátame mal, haz que me sienta una basura.

—Jamás —susurró antes de besarle la mejilla y sujetarle el rostro con ambas manos para que lo mirase—. ¿Me escuchas? Jamás. Ni siquiera permitas que alguien te haga sentir que lo mereces. Y, ahora, cuéntame, ¿en qué pensabas ahí sentada? —intentó desviar el tema para que dejara de sentirse culpable.

Ella buscó aire que llenara sus pulmones antes de decir:

—¿Te acuerdas de mi plan? Ese del que te hablé hace un tiempo. —Eric asintió—. Creo que es hora de llevarlo a cabo.

Siempre le gustó la noche, pero nunca tanto como ahora. Le recordaba a él y a sus sombras, y le recordaba que ella había intentado eliminarlas inútilmente.

Quizá le gustaba tanto vivir en la oscuridad porque allí no se aprecia con detalle lo que uno hace, lo que uno siente. La luz es vulnerabilidad. La claridad te expone.

Por eso decidió que lo mejor para ocultarse era la noche y había salido de casa de Eric de madrugada.

Se lo había contado todo; necesitaba que alguien lo supiera, que le dijera que no estaba loca y que estuviera ahí por si algo ocurría. Y no solo había hecho todo eso, sino que además la había ayudado. Después de más de una hora delante del ordenador y con todo cerrado, besó sus labios y se despidió sin permitir que la acompañara en el taxi que había pedido.

Llegó a casa de los Ferrara a las tres de la mañana y se internó en ella sin hacer ruido. Todos debían estar durmiendo. Los acordes atormentados de un piano le indicaron que no era así.

Subió hasta la segunda planta sintiendo que los peldaños se habían multiplicado y por un momento miró hacia la tercera. «No», se ordenó, y caminó hasta a su habitación. Entró como un fantasma. Gala dormía de espaldas a ella, de cara a la pared. Lo agradeció. No pudo evitar que los ojos se le empañaran. Era su amiga, esa que le había sacado las garras a cualquiera que la hubiera molestado desde su llegada, y ahora no quería escucharla ni verla. Pero no era eso lo que más le dolía, sino el hecho de que Gala pasara aquel trance sola. Más sola de lo que ya había estado, y a saber durante cuánto tiempo. Pensar en Jan y en lo ocurrido la hizo apretar la mandíbula y los puños.

Se obligó a centrarse; no quería demorarlo más. Su maleta se encontraba en una esquina de la habitación, todavía sin deshacer desde la vuelta de Carmona. Abrió el armario con cuidado de no hacer ruido y metió las poquísimas pertenencias que tan poco tiempo habían habitado allí. Se habría llevado solo lo imprescindible de no ser porque todo entraba a la perfección. Todo menos la ropa cómoda que había elegido para ponerse, junto con el gorro y la bufanda. Lo necesitaría.

Dejó la maleta preparada y se decidió por una ducha rápida que le iría bien. Menos de quince minutos después, ya estaba lista.

Iba a encaminarse hasta la habitación de nuevo cuando los acordes de *Hoffnungslos* la detuvieron en seco. La canción más triste del mundo. Tuvo que sujetarse a la pared. El pasillo pareció estrecharse y lo encontró interminable. Aquella fue la pieza que ella le mencionó la primera vez que Marc quiso hacerle entender que no estaban hechos para estar juntos. Se bajaba del coche, justo después de haber estado en el despacho con Celine. Justo después de haberle confesado que ella le gustaba, pero que no era posible crear nada más porque los separaba casi el doble de edad. Ojalá ahora solo los separara eso.

Aquel día, al decirlo, se sentía tan vacía, tan triste... ¿Era así cómo se sentía él ahora?

Sus pies se dieron la vuelta, pero cuando quiso percatarse, subía los escalones.

«Una última vez», se prometió.

Capítulo 30

Seguían sonando los acordes pausados y tristes cuando se sentó en el suelo del pasillo, con las piernas estiradas y las manos apoyadas sobre ellas, como cada vez que tenía oportunidad. Sentía el frío del suelo calarse a través de los finos pantalones que se había puesto, aunque no le importó. Cerró los ojos y se dejó llevar, como siempre hacía, pero con esa chispa de su cerebro activa, por si algún ruido la sacaba de su momento favorito y tenía que salir corriendo para no ser vista. ¿O ya no le asustaba esa posibilidad?

Al otro lado, tras una puerta cerrada, los acordes desquitados de un piano que sufría algún tipo de ira de la persona que posaba sus manos sobre él. Comenzaba a acostumbrarse a definir el estado de ánimo de Marc según su melodía. Era fácil hacerlo en el silencio de la noche. Pensó en sus manos, en sus dedos bailando con maestría. Nunca había tenido la oportunidad de verlo, pero sabía algo de música, al menos de transmitir con ella, y aquel hombre lo hacía. Era conocedor de lo que tocaba y del porqué.

Imaginó sus manos grandes, fuertes y seguras. Le gustaban cuando danzaban con calma encima de ella, por su cuerpo, y recorrían su figura como si la dibujara, como si nunca hubiera visto nada parecido. Le gustaban intranquilas, cuando se desquitaban con los centímetros de piel, cuando la abrasaban como si estuvieran prendidas, creadas de puro fuego. Aunque sabía que lo que realmente se escondía esas caricias descontroladas que le arrancaban la ropa con desesperación era la frustración de un hombre que no quería hacer lo que estaba haciendo. Que no quería tocar a quien estaba tocando. Y sin embargo no podía evitarlo. No podía luchar en contra de lo que se despertaba en su interior. No podía con su propio monstruo.

Le gustaba, la hacía sentirse poderosa. Era consciente de que en ese momento tenía el poder de entrar allí, enfrentarse a la imprevisible reacción de Marc y que sus dedos dejaran de correr de un lado a otro del piano. Pero no se sintió con fuerzas de hacerlo. Estaba cansada, y no como otras veces que había estado en el mismo pasillo. Ya no era el trabajo ni los estudios ni el baile lo que acumulaban esa pesadez sobre sus hombros. Ahora esos problemas le parecían tan pequeños, tan comunes...

Con los ojos aún cerrados, intentó relajar el cuello y se alimentó de la música. Era de las pocas maneras que podía comprenderlo, que sacaba lo que llevaba dentro. Así que se concentró en la recogida de lo que él le entregaba a lo que creía que solo eran aquellas cuatro paredes. De esa forma sintió el tormento y la oscuridad que lo albergaban, la tortura invisible pero constante de la que le había hablado alguna vez.

La melodía se aceleró e imaginó sus dedos haciéndolo también. Esa velocidad era proporcional a su frustración. Y aunque estaba cansada de intentar calmarla, aunque ya apenas le quedaban esperanzas de que algún día la dejara entrar con las puertas abiertas, se dijo que solo una vez más. Que era la última oportunidad.

Un último intento.

Quería aliviarlo.

Quería aliviarse.

Necesitaba despedirse.

Suspiró, bajó las manos de sus piernas para apoyarse en el suelo y se puso de pie. Sin pensárselo, abrió la puerta.

La música se detuvo.

La estancia blanca la recibió con un gran piano de cola negro en el centro y, detrás de él, Marc Ferrara. La miraba fijamente, y lo que siempre fueron unos ojos fieros y penetrantes, ahora parecían vacíos de todo sentimiento. No obstante, al verla, se iluminaron. Sin furia, sin reproches, como si esperara que en algún momento la puerta se abriera.

—Sabías que estaba aquí, ¿verdad?

—Siempre lo he sabido.

Nicolle arrugó el entrecejo.

—¿Cómo...?

—Te siento.

—¿Me escuchas? —le preguntó confusa.

—No. Te siento.

—¿Y por qué nunca me has dicho nada?

—Me gusta saber que estás ahí. —Silencio. Un silencio largo. Tras él, un Marc inexpresivo que preguntó—: ¿Qué haces aquí, Nicolle?

La vio tragar saliva. También su pelo mojado. Su rostro vacío.

«Este es tu momento —se dijo ella—, el que estabas esperando». Y tenía la opción de ponerle una banda sonora, como había deseado siempre. Lastimosamente, nunca pensó que sería así ni que significaría tanto.

—Tengo un nudo aquí —se señaló el estómago— que no deja de crecer. Lo ha hecho tanto que me oprime el pecho y no me deja respirar. Mi abuela dice que puedo manejarlo a mi antojo y después dejarlo salir; gestionar mis emociones. Necesito que se vaya, Marc. Te juro que lo necesito, porque vivir con él es insoportable.

Era extraño, pero la había entendido. Sabía lo que intentaba explicarle porque él llevaba cargando ese nudo tantos años que ya formaba parte de quien era.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Toca. Toca para mí. —Se tomó un segundo en decidirlo antes de pedirle—: *Nuvole Bianche*.

Marc se mantuvo firme visiblemente, pero por dentro se había tambaleado con furia. Él le había dicho que aquella canción era previsible y ella le había respondido que lo sabía, pero que le daba igual. Que era su favorita y que si una canción tuviera que coronar el mejor momento de su vida, sin duda sería esa. Después, el día de la actuación, la había cambiado. Quizá creyó que no era aquel el recuerdo que tendría que coronar, quizá creyó que había otro. De hecho, puede que acabara de empezar, pero dicen que uno no sabe que está viviendo el mejor momento de su vida mientras ocurre.

—Toca, por favor.

En silencio, sin apartar la vista, comenzó. El primer acorde sonó, y a partir de ahí el piano comenzó a llorar. Marc no miraba sus manos, no podía. Observó cómo la niña de los labios carnosos se llevaba las manos al abdomen, sin apoyarlas por completo, y simulaba sujetar una pelota mientras se alzaba de puntillas al son de la melodía. Ella cerró los ojos y a él la habitación le pareció más oscura sin su resplandor. Después giró la cabeza con lentitud mientras simulaba que el nudo bajaba hasta la pierna izquierda con la ayuda de sus manos. Subió al centro y repitió la acción hasta la pierna derecha. Un brazo, otro, y de nuevo al centro. Lo movió por todas sus extremidades repetidas veces, como si en realidad tuviera el poder de manipularlo hacia donde quería. Abrió los ojos y la luz volvió a Marc. Mientras lo miraba con intensidad, arrastró aquel nudo invisible hasta su cuello y con un movimiento desgarrador lo sacó por su boca y lo tiró al suelo.

«Ojalá fuera tan fácil», pensó el hombre.

Giró sobre sí misma y se detuvo en el mismo ángulo perfecto en el que estaba. Él admiró su técnica y sus movimientos limpios. Esos mismos con los que ahora danzaba mientras se acercaba a él.

No podía mirar las teclas; el imán Nicolle lo atraía sin remedio, lo hipnotizaba.

Su niña llegó al filo negro del piano y lo acarició mientras alzaba una de sus piernas hacia atrás a la vez que su cabeza, dejando caer el cabello negro por toda la espalda como si fuera una cascada. Se dio la vuelta y se sentó sobre el piano de un pequeño salto. Se descalzó con calma y los dedos de Marc temblaron débilmente, consiguiendo que la melodía cambiara. Pero Nicolle lo miró y le pidió en un susurro que no dejara de tocar. «Que sea infinita», dijeron sus labios, pero en realidad lo que deseaba era que no acabara el tiempo con él.

Se puso de pie sobre su piano, ese que no le dejaba tocar a nadie, y bailó. Bailó como aquel día delante de cientos de personas tras abrirse el telón, como en la calle, como la chica del cuadro que ahora decoraba su habitación.

Ella era su bailarina.

Ella era quien hacía desaparecer al cisne de entre las piernas de la mujer.

La única que había osado quedarse tras la puerta, a pesar de que se lo había prohibido.

La única que se había atrevido a entrar en su corazón, a pesar de que la había echado de todas las maneras posibles.

Allí estaba, delante de él, descalza. Sus pequeños pies con las uñas pintadas de color rojo se acercaron y no pudo más que abandonar la canción para alargar las manos hasta ellos y acariciarlos. Tocó uno a uno cada dedo y, cuando acabó, subió por sus piernas cubiertas a la vez que su mirada, la cual chocó con la de ella al llegar arriba.

—Lo siento —dijo. «Por dejar de tocar. Por haberte apartado de mi vida».

Ella se agachó y se sentó delante de él a la espera de más.

Los ojos de Marc serpenteaban mientras la sujetaba para acercarla. Se incorporó levemente para llegar a besarla, sin importarle la ropa. Las piernas, la cintura, el abdomen y el cuello. Le besó los labios, y lo hizo con tanta calma, con tanto anhelo y tanto arrepentimiento que Nicolle gimió en su boca y él se deshizo más. Apreció el olor a alcohol y no lo culpó. ¿Cómo, si ella había hecho lo mismo en el Arrête poco antes?

Al acariciarle el rostro y apartarle el pelo, la muchacha vio sus nudillos y se separó. Le cogió ambas manos y las inspeccionó. Eran tan grandes en comparación con las que las sujetaban...

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con preocupación mientras buscaba cualquier otra señal. Nada. En su rostro, solo las que ella misma había curado y que ya casi eran inexistentes.

—Nada importante.

—¿Jan? —Él asintió—. Marc, puedes meterte en problemas, puedes...

—Puedo besarte otra vez y olvidarme de todo durante unos minutos.

Se soltó del agarre de sus manos y atrapó la camiseta negra con rapidez, con la misma que de un movimiento la subió por su cabeza y se deshizo de ella. Después, el sujetador, dejando en libertad sus pechos. Para terminar, el pantalón y las braguitas. Completamente desnuda. Completamente suya.

Le besó los pies, dedo a dedo, como había hecho antes con sus manos. El tobillo, alternando lengua y labios, y su pierna por dentro, hasta llegar al interior de su muslo. Se acercó a su sexo y depositó un beso húmedo, haciéndola gemir y sufrir, porque pasó a la otra pierna e hizo el itinerario a la inversa hasta acabar en el pie. Después se levantó por completo, caminó hasta un lado del piano y la acercó allí, para poder llegar a cada parte de ella sin que el teclado lo impidiera. Saboreó sus pechos, su cara, su cuello, sus clavículas, su abdomen... Saboreó cada centímetro de piel y retuvo el sabor de la dulzura en su paladar.

—Eres la melodía más bonita que ha tocado este piano —declaró al ver el contraste de su piel de porcelana sobre el gran instrumento negro.

—Tócame, Marc. Hazme tuya como esas piezas que inventas en soledad.

El hombre miró al techo.

No, no había que pensar nada. Ya había pensado bastante. Ya se había retenido lo suficiente. Ya había luchado demasiado contra él mismo.

¿Qué perdía, si todo se había descubierto? ¿Qué queda cuando se ha desvanecido todo?

—¿Es que no te apetece? —le preguntó, avergonzada ante otra posible negativa.

Él la miró con ardor.

—No hay nada en este mundo que me apetezca más que tú, caramelo.

Se deshizo de su camiseta ante los ojos abiertos y curiosos de ella y después de su pantalón, a la vez que de sus calzoncillos. Se desprendió de las dudas que siempre lo habían acompañado.

Se tocó el miembro deseoso y palpitante con lentitud, para que ella lo ansiara. No había nada que lo pusiera más cardiaco que ser deseado por alguien como Nicolle. Abrió las piernas prietas que tenía delante y se acercó para lubricar, más, el dulce coñito que tanto anhelaba. Esta vez lo hizo con la saliva directa de su propia lengua. El sexo rasurado y de color rosáceo se abrió ante él como una flor. Posó su lengua y notó el ardor que desprendía. Lo chupó como el manjar que era y consiguió que las piernas de su niña temblaran.

Había llegado el momento. Estaba lista. ¿Cuántas veces se preguntó qué sentiría al notarla envolviéndolo?, ¿advirtiendo cómo se adaptaba a él? Se puso de pie, sujetó su miembro y lo deslizó arriba y abajo por la abertura chorreante, estimulando el clítoris palpitante con su propio glande.

—Voy a hacerlo, *sucré*. Voy a entrar en ti.

Jadeó. Estaba embelesado, ido.

Se acercó con cuidado, muy despacio. Con tacto, se enterró en ella. Muy poco a poco, lenta y dolorosamente, como si fuera esa muñeca de porcelana que a veces se le asemejaba, como si pudiera romperse. Se enterró por completo, porque allí no había nada que lo impidiera.

La espalda de Nicolle se arqueó sobre el piano al sentir la dureza gruesa abriéndose paso y esperó impaciente más placer. No llegó nada más, porque él se había detenido.

Los nudillos heridos ahora estaban blancos sobre el piano, a cada lado de la muchacha. Ferrara apretó tanto los ojos y la mandíbula que creyó que sus dientes se partirían, y sin poder remediarlo, golpeó el piano y mantuvo los ojos en la nada. Ella abrió mucho los suyos.

—Ma... Marc —titubeó.

—¿Qué has hecho, Nicolle? —La miró. Acto seguido, sujetó su pequeña cintura con tanta fuerza que la asustó.

Se introdujo de nuevo.

No, no había nada.

No había nada porque se lo había entregado a otro. Y sabía quién era ese otro.

—Oh, caramelo, no. —Un gemido ahogado salió de su garganta y ella no supo si era de placer o de dolor—. Oh, *bonbon*, ¿qué has hecho?

Salió y se hundió de nuevo en ella para comprobar que, efectivamente, nada se lo impedía.

Salió y entró.

—Déjame explicarte...

Pero no la dejó hacerlo. ¿Qué derecho tenía él a recibir explicaciones? ¿Qué derecho tenía él de ser el primero? Salió y entró, dándole placer y haciéndola gemir. Era lo único que se merecía. Cosas buenas, placer, gozo...

—Eres deliciosa —dijo con sus ojos clavados en ella, obviando por un instante que no era suya únicamente—. Estás tan apretada...

Entraba, salía. Entraba, salía. Entraba, salía. Rabia. Arrepentimiento. Placer, placer, placer. Tanto que Nicolle creyó no aguantarlo y se arqueó, buscando sin éxito algún lugar al que sujetarse para concentrar en su agarre aquel cúmulo inexplicable que la invadía.

—Marc, por favor...

—Escúchame. —Se detuvo un solo segundo para soltar su cintura y sujetarle el rostro entre las manos—. Escúchame, porque necesito decírtelo. Eres el caramelo más dulce que mis labios han probado. La droga más pura y adictiva a la que me enfrentado. —Sus embestidas se aceleraron y volvió a sujetarla por la cintura mientras ella se retorcía y gemía. Aquellos gemidos fueron para Marc el regalo más preciado. Tuvo que doblar su gran cuerpo y atrapar los labios de Nicolle para que cada suspiro que se escapara fuera suyo—. Eres... Joder, eres lo mejor que me ha pasado.

El cuerpo menudo tembló ante aquellas palabras que había esperado durante tanto tiempo. Una declaración, algo que la empujara. Pero ¿era él lo mejor que le había pasado? A quien más había querido, sí, quien más le había enseñado, también, pero ¿lo mejor? Su vida se había dado la vuelta desde el día que lo vio aparecer por la puerta de la gran cocina de los Ferrara. Todo

cambió desde ese momento y su perspectiva del mundo dejó de ser la misma. No sabía si mejor o peor, pero, desde luego, no la misma.

Ante aquel silencio tan significativo, los ojos del color del café brillaron a punto de desbordarse. Y lo hicieron. Las lágrimas no llegaron a correr, como su propia naturaleza les pedía, pero se quedaron ahí, en el filo del abismo, gritando su dolor.

Las de Nicolle aparecieron cuando avistó el sufrimiento tan profundo de aquel hombre, hasta entonces casi de hierro. Ahora, humano. Marc las borró con sus labios, las besó y las absorbió, sin parar de hacerla suya.

—¿Por qué, ahora que te tengo, no te siento mía? —susurró en su boca. Besó sus labios y mordió su mentón.

No obtuvo una respuesta inmediata.

—Se acabó, Marc.

Se detuvo ante aquellas palabras.

«Se acabó».

La lucha, el esperarlo, el soportarlo. Se acabó.

Salió de ella, la cogió en brazos con un rápido movimiento y caminó por la sala blanca hasta llevarla a la única ventana de la estancia. Desnudo, abrió la cortina, exponiéndolos.

—¿Qué haces? —quiso saber, cubriéndose los pechos.

—Sí, se acabó.

La sujetó por la cintura y la acercó al cristal, mirando hacia fuera. Todo su cuerpo se pegó y sintió el frío que desprendía. Los pechos, el abdomen, las piernas...

Ante ella, París. Oscuro en su cielo e iluminado en su suelo. Se sintió desamparada, expuesta y... excitada. Muy excitada. ¿Por qué, si el romanticismo había desaparecido para dar paso al Marc salvaje y sexual?

—Marc. —Intentó girar el rostro, pero no se lo permitió; lo detuvo pegando el suyo a la mejilla sonrosada y colocó su gran cuerpo detrás, aprisionándola entre la ventana y él con brusquedad. Nicolle notó su desnudez, el calor que emanaba y el gran miembro clavándose en su espalda. Vio sus reflejos en el cristal. Ella, pequeña y vulnerable; él, grande y poderoso. Autoritario. Imponente.

—Se acabó, Nicolle. El esconderse, la prohibición, el qué pensarán... Ya se acabó. Ahora somos libres.

La penetró desde atrás, de repente. Ella se alzó de puntillas y estampó las manos en el cristal al sentirlo. No concebía la idea de tanto placer. De ese roce piel con piel, directo, suave y ardiente a la vez. Su cabeza no imaginaba que dos personas unidas pudieran experimentar aquella conexión tan fuerte e irrefrenable.

—Más —pidió—. Dame más.

Él sonrió, pegado a su cara, y le dio lo que le pedía.

—Te lo daré todo, mi amor. Todo. —Empujó. Primero lento, después aumentando el ritmo.

Los pies de ella se alzaron hasta el punto de no tocar el suelo. Marc la tenía sujeta por la cintura y sus fuertes y rápidas embestidas no la dejaban bajar, en ningún sentido, porque creía estar tocando aquella luna gigante que le mostraba la ciudad.

—Te encanta. —No era una pregunta, era la afirmación de alguien que conoce a la perfección el cuerpo y las señales de una mujer. De alguien que notaba cómo la zona del punto G comenzaba a inflamarse, atrapando su polla, absorbiéndola, indicándole que el orgasmo asomaba —. ¿Te ha follado él así, Nicolle? —La embistió con más fuerza. Ella gimió más. Ya no importaba nada, ya le daba igual quiénes los escucharan, quiénes los descubrieran—. Contesta.

—N... no —negó entre jadeos.

—¿Te has corrido en sus brazos? —Aceleró y gruñó con fuerza. Su orgasmo también asomaba y quería, deseaba, rogaba, que aparecieran juntos. Que juntos desfallecieran. Se aferró a su cintura como cualquiera se aferraría a la vida y dio las últimas estocadas antes de sentir cómo su niña se deshacía entre sus manos y la humedad mojaba las piernas de ambos. Apretó los dientes, conteniéndose solo un segundo para escucharla responder—. Dime, ¿te has corrido en sus brazos?

—¡No, no, no! —gritó, apretando su culo con fuerza, buscando profundidad y corriéndose con él todavía dentro.

En su interior supo que podría ser por tratarse de su primera vez. No quería ser injusta con Eric. La había cuidado tanto y le había hecho el amor con tanta delicadeza... Pero todo eso se le borró con rapidez de la mente. Sentía tanto gozo que al instante necesitó que saliera de ella para descargar lo que estaba volviéndola loca. Pero él no lo hizo; atrapó su cintura y penetró más, sabiendo, correctamente, que solo intensificaría el gusto.

—No, claro que no. Porque nunca te follará como yo. Nunca te deseará como yo. Nunca te querrá como yo.

Nicolle presenció el gruñido más varonil que había escuchado en su vida, después, el vacío que le proporcionó el gran cuerpo al apartarse de ella y el líquido caliente de ambos derramándose en sus piernas.

Temblor.

Falta de aire.

Sudor.

Respiraciones descompasadas.

Se giró y lo miró.

Todavía París los observaba, aunque ellos, ajenos a ese detalle, se miraban el uno al otro.

—Déjame llevarte a mi habitación para hacerte el amor toda la noche. —Nicolle no respondió —. Solo hoy, por favor —le pidió, extendiendo su mano.

Se lo pensó, pero a los pocos segundos ella aceptó la mano y la unió con la suya. Total, era la última vez que miraría los ojos del color del café y que pasaría la noche con el que se había convertido en su primer, único y verdadero amor.

Capítulo 31

Marc había dormido. No habían sido muchas horas, pero las suficientes para hacerlo olvidar la realidad que le esperaba. Despertó pensando que tenía que hablar con Gala y probablemente solucionar el tema de Silvana. También pensó en Nicolle. No pudo evitar sonreír al hacerlo. Se giró hacia el otro lado y la buscó, pero no estaba. De un solo movimiento, se incorporó en la cama, puso los pies en el suelo y se encaminó hasta el baño. Nada.

—¿Nicolle?

Nada.

Volvió sobre sus pasos y miró la cama revuelta por sus cuerpos. Entonces lo vio, justo al lado de la almohada donde poco antes había estado su melena oscura. Se apresuró a cogerlo y lo mantuvo entre las manos. El corazón le palpitó con fuerza y las piernas le temblaron. Era el pequeño piano que él le regaló. Encima, una bailarina; debajo, una nota. Tuvo que sentarse para abrirla.

Una vez me dijiste que hablara sin miedo a las consecuencias, que la peor de ellas era convertir una pasión en una pesadilla, y que no podía vivir bajo la sombra de nadie. Constantemente siento que vivo a la sombra de todos. Ahora también a la tuya.

Si algo sé con certeza, es que tú eres una de mis pasiones, pero si sigo, si insisto, si sufro más, te convertiré en una de mis pesadillas. Y jamás me lo perdonaría.

Nunca fui tu prioridad, a pesar de que tú siempre fuiste la mía, y por una vez siento que me merezco ser esa persona indispensable para alguien.

Hoy lo seré. Seré indispensable para mí.

Y, para ello, debo tenerte lejos.

Te amo. Quizá de una manera joven, adolescente o loca, pero te aseguro que lo que siento por ti es amor.

Nicolle

Lanzó el pequeño piano y la nota sobre la cama y salió corriendo hasta su habitación. Abrió sin llamar, cosa que nunca hacía, y se encontró con los ojos apagados de su hija, que leía algo sentada en la cama.

—No la busques —le dijo Gala en tono neutro y sabiendo por qué estaba tan alterado—. Anoche la escuché hacer la maleta y esta mañana ya no estaba. Se ha ido. —Después vio cómo su padre cerraba la puerta y escuchó una sucesión de golpes en la pared que la hicieron cerrar los ojos.

«Se acabó». Ferrara recordó las dos palabras y se maldijo por haber creído, como un idiota, que de nuevo ella no lo cumpliría y que estaría ahí, para él.

De nada servía lamentarse. Ya era tarde.

Al cabo de un rato, Gala recibió un mensaje al móvil. Era Nicolle. La española que un día llegó a su clase sin hablar con nadie, sin levantar la mirada del suelo, ahora se había enamorado de su padre. Lo había hecho perdidamente y le pedía perdón por ello. Por haberle fallado. No pudo

evitar poner los ojos en blanco. Seguía siendo Nicolle, la que se disculpaba por todo, incluso por lo que no podía controlar. Seguía siendo su amiga, a pesar de sentirla una sucia traidora y una mentirosa. Y seguía queriéndola igual, que era lo que más le dolía.

La recordó en la moto, con ella, y en el hospital, justo antes de verla besarse con su padre. Cuando todavía era su mejor amiga, solo eso. Y de repente el peso de su ausencia le cayó encima de la misma manera que le había caído a su padre poco antes. Había visto la desesperación en sus ojos, el dolor y la histeria. Lo había visto por primera vez fuera de control, y supo que él se había enamorado de la chica de su edad con la misma intensidad que ella.

Silvana, de madrugada, había salido de la casa de los Ferrara con sus pertenencias. Se iría a la de su madre hasta que encontrara otra cosa. Ni siquiera le había pedido a su jefe lo que le pertenecía de los días trabajados, ya que no era capaz de echarse a aquel hombre a la cara. Se había acostado con ella y, ahora, se enteraba de que había mantenido una relación con su hija adolescente. Lo odiaba con todas sus fuerzas.

Cuando llegó a casa de su madre, Frida la abrazó con fuerza. Sabía que lo poco que la mantenía viva acababa de partir hacia España.

Celine se encontró dos juegos de llaves en la mesa de la entrada. Supo que nunca más vería a aquella mujer de media melena que tan poco le gustaba. Pero, tristemente, también supo que la joven de cabello negro y sonrisa permanente nunca más alegraría la casa con la música a toda voz mientras bailaba por las habitaciones que limpiaba.

Cuando alzó la mirada, descubrió a un Alfredo que acababa de entrar y la observaba apenado, también sabedor de lo que significaba.

Al parecer, esa niña no solo alegraba los pasillos; se marchaba de allí habiéndose ganado un trocito de cada corazón.

Eric escuchó el cristal de su puerta. Alguien había llamado con la palma abierta. Se levantó de la cama y comprobó que era muy temprano. Le sorprendió que, a pesar de la mala noche que había pasado, al final consiguiera conciliar el sueño. Miró el reloj y el corazón le palpitó muy rápido. El avión de Nicolle todavía no había despegado; de hecho, faltaban algunas horas. Quizá era ella, quizá se había arrepentido, quizá...

Se apresuró a salir de la cama y llegar hasta la puerta. Creyó que su cuerpo lo había hecho antes de que el cerebro se lo ordenara.

Al abrir, una ráfaga de aire helado lo congeló. No llevaba camiseta y se arrepintió de ello. Miró a un lado y al otro, pero ella no estaba allí. Algún niño habría llamado y salido corriendo para gastar una broma. Con fastidio, se dispuso a cerrar, pero entonces, justo antes de hacerlo, vio algo en el suelo. Una figurita. Se agachó para cogerla. Era una mariposa que poco antes había estado metida en una bola de cristal. Ahora, la bola estaba rota y solo quedaba el animal alzando sus alas al cielo. Le dio la vuelta. En la base donde él había pegado su nota, solo había una pegatina con un número de teléfono.

Miró hacia el frente, cerró los ojos y suspiró. El frío de París era pequeño comparado con el de su corazón.

Su mariposa acababa de volar.

Al entrar, se dijo que no podía seguir encerrado entre las cuatro paredes de ladrillo que le recordaban una y otra vez lo que había presenciado esa noche, así que se vistió, se abrigó con su chaqueta de cuero y se colgó la mochila negra. Se tomaría un café que lo despejara y se detendría en algún lugar. Nada de magia. Mejor malabares. Aquella mañana necesitaba lanzar su furia al aire.

—¿Qué quieres ser de mayor? —preguntó la mujer que se había sentado hacía apenas diez minutos.

La niña de bucles rubios y parcialmente tapados por un gorro de lana de color rojo miró a su madre, que no le facilitó la respuesta, y se mordió el labio inferior con inocencia mientras pensaba. La mujer que había preguntado la contemplaba impaciente desde el otro lado de la mesa.

—Veterinaria. Sí, quiero ser veterinaria. Me gustan los perritos —respondió la pequeña, que apenas tendría seis o siete años. Se mantuvo unos segundos en silencio, quizá pensando de nuevo, y con rapidez cambió su decisión—: ¡No, no! Bombera. ¡Seré bombera! Entraré por las ventanas para salvar a los gatitos del fuego. ¡O peluquera! Me gusta peinar a mamá. A veces me deja hacerle moñitos pequeños en el flequillo y...

Nicolle no pudo evitar despegar la mirada del folio que tenía entre las manos para observar con más detenimiento la escena. Estaba justo en la mesa de al lado, con una taza de café que ya no humeaba, un papel con la tinta esparcida y un pecho completamente hueco. Su mundo se derrumbaba irremediablemente, pero nadie lo advertía. Solo era una persona más bajo la carpa de una cafetería cualquiera, tomándose un café que en realidad no había probado. Ella se sentía incluso menos que eso.

Estaba triste y rabiosa, motivos por los cuales notó el impulso de levantarse, dirigirse a la mesa contigua y decirle a la señora, sin saber quién era, que ni siquiera le importaba lo que aquella niña quisiera ser de mayor. Que la pregunta había salido de su boca por simple cortesía, por saciar una curiosidad olvidada en cuanto retomara otra conversación. También le entraron ganas de sujetar a la pequeña por las mejillas, mirarla a los ojos y decirle que sería quien quisiera ser, siempre y cuando nunca permitiera que alguien entrara en su vida e hiciera temblar todo lo que ella con los años hubiera conseguido.

No lo hizo, claro. Regresó al papel, enfundándose un falso valor que no existía para terminar con lo que había empezado, pero no consiguió escribirlo. Las lágrimas que se camuflaban con la lluvia de aquel día gris habían borrado el mensaje del folio blanco. Mejor.

Una carta. Una mísera carta que ocultaba lo que su cobardía no había sido capaz de decir en voz alta.

Volvió a mirar a la pequeña mientras pensaba cuántas veces le habrían preguntado a ella aquello.

¿Qué quieres ser de mayor?

Nunca lo había dudado. Era de ese tipo de personas que nacen con una habilidad, con un don, con una vocación. Había llegado al mundo con muchas cualidades, entre ellas la empatía, la bondad y la paciencia, y quería aprovecharlas para ayudar a los demás, para algo útil. Quería ser enfermera. Vivir el día a día del paciente, acompañarlo en la travesía. A pesar de haber sacado una espléndida nota que le permitiría ser lo que quisiera, preparar la carrera que deseara. Y eso hizo. Muchas veces le insistieron para que, según aquellas personas, apuntara más alto. Médica, le había dicho Silvana muchas veces en sus conversaciones sobre el futuro. Sí, perfectamente podría ser médica. Podría, pero no quería. Le resultaba insulso y superficial trabajar tras el gran escritorio, recetando. Detrás del gran escritorio. Sonrió con melancolía al pensarlo. Así que se guio por su corazón y emprendió la búsqueda que deseaba. Pero, entonces, en mitad de aquel camino llano, apareció la gran piedra, la que todos encontramos en nuestro sendero, la que te pone las cosas difíciles, te saca de la zona cómoda a la que estás acostumbrado y te desvía de tu objetivo.

De nuevo, quiso dirigirse a la pequeña y hablarle de la piedra. Quiso gritar con fuerza para advertirla del peligro que conllevaba. No la piedra en sí, pues sabía de sobra que nadie podía esquivar los altibajos del camino de la vida, pero sí de una en concreto. De aquella que llamaba tu atención y ocasionaba que te despistaras de tu objetivo solo un momento para observarla. La que te gustaba. La que te hacía adicta a ella. Nicolle sabía por experiencia que no había nada peor que la adicción a alguien. A su voz. A su olor. A sus caricias. A su mirada severa.

Con las pulsaciones aceleradas y sin ser capaz de seguir escribiendo, percibió cómo una lágrima caía sobre la caligrafía cuidada y levemente inclinada, borrando una parte más de la noticia tintada de color negro. Se puso de pie, troceó el papel con energía y dejó todos los pedazos sobre la mesa. Se ajustó la bufanda y el gorro para que ocultaran parte de su tristeza y se

marchó, pasando desapercibida entre la multitud.

Era un alma perdida entre un gentío que avanzaba en el día a día. Era un cuerpo que continuaba funcionando de manera mecánica, algo que no le servía de nada si no sentía cada movimiento como parte de ella.

Pocos segundos después, por la plaza en la que se encontraba la cafetería, esa en la que un día se comió un helado con Eric, esa en la que le había hecho el truco de magia, una ráfaga de viento esparció todos los retazos escritos que se habían quedado sobre la mesa. Una niña de bucles rizados dejó de imaginar qué sería de mayor para contemplar en silencio todos los papelitos que volaban de un lado para otro. La temperatura del café no varió; llevaba tanto tiempo allí encima, sin ser tocado, que podría compararse con el corazón de la joven que caminaba sin rumbo y sin saber adónde ir. Y, entonces, como una señal, como algo inexplicable que la advertía una y otra vez de que nunca podría desprenderse de aquella piedra, un trocito de papel blanco mal recortado cayó en sus pies y la hizo detener su paso. Se agachó para cogerlo, pero se detuvo a medio camino. No, no lo haría. Tenía que obviarlo. Tenía que continuar. Sí, esa era la palabra: continuar. Seguiría. Haría lo que siempre quiso hacer y, mientras retomaba su camino, sortearía cada piedra que viera en él. Así no habría peligro de enamorarse de ninguna de ellas.

—Disculpa, creo que se te ha caído esto.

Había alguien agachado a sus pies. Parecía ser un chico, al menos eso dedujo bajo el gorro de lana oscuro y la chaqueta de cuero. No sabía cuándo había aparecido ni de dónde había salido, claro que tampoco sabía cuánto tiempo llevaba sumida en sus propios pensamientos delante de aquel trozo de folio. El joven se levantó con el papelito mal cortado entre las manos y se lo entregó. Sin embargo, ya lo había leído. Nicolle no lo culpó, pues sabía de la fisiología curiosa del ser humano.

—Gracias —dijo aceptándolo, y asumiendo también que no podría desprenderse de aquello con tanta facilidad.

—No son merecidas.

Al escuchar esas palabras, entreabrió los labios de manera inconsciente y, ahora sí, se detuvo en la persona que tenía delante. Miró los ojos de color tan peculiar, casi amarillos, y se fijó en el izquierdo. Exactamente, en su iris adornado con tres inusuales lunares pequeños que formaban un tres en raya. Fueron segundos, estaba segura, pero qué eternos. Qué de pensamientos desbocados corretearon por su cabeza. Con cuánta fuerza golpeó su corazón en el pecho.

—Eric... —pronunció en un susurro apenas audible.

—Buen viaje, Nicolle. —Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros rasgados, la miró una última vez guardando en su memoria cada rasgo de la pequeña muñeca y pasó por su lado dispuesto a desaparecer, quizá para siempre. No quería decirle nada más, no quería condicionar su decisión. Las mariposas deben volar, ser libres—. Si alguna vez vuelves a París, el barrio bohemio te espera.

Se sonrieron.

Lo vio alejarse con el aura bohemia que lo envolvía, con la luz natural que lo impregnaba todo cuando él estaba cerca, a pesar de ser un día gris. Vio caminar a la que posiblemente fue su única oportunidad de ser feliz. Observó sus pasos relajados y el movimiento de su cabeza, que le indicaban que miraba a un lado y a otro de la calle, buscando detalles que la hicieran bonita más allá del gran bullicio, del ir y venir del día a día. Seguía siendo él. Y, en parte, le había hecho descubrir quién era ella.

Se preguntó si algún día, en algún lugar, la vida los haría encontrarse de nuevo. Después volvió la vista al papel que tenía suspendido en la mano. Se dio cuenta de que los dedos le temblaban, y también los labios y el corazón.

Suspiró y leyó:

A ti, solo a ti.
A mi maldita droga dura.

Él también se había convertido en esa sustancia que no puedes dejar de consumir, en una

necesidad. Tenía tantas cosas que decirle..., pero no lo hizo. Su corta despedida había sido suficiente y esta que acababa de escribir quedaría en el olvido. Si él le hubiera pedido que se quedara, si hubiera luchado por ella, habría tenido la oportunidad de conocer todo lo que sentía.

No soltó el papel. Quiso hacerlo, pero no lo soltó. Maldijo para sí misma con los ojos cerrados y los labios fruncidos con fuerza. Suspiró con profundidad, metió aquel retazo en el bolsillo izquierdo de su abrigo y lo estrujó en su mano mientras retomaba el camino. Sabía que lo guardaría siempre, aunque un día consiguiera apartarlo no solo de su vida, sino también de su mente. Era conocedora, sin necesidad de haberlo vivido con anterioridad, de que nunca te desenganchabas de la droga que te había elevado tan alto, que te había hecho conocer el éxtasis.

Él también se había convertido en una maldita adicción.

Capítulo 32

Cinco meses después

Marc se encontraba sumido entre papeles cuando el interfono de su mesa sonó. Distraído, lo pulsó y escuchó la voz acelerada de Celine al otro lado:

—Señor, no la he dejado pasar, pero ha insistido. Está subiendo y...

La puerta de su despacho se abrió y tras ella apareció Francesca. Por su semblante, dedujo que no de muy buen humor.

—No te preocupes, Celine. —Soltó el botón del aparatito y continuó con los documentos sin demostrar lo que odiaba que invadiera su espacio personal de esa manera.

—¡Casi atropello a Gala! Me la he cruzado con la moto a una velocidad... —Estaba tan acelerada que no pudo terminar la frase—. Venía de ese bar. ¿En serio es necesario que la niña trabaje en un bar? Todavía no me entra en la cabeza cómo has consentido que sirva detrás de una barra.

Él no se inmutó. Firmó al final de un folio, se mojó el dedo, pasó la página y firmó el otro. Después, leyendo algo, dijo con aire distraído:

—Buenos días a ti también, Francesca. Sí, claro que puedes pasar. Adelante —ironizó—. Y no es que consienta que sirva detrás de una barra, es que la he incitado. Si quiere el carné de conducir y un coche, digo yo que tendrá que ganárselos.

La mujer dio un paso adelante y abrió mucho los ojos.

—¿Qué dices, Marc? ¿Ganárselo? Ya estudia. Además, ¿dónde queda todo tu dinero? —Extendió los brazos, señalando alrededor.

Ferrara alzó la vista y la enfocó con fijeza.

—¿Y dónde quedan los valores? —Se levantó, rodeó el escritorio y se apoyó en él con los brazos cruzados. Ambos se quedaron muy cerca, y los ojos fieros del hombre amenazaron más desde su imponente altura. Mucha, comparada con la de Francesca—. ¿O es que se te ha olvidado lo que son?

—¿Piensas recordármelo toda la vida? Cada vez que tienes oportunidad, sacas a relucir el tema.

—No. Cuando se me olvide a mí, no te lo recordaré a ti.

—Ya. —Suspiró—. Solo pienso que...

—Tú no piensas. Tú no decides. Tú no interfieres. ¿Recuerdas?

Tragó saliva, arrepentida por su arrebato, y bajó la mirada.

Marc no se sintió mal por ello. Un par de meses antes, y tras muchos intentos desde el día del hospital, había vuelto. Esta vez habló directamente con Gala y ella decidió darle la oportunidad de que se explicara y, quizá con el tiempo, conocerse. Marc lo permitió, aunque bajo sus normas. Eran muy claras: no interferiría jamás en sus vidas, no opinaría sobre sus métodos educativos y no presionaría a su hija.

—Estás insoportable. Desde que esa niña se marchó...

Ferrara alzó un dedo con brusquedad y ella selló sus labios.

—Ni se te ocurra mencionarla.

—Perdón, perdón —gimoteó—. Tienes razón..., en todo. Yo solo quiero que confíe en mí, que se abra... Venía de ojear un regalo para su cumpleaños, pero me ha dicho que no lo quiere —dijo con pesar.

—Pretendes conseguir en dos meses lo que no has hecho en diecisiete años... A Gala no se la compra con regalos, Francesca, es lo que he intentado inculcarle. Lo material no vale nada. Todo esto —ahora fue él quien extendió los brazos— no vale nada.

—No sé cómo hacerlo mejor. Dime, ¿cómo lo hago? Yo solo quiero recuperarla. Recuperaros.

Se miraron. Marc, con la mandíbula apretada; ella, con los ojos brillantes. Entonces y, contra todo pronóstico, Francesca se arrojó a sus brazos y juntó los labios con los del hombre. Se mantuvo allí, quieta, a la espera. No era la primera vez que lo intentaba, pero sí la primera que él no movía un solo músculo. Solo dejó caer los brazos, sin que el abrazo fuera recíproco.

—¿Qué haces? —le preguntó contrariado, pero no la apartó.

Sin querer, aspiró su aroma. Olía bien. A ella. A la Francesca de ojos brillantes y sonrisa dulce. A la loca que tiraba de su mano para hacer esas cosas que por sí mismo jamás habría hecho.

—Te echo de menos... —Se despegó unos centímetros y lo miró—. Ahora que te tengo cerca, lo hago más que nunca.

No se vio capacitado para hablar, porque ella colocó las manos en su pecho, subió hasta su cuello y acarició su garganta, presionando con suavidad. Después acercó la boca y le lamió el mentón poblado. Con la lengua subió hasta sus labios para besarlos. Marc no colaboró, aunque lo permitió. Y en el fondo era lo mismo.

—Te noto tenso —murmuró cambiando el tono de voz a uno mucho más sugerente mientras mordía los labios del hombre—. El Marc de antes se habría tirado a mi boca ante el primer contacto de mi lengua.

—El Marc de antes no existe.

—Déjame conocer al de ahora. —Bajó la mano con lentitud y comenzó a desabrocharlo—. Nada de compromisos, solo conocernos de nuevo.

Él cerró los ojos un instante y los abrió ya convertidos en otros: brillantes, excitados y muy oscuros. La sujetó por el trasero de un solo movimiento y la subió a horcajadas en su cintura. Fue todo muy rápido, fogoso y necesitado. Marc le arrancó los botones de la blusa blanca y los hizo volar por la estancia. Tiró hacia abajo del sujetador para liberar unos pechos firmes y grandes y se metió un pezón en la boca para chuparlo y lamerlo con saña. Ella gimió mientras se soltaba de su cintura y tocaba con los pies el suelo. Al escucharla, la polla le palpitó con furia dentro del pantalón, al que Francesca acudió con rapidez.

—Ah, amor. —La tocó, bajando y subiendo por su piel con lentitud. Marc tembló, pero intentó que no se notara.

—¿Qué pasa, ya no la recordabas? —le preguntó arrogante.

—Imposible de olvidar lo que me dio tanto placer. —Lo besó y añadió una mano a los testículos hinchados del hombre sin parar de masturbarlo—. Nadie me ha dado tanto placer, porque nadie es como tú. Como nosotros.

«Eres como yo».

Se apartó de sus labios con brusquedad para dirigir los ojos a la pared adornada con un gran cuadro de París donde antes estuvo *El sueño de la esposa del pescador.* Soltó una especie de bufido mezclado con risa y Francesca lo observó con confusión mientras se guardaba el miembro dentro de los pantalones.

Cinco meses sin tocar a una mujer. Cinco meses en los que el sexo había paseado muchísimas veces por su cabeza, pero no había tenido la necesidad de caer, caer y caer. Ahí estaba la adicción, en la necesidad, y lo sabía bien. Ya no. No había pulpos ni cisnes, y lo mejor era que tampoco había sombras oscuras que se metían en su cabeza o se les subían a los hombros. Las buscó dentro de él; no estaban. Sonrió. Acababa de reconocer lo que —durante días, que se convirtieron en semanas, y las semanas, en meses— se ocultó a sí mismo.

Francesca lo observaba. Él supo que era una parte más del ciclo, que había regresado para que se fuera definitivamente, porque siempre había estado ahí, en su interior. No la amaba, no la deseaba más allá de lo que podría haber deseado a otra mujer y no se sentía bien con ella cerca. Le recordaba su pasado, quién era y en quién estaba convirtiéndose.

—No soy como tú. —La miró con fijeza—. Soy un mierda y un egoísta, pero conmigo mismo. Jamás lo sería con la persona que más quiero en este mundo. —Se abstuvo de comentar que quien abandona a un hijo es capaz de cualquier cosa, pero su intención no era hacer daño—. No digo que no te merezcas otra oportunidad, todos nos la merecemos, aunque la tuya debe otorgártela Gala. En caso de ser así, tú y yo tendremos un trato cordial y sin reproches sobre el pasado. Pero entre nosotros ya no hay nada, Francesca. —Se abrochó los botones de la camisa y se dispuso a salir. En el último momento, se giró y añadió—: Y, por favor, no vuelvas a entrar en mi despacho sin permiso.

Si el cambio en aquellos meses había sido evidente, ahora acababa de quitarse la mochila con lo poco que quedaba dentro y la había lanzado.

Solo le quedaba algo por hacer, y aunque antaño le pareciera lo más loco y complicado del mundo, paradójicamente ahora lo veía como lo más lúcido que haría nunca.

A paso rápido recorrió el pasillo, entró en su habitación hasta el vestidor y se detuvo delante de una caja idéntica a todas las demás, excepto por el contenido. Siempre pensó que no sería capaz de deshacerse de eso, porque hacerlo suponía borrar los recuerdos. Sacó la alianza y las fotos y las observó. En aquel momento comprendió que lo material nada tenía que ver con lo vivido y que tirar un anillo nunca eliminaría lo que sintió cuando Francesca lo colocó en su dedo por primera vez. Ella era su pasado, como otras tantas cosas, personas y sucesos, y no hay que fulminar lo que te hizo ser quien eres, sino conciliarse y seguir aprendiendo de ello.

Se dirigió a la ventana, la abrió y lo lanzó. Después continuó el camino por el pasillo hasta la habitación de Gala. Llamó, pero nadie le abrió. Una, dos y tres veces. Nada. Entornó la puerta y descubrió que no estaba.

Aceleró el paso y bajó las escaleras casi a galope.

—¡Gala! —No hubo respuesta—. ¡Gala!

Entró en la cocina. Su hija se encontraba allí, con los grandes cascos amarillos puestos, escuchando música que la hacía moverse y mordisqueando un sándwich. De pie al otro lado de la barra, Celine leía algo en una revista.

Él le hizo un gesto a Gala, que se desprendió de los auriculares para escucharlo.

—Nos vamos.

—¿Adónde? —le preguntó confusa.

—¿No querías celebrar el cumpleaños con tu amiga? Pues nos vamos a Sevilla.

La muchacha soltó el sándwich, tragó saliva con dificultad y miró a Celine, que sin elevar el rostro sonrió con amplitud. Volvió a contemplar a su padre, esta vez intentando desprenderse visiblemente de la emoción que la había abordado, y en un falso tono de desinterés le dijo:

—Joder, menos mal. Pensé que nunca lo dirías.

Caminó hasta él, lo abrazó, y lo acurrucó muy muy fuerte contra su pecho. Marc besó su cabeza mientras la rodeaba y sonrió como nunca cuando oyó a su hija susurrarle que lo quería.

Había sido la que había insistido, a pesar de la primera reacción. Descubrir a tu mejor amiga con tu padre es algo que nadie se espera vivir. Se había enfadado mucho, incluso creyó que la había odiado, pero los meses pasaban y su padre no era la persona que conocía. Era un cuerpo que se movía por un objetivo, y ese objetivo era ella.

Juntos fueron un todo. Estuvo a su lado cuando tuvo que declarar, después, en el juicio rápido por lo de Jan. Movió contactos, cielo y tierra para que ese malnacido estuviera años encerrado y al salir limpiara las calles de París hasta que las aborreciera. Habló con ella durante horas y se acostaba a su lado para abrazarla las noches que los numerosos recuerdos y el llanto volvían. Y la acompañó a las terapias, de las que se encargó Enara, con la que tenía una estupenda relación a pesar de sus diferencias esporádicas. Iban al cine, al teatro, al Arrête, e incluso paseaban en la moto. Pero después de aquello, Marc Ferrara se sumía entre documentos que revisar y llamadas de teléfono, después, por la noche, se refugiaba en la sala a tocar el piano hasta que los dedos se

le cansaban. Nada extraño si lo comparaba con el antiguo hombre, solo que ahora estaba vacío. Sus ojos lo evidenciaban.

Con la partida de Nicolle, Gala vio el desasosiego y la furia apoderarse de él. Vio lo que nunca había presenciado porque, sencillamente, nunca conoció a su padre enamorado. Ahora lo estaba, no le cabía duda. Y arrepentido. Por haberlo antepuesto todo a la persona que podía hacerlo feliz, tuviera dieciocho años o cuarenta.

Marc fue a buscar a Eric aquel mismo día que Nicolle desapareció. Al preguntarle si sabía dónde estaba, el chico le respondió: «Claro que lo sé, pero jamás te lo diría». Después le dedicó unas cuantas palabras que le dejaron claro lo gilipollas que era y le tiró al escalón el dinero que un día pagó su multa. Marc no lo cogió, se dio la vuelta y volvió a casa sin decirle nada. ¿Qué iba a decirle, si el tipo tenía razón? Sobre todo en sus últimas palabras, cuando le espetó que no se la merecía. No, no lo hacía, pero la necesitaba tanto que se le olvidaba.

Gala no se creyó que nadie más supiera el paradero de Nicolle. La conocía, no se iría sin información y sin ayuda. Si el malabarista no colaboraba, sabía quién lo haría. Así que un día se presentó en casa de Frida, se sentó delante de una taza de té y le pidió la ubicación. Esta se levantó, sacó un papel de un jarrón y se lo entregó. Gala se lo agradeció con una sonrisa.

Justo antes de salir, Frida le dijo:

—Sé lo que vais a hacer. Y aunque nunca pensé que diría esto, estoy de acuerdo, a pesar de que esa relación haya hecho tanto daño.

Gala negó.

—No se equivoque, Frida. Si dejamos a un lado los prejuicios y el egoísmo, su relación no le hace daño a nadie.

La información fue desechada por Marc en cuanto Gala se la proporcionó. Sin embargo, lo hizo de esa manera que uno desecha las cosas que quiere tener lejos pero que necesita cerca. Como la droga.

Estaban en Sevilla, en el bloque de pisos que indicaba el papel que le había proporcionado Frida unos meses antes. Llamaron a la puerta desconchada mientras intentaban acompasar las respiraciones. Gala más que Marc, que no estaba tan acostumbrada a ejercicios intensos como subir ocho pisos de escalones interminables.

Cuando se abrió, apareció una chica morena, con un moño gigante y una camiseta naranja que apenas le cubría el trasero. Masticaba chicle de manera muy exagerada y los contemplaba como si les diera asco. Hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué?

Padre e hija se miraron.

—¿Está Nicolle? —le preguntó Marc.

La morena se giró. No, la camiseta no le cubría el trasero.

—¡¿Está Nicolle?! —gritó.

—¿Está Nicolle? —preguntó otra voz desde dentro, en cadena.

—Creo que ha salido —respondió un chico en la lejanía.

—No. Estaba cambiándose en la habitación —añadió otro.

—Estoy aquí —manifestó ella, y a Marc se le detuvo la respiración—. ¿Quién es?

—Un buenorro enchaquetado y una pija con extensiones.

—Dijo la butanera del octavo que no sabe diferenciar pelo de muerto de un buen tratamiento de queratina. —Gala sonrió con falsedad y Ferrara la reprendió con la mirada, pero alguien apareció y acaparó su completa atención.

Era Nicolle. Se había quedado paralizada en el umbral. Su pelo negro ahora estaba muy rizado y caía como una cascada dibujada. A pesar de su ropa deportiva de pantalones cortos, camiseta blanca y zapatillas, el leve maquillaje de sus ojos y los labios gruesos de color violeta la hacían parecer más mayor, más mujer. Y sus ojos. Dios, qué ojos. Se perdió en ellos mucho tiempo, pensando que eran los más espectaculares del mundo. No obstante, había diversidad de opiniones, porque Nicolle pensó exactamente lo mismo del hombre de traje oscuro que la miraba

con fijación.

Pudo identificar con facilidad los nervios que acababan de invadirla. La sorpresa por verlos allí, la curiosidad y el miedo. Pudo ver el brillo intenso del color turquesa, cómo se le abría levemente la boca y la manera de unir sus manos con inquietud. Apreció sin dificultad que se había quedado sin habla y que nunca se le pasó por la cabeza una visita como aquella.

—Eo. —Todos atendieron a la desconocida del moño gigante. Gala le puso más hincapié a la severidad de la mirada que los demás—. Bien, veo que sobro. Me voy.

Una vez solos, Nicolle, intentando controlar el nudo de nervios de su garganta, preguntó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Pues celebrar mi cumpleaños contigo —soltó Gala con naturalidad—. ¿Qué pasa, españolita, que ya te habías olvidado?

Nicolle negó con los ojos vidriosos y sin entender nada.

—¿Podemos hablar un momento en otro sitio? —tanteó Marc.

Ella asintió, todavía descolocada. Entró en unos segundos a por una mochila y les indicó a los demás que volvería en un rato.

—Podéis solucionar cualquier cosa mientras bajáis, os da tiempo en estos ocho pisos. —Gala decidió que era necesario romper el silencio que se había creado en el descenso. No lo consiguió.

Una vez en la calle, Nicolle vio el coche de alquiler y de alta gama que había en la acera de enfrente y al que se habían acercado. Era dificilísimo encontrar aparcamiento cerca, así que lo miró. Él, leyéndole el pensamiento, dijo:

—Tenemos un tiempo limitado para descargar las maletas. Nos alojamos ahí.

No le sorprendió en absoluto que pudiera permitirse aquel paraíso hecho hotel que se encontraba justo enfrente de su cuchitril de piso.

—Y no me extraña que hayamos agotado ese tiempo mientras subíamos —bromeó Gala, aunque nadie sonrió. La tensión se palpaba entre ellos—. Si me disculpáis, necesito una ducha. El trayecto ha sido largo y muy imprevisto. —Caminó hasta la puerta, pero en el último momento se giró y miró a Nicolle. Dudó, pero al final le preguntó—: ¿Podemos hablar un momento?

La mirada de Marc le indicó que era lo correcto. Con discreción, se apartó y las dejó solas.

Apenas un metro las separaba. Ambas se analizaron en silencio. Nicolle, tranquila y expectante; Gala, visiblemente nerviosa.

—Mira, españolita, a mí esto no se me da muy bien; la experta en pedir disculpas eres tú. Pero ahora me toca, y siento mucho la cagada que hice. Lo siento de verdad. Fui una auténtica gilipollas. —Nicolle sonrió para sí al escuchar lo mismo que solía decir Marc, pero no lo demostró—. Y una egoísta.

—Y no me diste la oportunidad de explicarme.

—También.

—No te culpo. No sé cómo habría reaccionado yo.

—Joder. Pero ¿a ti qué hay que hacerte para que te enfades, insultes o sueltes una hostia?

—Cuidado. Cuento con el factor sorpresa —la advirtió Nicolle. Gala rio, aunque por el gesto de sus manos unidas e inquietas supo que le quedaba algo por decir. Modificó su tono a uno más serio y añadió—: ¿Qué ha cambiado?

—Mi padre. Él ha cambiado. —Miró de reojo al hombre que esperaba pacientemente apoyado en el coche con los brazos cruzados—. Pensé lo peor de ambos, incluso creo que os odié un poco. Te habías follado a mi padre, joder. La perfecta Nicolle se follaba a mi padre. ¿Escuchas cómo suena? En mi casa, mientras yo te creía virgen e inocente.

Nicolle alzó las cejas.

—Ya te lo he dicho: el factor sorpresa.

—Pero eres mi mejor amiga y esperaba que me contaras tu primera vez y esas cosas. Ya no, no me interesan ciertos detalles. Claro está que no soy la más apropiada para hablar de secretos, así que reflexioné durante un tiempo. O ver lo hundido que estaba él me hizo hacerlo. Comprendí que mi padre no se tiraba a mi amiga, sino que estaba enamorado de ella. Y creo que no soy quién para condicionar eso. Ni yo, ni tu madre ni nadie. —Sus ojos brillaron y los de Nicolle

también—. Tanto él como tú estáis siempre para mí. Ahora yo estoy con vosotros.

Tras unos segundos de duda y silencio, Nicolle dio un paso adelante. Gala no lo pensó y se tiró a sus brazos. Se mantuvieron unidas y emocionadas mientras se apretaban con fuerza, una fuerza que hablaba por sí misma.

—Te daría las gracias, pero te enfadarías —bromeó Nicolle.

—No me las des, mejor aprovecha el momento. —Señaló con la cabeza hacia Marc mientras se apartaba—. Y ya que se te da tan bien pedir perdón y comprender, hazlo con él. Ha sido un gilipollas también, pero os merecéis ser felices. No la cagues como siempre lo hacemos los Ferrara. —Se secó una lagrimilla que había asomado y besó su mejilla—. Ahora sí, voy a ducharme. Después, si quieres, te vienes y te cuento cómo le dejó mi padre la cara a Jan. Te habría encantado verlo en el juicio con un solo ojo.

Soltó una carcajada mientras Gala entraba en el hotel.

Marc, que parecía haberlo presenciado todo desde el coche, intervino:

—Gala, por favor, no salgas del hotel hasta que llegue.

—Que nooo —le respondió a su padre con voz cansada.

Este se giró y le indicó a Nicolle que se montara en el coche.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella, extrañada por desplazarse de nuevo junto a él y sin creerse aún que estuviera ocurriendo.

—Me gustaría ver el puente de Triana de día.

Capítulo 33

Se encontraban apoyados en el puente. No era de noche, no vestían elegantes ni a ella le cubría su chaqueta, pero la gente paseaba de un lado a otro de la misma manera: ajenos a cada historia de la persona que caminaba en sentido contrario.

Conversaban como dos conocidos que se ponen al día sobre detalles sin importancia después de un tiempo sin verse. Mientras, el sol aprovechaba sus últimos minutos fuera.

—¿Cuántos vivís allí?

—Cinco.

—Cinco —repitió sorprendido—. Parecía muy pequeño.

—Lo es. Dormimos entre una habitación llena de camas y el salón. No es fácil encontrar un piso céntrico, cercano a la universidad y en plena Sevilla.

—Ya. —Asintió, mirando al frente—. ¿Cómo te viniste?

Nicolle tragó saliva.

—Tenía unos ahorros entre lo que gané trabajando y lo que me dio mi abuela por Navidad. Suficiente para sacar un vuelo y alquilar una cama con ayuda de Eric. Después comencé a trabajar en una hamburguesería y con eso me pagaré la matricula.

—Eric. —Bufó—. Fui a buscarlo, pero no me dijo dónde estabas.

—Fui yo la que se lo pidió. No se te ocurriría pasarte con él, ¿verdad? —lo encaró.

—No. —Los hombros de Nicolle se relajaron—. ¿Estás enamorada de él? —le preguntó sin rodeos.

—Sabes de sobra que no.

Se hizo un tenso silencio que fue irrumpido por Marc pocos segundos después:

—No tenías por qué marcharte, trabajar el doble y dejarlo todo atrás.

—Si quería centrarme en mi objetivo, sí. —Lo miró—. Allí me distraían demasiadas cosas y todo estaba complicándose.

Él asintió.

—Supongo que aprobaste la Baccala... selectividad —rectificó, recordando dónde estaban.

—Sí.

—¿Y qué tal con Silvana?

—Bueno..., solo hemos hablado en un par de ocasiones. Casi todo lo sé a través de Frida. Ella me contó que Silvana se fue el primer día de tu casa. Ahora está haciendo lo posible por recuperarme y, según mi abuela, estar a la altura. Fue a buscar a Nicolay para contarle la verdad. —Marc giró el rostro y la contempló. Los ojos turquesas brillaban mucho—. Sí... Sabe que tiene una hija y quiere conocerme. Creo que al principio la situación se puso fea con ellos, aunque, mira..., ahora tienen algo en común por lo que llevarse bien, o al menos de manera cordial.

—Puede que haya sido un poco tarde. Por lo menos ha rectificado. A veces los padres nos equivocamos, sin embargo, siempre buscamos lo mejor para nuestros hijos.

—No, no siempre. A veces también erráis, pero es que aparte de padres, sois humanos, ¿sabes? —Algo la impulsó a colocar su mano sobre el puño tenso de él, sabiendo en qué estaba pensando. Lo conocía lo suficiente para leer entre líneas y, sobre todo, a través de sus gestos—.

Siempre has sido buen padre, Marc, de los mejores. Tú no podías evitar lo que ocurrió con Jan.

Ferrara soltó aire y continuó oteando el río.

—No me gustaba, ya te lo dije. Algo en él no me gustaba.

—No te habría gustado ningún chico, ya lo sabes. Date un poco de tiempo y relájate, lo necesitas. Estoy segura de que estás siendo un gran apoyo para Gala.

—¿Y qué? No puedo evitar lo que ya ha ocurrido.

—Pero sí dejar constancia de que estás ahí. Si algo bueno tiene todo lo malo, es que te deja ver a quiénes le importas de verdad. —Ella no había podido estar con Gala ni con él, pero ¿quién había estado con ella durante aquellos duros meses que había pasado completamente sola? Notando que comenzaba a ponerse triste, sonrió y cambió de tema—: Pues eso, la cuestión es el tiempo. Mira yo. Solo he pedido un margen para asimilar todo lo nuevo, centrarme en el inicio de la carrera y, ¿quién sabe?, lo mismo hasta conocer a mi padre.

Se mantuvieron en silencio, mirando al frente. Poco después, le preguntó por qué iba vestida así y ella lo puso al día: ahora jugaba al baloncesto de manera esporádica con los chicos que compartía piso. Le pareció increíble que pudieran practicar deporte en pleno junio y en Sevilla, pero Nicolle le restó importancia, alegando que a todo se acostumbraba el cuerpo.

Fueron varios minutos de conversación trivial hasta que la muchacha inspiró con profundidad, carraspeó y, al fin, tuvo el valor de preguntar lo que tanto deseaba desde que lo había visto en la puerta de su piso:

—¿Para qué has venido, Marc?

Él la miró.

—¿No es evidente? A por ti.

—¿A por mí? —Se señaló mientras reía con nerviosismo.

—Sí.

—Ya, pero es que yo no pienso ir a ninguna parte.

—No me importa, nos quedaremos aquí.

—¿Tú y Gala? —Él asintió y ella volvió a reír con nerviosismo, sin saber muy bien de qué iba aquello. Llamaba a la puerta de su casa, la montaba en un coche, la llevaba al puente y le decía que venía a por ella—. ¿Y qué piensa de todo esto? Porque te recuerdo que me echó como a un perro cuando se enteró.

—Lleva meses convenciéndome para que venga a buscarte. Fue quien buscó a Frida para conseguir tu dirección. Ha comprendido que no puedo estar sin ti.

El pecho se le estrujó al escuchar esa declaración, tanto que tuvo que cerrar los ojos para no verlo y concentrarse en respirar. Había soñado día tras día con su final de película, con esa escena en la que el amor de tu vida coge un avión y te busca en el fin del mundo. Su vida no era una película ni Marc el perfecto protagonista, desde luego. Pero estaba allí por ella y algo la advertía de que no podía confiarse ni ilusionarse como otras tantas veces. Ya se había tirado a la piscina y se la había encontrado vacía.

Tenía mucho que preguntar.

—¿Y tu trabajo?

—Puedo hacerlo desde cualquier lado, lo sabes. Además, estaría bien inaugurar una escuela Puissance aquí.

—Ya. Y mientras te alojarás en un hotel.

—Sí, o donde haga falta.

—Los estudios de Gala —lo desafió, buscando los tantos impedimentos que había.

—Con todo lo de Jan, suspendió la prueba. Puede presentarse a la convocatoria de septiembre desde aquí o desde allí. El idioma no es problema, ya que maneja a la perfección el español, el inglés y el francés.

—¿Y qué pasa con Francesca?

Se encogió de hombros, restándole importancia.

—Gala está dándole la oportunidad de conocerse. Puede venir a verla aquí, igual que lo hizo allí. Si está interesada, lo hará. Quizá tenemos algo en común y los dos nos hemos dado cuenta algo tarde de que cuando quieres a una persona, la buscas donde sea.

La miró con tanta serenidad, con tanta sinceridad, que tuvo que tragar saliva, perdiendo la entereza y comprobando que, por una vez, era real la determinación de Marc.

—¿Y Celine? ¿Y Alfredo? Se quedarán sin trabajo.

—Alguien tiene que mantener la casa y el jardín. —Le sonrió y se giró hacia ella—. Tengo negocios de sobra para que ninguno pierda el trabajo. —Dio un paso y se acercó mucho, tanto que pudieron olerse. A Nicolle le pareció más grande que nunca, y más guapo, y más deseable—. Y ahora, ¿puedes dejar de preocuparte por todo el mundo y pensar por una vez únicamente en ti?

—¿Por qué debería creerte? Siempre vas y vienes.

Ferrara cogió aire y le sujetó el rostro con ambas manos para que lo mirara y viera en sus ojos la verdad.

—Porque estoy locamente enamorado de ti y lo que necesito para ser feliz está aquí: delante de mí y en la habitación de un hotel. Si tú no lo estás, mírame, dímelo y te juro que cojo el primer vuelo que salga hoy mismo y no me verás jamás. Pero, dímelo, Nicolle, porque necesito escucharlo tanto como respirar. ¿Estás enamorada de mí?

El labio inferior y el corazón le temblaron.

Silencio. Miedo. Tensión.

—¿Cómo no estarlo?

La atrajo hacia él y unieron sus frentes sin perder el contacto visual.

—Joder, *sucré* —dijo el hombre, clavado en sus ojos y al borde de un infarto. Soltó el aire contenido.

—Voy a terminar mi carrera, voy a seguir viviendo en mi casa y no me haré ilusiones contigo —pronunció con fuerza, como si estuviera estudiándolo por si algún día necesitaba aclararlo.

—Vale.

—Yo pondré las pautas.

—Vale.

—Y nunca más viviré sin tener claro lo que pasará al día siguiente. Nada de misterios.

—Bien.

—Y, Marc..., ten claro que no soy todas esas mujeres que siempre has tenido. Ni siquiera puedo darte la mitad que ellas ni de lo que ya has experimentado. Y, por supuesto, no pienso permitir que vayas y vengas con otras.

Él blasfemó y la pegó hasta que sus labios estuvieron muy cerca.

—No lo entiendes. Es que no lo quiero, Nicolle. No he tocado a una mujer desde que te hice el amor sobre aquel piano, desde que te fuiste y dejaste en mi cabeza la imagen de tu pelo negro sobre mi almohada. Aquí solo estás tú. —Se tocó la frente—. Y no necesito a nadie más porque no podrían llenarme como solo tú sabes hacerlo. Eres tú, joder. Toda tú. Es tu manera de salvarme una y otra vez de mí mismo, tu inocencia disfrazada de determinación y tu bondad. Es tu desobediencia cuando te sientas al otro lado y me escuchas tocar el piano. Y la capacidad de quedarte un poquito en el corazón de cada persona. ¡Pero si hasta Alfredo te quiere! Lo convenciste para cambiar la decoración de mi despacho y mi habitación. —Rio, irónico—. ¿Quién sino tú habría sido capaz de eso? —Se mordió el labio inferior con fuerza con tal de no morder el que tenía delante—. Y tu fortaleza... He visto cómo estudiabas, trabajabas, dabas clases particulares y de baile, cuidabas a tu abuela y ayudabas a tu madre sin quejarte ni una sola vez. He visto cómo tu vida se desmoronaba y mientras bailabas por los pasillos. Yo te llamaba cría, cuando el único crío que no aceptaba la realidad era yo.

»He visto... —se detuvo— cómo un hijo de puta te destruía y hacías todo lo posible por salvarlo. —La soltó y se apartó, nervioso, antes de tocarse el pelo—. Siempre has visto algo bueno dentro de mí y has intentado que yo también lo haga. Lo has dado todo por mí una y otra vez, sin importarte nada. Déjame ser el que te luche ahora, el que te recupere. A tu ritmo, bajo tus condiciones. Déjame presumirte a los cuatro vientos por todas las veces que tuvimos que escondernos. Déjame... déjame besarte en este momento, o me volveré loco si espero más, caramelo. Me volveré loco...

No hizo falta permiso porque, como él decía, los ojos besan antes que los labios, y los de Nicolle estaban devorándolo. El contacto de sus labios deseosos y anhelantes, el de sus manos al

tocarse, el de sus cuerpos al estar tan cerca... Todo eso gritó que se amaban. Aprisionó su boca y creyó morir cuando la lengua húmeda entró en la suya. Recordó a la perfección la primera vez que la besó, lo que experimentó al notar esa deliciosa inexperiencia. Y rememoró su sabor, su dulce sabor.

Nicolle jadeó levemente y Marc se volvió loco al escucharla. Siempre lo hacía cuando un gemido ahogado era provocado por él.

Tomó aire y le dijo:

—Perdóname por todo el daño causado. Perdóname y déjame demostrarte que eres mi prioridad. He sido un capullo y un egoísta. —Ella asintió—. ¿Eso significa que lo he sido o que me perdonas?

—Las dos. —Se puso de puntillas y rodeó el cuello con sus brazos. Después lo besó mucho tiempo, hasta que sus labios se durmieron.

Fue al despegarse, jadeantes, excitados y felices, cuando Marc comprobó que el sol se ponía y el atardecer desaparecía.

Ahí lo entendió todo.

—Un día se compone casi en su totalidad de luz y, en parte, de oscuridad. Son contrarios y no tienen nada en común, pero incluso así hay dos momentos en los que día y noche se unen para crear el amanecer y el anochecer. Seamos esos dos momentos, caramelo. Despertemos y acostémonos juntos cada día, y mi vida habrá merecido la pena.

—Vaya, qué profundo eso —dijo Nicolle con tono bromista, intentando disimular la fuerza con la que el corazón le bombeaba.

—¿Qué me dices?

—Seámoslo.

La besó de nuevo.

Ya no podía parar de hacerlo.

Epílogo

Nicolle reconoció los pasos seguros y firmes, el sonido de las llaves sobre el cristal de la mesa de la entrada y la pausa de su respiración de tres segundos: el tiempo que tardaba en alzar la cabeza y verlo en el umbral del salón. Se miraban; ella, con la sonrisa que revelaba las horas esperando a verlo, y él lo hacía fijamente mientras se aflojaba el nudo de la corbata o se desabrochaba el único botón atado de la chaqueta. Alzaba la comisura izquierda, olvidándose del día que había tenido, de los problemas, de la escuela, de la discográfica y hasta de quién era. Se acercaba y besaba sus labios, después buscaba con la mirada y, al no encontrarla, preguntaba por su hija. Aquel día no tuvo que hacerlo, pues estaba tumbada en el sofá, con el mando en la mano y cubierta por una manta de rombos rojos y verdes. Nicolle se encontraba en la mesa donde solían comer. Ahora, en vez de platos, todo eran folios, libros y rotuladores.

—¿Todavía estás estudiando? —Nicolle asintió y subrayó algo en sus apuntes—. Venga, déjalo ya, estáis de vacaciones.

—Pero tengo, tenemos —recalcó, mirando a su amiga—, un examen a la vuelta.

—Amargada —dijo Gala desde el sofá.

—He traído un roscón de Reyes —las informó Marc, perdiéndose por el pasillo hasta la cocina. Elevó la voz y pidió—: Recoged la mesa y dejad eso. Después de la merienda podréis seguir.

—Me encanta cuando usa el plural —ironizó Nicolle, comenzando a recoger.

El timbre sonó, aquel que había oído tantas veces desde su habitación, o la cocina o el baño. El de su casa, el del hogar donde se crio, en Carmona. Dos meses atrás, justo antes de comenzar la universidad, Marc la informó de que la compraría y le pidió vivir juntos. Se negó en rotundo. Ferrara, que la conocía, le dijo que Gala tendría que ir igualmente cada día a la facultad, y que lo mismo era el gasto de una persona que de dos. Le costó, pero terminó claudicando, claro. Fue cuando se lo pidió por sexta vez, mientras se la follaba con furia sobre la alfombra de la habitación del hotel y le prometía que, en una misma casa, eso se repetiría día y noche.

—¿Marc?

—Estoy ocupado.

Miró a Gala, que no hizo el intento ni de pestañear. No pudo evitar contemplar el gran árbol de Navidad que se encontraba detrás de su amiga, lleno de regalos en su base, y ella, deseosa por abrirlos aquella noche. En él, colgadas, bolas de color blanco, excepto tres de color rojo. Esas eran especiales, grabadas con los nombres de Gala, Marc y Nicolle.

—Tranquilos, ya voy yo —claudicó Nicolle, que normalmente era quien lo hacía—. No os estreséis, que después llegan los infartos a edad mediana.

Abrió la puerta de madera con pesadez y se quedó petrificada. De todas las personas que esperaba encontrarse, desde luego, aquellas no entraban en su lista. Tuvo que sostenerse para no caerse de espaldas. Por suerte, las piernas se le anclaron al suelo.

—Mi niña —murmuró Frida emocionada, con los ojos irritados y un regalo entre las manos.

—Abuela. —Su voz sonó estrangulada.

A su lado, Silvana. Le costaron unos segundos eternos, pero al final dijo:

—Feliz Navidad, Nicolle. Un poco atrasadas, pero...

No se contuvo. Abrió los brazos y se tiró sobre ellas para abrazarlas con fuerza. No fue hasta entonces, en cuanto las olió y las tocó, cuando se dio cuenta de lo que las había echado en falta.

—Mamá.

Silvana, con su hija aferrada a ella y tras haber escuchado cómo la había llamado, cerró los ojos con fuerza y miró hacia arriba en un intento en vano por no emocionarse. Después, bajito, le habló:

—Lo siento, Nicolle, lo siento mucho. Lo siento tanto... —repitió—. Tenías razón en todo, he sido una egoísta. —Se sorbió los mocos porque había empezado a llorar—. He hablado con Marc y lo hemos aclarado todo. Es tu felicidad y te apoyaré.

—Mamá... —No pudo continuar.

—Te quiero.

Era la primera vez que se lo decía, al menos que recordara, y supo que jamás olvidaría ese momento.

—Yo también te quiero —reconoció, y la abrazó más fuerte.

—Alguien ha venido a verte.

—Hola, Nicolle —dijo una voz masculina.

Dejó de sentir los latidos apremiantes y de percibir el aire frío de alrededor cuando giró el rostro y se vio a ella misma, un poco más alta pero de sexo diferente. Era como un espejo: ojos extremadamente cristalinos, labios gruesos, piel pálida y pelo como la noche. Habían hablado en alguna ocasión por teléfono, pero la sensación no era comparable con tenerlo a medio metro escaso. Era su padre. Su padre. Y estaba allí.

—Nicolay. —Rio con nerviosismo mientras se miraban indecisos. Al fin, se atrevió y le dio un abrazo. Notó cómo él se mantenía allí, sin querer soltarla.

—Tenía muchas ganas de conocerte —le aseguró en francés—. Todos los comentarios se quedan cortos.

—Venga, pasad, que el roscón está listo —anunció Marc, para nada sorprendido. A su lado, Gala.

Nicolle los miró, emocionada y sabiendo quién lo había organizado todo.

—Las tradiciones son las tradiciones. —Frida apoyaba a Marc y los demás tuvieron que claudicar.

Gala se metió debajo de la mesa sin más remedio —era lo que tenía ser la pequeña— y al azar fue indicando quién recibía el trozo de rosco que cortaba Frida. Después, se sentaron alrededor de la mesa, comieron, bebieron café y se pusieron al día. Gritaban mucho, y hacían una extraña mezcla entre el español y el francés.

Nicolle observaba más que hablaba.

Miró a Silvana, que contaba alegres anécdotas de ella cuando era pequeña, en aquella misma casa. Sonreía, su madre sonreía, y supo que en parte el ruso que tenía al lado tenía algo que ver. ¿Quién sabe? Puede que el tiempo también les diera su oportunidad. Su padre asentía a todo, feliz y sonriente por conocer un poco más de la niña que de manera inesperada había llegado a su vida. Marc no sonreía, solo la contemplaba en silencio y con mucho amor, tanto que le llenaba el pecho. Gala se reía a carcajadas de que su amiga, cuando tenía tres años, hiciera caca en una maceta, pero estaba tan feliz que no le importó ni que Silvana lo contara ni las risas de los presentes. Y su abuela, como abuela que era, revisaba que todos comieran lo suficiente.

Entonces percibió un movimiento extraño a su lado y miró distraída a Nicolay en mitad de la conversación. Sacaba algo de su trozo de dulce. Era la figurita, el premio. Con disimulo, miró a todos lados creyendo que nadie lo veía y lo metió con rapidez dentro del trozo de Nicolle. Ella soltó una carcajada cuando su padre, en un fatídico español, gritó:

—¡Le ha tocado, le ha tocado! —Y, emocionado, sostuvo la corona de cartón y se la colocó en la cabeza.

Marc, que lo había visto, le guiñó un ojo a la muchacha de los ojos turquesas, y ella ya no

profesó la impaciencia de abrir los regalos del árbol, porque sintió que lo tenía todo.

Después de merendar y cenar, justo antes de abrir los regalos materiales, Marc le pidió que esperara un momento. Subió las escaleras a galope y bajó con algo en una caja. La abrió y sacó su contenido.

—Me gustaría que las colgáramos todos juntos antes de abrir lo demás.

Nicolle las creyó mágicas entre sus manos y, emocionada, asintió. Entre risas, colocaron las bolas rojas con los nombres de Frida, Silvana y Nicolay; los que faltaban para completar la familia.

Todos en casa dormían cuando Marc le entregó la máscara a Nicolle. Ellos ya no estaban allí; se encontraban en la puerta de aquel club de Sevilla que en varias ocasiones habían visitado juntos. Aunque aquella noche todo era diferente. Nicolle lo supo cuando se colocó la máscara de color negro y miró a Marc. Era un dios, con su traje de color negro, la camisa blanca, la pajarita oscura y la máscara plateada y fina sobre su perfecto rostro varonil. Era músculos, sensualidad y elegancia. Y fue éxtasis cuando le preguntó:

—¿Preparada para tu regalo de cumpleaños adelantado, caramelo?

—Creía que se juntaría con el de Reyes.

—Sabes que eso ha terminado. ¿Preparada o no?

—Preparada —le respondió ella, y le dio la mano.

Lo demás, efímero.

Cada rostro les resultaba desconocido porque estaban cubiertos. Todo era oscuro debido al código de vestimenta, y todo era sensual: las personas, la música, el aire, los espectáculos, los movimientos y la lencería oscura.

Nicolle se sentía embelesada con las antorchas que, cubiertas por un pequeño faro blanco, le daban un toque único al ambiente. Pero con lo que más disfrutaba era con la seguridad que desprendían las mujeres mientras caminaban, bebían, reían o bailaban. Era como si allí sacaran su parte más salvaje, más sensual. No eran madres, trabajadoras, amigas, hermanas o hijas, solo mujeres empoderadas que disfrutaban de sí mismas de la manera que todos hemos deseado alguna vez: sin tapujos.

Se encontraban en la zona de la discoteca, rodeados pero solos. Habían pasado unas horas y unas copas. Nicolle sintió que se elevaba cuando, saboreando el contenido de su vaso, Marc se pegó a su espalda y bailó con ella, tocándola por detrás. Le subió levemente el vestido y le clavó en la cintura su miembro duro.

—Vaya, señor Ferrara, sabe usted moverse al ritmo de bachata. Creía que era un refinado empresario que no gesticulaba en las discotecas.

Lo sintió sonreír sin verlo. Se pegó más a ella y besó su cuello allí donde sabía que la estremecía.

—Todavía tengo muchas cosas por mostrarle.

—¿Sí? A ver. —Se giró para encararlo y provocarlo. Tocó su polla por encima del pantalón y se relamió.

—No lo querrás todo esta noche, ¿verdad? —Jadeó al sentir cómo lo toqueteaba más, subiendo y bajando su piel a través del pantalón.

—Depende.

—Es usted insaciable. Pero, créame, hoy se irá bien servida. —Le guiñó un ojo.

—¿Podría darme un adelanto?

—Por supuesto.

Se sintió morir cuando notó un cuerpo pegarse por detrás. No llegó a tocarla, pero estaba lo suficientemente cerca para sentir el calor que desprendía y el aliento sobre su cuello. Miró por encima de su hombro y descubrió a un desconocido de facciones duras. La máscara oscura y rígida conseguía que los ojos verdes resaltaran sobre ella. El hombre se acercó más. Tenía casi la altura de Marc.

Su aparición no fue casual; Ferrara era consciente del acercamiento. Lo supo por la presión

intensificada de sus manos grandes y fuertes y por llegar en el momento justo. ¿Había estado allí todo el tiempo, atento a ellos?

Marc la giró y quedó frente al desconocido. El hombre la miró a través de la máscara, le sonrió y se acercó a su oído.

—Si me permite, yo también sé bailar. Y apuesto lo que sea a que nunca ha bailado de esta manera con dos hombres a la vez, en medio y dejándose llevar.

Tragó saliva al interpretar sus palabras y el sexo le palpitó con fuerza. Miró a Marc de nuevo. Por un momento se sintió mal al notarse tan caliente por la situación. Había fantaseado y se habían puesto cachondos en soledad, pero aquello... Aquello era real. Los cuerpos que la aprisionaban lo demostraban.

Era pequeña en comparación con los dos grandes hombres, pero ahora se sentía más poderosa que nunca, como si pudiera manejar la situación, provocarlos hasta llevarlos al límite y probar la resistencia de Marc.

—¿De verdad vas a hacerlo? —le preguntó a Ferrara.

—Vamos a hacerlo —recalcó—. ¿Es que ya no me habla con cortesía? —Le mordió el hombro y volvió a ponerse frente a su rostro. Sensual, con voz ronca, añadió—: Se pone usted caliente y pierde el norte, señora Harman. Vamos a tener que corregir eso.

Nicolle tembló cuando el desconocido acarició su brazo con sutileza.

Iba a hacerlo. Marc cumpliría su mayor fantasía.

—¿Estás preparada? —quiso saber él.

Asintió, dándoles el permiso que necesitaban, y el desconocido se acercó más. Dos pollas la aprisionaron, delante y detrás, y supo que ahora eran suyas.

—Eres muy bonita —susurró el enmascarado, repasando su rostro mientras se acercaba despacio, dándole tiempo a reaccionar. Ella, preparada, dejó que atrapara sus labios y la besara con ganas.

Gimió al notar una boca desconocida y Marc gruñó con fuerza al escucharla.

—Vamos a follarte, *sucré*. Vamos a follarte hasta desfallecer.

Su entrepierna se mojó y su sexo palpitó con furia. Dispuesta a comprobarlo, sujetó una mano de cada hombre y comenzó a andar. Ambos la guiaron a la sala principal. De ahí, a la habitación.

Por el camino, música, rostros cubiertos, oscuridad y movimiento.

Voces entremezcladas, gemidos descompasados.

De repente, el pasillo. La puerta de la habitación elegida. Humedad en su zona más privada.

Nervios. El corazón palpitando.

Ahora, la música lejana, rostros aquí y allá, miradas de deseo.

El desconocido, delante; ella, en medio, y Marc, detrás.

Jadeos repartidos por las estancias. Morbo en cada rincón. Excitación dentro de ella.

Cogió aire cuando estuvo a punto de entrar. Se giró, miró a su hombre y le tocó el pechó con ambas manos.

—Hay algo que no entiendo. Siempre dices que no soportas verme con otro ni compartirme, que te volverías loco si lo hiciera. ¿Entonces...?

Él le sonrió.

—Hablábamos de amor, no de sexo. Ya te lo expliqué una vez en este mismo lugar. Esto son cuerpos, diversión y fantasías cumplidas. Un regalito de cumpleaños, como podría ser otro cualquiera, pero disfrutándolo más y juntos.

—Entonces, ¿crees que no hay amor aquí, entre estas paredes?

Enmarcó su pequeño rostro entre las manos y la besó.

—Esta noche vas a follar conmigo, con ese desconocido o con la persona que tú prefieras. Y aun así, decides venirte a casa, acostarnos juntos con tu horrible pijama de franela y el mío de cuadros y vernos cada mañana al levantarnos, dispuestos a afrontar un día que puede que sea bueno o puede que no. Tenemos la libertad de elegir a quienes queramos y siempre nos elegimos a nosotros. Dime si no hay amor más verdadero que ese.

Nicolle negó, sonrió y lo besó con pasión, pensando que era único y que la vida lo había puesto en su camino no como una piedra, sino como esa enseñanza que necesitas para disfrutar

cada minuto con plenitud. Si el tiempo corría, que corriera, que ella lo hacía a galope dada de la mano con su hombre.

Marc miró a un lado y atrapó el foquito que adornaba el pasillo. Después lo alzó para mostrarle lo que había dentro.

—Mira esta antorcha. ¿Qué sería sin luz?

—Nada —respondió, sin entender muy bien qué quería decir.

Marc se apresuró a aclararle:

—Yo soy una antorcha y tú el fuego que la mantiene encendida. No dejes que me apague, *sucré*. Nunca lo permitas.

—No lo haré —le prometió, mirándolo a los ojos.

Lo cogió de la mano y con decisión pasaron juntos a la habitación donde el desconocido los esperaba con aspecto lobuno.

En el umbral de aquella puerta, Marc se despidió de la niña que creyó conocer poco más de un año atrás y saludó a la mujer en la que se había convertido.

Las miradas de los presentes se encontraron.

Tres sonrisas afloraron mientras comenzaban a desprenderse de la ropa.

Cerraron la puerta.

Después, libertad.

FIN

Nota de la autora

Si has llegado hasta aquí, has llegado al final de una de mis novelas más especiales. No me escondo cuando digo que Nicolle, Marc, Eric, y todo su mundo, son para mí un puntito literario en el corazón. La historia de una chiquilla adulta que se enamoró de un adulto infantil que no sabía gestionar sus emociones. La historia del amor en forma de arte y malabares en las calles empedradas de Montmartre. La de la magia sin trucos. La de la familia de sangre, que a veces no es la que queremos, y la de vida, que es la que elegimos. Para mí, no es solo un libro erótico y romántico. Es libertad, arte, música, ballet, bolas lanzadas al cielo, lazos de unión, sexualidad, mundos paralelos... Si para ti ha sido un poquito de esto que te cuento y sus vidas te han calado, espero que lo compartas con el mundo. Agradezco enormemente que lo hagas. Tu voz es mi voz. Puedes dejar tu opinión en redes sociales, plataformas o a mí directamente. Leo y respondo a cada correo. Siempre es un honor y un placer recibir vuestras opiniones y sugerencias de mejora en contacto@noeliamedina.es

Puedes seguirme en redes como Noelia Medina o suscribirte a mi página web para más contenido.

Gracias por pertenecer a mi gran familia literaria de Lectores Vips Sin Tabúes.

Puedes seguirme en redes como Noelia Medina o suscribirte a mi página web para más contenido

Puedes seguirme en redes como Noelia Medina o suscribirte a mi página web para más contenido.

Entra en www.noeliamedina.es

Biografía de la autora

Noelia Medina, nacida y residente en Carmona, Sevilla, 1994.

Se considera los dos extremos de una cuerda. En uno se encuentra la escritora de novelas eróticas y románticas sin ningún tipo de tabúes, y en el otro, la creadora de relatos juveniles que se centra en las relaciones sanas, la empatía y la convivencia plena de los seres humanos. Para caminar de un extremo a otro de la cuerda de la vida, los cree necesariamente compatibles. Entre medias, combina la comedia, el suspense o cualquier género que le apetezca en ese momento. Eso sí, siempre con el amor presente.

Además, es editora, correctora profesional y escritora de artículos, principalmente relacionados con el mundo erótico y la sexualidad.

Entre sus obras destacadas se encuentran la bilogía *Tabú*, *Donde caben dos, caben tres*, *Aitor*, *La hija de mi socio* y la actual bilogía *Perdóneme padre, porque he pecado*. También ha creado historias a cuatro manos como la serie *Mafia de tres*, junto con Angy Skay.

Puedes encontrarla en las redes como Noelia Medina Escritora.

Tu opinión nos importa

Llegados a este punto nos gustaría pedirte que, si puedes y lo deseas, no olvides dejar tu valoración en cualquier plataforma para contarnos tus impresiones. Gracias a eso podremos mejorar y ayudarás a muchos autores.

Tu opinión sí nos importa.

Muchísimas gracias.

Entre Libros Editorial

Notas

[←1]
En español: Veintidós Gemidos.

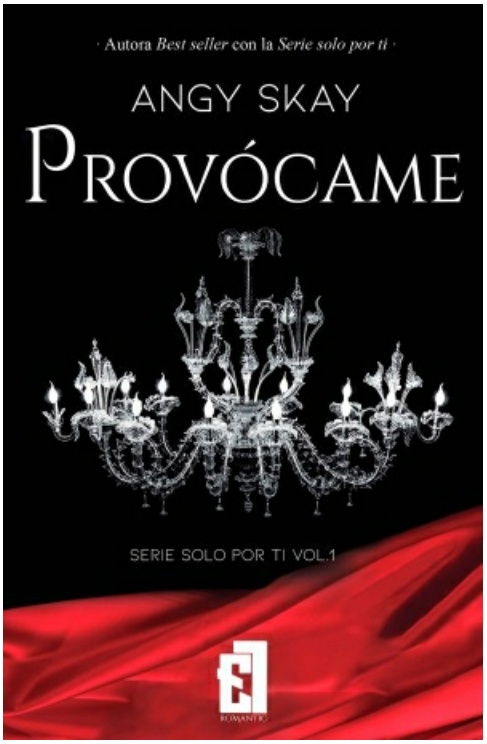
[←2]
Del francés: *pelirrojo*.

[←3]

[3]Giro que utiliza la fuerza de la pierna contraria a la que soporta como impulso para girar. La cabeza pasa respecto a los brazos sincrónicamente para mantener el equilibrio.

[←4]

Nombre que recibe en Francia la noche del 31 de diciembre, Nochevieja.



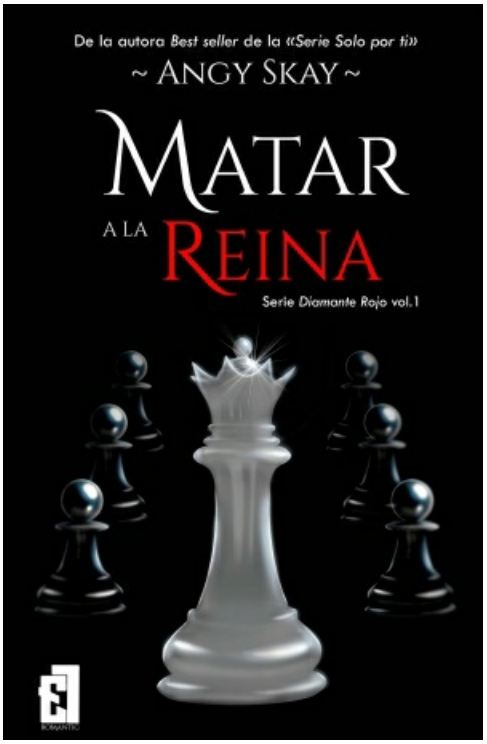
Provócame

Skay, Angy
9788494383212
494 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba? ¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti? ¿De destrozar su vida? El irresistible y misterioso Bryan Summers se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, Annia Moreno, una mujer que trabaja como personal shopper en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti. ¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer



Matar a la Reina

Skay, Angy
9788417160661
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

· Bienvenido al mundo de la reina de los villanos · Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien, a quién creía de su familia, le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida. En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante. En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos. Matar a la Reina es la primera parte de la serie Diamante

Rojo, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos. En esta ocasión, «El objetivo, eres tú».

Cómpralo y empieza a leer



Te robé un beso

Skay, Angy
9788494383274
333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia. César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte". Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba. ¿Podrá un ladrón de corazones robarle un beso y derribar las barreras de su corazón? Comienza la serie ¿Te atreves a quererme? Y tú, ¿te atreves a

empezarla?

Cómpralo y empieza a leer



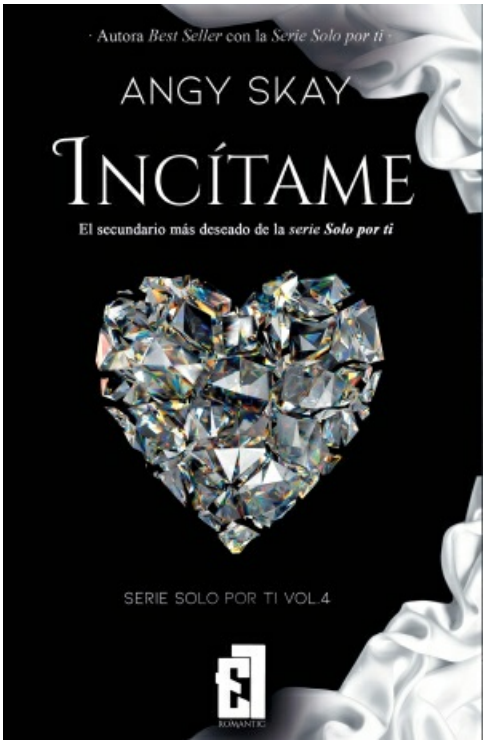
Y quiéreme

Skay, Angy
9788494383229
460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja. Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar? Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas. Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. ¿Podrás quererme?

Cómpralo y empieza a leer



Incítame

Skay, Angy
9788494436277
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El atractivo e irresistible Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia. En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína. Tras la apariencia de hombre divertido, sexy y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado. Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver. ¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer